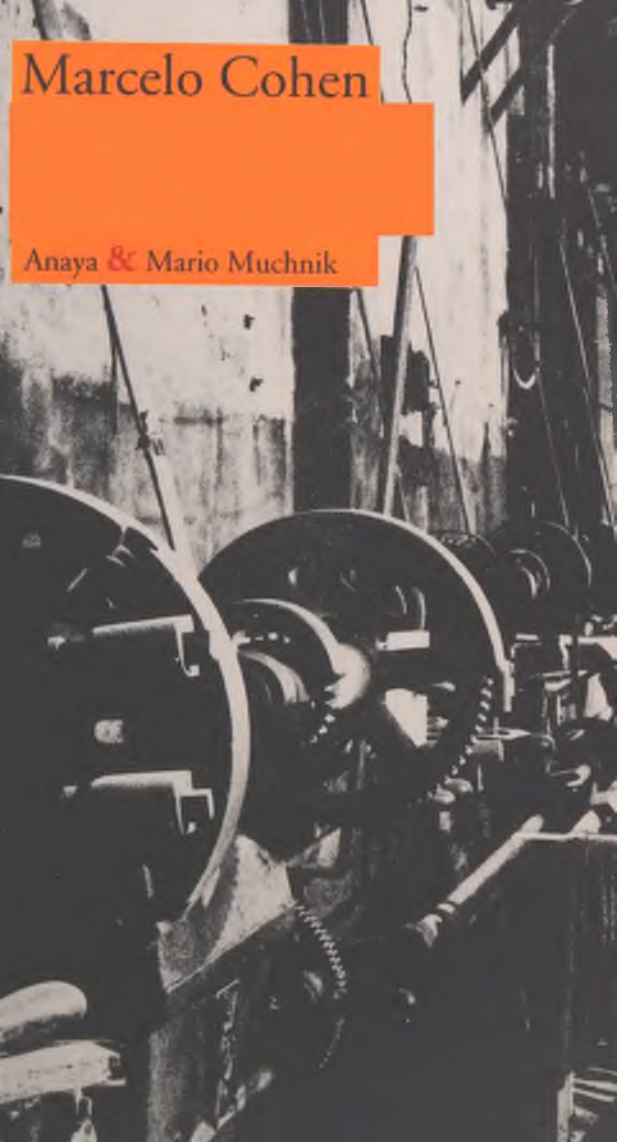
Marcelo Cohen



Anaya & Mario Muchnik

Diseño de cubierta: Mario Muchnik

En cubierta:
Foto de Pau Martín

Foto de contracubierta:
© Marie-Pierre Rigollet

Esta edición de
El testamento de O'Jaral,
al cuidado de Ricardo di Fonzo
con la colaboración de Silvia Caunedo, José Luis de Hijes,
Miguel López Martín y María Schjaer
compuesta en tipos Garamond de 11,5 puntos
en el ordenador de la editorial,
se terminó de imprimir y encuadernar en los talleres de
Gráficas Varona, Polígono Industrial El Montalvo, Salamanca,
el 25 de enero de 1995.
Impreso en España — Printed in Spain

Marcelo Cohen

El testamento de O'Jaral

Anaya & Mario Muchnik

El testamento de O'Jaral

La montaña tiene mil metros de altura.
He decidido comérmela poco a poco.

Virgilio Piñera

I

Al principio había un llano, y una leve claridad de otoño, y una vía, una sola, que cruzaba la distancia sin revelar dirección ni sentido. A cada lado del terraplén se extendía la misma intemperie vaporosa, menos verde que azulada, de pasto revuelto por la brisa y tomillo reseco y cardos un poco ateridos, y contra los durmientes agrietados, tapando los tirafondos, la ortiga crecía cómodamente, casi como una prueba de que los rieles nunca habían pretendido ordenar ese espacio. Una hora antes no habría sido fácil decidir dónde quedaba ahí el norte, o el oeste para el caso. Pero ahora estaba el sol, que muy demorado, como si quisiera retirarse y asomar en otro punto, empezaba a subir desde uno de los confines donde la vía daba la impresión de perderse, y le arrancaba a la grava un brillo intermitente como un juego de señales.

En contra de ese centelleo, arrugando el ceño por el vano esfuerzo de interpretarlo, dos hombres avanzaban por un camino de ripio paralelo a los rieles. Si esto fuera un cuadro, podría decirse que habían aparecido por la derecha, como si la niebla los hubiera escupido antes de agonizar en una miríada de hilachas.

Caminaban a buen paso. De uno, que hundía las manos en los bolsillos, no cabe contar mucho porque su papel en esta historia es decisivo, cierto, pero fugaz; sólo que era alto, lento, y que el abrigo de tweed y la barba plateada no le atenuaban el aire de embarazo. El otro, ágil, abundante de fuerza, se movía hendiendo el aire con una mirada verde y refractaria, con el infeccioso morro de barracuda. El polvo del camino no lograba ensuciarle el pelo negro, marcado sobre la oreja izquierda por una larga mota amarillenta, pero se confundía con la untuosa

piel marrón. Llevaba zapatos de taco grueso, porque era más bien bajo, traje beige deportivo, maletín en la mano derecha y una corbata de seda turca amplia como un babero estampado. De vez en cuando se paraba a mirar algo en el camino, una oruga, una vaquita de San Antonio, quizá para confirmar que era él quien controlaba la urgencia propia y la ajena. Esto no debe importar más que lo anterior, ni menos. Era un rasgo, como las largas pestañas de muñeco, que le nacían hasta de los lagrimales, o la costumbre enfática de estirar el cuello y carraspear al mismo tiempo.

Unas flores, las maltrechas achicorias que habían subsistido al verano, se doblaron al ruido imprevisto de las suelas. Aunque la pareja de hombres no era macabra, dejaba en el llano una ominosa estela de determinación.

Por un rato pareció que no iban a llegar a ninguna parte. Pero el del maletín no dudaba, y llegaron. De lejos los atacó un resplandor nuevo que al tiempo resultó ser una laguna. La vía pasaba junto al agua, separándola de una casita que en seguida se empezó a definir, rodeada de alambre de malla, y en otras épocas había sido una estación. Frente al portón de la alambrada se acababa el camino. Un metro antes, a un costado, había un tilo bastante alto y al otro un poste de luz. Los hombres estaban a un tiro de piedra cuando la sorpresa los frenó en seco. Entre el poste y el tilo se estiraba una trama de estrellas minúsculas, serenas, titilantes, una vía láctea de la mañana precoz que fascinaba con su llamado incoloro. Eran gotas de agua; flotantes, es probable que pensaran los aparecidos. Pero no.

Cuando se acercaron a tocar, las manos se les enredaron en un tejido resistente pero casi insustancial, ligerísimos hilos de perlón opaco donde el rocío, celoso en sus usos matutinos, iba a durar hasta que el sol le diera de lleno. Dos dedos del barbudo tironearon de un fleco; hubo un cimbronazo en una rama del tilo, dentro del follaje se activó un dispositivo y antes de que los hombres lograran girarse otras redes cayeron del vacío y les cerraron la retaguardia y los flancos con un revuelo de gotitas.

Más que atrapados se quedaron duros. Era ridículo, pero el portón parecía tan inaccesible como el pato que, a

la izquierda, acababa de alzar vuelo entre los juncos. Entonces, en ese momento, vieron al hombre sentado en el suelo delante de la casita. Tenía la espalda contra la pared, un machete sobre los muslos y los labios pálidos y los ojos azules fruncidos de disgusto. De perfil a ellos, miraba el vestigio de andén que tenía enfrente, la vía y la laguna, y también él parecía haberse concretado de golpe, aunque no como un intruso sino como una supuración ritual de la casa, tanta era la tranquilidad con que el paisaje lo aceptaba.

Claro que él no estaba tranquilo. No habría podido. Se llamaba O'Jaral.

O'Jaral era traductor. Nadie le había enseñado el oficio, pero él no pensaba que la falta de maestros fuera un contratiempo. Como la mayor parte de lo que sabía, y en cierta forma sabía muchísimo, todo lo que el oficio demandaba lo había aprendido por su cuenta: tres o cuatro idiomas extranjeros, lo correcto y lo comprensible en el suyo, métodos para atacar lo intraducible hasta eliminarlo sin gracia, maniobras de simplificación que irritaban a los escasos lectores enterados y en general complacían a un público que, si por lealtad a su función compraba libros, los hojeaba y recorría incluso, rara vez los leía. Sin embargo, ningún remordimiento, no al menos por esto, torturaba la disposición de O'Jaral; con lo que pagaban por su trabajo se vivía a duras penas, pero él era competente y escrupuloso.

Había traducido sagas cósmicas, folletines de enredos vecinales, catálogos de gemas y catálogos de muebles, las memorias de una melancólica que alguien había encerrado en un manicomio y entre los locos se había vuelto casi loca, una enciclopedia de economía doméstica, manuales de cocina oriental o de iniciación a las finanzas, biografías de banqueros y de cantantes de ópera y de asesinos regenerados. Ahora, por la gracia de un Editor audacísimo, traducía las novelas de Richard Mulligany, historias de un mundo prismático donde, pese a todo, una secretaria podía enriquecerse en la Bolsa contra las maquinaciones de los oligopolios, una familia no desmembrarse, un grupo

de trabajadores defender su estabilidad combatiendo el crimen a su antojo o un comerciante arruinado por la guerra, aunque porfiado y sagaz, erigirse en líder y protector de la gente industriosa. En el mundo de Mulligany los gobiernos eran indiferentes; la justicia inepta. La única ayuda de los inconformes, la invariable heroína de esas inversiones románticas, era la dueña de una cadena televisiva dedicada al individualismo económico y la ecología: Melody Mong, una china cordial y angulosa, físicamente temible, moralmente ubicua. El lema de Mong, *La vía de nuestro triunfo no pasa por la ingenuidad*, había llegado a ser el de millones de lectores de varios países, y sobre todo el de decenas de millones de espectadores que seguían las versiones fílmicas y televisivas de sus andanzas.

Mulligany era un escritor torrencial. Cuatro consorcios se turnaban para pagar dinerales por sus frecuentes manuscritos. Pero el Editor que empleaba a O'Jaral, un editor de los llamados pequeños, publicaba sin falta cada entrega de las aventuras de Melody Mong sin pagarle un centavo a nadie, salvo a O'Jaral. Compraba un ejemplar en inglés, lo hacía traducir y derramaba en el mercado, como mierda que algún procedimiento vuelve ornamental, un casi sinnúmero de copias de tapa estridente y papel tosco. Los vendía baratos y, al revés que la competencia, los vendía todos.

Siempre huyendo de los escuadrones del Comisariado de Publicaciones, el Editor vivía en una camioneta, o en varias, y se movía en trayectorias imprevisibles munido de equipos de comunicación, edición y autodefensa. O'Jaral lo había visto una vez o dos, porque al Editor le gustaba conocer a su gente, pero por lo general se comunicaba con él por mensajes cifrados. Cada tanto, indefectiblemente por la mañana, un libro nuevo de Mulligany aparecía en la jaula sin canario que O'Jaral tenía en el patio, al fondo de la casita. Cuando terminaba de traducir un capítulo, O'Jaral iba a dejar el diskette en un escondite donde a cambio lo esperaba el dinero. Esos viajes los hacía en bicicleta.

Más que para otros, para O'Jaral el tiempo, el tiempo abstracto o ilimitado que zumba y esquiva, era un vahído enloquecedor. Por eso nunca le faltaban varios almana-

ques, y estaba seguro de que hacía cuatro años, dos meses, dos semanas y seis días que trabajaba para ese Editor. Si las traducciones de O'Jaral se vendían mejor que otras no era sólo por el precio, sino porque O'Jaral sabía empobrecer el comedido estilo de Mulligany con el tono, la inflexión, la arbitrariedad justas para provocar en el público un éxtasis de chatura. Por dar un ejemplo, O'Jaral tenía el talento de, donde habría debido decir *la camisa limpia*, poner *la camisa inmaculada* o mejor *aquella inmaculada camisa*.

De, donde habría debido decir *Paul sudaba*, poner *Paul tenía la frente perlada de sudor*. O, a tono con los hallazgos del periodismo, *Su frente perlada en sudor*.

Aunque no sólo era talento. O'Jaral podía permitirse esos chistes porque guardaba en el cráneo, bien que comprimida y en ebullición incómoda, la totalidad de los conocimientos lingüísticos útiles. Y otras totalidades también.

El Editor, pirata inveterado, no era parco en gratitud; y le cedía a O'Jaral una de las estaciones del ferrocarril de la Pampa de Alunco, una línea abandonada que había comprado para especular en el futuro, en caso de que hubiera. Este dato no sobra, porque O'Jaral aprovechaba a lo grande ese refugio casi diluido en la vacuidad del llano. Él mismo se habría vuelto invisible, de haber podido, o delgadísimo entre lo aparente. La tarea que O'Jaral tenía que cumplir se alimentaba mejor de aislamiento. Nadie fuera a acusarlo de crápula o mercenario, entonces, si tergiversaba a conciencia la prosa de un triunfador. Mucho peor era triturar el idioma en sentido amplio, y ni siquiera eso le daba pena; de algo tenía que vivir, más aún conociendo la importancia de su destino. Y tampoco es que fuera indiferente, como la luz amplia que lo rodeaba o los yuyos del campo. En todo caso era optimista: si lo dejaban en paz, creía, su empeño iba a rendir un fruto más que suficiente para redimirlo de infamias menores, y con él a muchos más. Un fruto *portentoso*, se decía a veces, muy pocas, entre dientes.

Por eso vivía expectante. La tensión era su elemento. La rutina del esfuerzo su segunda naturaleza.

Desde el cerco sutil de rocío, los dos aparecidos miran las tejas de la casita, la impenetrable, inconstante blancura de las paredes, como dos hurones estrellados contra una emanación de su instinto. No hay una sola planta, ni bajo la arcada del frente ni en los alféizares, nada que la brisa pueda conmover. La casa se ofrece como una expresión severa, anquilosada a fuerza de austeridad y porfía, y quizá por eso los aparecidos no se debaten. Esperan, como parece esperar el hombre sentado junto a la puerta, pero además ellos no tienen miedo. Suculentos dossieres y su propia memoria les han asegurado, casi les aseguran, que el hombre no va a usar el machete contra ellos. Les extraña no obstante que no reaccione, y la red de perlón les lame las caras.

Como si le costara subir, el sol deja en el cielo un nacarado rastro de babosa. En la antena parabólica de la casa un benteveo mantiene el pico abierto, y el retraso de su canto es una porción de infinito.

Desde los ojos que no parpadean, desde la mandíbula obstinada de O'Jaral hasta los ojos verdes del más bajo de los aparecidos, una camuflada línea de tensión vibra en el silencio y empieza a borrar el paisaje. O'Jaral se afinca en el machete y se incorpora. Lo más cercano a él de la mañana se agita apenas, pero el mundo y la actividad que el mundo exige ha sido reemplazado por el recuerdo.

Temores, fobias, rabias, estrategias, maniobras de coordinación y respuesta se activan tumultuosamente mientras el caudal del pasado, con un rugido lúgubre, desborda embalses, parte represas, anega prados que podrían ser fértiles, rebasa lechos y colma los porosos desfiladeros del presente. La piel de la frente de O'Jaral trasluce ese fragor: autónomos mecanismos puestos en marcha por la amenaza.

Es un momento, nada más. En seguida los intrusos lo ven acercarse, parece que más calmado. Pero nada de calma, desde luego. O'Jaral se ha repuesto porque es voluntad pura.

Ahí está. Pelo color cerveza clara, áspero, bien cortado por él mismo. Una silueta de pino un momento, al siguiente de caoba, un aire de contención poderosa y co-

yunturas adiestradas, las grandes manos sin sosiego y esa nariz chata, esos ojos vigilantes de gato siamés. Un metro ochenta y cuatro de fibra insomne. Tricota descolorida pero pulcra, verde oscuro, la neurasténica perfección de un remiendo en los pantalones. Y el gañote largo que de vez en cuando se hincha, como acusando un exceso de alarma, y en seguida adelgaza como si se la hubiera endosado al aire.

El más bajo de los dos hombres estiró el cuello, carraspeó y se ajustó el nudo de la corbata floreada, descargando en la red un codazo que levantó chispas de rocío. Intentó, mientras O'Jaral llegaba a la alambrada, calcular si la expresión era de asombro o de susto. O'Jaral abrió el portón y se acercó a la red con el machete en la mano. En la antena cantó el benteveo.

"¿Señores?", dijo O'Jaral, y la voz imprevista era amable y convincente.

"Buenos días", dijo el intruso que mandaba. "Soy Badaraco. ¿Te acordás?"

Un leve asentimiento.

"Sí, claro. Patín Badaraco", murmuró O'Jaral, y los dientes le rechinaron como si violentas operaciones de búsqueda y recuperación se hubieran detenido ante un fichero quemado. "Dieciocho años..."

"Y pico." Con un ademán drástico, la mano de Badaraco cerró el caso y pasó a señalar al otro hombre, que movió la cabeza antes de que lo nombraran: "Aquí, el doctor Vioth, sé que también conocido tuyo."

Esperó un rato a que el miedo hiciera efecto. Iba a agregar algo cuando O'Jaral apoyó el machete en el suelo: "¿Qué quieren?"

"Primero", dijo Badaraco, "salir de acá. Demasiado deslumbrante este efecto para estropearlo con un cortaplumas. ¿O tengo que...?"

"No podrías", dijo O'Jaral. Dando un paso hacia el tilo, alzó la mano hasta una horqueta y la metió en un nido. Clic. Las redes cayeron plácidamente dejando en el aire una ráfaga de rocío y el vuelo de una hoja cobriza. Los intrusos pestañearon como si el paisaje hubiera vuel-

to a imponerse, olor de leña y dormidera, más allá de la vía el resplandor de la laguna.

"Ingeniosa la trampita, claro que sí", dijo Badaraco, y el barbudo meneó la cabeza y se secó las manos en la solapa del abrigo de tweed y, como O'Jaral se había dado vuelta sin decir palabra, lo siguieron los dos hasta la arcada del frente de la casa. Había un banco de hierro; de haber sido un hombre soñador, el Patín Badaraco habría visto, ya resecas, las lágrimas de alguien, cualquiera, que en los tiempos en que aquello era una estación había esperado el tren para partir no se sabía hacia adónde. Pero usó el banco para sentarse. Apoyó el maletín en las rodillas. A su lado el doctor Vioth, solemne pero apocado, y enfrente O'Jaral en un cajón de limonada.

"¿Y qué más?"

"Vayamos por partes", dijo Badaraco. Los ojos verdes no conseguían definir la crispación de O'Jaral. La voz era un tableteo, y no obstante más anodina que un tono de discar. "Traigo las manos limpias y vacías, esto ante todo. Hay un consorcio que yo vengo a representar y que impulsa diversas actividades positivas: tenemos prensa escrita, espectáculos, arte, servicios médicos y farmacéuticos, industria química y electrónica. Hay una idea del crecimiento. Hay un apego a las reglas de convivencia democrática. Fe en la competencia como motor del crecimiento; emulación franca e igualitaria. Y hay una invitación a que todo el mundo dé la cara. Claro que sí. También pensamos que el crecimiento necesita cierto grado de conflicto. A mí me importa un pito lo que vos opinés, O'Jaral. Consumo, pensamos nosotros, significa estabilidad; estabilidad sin estancamiento significa armonía. Para que no reine una quietud de muerte se necesitan ciertas polaridades, la contradicción dialéctica que acerca la vida al ritmo natural. Los individuos satisfechos por el consumo o aspirantes al consumo se mueven en una sola dirección, y muchas veces se quedan quietos, quietos, claro que sí. Por eso nuestro consorcio acepta con entusiasmo a los resistentes, a los opositores; son un fermento necesario: de las nociones equivocadas que propaga esa gente nacen inquietudes, de las inquietudes nuevos deseos en el ciudadano, y nosotros, con nuestra experiencia, introducimos las correccio-

nes necesarias. Alentamos la crítica y a veces la financiamos. Ahora bien: la dispersión, el desmembramiento, el rencor en las sombras, la agresividad sin salida, eso no nos gusta nada nada. Qué decirte de la indiferencia, ¿no?"

Un párpado de O'Jaral tembló díscolamente. Se le hinchó el cuello y los tejidos se apuraron en depositar la angustia en el aire, que tras embolsarla se la llevó a otra parte. Pero Badaraco también estaba sorprendido: en la piel de O'Jaral había un lustre intemporal; aunque tal vez ya no fuese frescura sino un producto extremo del control, una tirantez sedosa que, tocada por la simple aceptación del cansancio, tal vez se habría hecho polvo como un pergamino apolillado.

A su vez O'Jaral, que tenía un interés personal por las dentaduras, no evitó observar la de Badaraco, una obra de restauración que debía valer un dineral. "¿Es muy poderoso tu consorcio, Patín?", dijo.

"No es mío. Yo soy de él. Por decisión razonada."

"¿Y a qué debo la visita?"

"Hay una serie de acontecimientos que nos parecen preocupantes. No digo funestos, digo preocupantes. Deserción en ciertas escuelas y universidades, y en otras una presencia exagerada y como, y como muda. Ataques a la competitividad laboral. Desinterés creciente por las encuestas de opinión y los festivales de música. Descenso en los índices de actividad mental consciente. No es la ingenuidad aceptable de bombardear comisarías o secuestrar periodistas. Periodistas y policías tenemos muchos, pero economía una sola, y depende de la participación política, de la clase que sea. Es un rechazo deliberado a la información, y a la formación, cuando no una indiferencia casi vegetal. Todo mezclado con una cadena de falsificaciones: alguien interfiere programas de tele con noticias ridículas y el mercado artístico con duplicados perfectos. Tienen dobles de muchísimos actores conocidos, de modelos y de locutores, y hacen unas propagandas falsas de productos que no existen. Nadie se cree nada, pero, ¿de dónde los sacan? Se colaron en la industria química y adulteran fármacos."

"Cómo has aprendido a hablar, Patin", murmuró O'Jaral.

"Extorsionan con fotos y grabaciones fraguadas, no a gente notable sino a simples profesionales. A la mujer de Pérez, el obstetra, le llega una foto de su marido ofreciéndole el culo a un cirujano. Jacinto el arquitecto recibe una cinta con la discusión que tuvo con la mujer, el ruido de los golpes y los alaridos de ella y el llanto de los chicos. Parte del método es una mezcla de acoso, perturbación y ambivalencia. Tientan a la gente con ofertas depravadas. Tienen casas de masajes con curas y parlamentarios que parecen de verdad. De ambos sexos. Si las denunciamos públicamente o las saboteamos, se alarman la curia y el electorado. Si las aceptamos se reproducen. Como las sectas; todos los días una nueva: sectas que no adoran nada. Es muy fastidioso y prefiero no extenderme. Aunque en el fondo estos sujetos son inocuos, es muy difícil entrarles precisamente porque son inocuos. Quiero decir: lo molesto, lo disolvente, es que no tienen objetivos. ¿Cómo pueden volverse influyentes sin un programa? La gente se ríe de ellos, pero no sabe quiénes son. Muchos se ríen de histeria. Es por el desconcierto. Ellos no tienen objetivos, parece que no tienen. No quieren llegar a ninguna parte, no tienen un partido, no quieren crecer, no quieren avanzar ni subir ni asaltar, no quieren ser nada de lo mucho que se les propone. Dinero no es que tengan demasiado. Lo que más hacen, la verdad, es pintar consignas raras: *La esencia del votante es su perfume*, taradeces por el estilo. Todo esto es muy preocupante ahora que el país se apresta a celebrar el referéndum sobre la anexión al Sistema Panatlántico."

"No es problema mío", dijo O'Jaral.

"En definitiva: no sabemos", dijo Badaraco. "Pero tenemos razones para pensar que una de las eminencias grises de esa gentuza, si no *la* eminencia, es el Galgo Ravinkel."

En un área septentrional de la carne de O'Jaral se contrae un músculo. Duele. Es una reacción, disimulable por supuesto, pero no de las comunes. Por encima del hombro O'Jaral mira la laguna. Tiene la impresión de que la superficie se arquea, como si el pasado deformase todo, y

entre los juncos se le impone la figura del Galgo Ravinkel tal como era las últimas veces que lo vio, dieciocho años atrás: hirsuto, grandote, encorvado, no tanto un galgo como un oso o un mamut, si valieran las comparaciones. Sin embargo, siempre lo llamaron Galgo, a pesar incluso de las pecas.

O'Jaral respira hondo. Por la nariz.

Nada de esto tiene importancia, ni la va a tener aunque tenga, intenta pensar: Es un estorbo, es un incidente. Voy a seguir adelante.

"No tienen objetivos", repitió el Patín. "Son escoria."

"Sabrás bien que yo no tengo la menor idea de dónde está Ravinkel", dijo la voz diáfana de O'Jaral.

"Indudablemente. Pero no te va a ser difícil encontrarlo."

"¿Y por qué lo tengo que buscar?"

El morro de Badaraco se volvió a la derecha. Sin salir de su adormecido vasallaje, y sin necesidad, el de la barba se alisó el abrigo. También él podía mostrar los dientes sin complejos.

"Si me tomé la molestia de traer al doctor Vioth fue para convencerte de que conocemos perfectamente tus desvelos, O'Jaral. ¿Aprecio que lo tenés bien presente, al doctor? Un metro ochenta de seriedad profesional. Un testimonio vivo. O sea que, te resumo: vos necesitás tiempo. Nosotros te lo damos a cambio de que encuentres al Galgo."

El Galgo Ravinkel era el hijo de un hombre con el cual muchos, tantos años atrás, la madre de O'Jaral se había casado por motivos que de nada servía recordar. Después de un tiempo de matrimonio y un tiempo de separación la madre de O'Jaral se había suicidado. El padre del Galgo había vuelto a casarse y abandonado de sopetón, exactamente en la calle, al hijo de algo más de diecinueve años y al hijastro de trece. Esa diferencia de edad entre los dos parias era un hecho que, pese a las resistencias de O'Jaral, a su memoria le gustaba ventilar a menudo. Tal vez tuvie-

ra razón, porque gracias al Galgo, que lo había protegido y ya de joven se las arreglaba muy bien, O'Jaral no había terminado loco, insistía la memoria, ni comido por las pulgas. Durante años habían estado juntos, salvándose.

Épocas de frío atemperado con papel de diario en los zapatos, de latas de sardinas en muebles torcidos, de barrios de luz pastosa que volvía más ajenos los componentes caros de la realidad. Habían deambulado los dos por pensiones e inquilinatos, entre vahos de caldos grasientos, opacos a la mugre y la compasión, el Galgo en un sostenido avance del aprendizaje a la solidez, lavacoches, chófer, camillero que estudiaba de noche, anestesista, fortificado en su exuberancia cada vez más rabiosa, y O'Jaral siempre a la rastra, seguro en la emulación de su hermanastro pero más perplejo que él ante las amplias gamas del dolor. Una gran obra del resentimiento, terroríficamente activa, el medio hermano grande, y el chico un boceto prometedor pero atrofiado.

Y sin embargo O'Jaral era demasiado arisco para gozar los provechos de la carrera de huérfano. En el fondo de su inercia pánfila había ya una fibra alerta, una aspiración a ser, y ser no cualquier cosa sino, de preferencia, algo único. No bien pudo salir del aturdimiento se encontró pensando por su cuenta. Como una planta afectada por un abono tardío, su pensamiento, más en la pieza de pensión que los dos compartían, empezó a chocar con las expansivas, autoritarias esferas del pensamiento del Galgo.

Los dos veían lo que veían tantos –y tantos no veían–: el desmayo del raquítico en la calle, la macilenta estolidez del comerciante y su *señora*, el teléfono en la mano enjoyada de la locutora televisiva. (Sí, y *la vileza del opresor, la contumacia del orgulloso, la demora de la ley, la insolencia del funcionario*…) Las insaldables deudas espirituales que la inflación imponía al consumidor vitalicio. El platito de fideos del que nunca consumiría otra cosa. Los ritos concentracionarios de la democracia. El pobre como reo. El ciudadano como deportado.

Y coincidían en la pregunta evidente: *Qué hacer*.

Pero lo que en el Galgo era odio, desprecio maximalista, ensueños de aniquilamiento y secundarios planes de re-

facción del mundo, en O'Jaral era apenas una incomodidad leve, oscura como un rumor crispado de los huesos.

Como quien se entrega al futuro para conocerse, y entonces sólo concibe el futuro inmediato, un día el Galgo entró en un grupo clandestino. Al fin y al cabo era un judío laico, y languidecía por encontrar un dios de aspecto secular. Por eso encabezó una fracción en el grupo y fundó otro; así cuatro veces hasta que se dejó reclutar, con rango de dirigente, por una organización insurreccional poderosa. Alquiló un departamentito y se llevó a vivir con él a O'Jaral, a una chica que llamaban Mirta y a un camarada temerario y expeditivo, el Patín Badaraco. Los dobles fondos de los armarios se llenaron de granadas, dinero, pasquines, instrumental médico. Los primeros disparos, la primera sangre salida de cuerpo humano, despertaron en O'Jaral menos miedo que escepticismo repugnado. No lo impresionaba la muerte; no entendía bien qué quería decir. Si algo lo irritaba del ideario del Galgo era que para ejercer el odio contra unos necesitara persuadirse de su amor por otros; o viceversa. En la revolución que pregonaba el grupo, y hasta en su detallado programa social, O'Jaral veía un exceso de inarmonía, de mescolanza e impureza. No toleraba la violencia de que un mero aliado, sin pedir permiso, se convirtiera de golpe en compañero o amigo. Todo compromiso podía volverse lastre: eso pensaba. Y que él, O'Jaral, aún tenía que organizarse a sí mismo.

Con la incomodidad que le producía el mundo, su pensamiento amasó una bola de convicción, dentro de la cual quería germinar una idea: *Lo que hay que hacer es pensar lo que hay que hacer*. Pero aunque hubiera podido articularla no se la habría contado al Galgo, porque la razón de la vida del Galgo ya era el choque, y discutir con él se había vuelto peligroso. Simplemente le dijo que se iba.

Vituperado por blandito, vacilante en su madurez, O'Jaral procuró inútilmente despedirse del Galgo con cariño. Cualquier emoción se quemó en insultos.

Última imagen: los colosales hombros agobiados del Galgo, la gran pelambre. Los lamparones de sudor en la camisa, bajo los sobacos, como una errónea realización del deseo. La nariz judía despidiendo humo como el tubo de un motor que sólo se puede parar destruyéndolo.

Desde la tercera o cuarta prueba de una independencia sombría, una habitación empapelada cuyo alquiler pagaba con *su* trabajo, algunos meses después O'Jaral iba a enterarse de que el Cuerpo Interamericano de Seguridad había neutralizado, mediante exterminio sobre todo, al grupo subversivo donde militaba el Galgo y a una docena de grupos más, aparte de supuestas redes de insumisión civil. Vio la foto del cadáver de Mirta, una silueta de materia lunar coronando una pila de muertos, con un cráter rojo en el centro, y un documental sobre reeducación de inadaptados sociales cuya estrella era el Patín Badaraco. Los diarios no hablaban de Ravinkel, y O'Jaral evitó indagar por altivez y por prudencia.

Eran los dos sentimientos que lo acunaban, ahora, y empezaba a temer que ninguna prudencia le alcanzara.

Porque alguien lo estaba hostigando.

Una mirada aviesa desde la cabina telefónica de la esquina: y él retrocedía velozmente pero ya no había nadie. Un pinchazo anónimo en el tren repleto, jamón podrido en una pizza de encargo, rasguños como de rata en la pintura del baño, sus cintas con clases de inglés borradas de repente. Una noche se lo llevaron preso por estar sentado en una plaza, le hicieron muy pocas preguntas, si no sabía que ellos vigilaban a los vagos, quién se pensaba que era, y riéndose mucho lo devolvieron a la calle con una ceja abierta. Mirá la pinta que tenés, le dijeron; y él se preguntó cuál era esa pinta. Después hubo coches que lo salpicaban al pasar, y tocaban la bocina, y siempre los ruidos de estática en la radio, periódicos, racionales. O'Jaral dedujo que todos esos signos juntos formaban un mensaje, y el mensaje decía: *Soy un mensaje*. De haberle parecido una maniobra de amedrentamiento se habría tranquilizado, porque él no ocultaba nada. Pero eran signos solapados, tenían la calidad de los avisos, como si alguien le diera a entender que estaba al tanto de algo. Quizá fuese un modo de vigilarlo, también de *inducirlo*. ¿A qué? Podía admitir que era hermanastro del Galgo y demostrar que había dejado de tratarlo. No podía confesar que había empujado a su madre al suicidio, porque no era cierto y ellos tenían que saberlo. Por otra parte ellos no eran, no querían ser accesibles.

Ellos. O'Jaral los llamaba Los de Arriba de Todo.

Como había multiplicado la atención, por entonces descubrió que también despertaba otros reflejos, en otra gente. Un ligero estupor en el quiosquero. Atisbos de confianza o reverencia en la muchacha que vendía el pan. Miradas sin meta caían sobre él en una plaza y se quedaban pegadas, como la hoja mustia se pega al lomo sudado del ciervo esperando que la lleve a un país de regeneración. Un día estuvo un buen rato evaluándose en el espejo. Vio los rasgos de una prestancia fiable. Flaco, pelo como la avena, voz nítida y honda, nariz chata de puente robusto, ojos de cuarzo azul, un poco juntos, y esos raros labios pálidos. Los dientes, todos y sanos. Trabajaba en una fábrica de cartón prensado, había llegado a jefe de turno. ¿Regeneración? No se asombró de ser otro, ya, pero tampoco quiso adjudicar a la apariencia física esa, esa atracción que ejercía en los demás; prefirió entenderla como el atisbo de algo por venir: lo que vislumbraban en él era la posibilidad de una grandeza exorbitante. No lo sabía con claridad, la gente; pero Los de Arriba de Todo sí, y estaban interesados en él, preocupados por él. Estaban obsesionados.

Se dio cuenta de que iba a tener una revelación.

Tan imposible era prever cuándo como desentenderse y olvidar.

Tal vez pasaran muchos años, a lo mejor toda la vida, pero hasta para fingir era tarde, considerando que Los de Arriba de Todo ya lo habían descubierto, por eso lo acechaban.

La fuerza de la certidumbre le permitió superar el pánico. Parecía demasiado para él, pero no tenía por qué ser demasiado. Lo esencial era controlar la excitación.

Agazapado, impaciente ante el surco que iba a dejar en el mundo, se vio proyectado en un trayecto, definido por una meta. Por primera vez sintió la confianza embriagadora de ser alguien, uno, exactamente O'Jaral.

Como si lo hubiera empujado un pálpito, desde hacía meses se había acostumbrado a visitar las bibliotecas; por eso no le costó ponerse a leer memorias, cartas, confesiones, ristras de proverbios o aforismos, exposiciones de sistemas, cuadernos de notas y, a su pesar, hasta manifiestos:

el sinfín de variantes de una historia que, en distintas épocas, contaba cómo a fuerza de concentración y de ahínco alguien había dado con una verdad deslumbrante o, en un rapto cegador de inventiva, unido con soltura dos nociones adversas en una síntesis abarcadora, inapelable hasta que otro descubrimiento la desplazara. Teólogos, filósofos, astrónomos, sociólogos. Inventores. Poetuchos. Era pasmoso descubrir que en el fondo un visionario no tenía especialidad. Cada época producía el adecuado y algunas épocas producían varios, de distintos tipos, delegando en la gente la responsabilidad de elegir un camino. Al parecer, la gente no siempre se equivocaba. A veces distintas soluciones se complementaban, Kepler-Newton-Kant, por ejemplo, y así servían por más tiempo. O'Jaral tenía la esperanza, avalado como estaba por siglos de experiencia, de dar él solo con un sistema bastante duradero. No muy complejo: hermoso y practicable.

Hacía falta ser miope para no advertir, leyendo esos informes de la experiencia, que la iluminación se trabajaba costosamente y llegaba de improviso. Él no sólo ignoraba qué tipo de descubrimiento iba a hacer, sino cuándo sucedería. Se dio cuenta de que su problema era el tiempo. Pasó a ser, el tiempo, un bien ajeno y propio, como una guarida que sólo para el refugiado contiene un trecho de horizonte.

Cambió más de una vez de trabajo y de pensión. Borró huellas. Hizo todos los esfuerzos necesarios, y no necesitaba muchos, para convertirse en un ciudadano difuso. Sin embargo, no dejó de ver señales de persecución. Era un olor dulzón y coercitivo, sin duda el perfume institucional que el poder imponía a sus agentes, que lo asaltaba de golpe para acompañarlo horas enteras. Quizás *Ellos*, Los de Arriba de Todo, creyeran que ya había tenido la revelación y buscaran arrancársela. Pero entonces no habrían esperado para atacarlo. Y lo cierto era que esperaban.

Se estaba poniendo nervioso y no le convenía. Se le ocurrió salirles al paso, ofrecer alguna información falsa sobre Ravinkel. Estaba casi decidido cuando una mañana, lavándose los dientes, una serie de revelaciones menores le sacudió el cuerpo como los temblores que siguen a una arcada.

Los de Arriba de Todo lo consideraban a él más peligroso y más promisorio que al Galgo. Lo habían observado, sabían que iba a descubrir algo trascendental y lo rondaban para exigirle una confesión exhaustiva en el momento preciso. No se proponían matarlo sino obligarlo a colaborar con ellos. Pero lo que menos deseaba O'Jaral era compartir obligatoriamente lo que el destino le tenía deparado. También esto lo sospechaban ellos. *Sospechaban* era aquí una palabra decisiva. Los únicos datos que ellos tenían, en realidad, se los aportaba el examen continuo de las apariencias. Ellos no estaban *dentro* de O'Jaral, no podían. La insistencia, la coacción, las señales ambivalentes derivaban de una vacilación fundamental de Los de Arriba de Todo: querían furiosamente apoderarse de lo que O'Jaral descubriera pero, lo mismo que él, no sabían cuándo iba a descubrirlo. O'Jaral entendió que si el proceso se demoraba la neurastenia podía llevarlos a convencerse de que la revelación ya había sucedido, y actuar sin ton ni son, y apremiarlo vanamente o aniquilarlo a fuerza de apremios. Así se iba a cumplir el consabido papel de Los de Arriba de Todo o sus policías: frustrar obras trabajosas, privar al mundo de buenas noticias.

La alternativa de compartir un conocimiento con ellos era irrisoria. Fuera lo que fuera, *ese* conocimiento sería de la naturaleza de lo que ellos no podrían entender nunca. Cuando se dio cuenta de esto le entró un miedo terrible.

Aunque no sólo miedo. Como si una píldora tragada sin agua le hubiera llenado el cuerpo de presciencia, O'Jaral también se sentía fuerte y deseoso. Tenía que prepararse. Mental y físicamente: para estar apto cuando recibiera el conocimiento, y para defender la posibilidad de recibirlo. Tenía que saber todo.

Resolvió crearse una clandestinidad a medida. Alternar el ocultamiento con las multitudes. Someter su vida a encogimiento. Cambiar de lugares en zigzag. Hacerse traductor, un oficio portátil que parecía inexistente.

Y antes de desvanecerse, para aliviar el pecho y poner la cabeza en orden, tomó cita con un psiquiatra y en una sola sesión le contó su vida y su secreto. El estatuario doctor Vioth opinó que O'Jaral debía tratarse dos veces por semana. O'Jaral, ya purgado, no volvió nunca. O mejor

dicho una vez, sí, volvió pocos años más tarde, curtido por la disciplina, experto en enmascararse, afilado por el saber y menos escrupuloso. La intención era alertar a su tesorero espiritual de que le convenía no abrir la boca nunca, por ninguna razón. Pero el doctor Vioth también se había hecho humo. En lugar del consultorio O'Jaral se encontró con una asesoría jurídica, donde no tenía nada que hacer.

Una vía cruzaba el gran llano, en cierto lugar la vía bordeaba una laguna y frente a la laguna había una pequeña estación blanca con su andén y su banco bajo la arcada, con cortinas a cuadros en las ventanas, con una antena parabólica en el techo de tejas rojas. Sentados en el banco, artificiales y competentes, había dos hombres: dos, pensó O'Jaral, buenos productos de la ingeniería social de la ansiedad. La arcada los protegía del sol, que había subido bastante.

Para encararlos mejor, O'Jaral hizo lo que venía meditando: seguir sentado en su cajón.

"No sé si te entiendo, Patín", dijo.

Badaraco alzó los ojos ilegibles: "Entonces ahondo la explicación. O'Jaral tiene un objetivo importante, una misión. Trabaja en el asunto, es responsable. Y necesita tranquilidad, ¿digo bien? Pero hay unos de Muy Arriba que están interesados en su objetivo, lo vigilan. O'Jaral disimula, ellos parece que se cansan de esperar. Están medio dormidos. Pero entonces vamos nosotros y les contamos. Les contamos que O'Jaral ya consiguió su objetivo. Que ya sabe algo extraordinario. Ellos pegan un salto, se frotan las manos, parten a buscarlo, bué, para qué vamos a seguir... Ahora bien, ahora: nosotros no vamos a vender a O'Jaral, y encima vamos a *protegerlo*, si O'Jaral nos acerca al Galgo Ravinkel. Nosotros también estamos Muy Arriba. Claro que sí. Pero en otra zona."

"¿Cómo cuánto tendría que acercarlos?", dijo O'Jaral.

Con el carraspeo del Patín, la mancha amarillenta del pelo relumbró un instante: "Como para que podamos verlo bien."

"¿Y por qué ahora?"

"Ahora es ahora. El país despega, la economía choca con sus límites. No podemos seguir con la melodía obsoleta de la independencia nacional, aferrarnos a una forma equivocada del orgullo, ¿no es cierto? Nuestra democracia será mejor, más cosmopolita, si sabemos fusionarnos a tiempo." Con un aleteo clerical de las manos, Badaraco dio a entender que estaba improvisando. "Dentro de un par de meses va a celebrarse el referéndum sobre la anexión. Integrar el sistema Panatlántico, el grupo de los países de Punta, ampliaría enormemente la potencia de nuestra democracia. Es evidente que va a ganar el Sí, la gente ha aceptado que no sabe qué hacer con la independencia, pero nuestro consorcio quiere una gran participación y un resultado abrumador. Los resultados abrumadores generan fe. Con cada resultado abrumador la fe florece como los embutidos después de la matanza de San Martín, se multiplican las metas, se reanima el mercado. Va a haber observadores del Grupo de los Treinta y Ocho, delegados vaticanos. Queremos que sea una fiesta. No queremos aguafiestas. Los de Ravinkel..."

"Se van a oponer."

"Ja, qué craso error. Ojalá se opusieran. Ya te dije que valoramos el conflicto. El conflicto, si es leve, mantiene la tensión del mercado, claro que sí. Pero ésos no van a oponerse. Tampoco van a dejar de oponerse. No sabemos qué va a hacer esa gente. Otros lo saben, quizá. Nosotros no. Sería muy muy jodido que no se opusieran. Andan por ahí falsificando cosas, productos, propaganda de otros grupos. Tienen una doble perfecta de la presidenta, es un travestido. ¡Y encima casi no lo usan! Pensamos que pueden llamar a votar por el Sí, comprar votos incluso y reventar las urnas. Hacernos ganar por un margen demencial, humillante. Pueden acelerar el clima de los festejos, forzar una especie de orgía. O pueden apatizarlos, descubrieron una droga para eso, es fumable, nuestros químicos ya están a punto de sintetizarla. Dentro de dos días empieza la campaña; parece que preparan interferencias con imágenes raras, aberraciones. Son imágenes falsas, pero con que colaran una sola ya sería un trastorno. Peor sería que corriera el rumor y todo el mundo se pasara semanas esperando ver una imagen. Sabemos todo lo

que hacen, pero no lo que piensan hacer. Nuestro consorcio jamás interrogó violentamente a nadie. Y además no sabemos a quién interrogar, porque esta gente no tiene *estructura*, los que operan en la superficie son inofensivos, creen saber pero no saben, y si los interrogamos violentamente sueltan datos que no sirven para nada, y para conversar con Ravinkel habría que acercársele. Por eso hemos pensado en vos: la persona idónea para encontrarlo."

O'Jaral luchó sordamente con un ataque de acidez. Era posible que el Patín no mintiese, muy posible que el Galgo no hubiera cambiado. Otros métodos, tal vez, objetivos más drásticos y un idealismo más cruel, pero la misma falta de rigor. Las ilusiones malsanas de un envenenado de subjetividad. Un devoto de la acción, terco, impremeditado. El tipo era un pobre inmaduro, nunca iba a hacer nada valioso por curar el mundo, y por culpa de él venían a importunarlo.

"Ésas no parecen ideas del Galgo", dijo.

"Superponiendo la información que tenemos al preciso perfil de su hermanastro que usted trazó en su día, se obtiene una gráfica de conducta que tiende marcadamente a lo imponderable." La voz del doctor Vioth se había encendido como una bombilla de bajo consumo.

"¿Qué quiere decir?"

"Quiero decir lo que digo. Si hubiera querido decir otra cosa habría dicho otra cosa."

O'Jaral consideró las líneas del abrigo de tweed del doctor Vioth, una geometría del esfuerzo social acumulante. La halitosis del doctor era casi tangible.

"Bien, usted me está sugiriendo que no sé quién es el Galgo."

"Tiene usted", dijo el doctor Vioth, "la preparación, la inteligencia y la falta de interés por su hermanastro indispensables para actuar con eficacia. No dudo, por lo demás, de que lo hará por su propio bien."

Con un frufrú sofocado, las hojas del tilo se erizaron como si el otoño empezara a acorralarlas.

"¿Cómo sé que después no me van a vender de todos modos?"

"O'Jaral. O'Jaral", suspiró el Patín. "Una de las normas de oro de nuestro consorcio es posibilitar que todo el

mundo tenga un objetivo. Sabemos perfectamente que vos no has alcanzado el tuyo. Mientras no lo alcancés, será un objetivo. Claro que sí. Después, si hay un después, pasará a ser un aporte. También nos interesan los aportes. Pero mucho más los objetivos."

Hubo un sesgado intercambio de miradas. Aunque el Patín era poderoso, aunque lo apoyaba un poderoso consorcio, O'Jaral creía adivinarle una vacilación esencial, quizá sobre todo en la voz, ese matraqueo que intentaba hacerse fuerte en la monotonía. Él, O'Jaral, no vacilaba nunca. Había cambiado definitivamente la inseguridad por el cálculo.

Es una interrupción, nada más, pensó. Muy molesta, nada más. Había que hacer eso.

"¿Cuándo empezamos?", dijo.

"Ahora mismo", dijo Badaraco. Sacó un frasco de diezepanes, se tragó un comprimido sin agua y convidó con demasiada insistencia, como si supiera bien que O'Jaral no iba a aceptar.

Hay un momento de inercia, muy corto, como una hernia fugaz del tiempo. El Patín Badaraco tiene dificultades para abrir su maletín. O'Jaral imagina que lo ha desconcertado. Por supuesto, piensa; él no es el O'Jaral joven y desprevenido, la especie de chitrulo que el Patín conoció en otros días, ni siquiera el O'Jaral torvo y tosco que sin duda esperaba encontrarse. No obstante, el recuerdo de que Los de Arriba de Todo existen y de algún modo siguen esperando le provoca verdadero abatimiento; y mucho más la idea de que el Patín pueda contarles una mentira catastrófica.

Asimila el abatimiento. Lo obliga a diluirse en la sangre, entre pasiones más útiles. Ya empieza a recobrarse. Su fortaleza, lo sabe, estriba en no dejar nunca un proceso a medias.

Se trataba de arreglar los pormenores. Datos severamente tamizados, informes limpios de contradicciones, habían convencido al equipo de Badaraco, un equipo que O'Ja-

ral no iba a conocer, de que el Galgo Ravinkel, *como una bacteria en un enorme hormiguero*, estaba no en la capital del país sino en Talecuona, la ciudad que tanto los tecnomagnates como los consumidores y los emigrantes llamaban la Populosa.

O'Jaral debería llegar a Talecuona en tren, siguiendo un itinerario de alternativas reducidas, y bajarse donde le pareciera mejor. Si bien recibió un fajo de hojas de ruta y un plano que le pareció redundante, una vez en la ciudad el uso del tiempo y los criterios de movimiento quedarían *a consideración de su astucia*. El sistema de citas de control, que era complejo, ineludible y ajustado, no tenía por qué conocerlo. Badaraco le explicó que él mismo se le iría presentando, y que desde ese momento, lógicamente no podía aclarar por qué, O'Jaral no tenía *humana manera* de perdérsele de vista. Era imposible, claro que sí, entonces para qué iba a intentarlo, si encima podía resultarle tan perjudicial. Incluso, dijo Badaraco, O'Jaral podía quemar las hojas de ruta; lo auténticamente indispensable era el *condeptor sensitivo*, objeto que a continuación sacó del maletín y le puso en la mano. El condeptor sensitivo era una cajita de antimonio algo mayor que un paquete de cigarrillos, de apariencia hermética, con un micrófono empotrado en una de las bases, y en la otra base una rejilla para aplicar la voz, cinco botoncitos negros, un medidor y un selector de alcance regulable; una lengüeta permitía sujetarlo al cinturón. A una orden de Badaraco, O'Jaral lo dejó en el suelo y se alejó varios metros: entonces vio cómo el condeptor lo seguía, ingrávido, y a una velocidad extraordinaria se le colaba en un bolsillo. Aunque el condeptor tenía más cualidades impensables, Badaraco se ciñó a probar las comunicativas. Sacó un condeptor gemelo. Un siseo de cualquiera de los dos usuarios en la rejilla microfónica, el susurro de una sílaba, bastaba para que al otro sintiera cosquillas en la nuca, oyera una chicharra. Si hacía falta, el llamado podía resolverse en un zumbido neuronal espantoso.

A continuación, del maletín surgieron varios papeles. La probidad legal del consorcio demandaba que O'Jaral firmara un contrato. Tendría salario, dietas y un coruscante anticipo extra que el Patín le entregó allí mismo en

billetes de diverso valor. O'Jaral debería hacer declaración fiscal, cuando cupiera, y le descontarían el Impuesto a las Actividades Temporarias.

No había más que hablar. O'Jaral se tomó diez minutos para leer el contrato, entró a dejar todo en la casa y cuando salió se dio cuenta de que el Patín, y tal vez la sabandija inmunda de Vioth, lo estaban mirando como si dudaran de que ese cuerpo balanceado, esos modos sobrios y suaves, los suyos, contuvieran la descabellada historia que los había llevado a buscarlo. Le gustó que vacilaran. No bien se permitió sonreír, con todo, la mirada le chocó con una depredadora sonrisa del Patín.

"¿Qué más?", preguntó O'Jaral. "Seguramente te cruzarás con un tal Néctor", dijo Badaraco; "ése también hace sus labores. Un faccioso. No sabemos bien a qué juega, pero no importa. Se separó de la gente de Ravinkel. Te va a llamar la atención, ese Néctor. Por eso pensamos que es inocuo." La memoria de O'Jaral se comió el nombre. "¿Alguna otra cosa?" "Los de Ravinkel no tienen células, no tienen estructura. La idea es que cada cual controle a todos los demás." "Bien", roncó O'Jaral. Badaraco cerró aplicadamente el maletín y se alisó la corbata. Miró al doctor Vioth. "Resta un único asunto", carraspeó: "Muertos."

"¿Y eso?"

"No sabemos. Es una hipótesis. Pululan, no demasiado. Son de distintos grupos, con objetivos incluso encontrados, al parecer. Al parecer."

"Los muertos están muertos", dijo O'Jaral. "Claro que sí", dijo Badaraco; "pero mi obligación era transmitírtelo."

Mientras los intrusos se levantaban, O'Jaral los miró de refilón, desdeñoso de esas vidas que ningún imponderable podía fastidiar porque sólo constaban de tareas fastidiosas. La capacidad de combate que había desarrollado le daba buenas posibilidades de liquidarlos en un parpadeo, pensó; porque él estaba preparado para todo, una clase de todo inabarcable para otras conciencias. No había tenido otra alternativa. La vida entera había sido para él y seguía siendo una larga preparación. Prepararse y defender la preparación y aquello a lo que la preparación conduciría era su causa única y suficiente. Por eso no los

mataba. Era imprevisible la forma en que una nimiedad podía afectar a la única causa que tenía, la de su descubrimiento; y además lo asqueaba la muerte.

Antes de despedirse, admonitorio, el Patín Badaraco activó su condeptor. Reptando, un filigranado ruido de tiple se abrió paso desde la nuca de O'Jaral hasta los dos oídos. El doctor Vioth agachó la cabeza como si le doliera a él. La impertérrita respuesta de O'Jaral, una nueva sonrisa cálida como una cucharada de arroz hervido, hizo que Badaraco frunciera el ceño. No, no parecía haberle dolido. Lo observó buscando un síntoma de desquicio, no encontró ninguno y con cierto asombro dejó el asunto de lado. A la larga ese descuido iba a perderlo, como a tantos otros confundidos por la elegancia con que la cara de O'Jaral escondía la verdad.

No faltaba nada. Los aparecidos enfilaron el camino de tierra, de vuelta hacia algún coche estacionado por ahí, y muchos minutos después la niebla recompuesta los chupó como un lúgubre efecto especial. El llano quedó en silencio y la casita sola.

Aunque el trabajo de mantener el aplomo lo ha dejado casi exhausto, O'Jaral se impide sentarse. Ante un bombardeo tan radical a su proyecto, ante la irrupción de una sombra tan patética, la pregunta por el error propio o la justicia posible aturdiría a cualquier otro hombre; pero a O'Jaral no: ni la autocompasión ni el azoramiento figuran en el repertorio musical de su sangre, si es que la sangre interpreta alguna música. O'Jaral aplaca el temblor en la sien, se apoya en una columna y echa una mirada al sol ya alto, a la laguna picada por la brisa, oye crujir la luz de otoño y aletear la gallareta entre los juncos. Estruja un narciso y entra en la casa, dispuesto a respetar la serie de actividades que, mientras él despedía a Badaraco, un apartado ad hoc de su cerebro ha programado inexorablemente.

En lo que una vez fue sala de espera y el Editor remodeló en estudio no hay demasiadas cosas, ni siquiera todos los libros que se supondría, porque la fiebre acumulativa de O'Jaral se reduce al saber, que es impalpable. Hay

sobre todo enciclopedias específicas, obras de referencia, ficheros, hay un sillón de descanso, una mesa de lectura. Como el primer deber es terminar el capítulo que está traduciendo de la nueva novela de Mulligany, coloca el taburete frente a la mesa adosada a la ex ventanilla de información. Enciende el ordenador. El silencio abriga el mullido repiqueteo de las teclas, como una gruta el soliloquio de un eremita.

A O'Jaral nunca le ha disgustado ganarse la vida así; traducir, porquerías incluso, es una más de las obligaciones que dan vivacidad a la vida, atenúan el paso del tiempo y dejan la mente elástica para lo verdaderamente importante. Poco a poco, tal vez porque hoy es día de adiós, la peripecia actual de Melody Mong empieza a entretenerlo.

Melody Mong ha viajado a Puerto Rico a ayudar a una familia que fabrica una sustancia para deshabituar alcohólicos. Los monopolios de la bebida boicotean la distribución y han atentado contra el hijo mayor, que se está enamorando de Melody. Los frentes de combate son complejos, y en un momento crítico la mente de la heroína *se atasca*. O'Jaral pone *bloquéase angustiosamente*, porque, hombre aislado, supone que el giro derretirá a las muchachitas; y suelta una carcajada. Mulligany, da la impresión, está dispuesto a sugerir que Melody Mong es un robot. Androginia no le falta, piensa O'Jaral, que termina el capítulo y sin espiar qué pasa en el siguiente cierra el libro. Después graba el archivo en diskette, sale del programa, apaga el aparato, le escribe al Editor un mensaje proponiendo una cita urgente en Talecuona, va a buscar la bicicleta, pedalea hasta un algarrobo que hay a dos leguas, deja el diskette y el mensaje en una raíz-trampa y vuelve a la casa.

En el inseparable reloj de O'Jaral es la una menos tres, casi hora de la gimnasia en el patio trasero, bajo las uvas de la parra. Cien flexiones de brazos, por hoy, y cien de piernas. Algo de boxeo con sombra, estiramiento y respiración. Lanzamiento de cuchillo. Patadas de tae kwon do. Después, de pie frente a la mesa de la cocina, O'Jaral come sardinas con ensalada de remolacha y una manzana, masticando con paciencia, respetuoso de la dispepsia que

es su monótona compañera. Una taza de boldo, dos artículos sobre energías eólicas leídos en el sofá y veinte minutos de inmovilidad, tensos, fermentantes, mientras afuera canta una calandria y el trino purga las venas de la siesta.

No renovado pero bien dispuesto se levanta, vacía la vejiga, bebe la ración vespertina de agua. Son las tres menos veinte. Lo que cualquier tarde debería ocupar las cinco horas siguientes y una y media después de la cena hoy quedará muy reducido, O'Jaral ya asimiló la idea, porque lo reclaman otros quehaceres. De modo que se sienta ante el tablero de estudio y lee las veintidós provechosas páginas de un artículo de M. N. Biondi sobre formalización de conductas turbulentas en comunidades agrarias, un Brevísimo Tratado de Religiones del Pacífico y un folleto sobre materiales de construcción superligeros. De cada uno resume lo fundamental en el ordenador y pasa las fichas a diskette.

Las seis y media es buena hora para empezar a hacer el equipaje, aunque en realidad O'Jaral nunca se aventura en el mundo, y esta vez tampoco, con nada que no quepa en su bolso tipo marinero de pecarí. *Omnia mecum porto.*

Guarda dos mudas, cuatro pares de indispensables calcetines de algodón doble y alguna ropa más aparte de la que lleva puesta, cada cosa en una bolsa de nylon. Guarda el estuche con los patines montables, utilísimos para los embotellamientos. Aspirinas, pomadas cutáneas y rectales, digestivos, laxante, carbón y, complementariamente, un breve repertorio homeopático con su botiquín de urgencia; neceser de limpieza, aguja, hilo, botones, eso es todo. Después guarda una libreta de notas y, en un estuche acolchado, los diskettes con las fichas de los conocimientos esenciales que ha reunido y seguirá reuniendo para apuntalar la consumación de su descubrimiento, que tanto le gustaría que fuese un sistema. Son seis diskettes, una condensación grosera pero útil como ayudamemoria: 1) fundamentos epistemológicos y científico-filosóficos; 2) fundamentos socioantropológicos, históricos y políticos; 3) información técnica escogida; 4) apuntes y datos misceláneos sobre el estado de la humanidad; 5) reflexiones provisorias sobre otros sistemas; 6) casos ejemplares,

productos de la fantasía, curiosidades llamativas. O'Jaral ignora cuánto lo va a demorar el viaje, aunque confía que sea poco, y en la elección de libros intenta relegar tanto lo empalagoso como lo denso. Se decide por el *Discurso del método*, una *Semblanza de Kurt Gödell*, una *Biología de la espera*, las exhilarantes *Vidas de los santos cristianos* y su querido *Donde yo no estaba*, de Alexis Rabastain. O'Jaral compró este volumen en una librería de viejo de Bahía Blanca y nunca ha visto otro. Alexis Rabastain, muerto en 1990, era un arlesiano que entre 1956 y 1974 consignó en un enorme diario, con gracia escrupulosa, las jornadas y los incidentes menores de una invisible vida de comerciante de lencería. Rabastain tenía familia y buena educación. Era un ciudadano completo pero aspiraba a no ser nada, y en la inocencia excéntrica de sus páginas O'Jaral encuentra no se explica qué de razonable y hechicero.

O'Jaral limpia la casa y la ordena. Se ducha, y se ríe de cómo, como si fuera un personaje de Mulligany, *se restrega vigorosamente con la esponja para borrar lo que Badaraco pudiera haberle dejado en la piel*. Se corta las uñas de los pies. Se afeita. Después de cenar, sentado, mirando el noticiero continental de las nueve gracias a la parabólica que le regaló el Editor, se concede el cigarrillo relajante. Piensa que está bien corporal y psicológicamente, lúcido, fuerte con la fortaleza de lo que admite quebrarse si le conviene.

El viaje es una contingencia. Va a hacer su trabajo, correctamente porque no sabe hacer nada de otro modo, y volver a lo suyo lo más pronto posible; no: *muy* pronto.

Como tantas noches que hoy parecen una sola infinitamente fugaz, O'Jaral sale a que el jadeo sinfónico de los grillos le favorezca la digestión y el pensamiento. Baja del andén, cruza la vía, roza unas cañas, hace crujir la grava de la orilla de la laguna. El llano huele a poleo. Le parece captar el relumbrón furtivo de un pez en el agua, aunque si lo viese no vería un pez sin más, sino aleta caudal, aletas ventrales, espinas dorsales duras y adiposas, pedúnculo, agallas, opérculo, maxilar y así de seguido, elementos vinculados en un todo que es un vertebrado acuático teleósteo fisóstomo de nombre común *bagre*. Esta devoción por lo específico es la que un día le permitirá fulminar al

mundo con un rayo de síntesis elevadora. Con los dientes rechinando, con el paladar reseco, O'Jaral la ha cultivado durante dieciocho años de alerta productiva: más de cinco mil jornadas, viajes y descansos descontados, de ahínco, espera y monotonía hospitalaria. Y en un pedazo de mañana, de repente, está catástrofe. Tener que dejar las condiciones ideales, perder quién sabe cuánto tiempo.

Si O'Jaral no reconoce que está aturdido será porque no es cierto. Hace un esfuerzo. Como un promontorio que emerge sin alardes de un pantano arcilloso, el pensamiento consigue subir hacia la noche en una mente que el pasado quería anegar.

Aparta la entrometida imagen de Ravinkel y reflexiona unos minutos sobre el Patín Badaraco. Analiza los componentes de su imagen: fingida familiaridad para con él; mirada depredadora; el relajamiento incompleto del que alcanzó un escalón confortable y, como un objeto llamativo, apenas necesita cierto grado de mantenimiento. Es decir, una voluntad dura pero no muy autónoma. Nada de la calma letal del poder. Es imposible que un zanguango así tenga a O'Jaral en sus manos. Y quiénes serán los *muertos* que mentó al final, ésos que andan por ahí.

En el bolsillo, contra el muslo derecho, siente la dureza enigmática del condeptor.

La frescura del otoño le raspa las mejillas. Una avenida de azúcar cruza las sombras que bailotean sobre el agua. En la otra orilla, algo más arriba de las tacuaras del terraplén, una inmensa luna creciente descansa sobre una veta roja del cielo. Está acostada de espaldas, las astas apuntando al cenit, y está incómoda, y por eso incandescente, piensa O'Jaral; el deseo de altura la llevará a su cumbre, y cuando la haya alcanzado será una luna de alpaca pálida y glacial, y el frío la mantendrá un rato antes de que caiga como una hoja mellada. El esfuerzo es el fuego. En noches traslúcidas como ésta, O'Jaral supo sentir íntimos arañazos, dádivas anticipatorias del gran alumbramiento.

Se impone una carcajada terapéutica y le sale un sollozo.

Vuelve rápidamente a la casa. En seguida empieza los preparativos para el reposo, que siempre son largos. Hace nuevos pero breves ejercicios de estiramiento. Ordena las

cosas que usará la mañana siguiente, y muchas otras. Dispone la ropa en la silla del dormitorio. Reparte el dinero que le dio Badaraco entre los bolsillos del gabán y el pantalón, las botas y el talego sobaquero. Orina. Se lava los dientes y las manos. Bebe cuatro sorbos de agua. Se asperja el vientre con agua fría, medida relajatoria. Confirma que la llave del gas está cerrada. Va a la pieza, abre la cama, se desnuda, se pone una camiseta. Vuelve al baño y orina. Un trago más de agua. Se mete en la cama boca arriba y, tras varios movimientos en busca de cierta comodidad, abre su volumen de *Donde yo no estaba*. Las once y cuarto. Con el mismo placer que sentiría si una mano muy seca le acariciara la frente, lee un párrafo cualquiera del comerciante de lencería Alexis Rabastain. Éste:

> "*14 de febrero*. Hoy por la mañana, cuando nos levantábamos, mi mujer me dijo que le ha llegado la regla. Durante el desayuno hablamos de la mano de pintura que necesitan los marcos de las puertas de la casa, y entendí que ella se explayaba, tanto para ocultar los dolores que la molestaban, como para ponerme muy de manifiesto que los tenía. Esta repercusión doble de sus dolores periódicos me dejó admirado, al igual que siempre, y más tarde, por la calle, medité sobre los malentendidos que derivan del papel social de la voluntad. Era un día de lluvia fatigosa y ráfagas inesperadas, y en el Boulevard des Lices el paraguas me impidió ver..."

Transido de placer, O'Jaral se desliza por las líneas; pero a los treinta y cinco minutos una orden lo interrumpe: mañana espera el mañana y no se puede ofenderlo con un descanso insuficiente. O'Jaral va otra vez a orinar, vuelve, apaga la luz e intenta aflojarse. Múltiples comezones, escozores, sorpresivas puntadas se turnan entonces para morderle varias zonas del cuerpo, formas del miedo, avisos de que el esfuerzo es largo y el resultado incierto, y O'Jaral, que está habituado, se rasca procurando no agi-

tarse. De todos modos se desvela, y siente pasar los minutos, y como todas las noches acepta que no dormirá todo lo que debería. Una hora y media después los escozores menguan. Pesa la fatiga, pero no el sueño, entre el murmullo insano de la soledad.

De costado, sobre el brazo izquierdo doblado; boca abajo, la cara hacia la derecha. Ninguna postura interrumpe el pensamiento ni la rabia contra la arbitrariedad de la calma ni la desesperación por el gasto de tiempo. Indómito, el pensamiento de O'Jaral se pregunta si no habrá incumplido alguna tarea y el insomnio no será un castigo que la parte fiable de él mismo le impone a la enferma; si en estas condiciones su esfuerzo de años dará resultado; si será un resultado reconocible o una supuración borrosa; si a los casi cuarenta años no habrá cruzado ya el umbral de la inutilidad; si podrá pagar lo que el destino le cedió como promesa; si Los de Arriba de Todo no averiguarán pronto que ha tenido que salir a exponerse; si podrán detectarlo. Se pregunta tantas cosas que las respuestas ausentes se aglomeran y se hinchan y pesan como un cielo que relampaguea sin descargarse nunca en lluvia.

Desesperado porque va a ceder, O'Jaral respira hondo y acepta recurrir a su consuelo inconfesable. Piensa en invertebrados; imagina una gran porción de agua de agua de mar, celeste, celeste, donde las radiadas anémonas miran desdeñosamente a movedizas familias de paramecios, mientras las medusas, melosas, iridiscentes, pasan flotando ante los chismes de la estrella y la admiración de la esponja vidriada. No falla. Colmado de imágenes plácidas y silenciosas, O'Jaral consigue dormirse, y por unas horas el alivio vergonzoso de no ser.

II

Y ahora era otro día, y el sol ya le arrancaba vapores al campo aletargado, y un tero se comía una lombriz mientras O'Jaral pedaleaba por una huella perpendicular a la vía dejando atrás la casita, el alambre adecuadamente electrificado, el tilo, la movediza plata de la laguna. Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho. La huella subía lomas donde saltaba la araña o palidecía el romero. Veintidós veintitrés venticuatro veinticinco veintiséis. O'Jaral, pantalón de gruesa sarga gris, gabán azul marino, no contaba pedaleadas sino respiraciones, de modo que la cifra que iba a coincidir con el final del trayecto fuera menos abultada. Aunque el bolso de pecarí fuera adaptable, algo había, un frasco a lo mejor, que se le clavaba en un riñón; pero no era cosa de frenar, porque bien valía la pena una ligera molestia con tal de llegar antes. Doscientos treinta y cuatro doscientos treinta y cinco. Por un viejo puente de cemento la bicicleta cruzó un arroyo, sorteó un barranco, y aunque las piedras la hicieran tambalear O'Jaral no perdía el ritmo, esquirlas de sudor en los párpados.

Sobre las mil seiscientas setenta respiraciones, lo sabía, avistó el monte de eucaliptus que medio escondía las ruinas de un chalet. Al fondo, enfrente de donde había estado la despensa, una escotilla disimulada con tierra se abría con un chip, y daba paso a un sótano donde O'Jaral dejó la bicicleta. Salió, cerró la escotilla, la cubrió y se puso en marcha. En la otra linde del monte la huella iniciaba una curva de una legua de largo. Caminando entre pajonales con el bolso terciado, una hora después O'Jaral llegó a la estación de Ontivarre, tan caída en la inmensidad como la casa donde él vivía pero conectada con el Ferrocarril del Este.

Sobrevino una larga inercia del tiempo, durante la cual O'Jaral leyó a Descartes para no conversar con el chismoso vendedor de boletos. A las cinco de la tarde, como una proyección de los deseos de la tierra, llegaron resollando una locomotora y un vagoncito. Tres indios con poncho y gorras de béisbol, tuertos los tres, acompañaron jugando al tute los sedentes pensamientos de O'Jaral, que a las tres horas de viaje y estufa de carbón, con una impaciencia embotada, llegó a Brigadier Mardones. Era una estación ya respetable del Nuevo Ferrocarril General del Litoral y el Interior, y el tren que venía de la capital e iba a Talecuona, le informaron en la ventanilla, pasaba a las cuatro de la mañana.

Como un funcional monumento estoico, la estación Brigadier Mardones opone una indiferencia de vidrio y aluminio a los contrasentidos del viento pampeano. Tiembla un poco, no obstante, mientras alrededor avanza un crepúsculo nublado, y O'Jaral toma un café, va al baño, explora el famélico quiosco de prensa. En los estantes hay revistas de coches o de amor, pornografía clasificada según los órganos protagónicos, fascículos de historia de la aviación, novelas y vídeos de Mulligany, una pila de *Consejos de un adicto al sol*, sobre todo magazines de chismes, nada que exceda, piensa O'Jaral, el plan de reducir la realidad o adornarla hasta que no se vea. En los bancos de la sala de espera viajeros con bultos dormitan como paquetes, gente hecha a las tardanzas, al olor a acaroína y fritanga y a su propio olor a carne relegada. Al confuso ritmo de la música ambiental, un gran televisor bifronte, colgado del techo, divulga imágenes de deportes de invierno, de danzas eróticas de los pueblos del mundo, y más tarde un noticiero. O'Jaral exhibe su apostura frente a una monja, aunque en seguida se aleja porque le nota algo de funcionaria disfrazada.

Sale al andén, lo recorre hasta una punta y apoyado en una cerca echa la última mirada al llano desierto, ese lugar para los fuertes donde el pensamiento no puede consentirse soñando con lo que hay atrás de las montañas. ¿Triste de dejar eso?

Por favor, ¿triste O'Jaral?

De repente empieza a llover y el ocaso se estira en un lúgubre rumor violeta.

Otra vez en la sala de espera, O'Jaral se examina la mente. La encuentra dividida en poliedros toscos, irregulares, como el lecho de un río agrietado por una larguísima sequía. Preocupado entonces, se sienta y sacando una libreta del bolso se pone a estudiar algunas consecuencias del teorema de Gödel, páginas que, torturadamente, discuten si es cierto que ningún sistema formal puede justificar desde adentro todas las verdades que propone. En el cerebro de O'Jaral se animan las señales de reingreso entre grupos neuronales. Por la mente le empieza a correr un agua vivificante, es la virtud de la palabra sistema, y a medianoche puede descansar un rato porque no ha visto ningún sospechoso. Ahí está O'Jaral en el banco,

reconcentrado y solo
flor galvánica de un árbol sin tronco,
hijo de nada.

El Lapachu-Ranta era un tren moderno ya venido a menos. Entre corrientes de aire y el hollín narcótico de la calefacción, entre ventanas claveteadas de lluvia y siluetas siamesas que roncaban en la penumbra, O'Jaral se había acomodado en un asiento casi limpio al borde del pasillo. No bien puso el bolso en la parrilla, se congratuló de la decisión: en todo el vagón a medias lleno no había un espacio que menos suspicacias pudiera despertar ni más sensatamente seguro. A su derecha, sentados como él de cara a la marcha, había una mujer de tez salina y pelo de nutria que hablaba de perfil con un hombre reticente, el marido, y por sobre el hombro con dos chicos que jugaban en el asiento de atrás. Enfrente tenía un lugar vacío y los otros dos aquietados por la afable fragilidad, eso pensó O'Jaral en un rapto, de una pareja mayor. De todas esas personas ninguna dormía ni parecía haber dormido; la lluvia rumoreaba; la luz de noche era débil pero insistente. Atrás, alguien masticaba. En el reloj de O'Jaral eran las cuatro y cincuenta y siete, pero en el vagón el tiempo se endurecía entre las bocas resecas, con la sofocada calma de un enfermo crónico.

La mujer de la derecha le preguntó si afuera llovía mucho. Al mismo tiempo le tocó el brazo, y O'Jaral tuvo que accionar varios controles para no traslucir un pastoso sobresalto: era como si se le hubieran fundido algunos vasos o huesos, como el inicio de una lasitud total. Tragó saliva. Sin mirar a la sujeto que le había producido esa descarga tan rara, contestó: "Tanto como lo que se ve desde acá." La mujer y los otros tres se rieron y él, reconfortado, razonó que habían estado esperando una presencia motivadora para animarse a conversar. Y empezaron, aunque O'Jaral no creyera que conversar fuese posible, o la comunicación, débiles como eran las palabras, más placentera que el retraimiento.

Hablaron de cómo estaría el tiempo en Talecuona, y de que la ciudad tenía fama de inundarse, y del espantoso sistema cloacal que había construido un urbanista danés, y entonces descubrieron que todos iban ahí, los cinco, más los chicos, y O'Jaral, que procuraba lograr un equilibrio entre participación y prescindencia, tuvo bastante éxito porque parecía que sobre todo le hablaran a él; y en realidad él ya había sabido que iba a tener éxito, porque siempre era lo mismo, aunque en el fondo él despreciara ese parloteo trivial. Relajó los muslos, que ya se le empezaban a entumecer. Se preguntó si alguno de ésos le serviría de algo, si la charla arrojaría una pista útil.

El tren frenó en una luminiscencia demacrada, nimbo de un tinglado de madera con una barrera y un cartel: Capellán Virasoro. En la cabecera del vagón, encima de la puerta, un reloj digital indicó pasajeramente las 5.38, y una pantalla de colores empañados empezó a proyectar noticias, imposible saber si recientes porque el sonido no funcionaba.

En el grupo hubo presentaciones, sostenidas por el regular bamboleo de los torsos. La disolvente mujer que O'Jaral tenía al lado se llama Gracia Calisandru y su marido Tulio, no se supo si a secas. La señora mayor, Natalia de Gamudio. A su compañero, que se presentó como Edmundo Gamudio y era *doctor*, O'Jaral se impuso en seguida llamarlo *Don* Edmundo, intuyendo que, como un talismán canoso, ese hombre encerraba una promesa de elevación inaudita. Por su parte él decidió presentarse

como Luis Carlos O'Jaral. Los Gamudio debían ser los únicos pasajeros del vagón que tenían ropa y dentadura decente; además tenían lentes, los dos, pero no por eso perdían la humildad. En el pullover azul marino de don Edmundo relucían unas miguitas enternecedoras.

"Lluvia", dijo la Calisandru agitando las manos, "puede caer toda la que se le antoje, y bien que cae. ¿Entonces no es una sonsera, pienso yo, preocuparse por la lluvia?" "Entre dos gotas de lluvia siempre habrá un lugar donde estar bien", farfulló el marido. Ella tapó el estupor de los demás meneando suavemente la cabeza, como si de un lado le pesara la piedad y del otro la alegría. "No, Tulio, no es eso. Digo que en Talecuona habrá que prepararse para otras cosas. O no prepararse, sino ir recibiendo lo que sea." "Si lo dice por la campaña del referéndum", terció el benévolo doctor Gamudio, "yo creo sinceramente que no hay que preocuparse. Tampoco por la agitación popular. Puede que el referéndum se postergue, puede que no. Podemos lamentarlo, pero la anexión del país al grupo de Punta ya está decidida; se decidió en las grandes alturas, por así decir. Incluso nos han adjudicado número, ya: seremos el miembro trigésimo noveno. A los ciudadanos corrientes la decisión no nos compete, por mucho que votemos o que no votemos. Yo creo que no podemos vivir al ritmo de una política ramplona. ¿Independencia nacional? Ésas son minucias: la dignidad nos invita a mirar más lejos, más alto, con ideales más abarcadores. Que nos llamen egoístas; nosotros sabemos que trabajamos por una solución superior."

Un poco conmovido, O'Jaral se preguntó quiénes serían esos Nosotros: ¿estoicos inamovibles, heraldos de una superpolítica? Natalia Gamudio, una viejita con aire de dama excluida, codeaba levemente al doctor. "Edmundo, Edmundo, ¿siempre mirando más lejos, más allá? ¿Y la vida con olor, y con carne, y con mañanas y tardes? ¿Y la gente que mientras tanto aguanta y se carcome? Supongo que Gracia hablaba de lo dura que está la calle, ella tiene hijos, y de la desorientación general, y de los disminuidos físicos que están matando" "¿Matando?" O'Jaral se alegró de que Tulio se le hubiera adelantado. "Sí, Tulio, matan a los tuertos, los rengos, los doblados y a los que viven en la

calle, cuántas veces querés que te lo cuente", dijo la Calisandru. "No a todos, señor", tranquilizó a Tulio la señora Gamudio: "Ni siquiera a muchos. Pero..." "Por eso hay tantos que se esconden en las cloacas", dijo Gracia. "Cloacas, se cabe bien en las cloacas", dijo Tulio: "Se entra por un tubo."

O'Jaral intentó evadirse analizando la borrosa monomanía de ese hombre; era buen mozo, de ojos verdes, boca varonil, tremenda nuez de Adán. Pero eso a él qué le importaba: no debía evadirse, no debía.

"¿Cómo se puede llegar a ese grado de bestialidad?", se preguntó en voz alta la señora Gamudio. La pregunta provocó merecidos silencios incómodos de su compañero y de Gracia Calisandru, que demostraba no ser opaca. O'Jaral vio la ocasión de incidir: "El miedo a los otros es un poderoso nexo de unión, más si son pobres y muchos, señora", dijo; "y cuanto más fuerte es la unión, y más cantidad logran ser los unidos, más posibilidades tiene el miedo de volverse exaltación, ardor, exuberancia. Una buena manera de descargar el ardor es aniquilar a los otros. Así es la masa, señora, la bestia que todos llevamos adentro. Hay masas de millones, de tres personas o de una sola. De eso tiene que cuidarse uno, de volverse masa." "¿Y cómo?" "Estando permanentemente alerta, pensando hasta que el cerebro sangre." El doctor Gamudio, todo lentes, asintió categóricamente como si aplaudiera con la quijada, pero Calisandru se volvió hacia O'Jaral con una sonrisa tímida. "Mire, perdone, ¿pero y si una no se cuida?", preguntó. "Si uno no se cuida", intervino el doctor Gamudio, "el miedo lo penetra y lo domina. Hay que cuidarse del miedo; todas las horas, todos los días." "Pero eso es un trabajo horroroso", dijo la Calisandru; "y encima el trabajo de horrorizarse. ¡Uf!" "Bien, mil perdones", intentó congraciarse O'Jaral, y pensó que esa mujer no era nada graciosa, si es que lo pretendía.

Le crujía una cervical, tanto como para temer un pinzamiento; se preguntaba cómo a los demás, hacinados como estaban ahí los cinco, no les dolía la cabeza. Cerca, un pasajero gritó en sueños y otro destapó una botella.

Desde su somero destierro, Natalia le preguntó a Tulio a qué iban a Talecuona. La Calisandru le explicó que Tu-

lio se había quedado dormido con los ojos abiertos. Era uno de los síntomas de la enfermedad, una especie de descalcificación elástica, que se le estaba agravando desde que había estado a punto de matarse por salvar a otro albañil; se habían pasado casi diez minutos colgando los dos sobre cincuenta metros de vacío, Tulio agarrado con dos brazos al caño de un andamio, el otro agarrado a la cintura de Tulio. Ese romance pavoroso había dejado a Tulio con muy poco calcio; era otra forma de matar que tenían los sustos. Como en El Naranjal, donde vivían, los médicos no hacían con las radiografías otra cosa que alelarse, ella y los chicos habían resuelto ir a Talecuona a buscar un especialista que curara a Tulio. Habían realquilado la casa. Ella era la segunda mejor cocinera de El Naranjal y se consideraba despabilada, iba a conseguir trabajo, a los chicos los acomodarían con unos parientes. Tenía confianza en encontrar un remedio antes de que Tulio se le extinguiera, porque lo feo de la enfermedad era que se le estaba encogiendo el cuerpo, ya medía seis centímetros menos que antes, tenía que arremangarse un poco la ropa, y ella lo notaba, confió en voz baja como para no despertarlo, aturdido de tristeza. De pronto Gracia se rió. La vida era *pérfida*, ¿no? Pero estaba segura de que Tulio iba a curarse, y ella no dejaría de quererlo porque fuera un poco más bajito. "¿Y ustedes, doctor Gamudio?"

La Calisandru había girado la cara y O'Jaral la vio reflejada en el vidrio como un retrato en un velador de rafia. Entre sombras de vino y de musgo, la sonrisa de esa mujer difundía una luminosidad bastante ofensiva y lo afectaba, lo ablandaba, como antes el calor de la mano, como hacía un momento la voz serena. Melena negra en desorden, breve nariz de dragón chino pero calma reserva en los pómulos grandes: O'Jaral quería resolver en seguida qué preguntaba la cara cruda y maquillada, quién le había puesto esa mujer vulgar al lado y, si la había puesto alguien, con qué fin. Para hacerse más angosto cruzó los brazos y escuchó a Don Edmundo. Afuera ya no llovía.

El doctor Gamudio era especialista en física estadística. Después de treinta años de docencia en universidades europeas había vuelto al país a culminar lo único que de

veras lo hacía feliz, un capricho literario, una investigación tan erudita como inútil sobre Tobías Brockbank, ese oscuro compinche de Christopher Marlowe que quizás había escrito la obra de su amigo y parte de la de Shakespeare. Gracia dijo que no entendía nada de nada. El doctor Gamudio le explicó que Christopher Marlowe pasaba por ser autor de una obra de teatro llamada *La trágica historia del doctor Fausto*, que había sido espía de la reina Isabel de Inglaterra, jugador, seguramente bisexual y había muerto en una riña de taberna. "Mhhm", dijo Gracia. El doctor Gamudio añadió que de todos modos eran exquisiteces sin importancia y siguió hablando para O'Jaral. Varios eruditos mantenían que el bueno de Toby Brockbank era un invento de Marlowe, pero el doctor confiaba en demostrar, en el momento culminante de su estudio, que Brockbank había trabajado con Marlowe para los servicios secretos de la reina, conversado largamente con Walter Raleigh y Giordano Bruno en una taberna del Londres isabelino, introducido la leyenda de Fausto en Inglaterra, escrito la obra homónima y otras y probablemente asesinado a Marlowe. Gamudio tragó aire.

Entre borrador y notas, intervino Natalia, Edmundo había acumulado más de mil páginas. Estaban todas en el maletín que ella tenía sobre las rodillas. Edmundo había hecho el trabajo por placer y una vez terminado no le habría importado quemarlo, así eran los científicos, pero ella había hablado con un editor que los esperaba en Talecuona. O'Jaral asimiló de buena gana la peligrosa admiración que le había alterado el pulso. En las provectas arrugas de don Edmundo vio el paisaje de una síntesis emocionante: quasares y drama inglés, ciencia y humanidades. Humilló la voz para decirle que él había leído los panfletos herméticos de Brockbank y que, aunque le parecían groseros, en la prosa había algo de la fuerza del *Fausto*; y se disculpó por no haber sabido hasta ahora que Brockbank no era un seudónimo. El doctor Gamudio lo felicitó catedráticamente y se felicitó de la coincidencia. Prohibiéndose sentirse halagado, O'Jaral le dijo que estaba a su disposición para lo que quisiera en Talecuona. "¿Y usted, Luis Carlos, a qué se dedica?", preguntó de golpe la Calisandru.

Devuelto a sus escabrosas perspectivas, O'Jaral se mojó los labios: "Soy traductor comercial, y diletante. Un don nadie."

En el vagón arreciaban los bostezos. Gracia sacó una bolsa de fruta y como sus hijos dormían los acarició lentamente y repartió unas manzanas entre el grupo. O'Jaral limpió la suya con disimulo y rigor, y en eso la ventana se colmó de lucecitas como caspa en un ala de cuervo, y un rato después el tren paró en Río Verde. O'Jaral no vio ningún sospechoso, pero cuando ya arrancaban una muchacha muy alta entró en el vagón, cautelosa, resbaladiza en su tambaleo, y se sentó frente a él con la mochila sobre las faldas. Era desmesuradamente flaca, como hecha de varillas de marfil, pero el pelo corto, la boca gruesa, la frente ancha y prominente tenían un brillo de ámbar claro. Mucho más abajo de la falda del traje de franela gris, remendado en varias partes, las rodillas puntiagudas habían roto las medias. Sacó una aguja y un ovillo y se puso a hacer crochet, subiendo de vez en cuando los párpados pesados para atisbar a O'Jaral. El efecto, para O'Jaral, era de lenta intoxicación.

Después de contarle cómo se llamaba cada cual, la Calisandru invitó a la chica a que se presentara. "Yola, me llamo Yola", dijo una voz profunda, más segura que el pecho escuálido. "Soy agente de seguros, pero mi vocación es la danza." "Cuando una baila, siempre está en otro tiempo", festejó Gracia. Yola sonrió: "O en el presente más puro. En fin, voy a Talecuona porque mi empresa me traslada. De noche pienso actuar en un cabaret, un lugar muy raro, muy moderno. Y voy a dedicar todo el tiempo que me sobre a boicotear el referéndum. Yo quiero vivir en un país independiente." O'Jaral no pudo evitar imaginarse el costillar de la chica bajo un mallot. Era algo más que intrigante, y a lo mejor útil. "¿Por qué?", preguntó. "Porque es una estafa", dijo Yola. "No", dijo O'Jaral. "Pregunto por qué anunciás el boicot. Se diría que así pierde eficacia." "Bueno, el secreto tampoco es muy efectivo", dijo la Calisandru. Los sensibles párpados de Yola se alzaron hacia O'Jaral. "Además, no tengo por qué haber dicho la verdad." "Verdad es cualquier cosa que se diga; lo contrario es el silencio." Aunque ni O'Jaral en-

tendió lo que acababa de decir, Don Edmundo y Natalia y Gracia se rieron con ganas, con repentino cariño, y Yola le hizo a O'Jaral una morisqueta antes de enfrascarse de nuevo en el crochet. Gracia le preguntó qué era el dibujo. "Con esta luz no se ve, pero es el número diez. En el Tarot, el diez es la Rueda de la Fortuna." Mientras nadie comentaba nada, O'Jaral almacenó ese mensaje ramplón, no para descifrarlo sino para decidir, cuando cupiera, si había sido un mensaje.

"¡Qué casualidad!", murmuró Gracia. El doctor Gamudio le sonrió caprichosamente: "Me gustaría saber a cuál se refiere", dijo. "Me refiero... Digo que es una linda casualidad que estemos todos juntos acá, yendo al mismo lugar a hacer cada cual su cosa." "A lo mejor no es casualidad", dijo Yola. "¿Entonces qué, estaba escrito?", dijo Natalia. "En principio", le dijo O'Jaral a Gracia, "no veo la relevancia". "No sé", dijo ella; "digo que para alguno de nosotros, el hecho de haber conocido a cualquier otro de nosotros puede cambiarle la vida, ¿no?"

O'Jaral se debatió contra las inconducentes ganas de zanjar la cuestión, sobre todo porque no habría sabido zanjarla, no todavía. Fulano, por ejemplo, habría dicho que ese encuentro había sido prefigurado para un bien que a la larga se haría manifiesto; Mengano, que todo podría haber sido de muchas otras maneras; Zutano, que detrás de toda coincidencia humana estaba el trabajo del deseo; era imposible saber qué tenía que aportar a la cuestión el Patín Badaraco y él, O'Jaral, solamente sabía que era indispensable un sistema, una constelación de ideas elástica y sencilla que viniera a acallar el desquiciado, continuo, estrepitoso choque de los sucesos. Mirar la mirada reconciliada del doctor Gamudio le devolvió la confianza. "No quiero apenarla, señora Calisandru, pero cualquier sistema viviente está tan cerca del caos como del diseño regular."

Las aletas de la nariz de Gracia se dilataron y en los ojos brilló una sonrisa inexplicable. "Usted, Luis Carlos, me cae muy bien. ¿Pero por qué se esfuerza tanto por que lo admiren?" "Caray...", se enardeció el doctor Gamudio. "No es justo...", protestó Yola. Pero Gracia les cerró el paso. "No, si lo digo de corazón. Espere, déme un mo-

mento..." Despavorido de ver que Gracia le agarraba la mano, O'Jaral fingió expertamente que se la cedía con gusto. *Tranquilo*, oyó decir, a ella o a Yola, y afirmó el pulso. "No piense que soy una bruja. No. ¿Sabe lo que veo, Luis Carlos?" "¿Qué ve?", dijo Yola. "Veo que la línea de la vida no es ni larga ni corta, que no va a tener enfermedades graves pero sí dolores. Veo que hay un viaje largo; no sé por dónde, quizá por... no sé. Hay mucha dedicación, mucha mucha tenacidad, como una tormenta de tenacidad. Pero va bien encaminado. Yo creo que va a haber un premio, una recompensa, algo así." O'Jaral ofreció una risa complaciente que le hirió las comisuras. "¡Epa! Se ve que tiene éxito con las mujeres y en el juego", siguió Gracia. "¿Le gusta jugar? Mire, incluso parece que hubiera... una cosa misteriosa." "Uy, qué difícil de creer", dijo Yola. "¿Pero cómo que no...?", dijo Natalia. "Pero también se ve sangre; aunque sobre todo hay un esfuerzo tremendo. Todo muy costoso, muy cuesta arriba, una vida durísima. Lo que puede aliviarle algo las cosas es que usted le cae bien a los demás. Claro que al mismo tiempo es muy independiente, siempre fue así, incluso exagerado. Usted no quiso enterarse, pero algunos se hicieron ilusiones y usted no las cumplió. Usted es una persona que puede lastimar, perdone, lo lamento. Pero no se preocupe. En general le va a ir bien. Parece que no hay remedio."

Reclinándose con un suspiro, la Calisandru soltó la mano. Debajo de la máscara un poco alelada había otra expresión que inquietaba a O'Jaral, un fondo de ensueño quizá falso, quizá realmente placentero. "Bueno, bueno. Le agradezco todo muchísimo. Lo que haya acertado y lo que no", dijo O'Jaral luchando por no meterse la mano en el bolsillo. El aliento de la mujer, que olía a almizcle, le había abierto un agujero en el pecho. Yola le pidió a Gracia que ahora le dijese la fortuna a ella, y Natalia también se anotó, y disculpándose cortésmente O'Jaral se escabulló del hiperbólico ser femenino rumbo al final del vagón.

Entra al baño, cierra la puerta y sentándose en el inodoro se palpa el esternón como si quisiera tapar un escape de

humores. Sin embargo, el tráfico es sobre todo hacia adentro. Hervores de maleza descompuesta, la corrosión de una oscuridad destrozada, como si hubieran intentado cambiarle los conceptos por una baraúnda de imágenes. Saca cepillo y pasta y se lava los dientes, y con el vaivén familiar de su mano llega a la conclusión razonable de que en esa mujer no ha habido intención destructiva sino simple necedad. Lo extraño es que la simple necedad puede marearlo, no siendo cosa de él. Porque O'Jaral está mareado, con náuseas y todo, y se metería los dedos hasta la glotis si tuviera en el estómago algo que arrojar. El mundo es promiscuo, oleoso, perentorio, está repleto de gente que cree que dos miradas pueden intercambiar algo sustancial. El mundo, verdaderamente le hacía falta corroborarlo, corre el riesgo de volverse una gran superchería.

Se está enjuagando la boca cuando golpean la puerta. Es la chica llamada Yola. Aunque acusa la sobrecarga en las arterias, O'Jaral se peina y, en el momento en que entreabre la puerta, el confuso olor del mundo se cuela por la rendija. Casi pura boca, la huesuda cara de Yola le pregunta si ya se siente bien. "Ah, muy agradecido. ¿Pero quién te dijo que me sentía mal?", replica O'Jaral. "Te lo noté en la mirada. Creo…", los párpados de Yola abanican los ojos sediciosos, la sonrisa descubre los dientes mal cuidados, "creo que esa mujer estuvo un poco agresiva". "En absoluto. No tengo por qué tenerla en cuenta, pero fue un momento muy simpático." Yola le mira el pecho; O'Jaral también se lo mira.

"Bueno, perdón", dice ella; "pero no sé por qué, o sí sé, creo que puedo ayudarte".

"En el muy hipotético caso de que un traductor necesite ayuda", dice O'Jaral, y tolera que ella, a último momento, le pase un papelito con un número de teléfono. Cierra la puerta. Por las dudas, se guarda el papelito en el calcetín. Al agacharse siente un vahído. Desde el bolsillo de la camisa, como si hiciera falta, la dureza animada del condeptor le recuerda una perspectiva de sumisiones y descarrío. Piensa en el disimulado sofoco que detectó en Yola y asocia: bola histérica, palpitaciones, líbido alta: homeopáticamente, una *moschus*; pero, pero, hay en los ges-

tos de la chica cierta deliberación. En cuanto a la Calisandru, el peligro no es político. Probablemente una *lachesis trigonosephalus*, quizá parafrénica. Forzado por las dudas, O'Jaral acepta que tiene que templarse más, que la razón del vahído es que le faltan sus libros y su gimnasia, que lo han arrancado de sus costumbres como a una fruta inmadura de la rama que aún debe endulzarla. Va a ser difícil, piensa; y se mira en el espejo y sólo entonces advierte el bulto de una inopinada erección. Rehúsa buscar el motivo. Rápidamente se dice que eso está ahí, como el viaje, como Badaraco y el trámite molesto que ha empezado a cumplir, pero cuando se apresta a eliminar el obstáculo, con los pantalones ya bajos, recuerda un ejercicio interesantísimo, una variedad oculta de técnicas autógenas. Se trata de controlar la energía mediante respiraciones cortas y continuas, y reconducir la líbido de la zona pubiana al coxis, del coxis a tramos más altos de la columna. En un rato O'Jaral, fuego helado y sudor,

siente el empuje ascendente de la kundalini, la fuerza recluida que parece forastera,

y las piernas dejan de pesarle, se extinguen los hedores, la mente elimina deshechos, y en los espacios desocupados ni siquiera el destino consigue implantar sus acuerdos, quizá

porque algo lo invoca desde arriba, como si el techo se abriera y dejara ver un vals de lluvia cesante, la magnificencia de unas nubes ordenadas, viento que las guía llevándose las predicciones,

viento que proyecta su propia nave y crea el necesario trinquete, y una tripulación entera como un triunfo que remedia la penuria y anula ya los titubeos,

y quizá le vacía, le vacía la mente de todo contenido

cuando

de pronto el tren da un bandazo, O'Jaral se estrella el hombro contra la pared y al dar vuelta la cabeza ve, por el vidrio opaco de la ventanilla, un desfile de luces anaranjadas. ¿Para qué aparecen? Él lo sabe: para impregnarle nuevamente la frente de conciencia. Son el mundo.

Sacude la cabeza, vuelve a sacudirla y se sube el pantalón. O'Jaral acudirá a la convocatoria del nuevo día, por preñado que esté de opciones aburridas.

De vuelta en el asiento avivó una conversación que se iba agotando en somnolencia y cuando vio pasar el robot del café pagó una ronda para todos. De Yola no extrajo información importante, pero pudo acariciar someramente las húmedas cabezas de Tulito y Raulito, los hijos de la Calisandru.

Hacia las diez, las ventanas de los dos lados empezaron a asimilar fábricas amortajadas de humo, negruzcas manchas de pasto, caseríos de lata emboscados entre dunas de basura. Era el extrarradio de Talecuona, estribaciones de una idea urbana fija pero encumbrada, hilanderías y tambos, excavaciones, cablerío, tolvas de fábricas de cemento, la antorcha de una refinería ardiendo entre torres de alta tensión y el humo tormentoso de las papeleras. Cuando la gente ya empezaba atascar el pasillo del vagón, O'Jaral abordó al doctor Gamudio.

"Don Edmundo, me gustaría rogarle que no se le ocurra quemar su trabajo. Termínelo, por favor, y haga lo posible por publicarlo." Gamudio le dio la mano. "Mire, Luis Carlos, yo hice ese estudio por placer, para llenar el ocio sin tener que mirar las salvajadas de este mundo. La verdad, no sé qué decirle. Pero gracias por sus conceptos. Intentaré hacerle caso."

Después de mirarse un momento, se dijeron Hasta siempre y O'Jaral pensó que era una lástima despedirse de una de las pocas cosas que siempre había anhelado: los servicios de un maestro. Se bajó en Talecuona Norte.

III

Alguien, peones de cabeza gacha, de guardapolvo encubridor, fregaba las baldosas de la estación dejando en la madrugada del hall un tufo a acaroína que anulaba olores más recios. Con el bolso de pecarí en bandolera, O'Jaral se escabulló del bamboleo de la masa y por una galería forrada de pantallas, simulados debates sobre la conveniencia de la Anexión, salió rápidamente a la calle. La estación se abría a la avenida Ribalta, consistente sobre todo en grandes baches. Desde el viaducto que la sorteaba O'Jaral oteó el panorama de enfrente, una gran explanada de barro donde tupidas colas de trabajadores apenas se movían entre el ronroneo de los ómnibus; cada cola empezaba en una parada y cada parada estaba en una plazoleta de cemento, pero el humo de los motores recalentados tendía un velo vibrátil y en esa trama una realidad más sustancial, morosa y reiterativa, parecía uniformar todas las cosas para decidir tiránicamente en qué ciclo colocarlas. No era el caso de O'Jaral, que basaba su independencia en una vista capaz de discernir a cien metros el número, los colores y la ruta de un ómnibus. Ahora veía incluso los decaídos cuadros de pasto que más allá amenizaban una especie de parque y la Torre del Norte con el titilante reloj digital. *Todas lastiman; la última mata*, decía la leyenda, y el reloj marcaba las 19.27; pero en el de O'Jaral eran las 6.33, y lo cierto era que una claridad de caramelo empezaba a realzar una remota cadena de plantas incineradoras. Todavía en el viaducto, O'Jaral compró un agua mineral, tortas fritas y una lonja de jamón y desayunó apoyado en la baranda, amparándose en el calor que le conservaba el cuerpo. Media hora después un sol robusto cuajó la humedad en una profusión de motas doradas, movedizas pepitas suspendidas sobre una

actividad de puestos precarios, de hules que ofrecían herramientas, calendarios, infusiones, cassettes, ropa interior, crucifijos, de mesas plegables para evacuar consultas espirituales y proponer confesiones, de persianas chirriando en los negocios de la avenida. Casi al mismo tiempo, a la derecha del viaducto una pantalla gigante desplegó un anochecer en Manila y su gemela de enfrente un amanecer, otro, en una Talecuona Norte del futuro; después empezaron las noticias.

No bien la mañana le frotó la cara, O'Jaral comprendió que a partir de ese momento todo se iba a hacer más rápido, no tanto porque el tráfago pudiera alentarlo como porque en la ciudad, con el número apretado de incidencias, las decisiones se aceleraban solas naturalmente. Bajó a la explanada, surcó las colas y se metió entre los vendedores como un arqueólogo en un pedregal, buscando un objeto que le condensara las ideas, la hilacha de un rizo de alguna de las redes sociales en donde debía insertarse. Al costado de los puestos, en una zona de juegos, la guardería ambulante que habían levantado unas indias cobijaba, en cajones de fruta forrados de colchas primorosas, una colección de bebés nada molestos con el bailoteo del sol de otoño. O'Jaral miró cómo un guardaespaldas, quizás el administrador de la institución, palmeaba sin alevosía y sin indiferencia la culata de la automática que tenía en la sobaquera; pero no fue de ahí de donde le vino la señal, sino de una pelirroja fumadora y bajita que se atrevió a tocarle el codo.

"Oiga, diga", le oyó decir O'Jaral, y sacudió el brazo. "¿Qué querés, muchacha?" "¿Teléfono, diga?" Fingiendo que miraba el cigarrillo, O'Jaral razonó que el azar y la necesidad coincidían en la obligación, la de él, de llamar al Editor lo antes posible. Siguió a la chica por entre los amasijos de objetos, esquivó los baches de la avenida y a tres cuadras de la estación entró en una cervecería donde, a la vera de la peste del baño, se alineaban doce teléfonos públicos, todos destrozados menos uno que relucía como un rubí. "Éste anda chunqui", dijo la pelirroja. Una vez hubo pagado los dos dólares que valía el alquiler del chip, O'Jaral lo insertó en la ranura, marcó un número y dejó el número que tenía a la vista, cifrado en un papelito, en

el contestador automático que lo había atendido. A los cuarenta segundos el teléfono sonó. Era el Editor, que competente y cauteloso lo citó a las 11.30 en la sala de exposición de las Galerías El Mueble Moderno, en Villa Rita.

O'Jaral estaba en la calle cuando la pelirroja se le volvió a cruzar. "¿Y ahora?" "Usted ha visto que soy de extrema utilidad, ¿no es cierto?", dijo en el inconfundible estilo de los personajes de Mulligany: "¿Algo para fumar? ¿Rosna, fraghe?" "No." "¿Una moto, ejemplo?" Esta vez O'Jaral asintió. El velomotor Takako 75 que fueron a inspeccionar al fondo de la cervecería, aunque baqueteado, parecía suficiente por los 300 dólares que costaba. La factura, en una de las hojas de Badaraco, tuvo que escribirla O'Jaral, pero la pelirroja tenía los dedos tan roñosos que la huella del pulgar quedó impresa como con tinta.

La Populosa era una fantasía urbana de despliegue fortuito y realización torcida, como una estructura mental estropeada por la psicosis. En el aire hinchado de humos de plomo y mensajes, el espíritu aristocrático de la arquitectura aceptaba con entusiasmo las condiciones del espíritu asesino de la economía; las consecuencias de esos acuerdos caían sobre los ciudadanos como bombas de fósforo que tanto podían poblar la nada de portentosos shopping-centers, y hasta de viviendas, como aplastar el ser para abrir espacios de reserva. Prevenir era imposible; el pasado del país donde estaba Talecuona era una leyenda que se resumía en cinco acontecimientos, más o menos, en cuyas junturas poca información cabía que a la memoria le importase rascar; el mercado implantaba la adicción al futuro como se impone un programa de antojos a una mente que no despertó aún ni quizá llegue a despertar de las pesadillas de la malaria. Pero en la vasta pantalla del *proyecto nacional* sólo había una sentencia fosforescente, *El progreso avanza*, y entre tanto el presente, barrido por su propia inutilidad, jadeaba en sordina tratando de no disolverse. Donde había habido un Estado, y en tiempos nada del país que no fuese Estado puro, a la vez sustancia y personalidad colectiva, ahora se sucedían gobiernos no

muy distintos de los de antes, gabinetes planos como dibujos animados que remozaban un poco las instituciones, evitaban que se ampliara el repertorio de frases y mantenían controlados, porque les gustaba ser fuertes, los respingos del presente no del todo eliminado. En general y en diversas direcciones, el resto de los acontecimientos democráticos los protagonizaban inequitativamente el capital y los consumidores o votantes. Aunque los consumidores no eran pocos, no, ni estaban insatisfechos, el miedo a ser menos tendía a petrificarlos. Por eso, como aceptaba el consorcio de Badaraco, hacía falta algo más de conflicto; a modo de ligero revulsivo.

Talecuona Norte no se diferenciaba de Talecuona Sur o las demás Talecuonas. En realidad era un cuadrante de la franja vaga como un crepúsculo, ondulante como una descomunal medusa varada, que rodeaba las partes más compactas de la ciudad. En esa periferia vasta, arrabales ruralizados o campo humillado de urbanidad, una población menesterosa se esforzaba por descifrar los mensajes del mañana en el poco tiempo que le dejaba el presente moribundo. Era gente incubada por una idea de la resignación emitida en otra parte, como todo lo que se podía expresar en palabras. De tan exiguo, el presente había terminado por desaparecer, en realidad, impeliéndolos no al mañana, en donde tampoco había lugar para ellos, sino a una eternidad de crispación perpleja y catástrofe.

Un tono de furia circulaba como una noción perdida, una leve inclinación al mal, y atisbaba en el cuchillo en el hígado en medio de la borrachera, en el botellazo en la nuca por un kilo de tomates, pero muchas veces se consolidaba en espera. Talleres, frigoríficos y plantas metalúrgicas, tanques de gas, el hedor de las curtiembres y el agua salivosa de los canales de desecho, cementerios de coches y polígonos metalúrgicos, pirámides de bidones rojos contra el sol macilento, viejos acoplados invadidos por las cañas en un súbito perfume de alfalfa, un huerto con coliflores, una vaquita en un basural, eran el paisaje que, un tanto disimulado por las pantallas gigantes de los consorcios televisivos, rodeaba los monoblocs y los kilómetros de villas de cartón prensado y de lata. El sentido de vivir ese sacrificio, de trabajar todos los días para vivirlo, llegaba desde las

consignas del futuro bramando como un skyhawk de platino; y por inexpresivo que fuese, atraía con la promesa de la posibilidad ilimitada. Como los eslóganes eran recomposiciones vistosas del mismo lenguaje que reducía toda la realidad, los que estaban dispuestos a tragárselos no eran pocos; hasta los criminales más temerarios, bien instalados en su arrabal, soñaban con pasar a otras zonas de la ciudad donde aseguraban que el proyecto se podía tocar.

Pero había gente que no. Porque en festones de verdor que anunciaban el campo, en yermos de la periferia creados por los bulldozers, glamorosos country clubs, grandes chalets, réplicas perfectas de mansiones tórridas crecían entre muros electrificados, de trecho en trecho, como bellísimos quistes en una piel escrofulosa. Aunque las membranas que los aislaban eran muy duras, no alcanzaban a esconder, ni pretendían, la fronda de acacias, cedros y lapachos, el revuelo de las oropéndolas o el clamor de los tucanes, el perfume nocturno de los pitiminís y de la jugosa, nutritiva carne asada. Los periféricos más sensatos sabían que esos privilegiados no eran los más ricos, porque a los ricos de verdad nunca los había visto nadie, pero se preguntaban para qué hacer el esfuerzo de colarse en el centro de la ciudad, buscando algo tan invisible como una perspectiva, cuando tenían al alcance un verdadero botín. De esta pregunta estaban al corriente los dueños de las mansiones, que por eso las adornaban de ejércitos particulares, y el Estado, cuya policía eliminaba cumplidamente a todo periférico que abandonara demasiado tiempo la eternidad de parálisis que le correspondía. Eran represalias sordas pero no desganadas: el Estado sabía que la duración de la democracia concentracionaria dependía de los consumidores, y con los que no podía incorporar al consumo nunca sabía bien qué hacer, y en el fondo soñaba con exterminarlos.

Buena parte de esto pudo haber cavilado O'Jaral mientras arrancaba la moto frente a un paredón infestado de grafitti. Alrededor de los carteles a favor de la Anexión, con la sonrisa piadosa del presidente, y de los carteles contra la Anexión, con la sonrisa confitada del líder de la oposición parlamentaria, distintas series de consignas intentaban no tocarse:

INDEPENDENCIA ES MISERIA – VOTE SÍ

NADA DE PRINCIPIOS,
ALCANZA CON LOS NERVIOS

ALEJO Y LOS RAQUÍTICOS
AMAN A MELODY MONG

EL MEJOR DROGADICTO
ES EL DROGADICTO DROGADO

ABSÅGR¥M FESZTAD NA DÆ GRÖ¥ DÜBEL

AUTONOMÍA O DESTRUCCIÓN – VOTE NO

EN EL INFIERNO SOLAMENTE ARDE EL YO

Una, no la más grande, se destacaba porque parecía que la hubieran pintado con sangre de verdad: "LA POLÍTICA ES LA LUCHA POR LA EXISTENCIA", decía, como un exabrupto del Galgo Ravinkel pasado por la madurez y la pose. Una vez la hubo memorizado, O'Jaral puso a trabajar una red neuronal que la fuera sometiendo a examen y comparación.

Con los bigotes postizos bien pegados y el pelo oculto bajo un gorro azul de lana, tomó la carretera de circunvalación dominando bien los espasmos de la Takako. Un cielo evacuado y abierto como un gran ojo sin párpado, pero ciego, se combaba sobre el estrépito de los camiones. La carretera pasaba por barriadas industriales cada vez más iguales, con el aparente fin de encontrarse a sí misma cuando se le agotaran los kilómetros. De vez en cuando una rampa bajaba hacia humosos amontonamientos de chozas cubistas y, pensaba el traductor O'Jaral, *abigarradas*. A veces la calzada subía para pasar sobre un canal, sostenida por pilares muy altos; O'Jaral dividía, descomponía y reordenaba el paisaje con fines de acceso inmediato.

Iba repechando una cuesta cuando una oquedad huraña se tragó los ruidos y le hizo girar la cabeza. Allá abajo, desparramada sobre las dos orillas del río Talec, vio una multitud de agujeros en el barro, y en cada agujero varios cuerpos tumbados mirando activamente hacia arriba, inmanentes a la tierra, trabajando acaso en imaginar cómo sería la meta de un viaje por la carretera. Río arriba, a lo lejos, las crestas de los edificios intentaban ofrecerse al sol. O'Jaral aceleró. En diez minutos alcanzó la salida de Santa Rita.

Las Galerías El Mueble Moderno eran parte de un complejo recreativo para familias obreras. Aunque en el intrincado olor a aserrín todos los pasillos parecían iguales, todas las cómodas la misma, O'Jaral encontró en seguida al Editor, recostado en un sofá con un libro que no era de Mulligany. No se cubría con lentes, no iba disfrazado y las manazas negras asomaban como siempre de impecables puños con gemelos. O'Jaral se sentó al borde de una cama y el Editor sacó del maletín un termo y dos vasitos. Resultó que la bebida era aguardiente, pero el brindis fue triste para O'Jaral porque tuvo que explicar que abandonaba el trabajo por un tiempo. En vez de alarmarse, en vez de preguntarle cuánto tiempo, el Editor, ese tipo que O'Jaral siempre había respetado por su calidad verduguesca, quizá también porque le daba de comer, estiró la sonrisa de macró cultivado, lo felicitó por las últimas traducciones y le dijo que no se preocupase; él ya había ganado suficiente dinero como para permitirse estar harto de Mulligany; y como ahora había en el país una ramificación del gusto narrativo, quizás efímera, quizás inconducente, se le había ocurrido emprender, sin descuidar los rubros alimenticios, una aventurita romántica. Le preguntó si le gustaría actualizar al idioma de la calle la obra completa de Dickens, cambiando Londres por Talecuona, una locura de ésas, o bien algo más moral, una adaptación de Pascal para urbanitas del siglo XX, con los retoques que a él le parecieran bien; otra posibilidad era invertir punto a punto las situaciones y los personajes de Mulligany u otro crápula, reventando los mensajes, por

así decir, indoloramente: escribir un volumen donde Melody Mong se hacía asesora de un tirano o ama de casa masoquista, y ver qué pasaba con el público. Él tenía un sello, la gente lo conocía de sobra y estaba en condiciones de colar una gama grande de productos, de modo que, en fin, también escucharía lo que a O'Jaral se le ocurriese.

Atajando un atisbo de sinceridad, O'Jaral le dijo que realmente no tenía tiempo, por el momento. "No es cuestión de tiempo", dijo el Editor, y se frotó una venita de la sien, al borde del pelo crespo. "Yo no quiero ampliar el negocio sino distorsionar el mercado hasta coparlo, triturar al público y con la pulpa modelar, no sé, cien o doscientos lectores de verdad. No creo que el porvenir de la literatura dé para más." "Cien o doscientos no son muchos. ¿Qué tiene en mente? ¿Adanes de una cultura nueva?", dijo O'Jaral. El Editor lo palmeó: "Linda expresión. Sí, podría ser, y por eso lo necesito. Yo, lo único que tengo en el alma es morbosidad, espíritu de competencia y el mito de vivir peligrosamente. En cualquier caso, no me voy a jubilar a mí mismo, y usted tendrá que ganarse la vida de alguna forma. No me irá a traicionar con otro editor, ¿no? Je. Ya se lo dije... ehm..." "Por un tiempo llámeme Luis Carlos." "Ya se lo dije, Luis Carlos, me gusta conservar a mis colaboradores. O sea que... podemos esperar. ¿De acuerdo?"

Todo parecía zanjado, aunque nada quedaba claro. Lisonjero, el Editor habló un rato de Alexis Rabastain, mientras O'Jaral se preguntaba con qué propósito y preparaba los dedos para encontrar el bruto apretón de la mano negra. Agradecido pero inquieto, antes de salir a la calle dio varias vueltas de precaución por la galería.

Pero el encuentro lo había revitalizado. De otro modo, media hora después no habría podido mantener la moto derecha cuando en Vía Rodero, un chato bulevar que unía Santa Rita con el mercado de La Biznaga, una bolsa de plástico oscuro le pasó cerca de la cabeza para ir a estrellarse contra la estatua, y enchastrarla, de un estadista a caballo. En seguida voló una flecha incendiaria y el prócer de bronce empezó a arder como si fuera de verdad.

Entre el olor fétido que despedían las llamas, una columna de algún ejército privado se lanzó contra cuatro indios jovencitos que los provocaban tocándose la ingle. Desde la puerta de una verdulería una mujer filmaba todo. O'Jaral giró lo más que pudo, se caló el gorro con una mano y subió a la acera para evitar las paladas de bosta que llovían desde los balcones. Dos de los guardias patinaron mientras otro disparaba al aire. De los varios primitivos que habían aparecido por una bocacalle blandiendo barras de hierro, uno tropezó con el guardia que empuñaba la pistola y en dos segundos tenía el caño contra la nuca. Un tipo con casco de minero, que se había agachado junto a la Takako para usarla de escudo, se encontró con la asqueada mano de O'Jaral en el cuello, paralizado por una llave, y al instante volando hacia el entrevero de cuerpos caídos. O'Jaral se limpiaba la mano. Los guardias, furiosos de suciedad, habrían empezado la ronda de culatazos y patadas de no ser porque unos peones del mercado se habían hecho con un compañero suyo y lo tenían arrodillado, con una gargantilla de alambre apretándole el gañote, la cabeza a la sombra de un martillo de forja. Entonces hubo un armisticio, y el desganado intercambio de prisioneros. No bien una autobomba llegó ululando como una actriz ensangrentada, las anomalías se terminaron y la calle, a los ojos de O'Jaral, cobró el aspecto de un plató obsoleto para ejercicios de figurantes.

Desde el techo de un banco una pantalla repetía el incidente con variantes difíciles de precisar. O'Jaral no llegó a verse, pero no dejó de darle miedo que hubiesen podido filmarlo. Encadenó la moto al poste de un farol y se alejó a pie, la mente encendida para calmar los impulsos de los músculos, repasando los conceptos de Durkheim sobre las transiciones sociales, las nociones de irregularidad y anomia, y sin embargo desalentado, pensando que la escena de hacía un momento mostraba bien que el sistema de conflictos de la ciudad no iba a ofrecerle ninguna entrada que no lo llevara al centro muerto de cualquier frase con que intentase formalizarlo, ésta misma por ejemplo. Difícil decidir si eso era un comienzo.

Detrás del mercado de La Biznaga había una estación de trenes locales y frente a la estación, del otro lado de

una plazoleta de tierra, estaba la pensión-parrilla La Honradita, una construcción de ladrillos sin revoque. Perpendicular a La Honradita, cerrando la plazoleta por el sur, una pensión-parrilla exactamente igual se ofrecía como La Retobada. Mareado de virtualidad, O'Jaral estuvo en el centro de la instalación artística esperando que la materia le diese una pista; hasta que una de las dos pensiones se desvaneció, con centelleo de pixeles, en un popurrí de atracciones turísticas de Talecuona. Justo en ese momento llegaba un tren a la estación. Era un tren suculento, de veras, que en todos los vagones llevaba la misma pintada: CONSTRUYAMOS LA SALUD DE TODOS CON LA AMBICIÓN INDIVIDUAL. O'Jaral no creyó que fuese el momento de desentrañar a qué tendencia correspondía el slogan.

Se acercó a La Honradita; las ventanas del primer piso, relucientes de polvo grasoso, escondían las habitaciones como una cascada espesa la entrada de una gruta. Le parecieron acogedoras, y más lo contentó, cuando puso el bolso de pecarí sobre la cama, que exhalara un sano vaho a desinfectante.

Lo deseable sería una descripción minuciosa, suspendida, que hiciera honor al detalle con que O'Jaral acata la obligación de estar ágil, fuerte, limpio, despejado, listo a la vez para sortear los estorbos de lo inmediato y defender las dádivas del porvenir, sacándoles además todo el provecho. Pero cómo va a alcanzarme el párrafo, por no hablar del tiempo, si ya tenemos a O'Jaral en mero slip anatómico, desnudo sobre las baldosas, cien flexiones de bíceps, cien de tríceps, cincuenta abdominales, estiramiento del esplenio y el trapecio, de los vastos, tibiales y abductores, respiración y algo de tai-chi, y acto seguido saliendo al pasillo y metiéndose en la ducha. Bajo el agua fría, frotándose despiadadamente con una manopla de esparto, repasa, por simple gimnasia, las partes de un reactor nuclear, cubierta, recinto, mecanismo de impulsión, barras absorbentes, barra refrigerante, generador de vapor y así, y para sorprenderse repasa también la estructura de la molécula de la citosina y las doce categorías kantianas del

entendimiento. Protegido en el vórtice de actividad, no teme que las corrientes de aire lo enfermen ni ojos mercenarios lo observen mientras vuelve por el pasillo, entra en la piecita y se derrumba en la cama para darse quince minutos de sueño, que no realiza, afligido como está por lo mal que se viene alimentando en las últimas horas. Ya son las dos menos cuarto.

El dueño de La Honradita es eslavo. Una amargura belicosa se ha sometido en el hombre a la codicia, y capitulado ante la solvente campechanía que O'Jaral declaró con una mirada y un adelanto en dólares. De modo que O'Jaral le dice, ahora que ha bajado al comedor, que quiere comer exactamente una naranja, espinacas no demasiado hervidas y pollo hervido con zanahoria rallada; todo sin papas ni pan, pero esto no lo explica, porque él evita todo exceso de almidones. Paladeando el yogur final, que el eslavo ha ido a comprar al mercado, O'Jaral observa la parroquia de La Honradita, un repertorio de peones eventuales y desocupados remolones, alguno con un arma, ninguno con el vino intransigente que indicaría apego a las ideas de Ravinkel. Lo que le da mala espina es que sólo se interesan por él de a ratos. Están todos muy flacos, y es posible que eviten mirarlo para no pensar que si alguien come dos platos y postre es porque quiere provocar. Aunque se diría, si no fuese por los bufidos, que están cautivados por el capítulo de las aventuras de Melody Mong que ofrece un televisor colgado del techo. Hay un matrimonio con una nena que se apiña para seguir la historia con el libro abierto.

A lo mejor, piensa O'Jaral, se dan cuenta de que el doblaje es de lo más insípido. "Haría el amor contigo si no fueras tan manipulable", le está diciendo Melody a un fabricante de sal marina que quiere unir con ella capitales y cuerpos. O'Jaral recuerda perfectamente que en su traducción él puso: "Me acoplaría de buen grado con tu cuerpo si tus ojos no revelasen los dobleces de tu alma"; porque el propósito de él es plasmar una *verdadera* porquería, algo a la altura del original. Lo que demuestra el doblaje de la serie es que el traductor se tomó el trabajo no en serio, sino con una solemnidad estúpida: que cree en Mulligany; por eso lo traduce según la idea de correc-

ción que, como a medio mundo, le dan los dictadores del lenguaje: los libros de estilo de las cadenas de prensa y las editoriales. Por eso puede usar *manipulable*, esa palabra tan correcta que O'Jaral lamenta no haber puesto y que sin duda Mulligany se habría merecido.

La concurrencia de la parrilla La Honradita se sobresalta cuando el fabricante de sal marina le aplica a Melody una inyección traicionera. "En torno a mí todo gira", dice Melody, y el eslavo opina que Melody se expresa muy bien. O'Jaral debe admitir que el público ni se imagina que está oyendo una traducción.

Advierte que mientras la heroína de los sumergidos cae inconsciente, en la atmósfera de La Honradita empieza a aletear la desesperanza; aunque no con tanto vigor como para no desplomarse en seguida. Porque todos saben que en seguida pasará algo muy concreto. El Editor, piensa O'Jaral, lo va a tener muy crudo para obtener algo más que dinero de un público que se cuelga de las historias no porque le interesen o las comprenda sino porque, al revés que casi todo en la realidad, llevan a puntos concretos. Habría que inducirles un trastorno mayúsculo para lograr que se entregaran a la falta de dirección, si por eso se entiende convertirlos en lectores, o a moverse hacia un fin sin saber exactamente en qué consiste. Para eso hay que ser O'Jaral.

Desde su puesto detrás del mostrador, respaldado por latas de tomate y botellas de vino, el eslavo usa el control remoto para cambiar de canal mientras dure la propaganda. Conversa en voz baja con un hombre de guardapolvo sucio, y de vez en cuando las miradas se desvían hacia O'Jaral, y a medida que O'Jaral los observa siente, lo siente en la tráquea, que la complacencia de los parroquianos se transforma en suspicacia. Se escaparía sin más si no fuera porque ahora continúa la serie y todos se enfrascan en el intranquilo sueño de Melody Mong.

Por una vez vuelven a pispearlo recelosamente, pero él les dispara una sonrisa putrescente, vírica, que tiene muy practicada. En los sujetos más opacos, el efecto de esa sonrisa es una ristra de pesadillas que provoca una semana de insomnio por miedo a seguir teniéndolas. La flaccidez terminal de la parroquia de La Honradita lo exaspera

más que los triunfos de Mulligany, y más lo exaspera que la fatalidad lo obligue a estar ahí sentado, inocuo, prisionero del retraso. Ya predijo esa mujer Calisandru que todo le iba a costar muy caro.

Y encima se ponen a jugar al mus sin que el capítulo haya terminado.

Tantas cosas que pensar, tantas. Mata un par de cucarachas, va hasta la ventana, las deja caer, se lava las manos y se sienta en el borde de la cama, por suerte en la pieza no hay espejo, a estudiar el trabajo de una mancha de humedad que crece desde el crucifijo que debería descolgar. La dispepsia le sacude el tronco en oleadas periódicas.

Es cosa habitual, aunque el desasosiego la empeora.

Pero él es O'Jaral, y se escupe las manos como si apagara un sentimiento, se las frota, agarra el gabán y decide salir a sondear el barrio. En ese momento, o un poco antes, un chirrido le resuena en la nuca. El condeptor surge del bolso e inicia en el aire una pirueta caprichosa, como un gran mosquito antes de picar. O'Jaral lo captura y aprieta el botón del receptor, y sobre el desasosiego de O'Jaral llueve la carraspera de Badaraco. La cita es en Froilán Nemes y Crosensa, ¿como a las siete?

Cuando llegó al poste donde había dejado la Takako, una chica de rapado antipiojos intentaba desatornillar las ruedas. El empujón de O'Jaral, seguido de disculpas, la estampó contra la pared. La moto arrancó bien. O'Jaral eludió un mandoble agónico de destornillador, le dio a la chica una patadita en el culo y enfiló hacia Froilán Nemes. Era una calle ancha, diagonal, que después de bordear un cementerio entraba en una zona de comercio al por mayor. Cojinetes, Bielas, Cigüeñales, Caños de Escape, Todo para el Auto, pregonaban los carteles descoloridos, como si quisieran poner en marcha una realidad algo desértica, mientras el barrio atardecía con ruido de persianas metálicas. Flecos de luz anaranjada pesaban en las hojas de los plátanos rematando el trabajo del otoño. En el cruce oblicuo con Crosensa cabía una plaza triangular, y ahí estaba.

O'Jaral le puso candado a la moto y avanzó hasta el banco donde el Patín Badaraco, corbata azul pulsatila, ostentosos dientes restaurados, comparaba el brillo de su piel oscura con el de un farolito que acababa de encenderse.

O'Jaral se sentó. Sin mirarse, miraban los dos los tristes parches de pasto. El morro depredador del Patín se abrió con un chasquido. "¿Todo bien?", preguntó. "¿Algo tenía que andar mal?" "Mi confianza dice que no, O'Jaral, pero supe que estuvieron filmando." Una minúscula contracción castigó el sartorio de O'Jaral, que procuraba acomodarse a ese banco torturante. "O sea que eran ustedes." "Erróneo", dijo el Patín: "lo grave es que no éramos nosotros. Lo que nosotros hicimos fue canjearles el cassette, aunque a lo mejor tuvieron tiempo de sacar una copia." La franja de crepúsculo que mediaba entre los dos se retorció, agobiada de vibraciones.

O'Jaral calculaba a toda máquina. "De todos modos, el bigote engaña mucho", se adelantó el Patín. "Si ustedes les robaron el cassette, deben saber quiénes son." "Sí, aficionados. Chambones", se rió el Patín. "Trabajan solos, hay más que moscas". O'Jaral respiró hondo, y el exceso de odio lo hizo toser. "¿Tu consorcio no tiene un agente más serio, Badaraco?" "Ninguno que te conozca como yo." "¿Qué querías?", preguntó O'Jaral. "Saber si necesitabas algo. Era mejor verte personalmente. En esa pensión que te buscaste hay un indefinido. No sabemos quién. Pero tenemos clara conciencia, claro que sí, de que de vez en cuando sale de ahí un juego de rumores." "Bien, entonces descubro quién es y lo sigo", dijo O'Jaral, imprevistamente aburrido. "No. Erróneo. Esta bunga de los rumores es la última maniobra de ellos. La invención más licenciosa. Hacen correr voces, que acá va a haber un atentado, que allá tienen un agente doble, que una secta de psicópatas comercializa antibióticos con estricnina, que la jefa es la sobrina del presidente, que hay grupos kamikazes que se inoculan el virus de la duodenitis 3D para contagiar a los policías que les ponen la mano encima, si la cosa trae sangre. Están empezando a aparecer anuncios de rumores inminentes en las computadoras de las compañías de seguros, de los bancos. El problema es que no siempre los rumores terminan saliendo, o sea..."

O'Jaral sintió en la cabeza un estruendo como la descarga de agua en un inodoro. "Me compré esa moto", dijo. "El uso del presupuesto es cosa tuya. O'Jaral. Me disgusta que no me prestes atención." "¿Tan peligroso te parece eso que me estás contando, Patín?" "Es algo que pasa. Nosotros queremos saber por qué pasa."

"Yo tengo un trabajo muy específico."

"Ah, corchito. Eso es lo que a vos te gustaría."

O'Jaral le clavó una mirada rabiosa. El Patín encendió un cigarrillo y se rascó la mota amarilla del pelo, queriendo quizá borrarla. Envuelta en humo, la cara toda brillaba como una locomotora. "Me voy. Tengo mucho que hacer." "O'Jaral, O'Jaral. Supongo que sabés mejor que nadie lo complejo que es el mundo. Te contratamos, pero vos necesitás nuestro apoyo, claro que sí. Y deberías tener presente que estás trabajando en relación de dependencia."

En el medio de la plaza había un subibaja, un tobogán, un castaño y un viejo carro de asalto todo color naranja, salvo las cagadas de gorrión. Seis o siete primitivos urbanos conversaban en una jerga pseudobélica, graves e inermes, contra unas nubes como lagartos rosados. Lo peor del contacto con el Patín, pensó O'Jaral, era que le obstruía el poder de condensación: él siempre se había considerado un gran simbolizador.

"Entre mis intereses", dijo, "no está prolongar mucho la relación con vos, Patín. Voy a hacer las cosas como yo sé." "Tan entrador que sos con la gente, y con nosotros..." "¿Con qué gente?" "No importa. Quiero decirte que esto puede ir para largo, O'Jaral. Esto puede ir para largo. Nosotros vemos la ciudad como minada de hormigueros, miles y miles. Puede que estén comunicados y puede que no. Entrás en uno, suponiendo que te hagás así de minúsculo, y no sabés, nunca, adónde podés llegar, si es que llegás a algún lado. Tampoco sabés si es un hormiguero."

Tan mala era la metáfora que O'Jaral no se intranquilizó mucho; entonces se arriesgó a hacer una prueba. Sacó la factura de la moto y le contó al Patín que el hombre que se la había vendido en las Galerías El Mueble Moderno había fingido que no sabía escribir. El Patín examinó

el papel. "Esta huella digital no es de hombre." "Sería una travestida", dijo O'Jaral. "¿Y vos qué hacías en ese lugar?" "Dejarme engañar, supongo." Una trabajosa sonrisa paternal cuarteó la cara del Patín. "¡Corchito, O'Jaral! Eso nos gusta, que sepas bromear un rato."

"¿Algo más?", se relajó O'Jaral. El Patín abrió la boca, exhibió una pregunta informe y en vez de soltarla se la fumó lentamente.

Sobre la moto, O'Jaral intentó conciliar la furia de estar sujeto a un incompetente con el alivio de tener un margen de libertad, por equívoco que fuese. Equívoco no era la palabra justa, de modo que se entretuvo en buscarla, la palabra justa; y fue entretenido porque no había palabra justa en ese caso, meditó, si es que en algún caso había: esto también lo meditó.

Lo único que mostraba la noche del extrarradio era alguna botella y las zapatillas de los que volvían a las casas, un farol de gas al fondo de una frutería. Perros solteros olisqueaban las pilas de basura.

En un tiempo, en barrios como ése, O'Jaral había pasado noches como ésa en zaguanes, en barracas abandonadas, comiendo lo que conseguía la astucia optimista del joven Galgo Ravinkel. Y lo que sabía conseguir el Galgo nunca era poco, ni desabrido.

Para hablar por teléfono tuvo que engatusar a un farmacéutico de turno que no dejaba de apuntarlo con una carabina. Llamó a la intrigante mocita del tren que había dicho llamarse Yola. Ella lo atendió sin asombro, con una jovialidad femenina mal elaborada. O'Jaral notó que el teléfono subrayaba la descompensación entre el cuerpo de la voz y la falta de cuerpo del cuerpo de la muchacha. Pero eso no obstaba para que ella pudiera darle alguna pista; entraba en otra serie. O'Jaral se dejó citar a la una del día siguiente en el Salsipuedes, un café de La Boulu.

Cenó ligero, de pie ante el mostrador, escanereando a una parroquia que con cada bocado se le volvía más apelmazada. El plan era volver a la pieza cuanto antes, cuanto

antes porque mientras estaba fuera se la habían registrado, le pareció. Y aunque hubiera sido un trabajo de botarates, simples hurones de billeteras, no estaba seguro de que en ciertas partículas del aire desinfectado no hubiera, como en cualquier invasión a la intimidad, un resabio de la curiosidad mórbida de Los de Arriba de Todo. Sin embargo, no había ningún signo verdaderamente perceptible de que hubieran registrado la pieza; lo que daba la pauta era un orden hiriente, el hecho de que todo estuviera exactamente igual que cuando él había salido, como aprobado por un dios vicario.

Masticó semillas de anís para la digestión, hizo sus flexiones, se cepilló los dientes, orinó a conciencia, se masajeó los pies y se acostó a confiarse en la palabra suavizante de Alexis Rabastain.

En la página 134 de la traducción de *Donde yo no estaba* leyó la entrada del 3 de junio de 1973:

> "Hoy estuve en pie temprano, *circa* 6.45, con tiempo sobrado para un café solo antes del té con leche que a mi mujer le gusta verme beber. En la calle noté una sequedad adhesiva, como si el aire tuviera ventosas, que me provocó la necesidad acuciante de refugiarme en el umbral más estrecho posible. La necesidad (de refugiarme u ocultarme) aumentó cuando, antes de entrar en mi tienda, leí la reseña adversa que P. Galissaires hace en *Le Monde* de una nueva puesta en escena de *Las moscas*. Dicha reseña es una bonita pieza de estulticia beligerante. Para el señor Galissaires todos se han equivocado: director, actores, escenógrafo, diría yo que hasta la taquillera. Me dije que tendré que pensar en la vileza de los críticos sin atención al argumento banal de que son creadores frustrados; pues me parece vislumbrar que en el fondo son espectadores frustrados. Quiero decir que, llegado un momento, la opinión —aun bienintencionada—, y sobre todo la urgencia de formarse una opinión, se superpone en su conciencia a lo que están viendo, de modo que

cuando salen del intervalo mental no sólo se han perdido una parte de la obra, sino que ya no encuentran una orientación más o menos desinteresada para mirarla; lo cual no puede por menos de provocar cierto rencor. Lo comprendo, aunque me subleve, porque en cierto modo es lo que me pasaría a mí si en estos cuadernos pretendiera analizar a cualquiera que no fuese yo mismo. Hacia las diez de la mañana fui a la esquina a compartir un Pernod con Deville, el ferretero. Lo que me gusta de Deville, creo, es una calidad abierta que lo convierte a uno en una suerte de brisa; pues a veces me parecería que estoy soplando a través de él, que por así decir su mundo me inhala. Me contó que le preocupa su aversión creciente a la rutina de cenar con su mujer y su hijo, como si algo en él esperase insensatamente que el fin de la jornada le regalase algo más que un rato de charla familiar. Dice que para mitigar la sensación habla demasiado, y que teme que el niño se vuelva retraído y la mujer ácida. Yo le miraba las manos enormes y peludas y por un momento lo imaginé gesticulando en la mesa, y a mí en el lugar de la señora Deville, completamente eclipsado por la sombra gigantesca de aquellos ademanes. No era una experiencia desagradable; por lo demás, se alió con el silencio que de buen grado tuve que mantener mientras duraba la confesión, que agradecí como una prueba de camaradería. Durante la comida, mi mujer me dio la buena nueva de que el grifo de la bañera..."

Entre infructuosas maniobras para encontrar una postura que no le incomodara ninguna parte del cuerpo, O'Jaral se preguntó una vez más qué habría en la prosa de ese hombre que le gustaba tanto. Se dijo que era la simpleza clásica. Después se dijo que era el elogio tácito del matrimonio; porque O'Jaral no creía que el matrimonio fuera

malo cuando la transacción inicial era juiciosa; lo difícil era llevar a cabo una transacción clara en ese mundo de metas difusas. Pronto cambió de materia, y de posición, y se preguntó si Yola, que había ventilado con tanta frescura que iba a boicotear el referéndum, tendría algún dato útil que dejarse sonsacar o le habría salido al paso para despistarlo, ella sola o mandada por alguien. Una hora después decidió despegarse el bigote y se tomó seis cápsulas de valeriana.

La Boulu era uno de los barrios de consumidores donde la lucha brutal por el ascenso quedaba neutralizada por el miedo pánico a la caída. Una diáfana capa de sentido común, teñida por fantasías de satisfacción perpetua, envolvía los movimientos de la población como un celofán envuelve vistosos muñequitos de chocolate para que no se derritan. Como todos los barrios de consumidores, estaba en la zona o anillo medio de Talecuona, y los periféricos sólo cruzaban la porosa frontera para desvalijar alguna casa, emboscarse o seguir camino hacia la zona central. No obstante, el municipio había marcado corredores, especie de radios que facilitaban el tránsito por la ciudad, y en el paso de una franja a otra menudeaban los engorros. Para pasar en seguida el control de la calle Cinaglia, cuatro inspectores instalados en el puesto de una florista, O'Jaral eligió una actitud de lameculos paciente que creaba en los funcionarios una impaciencia vertiginosa.

Poco después podía sentarse en una mesa del Salsipuedes con el bolso de pecarí entre las piernas.

Por la ventana vio una boutique, un portero barriendo una fracción de vereda, fresnos medio deshojados, una mujer de tacos altos que chocaba con un cartero y en el intento de aferrarse resbalaba por el uniforme como un chorro de aceite. Era todo tan insignificante como las noticias del diario que él acababa de desplegar: el canciller Bornut declaraba que el país era candidato firme al Grupo de Punta; un astrofísico había descubierto una nova; los tónicos capilares a base de hormona de yak eran cancerígenos. El portero barría tan mal que el polvo lo estaba envolviendo y tal vez iba a eliminarlo.

A O'Jaral le pareció que un robot fumigador se detenía en la esquina para meter la manguera en una alcantarilla. Una interferencia arrugó la escena, que era parte de una operación filmada en otro barrio. Pero cerca de la pantalla que la emitía, en la calzada, una tapa de hierro real voló unos metros y un chico como un zorrito salió del túnel de la cloaca y se metió en el café.

El chico se puso a recorrer las mesas dejando en cada una un encendedor y una estampita. O'Jaral, que escuetamente lo había tildado de cianótico, hojeaba el diario buscando algo aleccionador, finanzas o asesinatos. Se estaba diciendo que el té le iba a irritar la uretra, cuando un olor de agua encharcada le advirtió que tenía al lado no sólo al chico sino a un mozo que blandía una cachiporra. "Fuera de acá, ratón", decía el mozo, "o te juro que te aplasto". "Va, ya va", dijo el chico, "pero primero acá el señor tiene que pagarme un encendedor". O'Jaral, voz enguantada, ademán franco, le explicó que en su mesa no había dejado nada. El chico señaló la estampita. O'Jaral pensó que no iba a dejarse estafar, le pidió al mozo que no hiciera un papel triste y al chico que se fuera tranquilo, que nadie le iba a hacer daño, pero que todos nos equivocamos de vez en cuando. Por un instante su jovialidad sobria, experta, pareció agitar en el chico una fe que no debía conocer. O'Jaral lo invitó a que se alejara, mientras frenaba al mozo con una mano disuasoria; pero de repente el chico empezó a soltar llanto por los ojos y carajos por la boca, y más de una escupida. Era imposible saber qué escondía en el bolso, donde ya había metido la mano. Una patrulla de la policía barrial que pasaba casualmente, o no, entró en ese momento en el café y en el mismo momento, por buscar un pañuelo, O'Jaral metió la mano en el bolsillo del gabán y entre los sobrecitos de azúcar que le gustaba llevarse de los bares tanteó un encendedor: el encendedor.

No tuvo tiempo de impedir que los guardias le birlaran al chico, ni lo intentó, de más está decirlo, porque pasar todavía más advertido habría sido casi una inmolación.

Mientras farfullaba que la piedad no salva, solamente retarda, pero no se convencía de que fuera cierto, vio

cómo los guardias arrastraban al zorrito a la calle. Vio, helado, cómo lo derribaban y el chico seguía pataleando, y la aparición de tres chicos más por la boca de la cloaca y, entre un olor polvoriento y torrefacto, un cuchillo que saltaba como una trucha, los golpes en las nucas, un diente volando y el gesto de androide ceremonioso con que un policía desenfundaba su pistola eléctrica. Sonaron los disparos, los dardos de otras pistolas se clavaron en muslos o antebrazos y los cables que los unían a los caños transmitieron las breves descargas de 500 voltios. De pronto cenicientos, los cuatro chicos se derrumbaron en la acera como deshuesados. Un camión celular entró desde la transversal; de la cabina saltó un enfermero.

Todavía en el bolsillo, la mano de O'Jaral apretó el encendedor como si fuera la tráquea del policía. Pagó el té para cerrarle la boca al mozo, que al parecer quería retenerlo, y alzando el bolso apretó el paso descontrolado hacia el baño. Sabía lo que le tocaba hacer después de encerrarse con tranca: de rodillas ante el inodoro, se buscó la campanilla con dos dedos, varias veces, hasta que no le quedó nada que vomitar salvo bilis.

Por un rato las arcadas siguieron sacudiéndole el plexo, agrietando los sellados sumideros de la memoria. Pero si se merecía el dolor de riñones, también debía evitar una probable trampa, aun como puro ejercicio. No estaba seguro de haberse distraído tanto como para guardarse el encendedor en el bolsillo. Tampoco estaba seguro de que no lo hubieran inducido a guardárselo. Recordó la mueca acatadora del oficial. Ese mozo inverosímil. Yola, que se había retrasado imperceptiblemente, estaría ahora esperándolo, lista tal vez a medirle la reacción, lista tal vez. Todavía convulso, O'Jaral se lavó con su jabón, resopló para darse color, se enjuagó bien la boca y después de descorrer el cerrojo salió por una claraboya, con el gran bolso por delante.

Un patio con cajones, una escalera metálica, dos o tres azoteas, una tapia. Ya compraría otra moto.

Esa mujer del tren, la Calisandru, le había visto en la mano que las dificultades no iban a dejarlo nunca. Cuánta libertad perdía un hombre cuando prestaba atención al palabrerío de los magos.

Un Sikovski azul del ejército rugía sobre los techos como un hipogrifo de murano. O'Jaral subió a un trolebús. No iba a caer en la ingenuidad de pensar que estaba en punto muerto. Había corroborado que todo encuentro fortuito encerraba una celada, aproximadamente, y que él debía confiarse a su radar privado. En un mundo holístico y no lineal, todo acontecimiento tenía que ser significativo: ésta podía ser la rudimentaria idea del caos de un zoquete como el Galgo, y no había mejor manera de encontrarlo que entregarse a su lógica.

La tibieza del trolebús, el asiento despanzurrado donde tiene que acomodarse, la mujer gorda que lo obliga a retraerse contra la ventanilla, le están diciendo que por dentro tiene frío. Saca el encendedor para mirarlo con algo que ya no es lástima, que no llegará a ser tristeza, como quien le pregunta a un trilobite cómo vivía antes de que el destino lo estampara en un fósil. Es un encendedor común, de plástico violeta, no recargable. O'Jaral respira hondo, y vuelve a respirar.

En dieciocho años de tesón, no es la primera vez que frena las ganas de triturar al siniestro, que tiene que traicionar al inocente, para escurrirse de alguna de las tenazas que podrían quebrarlo antes de haber descubierto lo que tiene prometido, es digno de recibir y está obligado a ganarse.

Está el caso de don Abelardo Goitía, ese viejo cardiólogo próspero y cultivado, director de una clínica de La Ravina, que lo prohijó en los tiempos en que O'Jaral, pasando por estudiante, trabajaba de camillero; porque le veía fibra de luchador, Goitía le franqueó a O'Jaral su biblioteca, su mesa, los secretos de su matrimonio, las fijaciones de su mente socialista, las dudas de su conciencia y el camino hacia un puesto administrativo más honorable; y sin embargo, cuando el cirujano Simpson montó el negocio de las transfusiones de sangre de vaca, y la justicia acusó al pobre Goitía por mero anticomunismo, O'Jaral no sólo no testificó a favor del viejo sino que firmó una declaración inculpándolo: porque había que ser estúpido para no ver que la rapacidad de Simpson, su indiferencia

al dolor de los otros, se alimentaba de un vínculo laxo pero irrompible con Ellos, Los de Arriba de Todo. Antes de desaparecer, O'Jaral aguantó estratégicamente los insultos privados de la mujer de Goitía y las vibraciones nocivas que el viejo le mandaba desde la cárcel, donde diez meses después murió, dijeron, de hipoglucemia. Imposible decir que O'Jaral lo siguió queriendo en silencio: no tenía tiempo. En cambio guardó de él un calor, no muy reconfortante, reflejo oneroso del recuerdo sepultado.

Después está Leticia, una chica que tanto quería a O'Jaral que para apoyarlo era capaz de robarle dinero a los padres; Leticia, a quien un día O'Jaral tuvo que abandonar para siempre en la escalera de la academia de inglés, sin decirle nada, porque llegando a la cita vio cómo un compañero le sonsacaba cosas sobre ese novio raro que tenía. Como no había lugar a dudas, O'Jaral no dudó, aunque la cosa le costara otro cambio de ciudad.

Está también la historia de Mastfeld, ese muchacho tímido, siempre medio oculto por el polvo de la carpintería donde se había hecho amigo de O'Jaral; Mastfeld, capaz de pagar la empanada, el cine y la caña para que O'Jaral no dejara de comprarse libros de consulta. Una noche de aparente alegría Mastfeld se dejó cortar por las ruedas de un tren que arrancaba; si se concentrase en el asunto, tal vez O'Jaral reviviría el salto de Mastfeld para colgarse del estribo, la mano tendida invitándolo a seguirlo, la grácil insistencia, la pasajera chispa glacial, y a la vez la conciencia súbita, impávida, de que Mastfeld se está resbalando, como chupado por el aire tórrido de los durmientes, y de que si él, O'Jaral, intentara traerlo hacia el andén de un tirón podrían rodar los dos juntos; eso si Mastfeld no lo está incitando francamente al suicidio, cuando en realidad no son tan amigos como para suicidarse juntos, cuando Mastfeld sabe muy bien, porque ha sondeado largamente a O'Jaral, todo lo que O'Jaral espera y lo que ya tiene que resguardar.

Y así otros casos. En un mapa ilustrado del camino a la Gran Respuesta, las agachadas de O'Jaral aparecerían en colores no piadosos. A veces, visitado por anticipos tenues del descubrimiento que lo espera, se cree disculpado. Otras veces siente en todo el cuerpo una neuralgia

movediza, virulenta, como una vergüenza desplazada. Todo lo que sabe O'Jaral en esos momentos es que debe acelerar su preparación, hacer lo que esté en sus manos por brindarle a la humanidad una recompensa espléndida: sacarla cuanto antes de este interregno de acedia. *Este interregno de acedia:* la frase le estira los labios pero no le disgusta. Lo sitúa en la altura de lo que quizá, con un poco de suerte, llegue a conquistar afanándose, hurtándose a la voracidad de Ellos cualquiera sea el precio. Parte del precio se paga con suciedad. Pero ¿hay alguien por ahí que se atreva a imponerle a O'Jaral una condena apresurada? Lo que él tiene que defender lo defiende como los mejores; está dispuesto a jugarse la vida por él mismo y no espera ninguna recompensa, ninguna que no sea la tranquilidad.

Un coraje así sólo se alcanza achatando vastos relieves de la memoria. Por eso hay cosas que O'Jaral no recuerda nunca. No. Para recordar estoy yo. Yo soy O'Jaral.

Ahora bien, sobre el descubrimiento propiamente dicho, o la invención o alumbramiento, no había nada dicho todavía, nada propio. O'Jaral soñaba con un salto imaginativo de síntesis, de superación, que le permitiera concebir un sistema de convivencia ordenado y elástico, tal vez una malla de comunidades encastradas en una simetría natural, firmemente asentadas en sencillos principios educativos, administrativos, etcétera; pero sobre todo soñaba con el saber, con la facultad vinculante que le permitiera definir el sistema, y con la vía que llevara a establecerlo: que llevara a la gente a librarse de Ellos antes de convertirse definitivamente en una réplica purulenta de Ellos. Para mantener un conjunto humano de esa especie había que inculcar a los niños la familiaridad con la incertidumbre: porque lo humano no era lineal, la iniciativa más ínfima podía suscitar cambios incalculables y, aunque globalmente estable, la totalidad sería en cada momento lógicamente imprevisible. Por eso no había problema. O'Jaral, que ignoraba nada menos que el carácter de su revelación, sabía que en el marco de una seguridad superior no era imposible acostumbrarse a la inseguridad cotidiana.

Es cierto que O'Jaral, prisionero en el mamarracho de conjunto en donde había nacido, no podía producir una proposición realmente nueva sobre ese conjunto desde adentro. Pero también es cierto que O'Jaral no se consideraba el probable creador real de esa verdad sino apenas un probable médium, nada más que un instrumento.

Por el momento había carradas de cuestiones parciales, cada una agotadoramente específica. La medicina, por ejemplo, estaba estancada en una adolescencia impenitente y sus diversas escuelas peleadas como patotas de barrio. A O'Jaral, otro ejemplo, lo desesperaba la insuficiencia conceptual de la sociología para interpretar los cambios. Si repasaba la diversidad de *tipos* de vida colectiva, constataba que la humanidad había inventado bastante poco. Sociedades salvajes; federaciones de tribus, imperios nómadas; sociedades carismáticas y teológicas; familias patriarcales; ciudades-estado; sociedades feudales; monarquías estructuradas sobre burguesías comerciales. Todo esto antes de que el capitalismo industrial volviera numéricamente indefinida la variedad de componentes de la vida social, y los unificara en los noticieros. Pero en cada sociedad había habido una historia y un anhelo particular de infinito, y cuando los hábitos se endurecían el deseo reventaba las junturas. ¿Habría un estallido en el país de O'Jaral? ¿Había por ahí aspiraciones turbulentas? Lo que a O'Jaral le preocupaba era definir con la mayor exactitud posible la silueta del infinito nuevo que la vida ingobernable, la de cualquiera, estaba creando sobre el bastidor ya podrido.

O bien cuestiones más abstractas. Si la mecánica estadística tenía razón, pongamos, y era cierto que hordas de actividades microscópicas e inconexas podían *cristalizarse* de pronto dentro de un medio dado, crear regiones de coherencia que se diseminaban, se extendían hasta reorganizar el medio totalmente, por así decir, de la cabeza a los pies, transformando un espantoso revoltijo de arena en una continuidad conmovedora de dunas tornasoladas.

O'Jaral se preocupaba mucho. Todo esto tenía que trabajarlo. Urgentemente. Convertir los añicos en fragmentos y los fragmentos en un plan. Con un plan alcanzaría. A la espera del plan, iba reuniendo toda la informa-

ción importante, condensando y jerarquizando, mientras no lo molestaran. No cualquier cosa servía. Había información superflua e información provechosa u honrada. Los depósitos de la cultura estaban llenos de detritus de envoltorio llamativo, de despilfarros y errores, de productos que eran simples monumentos a la insuficiencia de los placeres humanos, de modo que sólo un sabueso intelectual como O'Jaral podía imaginarse cuánto tenía que luchar O'Jaral para encontrar materiales de verdadero fuste. Una formación verdadera no se terminaba nunca.

Él iba cortando cizaña. Sabía, volviendo a los ejemplos, que casi toda la música le importaba un bledo; apenas se reservaba a Bach, cumbre de la razón constructiva, y bastante de lo que tenía letra popular, boleros, chotis, blues, coplas que entretenían los momentos huecos con observaciones vitales más que sensatas: *lo tuyo es puro teatro*. Pintores, nada de efusivos a lo Goya; en todo caso Vermeer, Malevitch. La poesía era de lo peor: hacía verdadero daño; se tomaba las figuras del lenguaje al pie de la letra, invitaba a la gente a suplantarlas por lo real, y el resultado eran huracanes con ojo, un ojo, y muros de silencio que nunca habían existido ni existirían fuera de las inteligencias nubladas. A O'Jaral le repugnaba sobre todo el romanticismo, la neurasténica exaltación de Shelley pidiéndole a un viento que lo hiciera volar como una hoja, ese mequetrefe de Novalis adjudicándole ingenio a la naturaleza, tanto joder todos con las ruinas y los fantasmas. En cambio se inclinaba ante Virgilio: porque había creado a Eneas, un héroe capaz de renunciar a cualquier cosa, incluida una reina riquísima, por cumplir con un mandato más alto cuyo propósito definido ignoraba, un mandato que a la larga, se iba a demostrar, comprometía a la civilización entera. *His ego nec metas rerum, nec tempora pono:/ Imperium sine fine dedi…* Con Virgilio, O'Jaral había conocido el fenómeno "piel de gallina" mucho más que con las batallas de Homero, que pensándolo un poco parecían trifulcas de barrio entre musculosos hediondos. Shakespeare, el caso más desesperante de sobrestimación universal, era un caldo de definiciones contradictorias, una escuela de volubilidad. Grandes de verdad eran los diáfanos arquetipos de Molière. Ejemplar era Goethe; y la contra-

cara, Leonardo, un ejemplo terrible de dispersión inane. De los novelistas, había aprendido algo con Galdós y Balzac, nada con el intoxicado Dostoievski, poco con los del dieciocho y menos que nada con Cervantes si se exceptuaban las observaciones de Sancho Panza. A Proust le habría recomendado que resumiera su gomoso libro en treinta proposiciones. Útiles eran en realidad las narraciones policiales, que exponían el tráfico fundamental de necesidades humanas. De hecho, lo imprescindible para un hombre en la posición de O'Jaral eran los pensadores a salvo de generalizaciones arrogantes: nada de Platón, mucho de Aristóteles; mejor Condillac que Kant; mejor Max Weber que Salturazzi y el límpido Ryle que el trapacero Freud. Apreciaba el realismo de Montesquieu y las panorámicas de Vico, pero sentía debilidad por Bakunin y tenía en cuenta las profecías de Gusmendja; y volvía una y otra vez a Montaigne, abanderado de la constancia, y a Confucio y Epicteto y Darwin y Unika Bolstein y Picco della Mirandola. Pero bueno, entre tanto debía repasar la economía política y administrativa, la filosofía jurídica y mertanomía y los avances de la técnica. De la logorrea de los historiadores ya se había librado, convencido de que "experiencia" era un concepto vacío o nombraba algo intransmisible, y casi por las mismas razones se había exonerado de la antropología.

Poquísimas personas habrían podido leer o asimilar tamaña mole de libros. O'Jaral no era de esas personas, y lo aceptaba. Por eso acudía con entusiasmo a enciclopedias, resúmenes, manuales y recopilaciones de divulgación. Así le quedaba tiempo para formarse en saberes prácticos.

O'Jaral tenía conciencia, la que el trabajo le permitía, de que buena parte de su empeño podía ser en balde. De tanto en tanto vislumbraba que su revelación iba a ser una simple ética práctica, o una estrategia de supervivencia y bienestar, una serie de procedimientos contra el mundo de la distracción, de la renuncia a la responsabilidad y la obsecuencia estólida. Quizás unas cuantas normas para el individuo en la comuna, una serie de reglas de autocontrol y

buena voluntad. Aunque, ¿por qué no un mito laico, un tónico para los ajados ensueños del siglo?

En algún punto de sus mareos, con todo, siempre volvía a la misma inquietud. Se preguntaba, y sabía que era preciso decidirlo, si el mundo era *del todo* inmanente. Porque si no había más que lo que parecía haber, si todo era tal cual era, sin ajenos soplos de animación, y cualquier esperanza debía estar en el Aquí, ¿de dónde iba a caerle a él la claridad, qué instancia lo había elegido para que un día se encendiera? O'Jaral era naturalista, claro. Pero le irritaba no advertir al menos el atisbo de una presencia, aunque fuera amorfa, dispuesta a reconocer sus méritos y señalarlos. A David, el gran rey David, una bendición le había confirmado que no se equivocaba, que estaba hecho para engrandecer un pueblo. Así era fácil, claro. Pero a los que nunca verían en el cielo más que gases y azur, ¿sólo les quedaba el heroísmo del trabajo? ¿Sólo la tarea de dar forma a lo fofo, transparencia a lo opaco, significado y ritmo al ruido?

O'Jaral sentía algún recelo hacia el heroísmo. Los héroes paganos como Hércules, triunfantes, o castigados, eran realizaciones de deseos femeninos, y en ese sentido eran feminoides. Ahora bien, el fatum, ¿existía? Si no había nada que predestinase, ¿cómo se cumplía un destino?

Muchos antes que él habían vivido en estas paradojas. A lo mejor la misión de O'Jaral consistía justamente en resolverlas. A lo mejor era eso. A lo mejor no. Algo tendría que ser, de todos modos: Ellos no se equivocaban nunca.

Como todos los agentes de novedades radicales, se decía O'Jaral, él no disfrutaba de claridad continua. Pero esa carencia no impedía que Ellos se desvivieran por arrancarle lo que estaba a punto de alumbrar. Lo nuevo siempre entraba en la experiencia como un escándalo, pero también como posibilidad, y lo posible era el agua donde evolucionaba lo real. Ellos pensaban que lo real era territorio *suyo*. Aunque no sólo Ellos: también los súbditos, criados, vicarios, víctimas y competidores de Ellos vigilaban al hombre adelantado, en supuesto bien de lo real, con tanta codicia de su saber como ganas de anularlo. La ambivalencia los unía a todos por encima de cual-

quier diferendo. La observación aprensiva del que encarnaba la ruptura era el cemento de la sociedad. Y por eso O'Jaral, que iba a encarnar la ruptura, se había ocupado de aprender todo lo necesario, y no dejar de practicarlo, para que su carne fuese difícilmente vulnerable. Rata en la biblioteca y guerrero en la liza, así se quería.

El río Talec atravesaba todos los anillos de la ciudad pasando por el centro. En el bulevar de la Ribera, en el barrio Ronnegan de la Zona Media, O'Jaral encontró un hotel tan impersonal que ya en la puerta se sintió a salvo. La recepcionista le ofreció servicio de masajes, terapia tántrica, músico-relajación, videojuegos u otros solitarios, consultorio político, sesiones expiatorias, bajando paulatinamente la voz, diluyendo las palabras en la saliva del hechizo a medida que O'Jaral, con una sobria mirada glandular, la convencía de que él era demasiado suficiente para necesitar algo, de que en cierta forma estaba de vuelta de todo. Encandilada, la mujer se calló como si entreviera una oportunidad de comprobarlo, y O'Jaral se fue jugando con la llave. Ahí no había información.

Después de practicarse un digitomasaje en las piernas se echó en la cama a dormir una hora, al borde del colchón para no dejar un hueco que pudiera molestarlo a la noche, pero estuvo una hora sin dormir. Lo perturbaba la copia de un espantoso Monet que había sobre el tocador. Bajó a la calle. Le bastó meterse en el café Perceval para constatar con qué vertiginosa monotonía circulaba la histeria en la franja de consumidores. Bajo la música atmosférica, entre los relojes tal vez suizos y el whisky nada escocés, algo que era exceso en los cuerpos y carencia en las palabras intentaba atrapar los objetos con un sinfín de frases juguetonas, vitaminadas, visiblemente infructuosas. Las posibilidades creativas del repertorio comunicacional no eran grandes, *Yo le dije a Otilia que a veces la sinceridad es malvada, Yo creo que una relación necesita rodaje como un coche, Yo esa empresa la veo catocha, ¿Por qué no me lo dice de frente?*, y entre las preguntas dirigidas a un lado y las miradas ofrecidas a otro, un herpes de búsqueda insaciable enervaba el humo azulado.

Como era un lugar grande, casi catedralicio, al técnico en revestimientos, a la asesora fiscal, a la dietóloga y al mayorista de instrumental quirúrgico y el minorista de sanitarios no les importaba compartir el espacio de señales con las numerosas jóvenes candidatas a cualquier cosa. En los foros de consumidores, la democracia concentracionaria se fortalecía en un chispeante desinterés por el destino de las frases.

O'Jaral pidió jugo de naranja y un brioche con queso. A la derecha, detrás de la barra, la pantalla de la oposición proyectaba un videoclip de Hynna, una cantante de origen ario que intentaba parecer indígena; la ex rubia tocaba la guitarra y una escuadra de niños, querubines o moscas, ascendía de una pocilga a un barrio multicolor. A la izquierda, en la pantalla oficial, un funcionario se extendía en la solidaridad del Grupo Panatlántico con los leprosarios del Chaco. Enfrente, atrás del ventanal, la llovizna desmenuzaba un ocaso del color de los rayos UVA. Un guardia de seguridad observaba desde la garita el tránsito de los mendigos tolerados. "¿No querría este hombre interesante un ratito de charla?", dijo una voz mentolada por sobre el hombro de O'Jaral.

O'Jaral giró la cabeza mientras la mujer, melena jerez contra mejillas de lifting, pasaba rozándolo y, antes de que él le ofreciera la silla, se sentaba en una airosa exhibición de medias negras y pechos negociadores. "¿Y de qué vamos a hablar?" "¿De un seguro de salud, por ejemplo?", sonrió la mujer. O'Jaral juntó las manos sobre la mesa y conectó el analizador de seducciones. El maquillaje de la mujer cubría una incipiente psoriasis. Carcinosa, pensó O'Jaral, y dijo: "Últimamente me siento bastante bien." "¿Y los imprevistos?", dijo ella. "Una persona sola está librada a lo imponderable." La mujer asintió con un aire de confianza. "¿A la pura casualidad?" "Bueno, siempre hay una búsqueda", dijo O'Jaral. La mujer entornó los ojos. O había extraviado un código o no quería perder tiempo, porque de golpe miró la ventana y dijo: "¿Y qué tal un paraguas?" O'Jaral se arriesgó: "Podría ser." Dinámica, la mujer tomó una servilleta y después de anotar una dirección, Zapata 292, la puso en la mano de O'Jaral con una mano fresca, dudó él si insistente.

Optó por moverse en seguida. En el bulevar apuró un paso standard bajo los plátanos medio desnudos, sobre collages de hojas y papeles. Un hervor manso ondulaba el río como una aspiración ilusa de cambiar de color, bromeó O'Jaral, quizá del marrón al fucsia, o a la transparencia.

Si algún grupo le había salido al encuentro, si querían enrolarlo en algo, no podía ser por militancia mecánica; quizá la mujer había notado en él una percepción abierta, o era una auscultora de algún grupo. Sin embargo, o en todo caso por eso, no estaba de más la cautela.

Lo que encontró en Zapata 292 fue la marroquinería Gabastú, y adentro, en el repugnante olor a cuero que se forzó a soportar, una vendedora sola. Era una muchacha alta y taciturna, aspirante a la anorexia. O'Jaral le explicó que una señora le había dado la dirección en el café Perceval. La chica se concentró: "Caramba, sí, por supuesto." "La señora me preguntó si no necesitaba un paraguas." "Lo más oportuno, ¿no?, con esta lluvia." O'Jaral no se decidía a hacer la pregunta. "Parece que cayera, pero es un círculo vicioso", tanteó. La chica pareció ceder: "Qué cierto. Un círculo de lluvia sin salida aparente. En fin, le muestro lo que tenemos." Puso media docena de modelos sobre el mostrador de vidrio. O'Jaral eligió un automático de tela a cuadros, *unisex*, pero el diálogo no pasó de un tanteo rígido empañado por giros de Mulligany. Solamente al final, mientras O'Jaral se demoraba, la muchacha concedió: "Bueno, si usted es conocido de Irma, ya sabe que acá estamos para lo que necesite." "¿Irma?" "Sí. Irma. La señora del Perceval." Aunque lejos del agradecimiento, O'Jaral resolvió irse sin dispararle a la chica una mirada supresora. No hacía falta mucha perspicacia para comprender que él no era de los que usaban paraguas; por tanto, se dijo en la calle abriendo el paraguas, lo que le habían pasado era un nombre, Irma, probablemente no inservible, y el centro de operaciones de la dueña del nombre.

Hundido en sueños que ha conquistado con labor, el cuerpo de O'Jaral salta en la cama para librarse de los visitantes que le envía la mente, egoísta y exagerada.

Pero aunque el cuerpo quiera descansar, y sin duda también la mente, hay un gruñido que teje una tela en la oscuridad, y la tela pesa cada vez más.

O'Jaral termina por despertarse y va tambaleándose hasta el bolso. Saca el condeptor, que en la palma de la mano brilla como un zafiro y no deja de gruñir. Aprieta inútilmente todos los botones, lo tira al suelo y lo ve rebotar como un acróbata, lo pisa y oye un gemido metálico. Al final se le ocurre llenar el bidet y dejar el condeptor en agua, dentro de una bolsa de plástico lastrada de monedas.

Aunque ahora tarde en dormirse de nuevo, al menos el gluglú insistente no recuerda la cara de Badaraco sino, si O'Jaral se enfrasca, la charla vivaz de los moluscos en una gruta marina.

Otra vez otro día, y después de sus ejercicios, desayunado y con paraguas, O'Jaral alargaba un recorrido exploratorio por los barrios de la Zona Media. Podía estar alegre de haberse sobrepuesto, de estar sobreponiéndose a una noche no menos insatisfactoria que tantas; y ahora sabía cómo entretenerse. Es decir que iba con el paraguas nuevo en la mano, cantando algo así:

Yo me fui pasao mañana
pa volver antis de ayer
despiado de la garganta
enronquecido los pies,

y el ritmo, que era tatacúm taptí tatáta, lo hacía con punta y taco de bota, él sabía cómo, sin por eso privarse de registrar la actividad, las emboscadas, las leyendas en las paredes, los titulares de los diarios y sobre todo las conversaciones.

Bancos. Cabinas de cine. ¡Rotiserías! Coches de ronroneo vigoroso, como crueles ocelotes lacados. Anchas aceras daban salud a las miras humanas entre la sombras de las tipas o los jacarandás. El trayecto habitual del consumidor medio discurría entre hileras de edificios racionales de mosaico y esmeril, gavetas de lo más opaco a la razón,

cada uno con su portero seboso y su detective sádico. Había parado de llover. Una camioneta de la Iglesia de las Vísperas repartía, con megáfono, la admonición de que la muerte de los peces del Talec era el primer signo del Año Postrero. Llevaba en el techo una pantalla con imágenes de la hija del presidente, que era adepta a la secta, y cuando frenó en la esquina de Uzandizaga y avenida Rotler varias mujeres con bolsas de compras cayeron de hinojos para escuchar la proclama: "Un Estado, una economía, una vocación mundial, pero diversas formas de libertad, entre ellas la de conciencia", decía en alta definición la boca de la hija.

En la ochava de enfrente una pareja salió de un consultorio móvil de asesoramiento psicológico. Aligerado quizá por la sesión, el muchacho se rió de las devotas y al rato inició un discurso contra el referéndum. Decía más o menos lo mismo que la pintada que alguien había hecho en la ventana de una clínica veterinaria: LA IDENTIDAD SE FORJA EN LA DIFERENCIA – ¡NO A LA ANEXIÓN AL GRUPO PANATLÁNTICO! Un señor de edad, canoso y con bastón, se indignó con el *perturbador*. Al muchacho le disgustó que el viejo le tocara la ropa. En ese momento un megáfono de posición invisible emitió simultáneamente una marcha nacional y un violento pedorreo.

O'Jaral empezaba a asombrarse de la exhibición de ingenuidad, cuando un guardia privado salió de una casa y paralizó al señor de edad con una llave de estrangulación. Esgrimiendo un puño de hierro, el chófer de la camioneta se interpuso entre las devotas de la Iglesia de las Vísperas y el chorro de adolescentes que había empezado a manar de un colegio. Nunca iba a saberse a quién había amenazado el chófer: un helicóptero de la policía levantó una borrasca de hojas; de pronto, como guiadas por una mente propia, la pantalla de la camioneta y otra más grande, en la azotea de un edificio, se pusieron a difundir imágenes del ministro de economía, con delantal de mucama, sodomizado por el puño de la diputada antianexionista Llamazares y administrándole un enema al presidente de la Unión Industrial, o una eminencia así. Hubo risas y silbatinas. Dos o tres descargas de los policías hicieron añicos las pantallas. Bajo la llovizna renovada, dos

falsas devotas lanzaban largos gritos horripilantes que podían ser risas. El tráfico se había embotellado, algunas motos invadían las aceras y en la mañana viscosa se propagaba un carnaval de bocinazos. Se había reunido mucha gente. Algunos vociferaban *Fuera la mugre arrabalera*, pedían estado de sitio, intentaban cantar el himno nacional. O'Jaral meditó, medita que si Ravinkel instiga semejantes cambalaches es que con los años se ha vuelto gagá. Pero el razonamiento es pobre. Segundos después postula que esa performance la han instrumentado para él, nada más que para hacerlo reflexionar, quizás; y aunque puede ser una trampa, también puede ser una convocatoria.

Tres torsos teñidos de azul índigo, que acababan de asomarse por una alcantarilla, fotografiaban a la multitud como si la escupieran. Alguien anunció a voz en cuello que estaban saqueando la veterinaria. Una bengala escribió en el aire PROTAGONICE SU VERGÜENZA, y la consigna se disolvió en un olor de paja mojada. Algunos policías ya habían reducido a los de torso azul, pisoteándolos, rompiéndoles las cámaras, y un piquete con emblemas de Vecinos Contra la Mugre le machucaba la cabeza al falso guardia, que no había llegado a luxarle el hombro al señor de edad.

O'Jaral sintió que un plasma tibio se le apretaba contra el costado. Era una colegiala de no más de quince años. "Eh, amiguino, ¿usted no tiene miedo?" "Fuera de acá, mocosa." "¡Ochi, amiguino! Si le gusta la carne primaveral", dijo la chica mulliganesco modo, "por diez dólares le abro la puerta del paraíso". O'Jaral la empujó. Los ojos de la chica tenían una opacidad de película velada. "Invíteme a comer", pidió; "regáleme pastillas. Usted debe tener pastillas." Como un segundo empujón no la hizo retroceder, O'Jaral le agarró la muñeca, obligándola a abrir la mano, y en la mano le puso el mango del paraguas.

Tenía que alejarse de ahí; y era que avenida Rotler abajo, a cincuenta metros, un tipo con ropa de atleta le hacía señas agitando un pañuelo. O'Jaral fue hacia allá, aminorando la velocidad a medida que le subía la presión. Aunque tuvo que parar un momento a frotarse los ojos con saliva, los ojos que valían más que él, no se le escapó que el atleta había entrado en un salón recreativo.

Adentro, entre el suelo de linóleo y un palio de humo azucarado, los ruidos de los juegos electrónicos chocaban con balbuceos de jovencitos, con relinchos de ataviadas potrancas. O'Jaral recorrió los pasillos, siempre detrás del atleta, eludiendo cuerpos sorbidos por el espacio cibernético. Al doblar al final de una mampara por poco tira al suelo a una mujer que vendía cigarrillos. Le compró uno y se permitió empezar a fumarlo. La bóveda central ululaba entera: un escenario tropical invitaba a los ingeniosos a resistir un tornado. Tal vez O'Jaral hubiese debido buscar ahí al atleta, pero le llamó la atención una excitada turba de ociosos. Estaban mirando un ingenio con forma de templete.

En el centro, una llama contenía la imagen de un boxeador sentado en su correspondiente rincón de un ring; bastaba poner una moneda para que la imagen cobrara el tamaño de un peso pesado, un tremendo rubio que tan pronto bajaba la guardia, zumbón, bailarín, como esquivaba el tortazo del rival para desvanecerlo después de un solo golpe, upercut o gancho a la mandíbula. Los aspirantes ponían la moneda sonriendo, amagaban con un rictus, manoteaban el aire como si llamaran un taxi, en el mejor de los casos buscaban el abrazo, y la máquina los amonestaba con un silbido, y quince o veinte segundos después caían bajo el puño insustancial como anulados por un síncope. Cada quince o veinte segundos la turba debía abrirse para que un ordenanza arrastrara al noqueado de turno hasta la ducha.

O'Jaral iba a seguir con lo suyo cuando detrás del ring, en la platea que crecía con la imagen del boxeador, se divisó en una butaca con los puños apretados, con la boca babosa, y en el vendaval de ovaciones reconoció una voz igual a la suya. No fue el miedo lo que lo clavó al piso, ni los años de precauciones desperdiciados, sino la indignación, un reflejo estúpido que después, después iba a preocuparle mucho. Pero presencia no le escaseaba, más que suficiente para abrirse paso sin empujar, y una vez en primera fila esperó a que retiraran al último turulato, y se plantó ante la máquina y puso un dólar en la ranura.

Pisó el cigarrillo, sin sacarse el gabán, y subió la guardia. La imagen creciente del boxeador rubio, pantalón rojo sandía, quijada con cicatriz, le hizo una mueca. O'Ja-

ral lo esperó sin sesgarse, lo mantuvo a distancia con la izquierda extendida, visteó un directo que se hundió en la humareda, aguantó el uno-dos con un paso atrás y de pronto se protegió el mentón con la derecha, la mano derecha abierta como un escudo; el guante del rubio se estrelló contra la palma, que un precipitado de energía tiroidal mantuvo inconmovible; la peor parte del público lo acusó de tramposo, pero O'Jaral ya veía el paso atrás del rubio, no desorientado sino automático, y aprovechando el contrapié le asestaba en el ceño tres dedos de la mano izquierda como tres botones. El rubio no se tambaleó: una estrella de luz le rajó la frente y silenciosamente fue ganando el cuerpo hasta desintegrarlo entero. Mientras la máquina zozobraba entre chisporroteos, O'Jaral dio media vuelta, los brazos abiertos para ahuyentar el vocerío. Le habría gustado poder sonreír, y más le habría gustado cazar al atleta ése para preguntarle por qué lo había guiado hasta ahí; pero tenía que irse.

Remontó avenida Rotler a paso cansino, procurando distribuir por todo el cuerpo la adrenalina que había concentrado en los dedos. Había tal humedad en las baldosas que no podía afirmar bien las botas; a cada paso le temblaban los tobillos. Una dosis más alta de lo desagradable lo esperaba en la esquina de Uzandizaga: en la puerta de la veterinaria saqueada, encadenados a la reja metálica, siete periféricos se amontonaban sobre el escalón como fruta podrida. Ya les habían alquitranado el pelo, y encima del alquitrán pegado unos cartones: ASÍ TRATA ESTE BARRIO A LA MUGRE.

Rosas, pensó O'Jaral. Rosas, o agua o ungüento de rosas era lo que habría necesitado para apaciguarse, o simplemente un ramo de rosas para mirarlo, así recomendaba un sabio sufí, pero no había a la vista ninguna florería. Movió la mirada entre los periféricos desmayados y el sargento que los vigilaba. Entre el pómulo derecho y la mandíbula, una fibra muscular se le retorció como una hebra de lana alcanzada por el fuego. Al fin se alejó por Uzandizaga, ajeno al sol que reaparecía sobre la clientela del banco, al crujido de neumáticos sobre vidrios rotos. De la última hoja de un plátano caían unas gotas, y en las gotas se bañaba una tórtola.

Pero O'Jaral no iba solo, y por más que lo presintiera no pudo zafarse. *Chist*, oyó cien metros más adelante: *Chist*.

Cuando se dio vuelta, enfrentando el llamado con toda la jovialidad posible, un hombre delgado y otoñal, con un lento brazo extendido, pasó medio metro de largo, se dejó embolsar por el aire y después de retroceder trabajosamente fijó en él unas curiosas pupilas ovales. Había cierta tribulación en esa cara, y todo, párpados, arrugas o muesca del mentón era un poco anacrónico, estaba desenfocado. Lo mismo el impermeable amplísimo del hombre, y el pañuelo raído. El escaso pelo lo llevaba mal cortado o sin cortar; la piel transmitía una vibrante pesadez de cielo encapotado.

"Un momento, nada más, por favor", dijo. "Por favor, estoy para servirlo" se dispuso O'Jaral. "No, no será un servicio", dijo el hombre, y O'Jaral intentó identificar el olor que exhalaba. Simuló paciencia: "¿Entonces qué?" El hombre se rascó la mejilla: "Ese golpe de dedos que usted le aplicó a la máquina..." "Yo a usted no lo vi en el salón." "Es que", el hombre se endureció apenas, "estaba y no estaba". "No comprendo el chiste", dijo O'Jaral. El suspiro del hombre fue sarcástico y compasivo. "Mire, compadre. Como veo que es susceptible no le preguntaré cómo se llama. Pero le advierto a su susceptibilidad que de todos modos no nos va a costar averiguarlo." "Y también les va a servir de poco", retrucó O'Jaral: "digamos que me llamo Luis Carlos". "Ah, sí. Bueno, *Luis Carlos*, eso que usted le hizo a la máquina es muy interesante, mucho. Tal vez un uso especial de la energía sek, puede que una ionización momentánea de los líquidos articulares. Justamente por eso nos interesa", dijo el hombre, súbitamente alegre: "es nuevo, y podría servir a otros fines". O'Jaral lo estudió con velada aprensión. La cara tenía algo sobrante, como si fuese un compuesto de fotos muy parciales, cada una tomada con gran angular. Y ese aroma. Cada vez tenía más ganas de irse. "¿Y quiénes son ustedes?", preguntó. "Nosotros... somos de la luz y de lo que no la refleja", dijo el hombre, grave y claro como un violonchelo. "Venimos de los alambiques del tiempo, de picos donde las estaciones y la distancia intercambian sus magnitudes. Bajamos de

cumbres donde el edelweiss se eterniza, por abras, por desfiladeros, o subimos de las bodegas del porvenir, vadeando ríos de hematites, a saltos por la roca de lo que se cree olvidado. Venimos de una noche que resuena como un gran insecto vacío, de la vigilia y la permanencia... Mire, nunca puedo explicarlo de la misma forma."

O'Jaral había caído en una incomodidad tan torturante que se habría tomado por emoción.

Si uno no lograba descubrir el hueso de verdad que encerraban las monsergas de un loco, pensó, todo lo que el loco decía pasaba a ser cierto.

Pero ese hombre era algo más. "Lamento no poder ofrecerle descanso", dijo O'Jaral. "Su sentido del humor sólo consigue aumentar mi interés, *Luis Carlos*." "¿Y entonces?" "Entonces... nada", dijo el hombre. "Bueno, bueno." "Sí, nada. Lo único que puedo decirle es que, por lo pronto, nuestro interés por usted lo deja ligado a nosotros." "¿Irremediablemente?", dijo O'Jaral. "Para nosotros no hay nada irremediable. Tampoco hay nada solucionable. Nuestras dicotomías son otras. Nosotros somos lo diferente, lo que ya está sellado. Pienso que con el tiempo... ah, con el tiempo... le gustará saber más, a juzgar por lo que demostró en el salón."

Ya hacía un rato que O'Jaral se había percatado de lo que pasaba con el hombre. Si mantenía el diálogo era por gusto del perfume que la boca pálida iba despidiendo en breves bocanadas, como un fuelle orgánico de especies. Estaba casi enviciado, y además quería convencerse de que, mal que les pesara, también esa clase de hombres podía equivocarse: él no iba a entrar en el juego.

"¿Y entonces?", preguntó. "Nosotros, compadre, vamos a seguirlo siempre. La energía nos interesa en sus usos y manejos, en sus excesos y astucias y, por tanto, nos interesa usted. Desde ahora. Ya nos verá, ya le saldremos al paso. Ni para bien ni para mal. Nada tiene por qué cambiar. Pero cuánto, cuánto me agradará que siempre que nos vea sepa reconocernos." Levemente descompensado, como si en el centro del cuerpo llevara un péndulo a contratiempo, el hombre giró en la campana de su impermeable y al alejarse dejó una suave maroma de esencias: nuez moscada, camomila, coco, sésamo, estragón, canela...

O'Jaral no pudo seguir el recuento. Tampoco quería. El hombre acababa de hacerse humo, prácticamente. Y él no iba a entrar en el juego. Él no sabía desaparecer de golpe.

Sin embargo, disciplinadas, las peripecias de la mañana iban quedando inscritas una por una como en el plano de un circuito. Y si O'Jaral era demasiado experto en alucinaciones como para tomarse en serio sus hipótesis más fogosas, tampoco se las podía tomar en broma. No todos los acontecimientos *inscritos* eran del mismo orden, algunos incluso eran contradictorios, pero algo empezaba a dilucidar, y era que bajo la grasosa acumulación de fenómenos había una fluidez clandestina hacia donde distintos agentes lo estaban guiando con guiños, con señuelos.

De todos modos el timón lo manejaba él. Sentía, digamos, el barniz de la madera en las manos. Y a fin de cuentas tanto mejor si lo guiaban, porque para él se trataba de liquidar bien rápidamente su trabajito.

Otra cosa era que esa fluidez tuviera algún sentido.

Entró a un bar y engulló un cuarto litro de agua mineral. En el toilet se tomó la temperatura: treinta y siete y décimas. De nuevo en la calle se conectó al programa automático de caminata distraída para no ver nada hasta que estuviese de nuevo en el Perceval. Para no pensar, que era lo que le convenía ahora, no conocía mejor método que pensar en un objeto apasionante. Eligió reconstruir un capítulo de la historia del color, específicamente de las tinturas textiles: el proceso de obtención del rojo turco, en Europa, hacia 1817. Eliminación de la impureza leñosa del algodón, baño con estiércol para animalizar la fibra, aceitado, lixiviación, cuánto le gustaba, lo repitió, li-xi-vi-a-ción, desengrasado con soda, y así. A la tintura verdadera, ebullición de la granza en sangre de buey, llegó mucho antes de llegar al bulevar de la Ribera, pero lo repitió todo, por capricho, de modo que en el programa apareció la palabra buey sobreimpresa al neón del Perceval, rosa mortecino en la mediatarde.

Se sentó en un banco, de espaldas al fastidioso palmoteo del río. Despidió a un díler que quería venderle somníferos. En el sol reacio, las ramas de los plátanos parecían corales en el fondo del mar. Hacia las cuatro y media

vio entrar a Irma. Dejó pasar diez minutos, cruzó la calle, entró él también al Perceval y acodado en la barra, tomando una leche con bizcochuelo, empezó a enviar señales intermitentes de confirmación. Irma se había puesto un vestido de lycra azul y medias blancas; de los jocundos elementos de su cuerpo algunos iban entrando, otros no, en la transacción que verificaba con un cincuentón de la especie pequeño financista. La cara, en cambio, parecía mirar de vez en cuando a O'Jaral. En un momento lo vio. O'Jaral terminó la leche de un trago. Como el día anterior Irma escribió algo en un papel; pero esta vez, con dinamismo parecido, salió de la cafetería con el hombre, amagando colgársele del brazo. El hombre agitaba un llavero. O'Jaral, que los seguía como a diez metros, oyó que manifiestamente Irma decía: *Creo que es en Sacramento, o por ahí*. Y que repetía: *Sí, en Sacramento*.

Imposible seguirlos, desde luego, visto que se metieron en un Dargona 800 De Luxe. Pero O'Jaral no podía desaprovechar la pista, ni le convenía quedarse en ese barrio. Fue al hotel a pagar y buscar el bolso, tomó la línea central del subterráneo primero en un sentido, después en el otro, salió a la superficie en Sol Nuevo, combinó dos autobuses y a las nueve de la noche, con setenta y cinco perfectas pulsaciones, estaba en una habitación de la casa de huéspedes Judith, en el barrio de Sacramento. Una vez hecha una tanda completa de ejercicios, hasta las doce y cuarto, buena hora para iniciar la lucha con el sueño, le quedaron dos horas largas para estudiar a Gödel.

Sacramento es un barrio de ebullición financiera interior, de inmobiliarias, aseguradoras, estudios publicitarios, prestamistas y asesores de inversión, de *testaferros y leguleyos* en lenguaje caro a Mulligany; un típico barrio concentracionario de fantasías medianas, de profesionalidad fingida, hamacado en su cuna por recesiones e inflaciones, alto y prismático en sus edificios, y en la calle tapizado de cafés trepidantes, de despachos para adictos a la intriga monetaria. En la calle Carusso, donde está la casa de huéspedes Judith, un estremecimiento de deseos y hastíos, enojos y obediencias, oraciones y vigilias satura la luz

blanquecina, pero todos los matices se resuelven en una sola onda de agitación innecesaria.

Aunque el presente de los consumidores es bastante amplio como para ponerle muchos adornos, tiene tal naturaleza que la adquisición de cada adorno lo convierte en pasado; y este carácter mudable lo suele dejar inerme ante el futuro, un futuro especial con una obscena gama de peligros. Porque los consumidores saben que la firmeza de su presente se basa en la flaccidez del de otros, y no imaginan ningún movimiento que no sea el ascenso o la caída. La Zona Media de Talecuona no es compacta; entre los bultos de consumidores asentados hay vastos derrames de consumidores en suspensión que viven con pánico de resbalar, y muchos resbalan casi sin sentirlo, en los sumideros de la periferia o el campo de batalla del Centro. Por eso la vida de la Zona Media parece un bailoteo frenético, como de pulgas en una plancha caliente.

O'Jaral está en la calle Carusso. Desde varias pantallas elevadas, la mirada analítica de un mismo inspector policial confirma la presencia de sus agentes, en pantallas subalternas, mientras las pantallas de la plazoleta central emiten documentales deportivos, los resultados de la última encuesta sobre la anexión, el alza de las tarifas turísticas para el próximo fin de semana y el calamitoso estado de la cotización del dólar. La realimentación atmosférica de ansiedad no beneficia a O'Jaral, cuyos radares captan montones de señales que se anulan unas a otras. Por si fuera poco ha desistido de reencontrar el rastro de Irma, así que endurecido de reflexión contempla la vidriera de una óptica.

Es un negocio del mundo inflacionario, lleno de objetos ajenos a su ramo: entre anticuadas cabezas con lentes y lentes solos y agendas oculares hay libros en Braille, libros comunes, cámaras fotográficas, cinturones de buzo, velas, plantillas ortopédicas, aspirinas suizas. Pero estas cosas, que parecen estar detrás del vidrio, se confunden con la suciedad del vidrio y con lo que el vidrio refleja, una pera mordida en la acera, un hombre con un perro en brazos, la charla de dos vendedoras en la zapatería de enfrente, y el brillo de la vidriera de la zapatería y el parpadeo de las cotizaciones en una pantalla y el desfile del

tráfico con sus tules de humo, y todo junto, más la cara sorprendida de O'Jaral, forma un mundito completo, inaprensible en su plenitud, en el cual, y al O'Jaral reflejo se le arquea una ceja, ahora se ha colado una cara más, cercana a juzgar por el tamaño y carnal por el aliento que O'Jaral cree sentir en el cuello. La cara sonríe, arrugada pero enérgica. Los expertos ojos de O'Jaral trabajan como laboratorios de análisis de la coincidencia. Y cuando una válvula se le abre en el pecho y deja escapar un chorro de alegría, O'Jaral debe aceptar que se está alegrando de que la cara recién llegada murmure Luis Carlos, Luis Carlos, y entonces se da vuelta y abre los brazos y saluda:

"¡Don Edmundo!"

Le habían robado el manuscrito, las mil páginas de borrador y notas del estudio sobre Tobías Brockbank. El doctor Gamudio estaba con Natalia en el shopping center Dolores, buscando las postales de la Pampa que le había pedido su nieto, porque tenía un nieto en Europa, cuando un joven encorvado, peludo, no se acordaba de más, había pasado en patines, a una velocidad inaudita, y le había arrancado el maletín y por poco el brazo. Antes de perderse en el gentío, derribando señoras, le había hecho una mueca macabra, *anticipatoria*; el doctor no se había atrevido a correrlo porque era asmático pero a Natalia la impotencia le había puesto alas, no de verdad, aunque con tan mala pata que le había hecho embocar el taco del zapato en una alcantarilla. En resumen: ella con esguince de tobillo, en el hotel, enormemente deprimida, y el doctor Gamudio en una desazón bastante íntegra, considerando que ese trabajo condensaba tres lustros de labor feliz y muchos más de amor a la investigación.

Consternado, O'Jaral sentó a Don Edmundo en un bar, ante un café doble, como si quisiera acunarlo. Nunca había conocido a un viejito tan admirable; no tenía recuerdo de una injusticia tan absurda. "Yo sé que es pecado de soberbia, Luis Carlos, pero en ese manuscrito reflejo una moral de la cultura", dijo el doctor Gamudio. "Yo me esforcé gratuitamente, y quizá por eso me enorgullezco, aunque además sé que mi tesis es buena. Y entonces

dígame si no es un sinsentido. ¿Qué va a hacer un raterito con algo que no vale dinero?" "Y qué va a hacer, Don Edmundo: no entender un pepino", dijo O'Jaral, que entre tanto pensaba.

El raterito debía haber seguido al doctor, sin embargo, porque al día siguiente había llamado al hotel. Se burlaba. Apenas sabía hablar pero era ladino. "Y a mí me traicionó la tristeza", dijo el doctor. "Eso no tiene que pasar nunca, Don Edmundo", dijo O'Jaral. "Y bueno, fue así. Entonces él creyó entender que a mí la cosa me importa mucho y empezó a jugar al gato y al ratón." Durante tres días, seguro que para prepararse, el raterito le había estado anunciando una cita para negociar; pero no la había concretado y entre tanto el doctor Gamudio velaba, dolorido, sin mucha esperanza, paseando a veces como una aparición por las sosas calles de Sacramento. "No se ha paseado en balde, ¿no?", dijo O'Jaral. Un inexplicable arranque de ansiedad le hizo levantarse, comprarle un cigarrillo al autoquiosco que circulaba entre las mesas y encenderlo antes de agregar: "Quiero decir que ahora me tiene a mí."

Aunque el doctor Gamudio apretó el dorso de la mano de O'Jaral con una reseca, pecosa pero firme mano de anciano, dijo que lo que podía pedirle era un poco de compañía, nada más. "Porque en realidad ese muchacho me sacó de encima una carga." "No diga eso", protestó O'Jaral. "Lo digo. Una vez terminado, a mí ese trabajo ya casi no me importaba. Ahora habrían venido trámites onerosos. Hablar con el editor, acordar plazos, corregir pruebas, a lo peor tener entrevistas. Eso no tiene nada que ver con la pasión que lo mantiene a uno en el gabinete, entre libros o documentos; nada que ver con el placer puro de una mente en carrera, ¿no? Por eso estaba pensando que a la próxima llamada le voy a decir a ése que tire los papeles, que ya no valen nada." El doctor sacó un frasco de Mialozepán y tragó dos cápsulas a palo seco.

Como un perro entrenado que de golpe pierde la domesticidad y la obediencia, O'Jaral estuvo a punto de decir: Yo por Gamudio mato. Pero se atajó. "De ninguna manera, Don Edmundo. Usted no va a dejar sin ese estudio a la parte de la sociedad que lo necesita, y menos lo va

a hacer un punguista barato. Esperemos que llame y dé una cita. Entonces, si me permite, yo lo acompaño." La mirada flemática de O'Jaral persuadió a Gamudio de apoyarse en él y le evitó cualquier aprensión. "Luis Carlos, por favor…", murmuró. Fueron al hotel Castronovo a ver a Natalia.

Por la calle, acólito y centinela de un erudito, O'Jaral reflexionó que si no le inquietaba perder un par de días, aunque iba a perderlos, le desconcertaba que el azar lo sometiese a un sacudón tan fuerte. Ese hombre lo emocionaba, y O'Jaral sabía, mal que le pesara, que él no era ducho en orientarse entre las emociones. La dentadura de Don Edmundo, por ejemplo, nacarada y pareja como una doble hilera de plectros, era un prodigio de conservación en un mundo despiadado con los dientes de la multitud; y O'Jaral, que conocía bien la severa disciplina de cuidar una boca, no podía mirarla de reojo sin parpadear como un bebé ante la nieve. Nunca había regresado a nada, pero las regresiones le parecían peligrosas y payasescas; mejor cambiar de tema.

"Ese ladrón no es un as", dijo, sin agarrar al doctor del brazo para no ofenderlo. "Llamó para saber cuánto le importan a usted los papeles. Está pensando. Como no sabe qué hacer, de paso lo pone nervioso a usted."

"Ah, si será conchesumadre", estalló de pronto Don Edmundo: "Ponerme nervioso, ja. Más vale, ¿no? Ese trabajo es un terremoto para el mundo universitario. Una conmoción. Iba a ser mi monumento en vida, mi… ¡Pedazo de piojoso!"

Aunque había dejado al doctor un poco atrás, O'Jaral no se atrevió a girar la cabeza. Acelerando el paso como quien se abalanza al momento siguiente, dejó que el aire malsano sedara al doctor, le secara las lagañas, lo expulsara a su ritmo de ese desquicio pasajero.

En la habitación del hotel, recostada entre revistas sobre una colcha de otomán, una abatida Natalia señaló el tobillo vendado y se alisó el vestido un rato largo antes de soltar el trémolo de la voz. Como no sabía qué se hace para calmar a una compañera desconsolada, O'Jaral la interrumpió alzando una mano. Y ante lo que dijo entonces Don Edmundo, "Luis Carlos tiene un plan", y la pregun-

ta que de todos modos hizo ella, "¿Qué plan?", O'Jaral respondió "Encontrar a ese tipo y obligarlo a devolver lo que no es suyo", ignorando pudorosamente, y en el acto olvidándolo, el encono con que el doctor Gamudio descargaba un puño en la palma abierta de la otra mano.

"Cuando uno menos lo espera se presenta la providencia", dijo el doctor. Y Natalia le regaló a O'Jaral una sonrisa lánguida como el espliego: "Usted, Luis Carlos, es equilibrado y bondadoso."

Sobre los berridos del tráfico atascado, sobre el otoño que muerde el vértigo laboral de los consumidores, sobre un bolígrafo roto en el fondo de un charco, sobre el barrio Sacramento y en el bar del hotel Castronovo donde O'Jaral monta guardia, se extiende ahora una pomada que pronto se endurece y vuelve la realidad menos sensible pero más lábil. Es tiempo estacionario, un lapso difuso donde las cosas y los hechos rompen las membranas para intercambiar contenidos. Ahí se mezclan Ravinkel y las líneas de la mano de O'Jaral, un cubo de hielo en un vaso de granadina, la sirena de una ambulancia, la medianoche en la biblioteca de un erudito y la gomina del pelo de Badaraco.

En otra fase O'Jaral, que ha dejado al doctor Gamudio descansando con su esposa, pasea por entre volúmenes iguales en una librería posindustrial, aventa dispersas ondas que lo reclaman o le compra un yogur extra a un robot, que lo engaña con el vuelto, y en un crepúsculo precoz vuelve al hotel Castronovo con la sensación de que, en medio del desvarío y el peligro, un núcleo de su mente se declara vivo en el cuerpo apabullado. Porque sabe que el doctor Gamudio va a bajar, y en efecto baja, y sentados los dos en el bar, en el tiempo amorfo, conversan de lo que vence a las adversidades.

En expresión que tradujo tantas veces, O'Jaral *bebe las palabras* con que el doctor Gamudio le explica, quejumbroso, que desde que las ciencias encontraron una sintaxis propia, desde que abandonaron el latín y convencieron a militares, políticos e industriales de la importancia práctica de sus descubrimientos, vienen usando un len-

guaje cada vez más esotérico y pedante. Es ridículo, dice, que un discurso que pretende establecer la relación más auténtica con la naturaleza tenga tan poca posibilidad de propagarse; y se burla de los que hablan de la torre de marfil de los artistas, cuando los científicos viven en jaulas doradas. Por mucho que ninguna de estas dos metáforas lo convenza, O'Jaral se embriaga en la idea de soledad fecunda que más o menos traslucen, y más en el vínculo filial que, parece, lo va uniendo al doctor. Descorazonado con la frialdad de la ciencia, cuenta el doctor, él buscó consuelo en la filología.

En algún momento suena una chicharra. Aunque el doctor se sobresalta pensando en un teléfono, O'Jaral sabe que es el condeptor, que solapadamente se le coló en el gabán, y se excusa para ir al baño.

Del diálogo que tiene con Badaraco sólo recordará la pregunta impertinente sobre lo que está haciendo él en ese hotel, su réplica masculada, y el insulto que Badaraco le dispara por la rejilla. "A ver si te calmás un poco, O'Jarital. Hasta pronto."

A distancia, disolviendo la rabia, observa la figura menuda del doctor, la cabeza entre las manos, los hombros agitados de mala sangre. Porque no le cabe creer que esté refunfuñando, enfoca los ojos en un mechón, un mechón díscolo que se levanta del pelo gris. Con la ternura que siente licua la imagen. El momento es proteico y delicado; su grandeza íntima alivia el dolor de encías que le viene a O'Jaral de los nervios, la acidez.

Pero O'Jaral quiere aprovechar un poco la intimidad. Y buenamente el doctor se aviene a contarle. Le cuenta que, en realidad, el plato fuerte de su estudio consistía en el descubrimiento documentado de que Tobías Brockbank, autor del *Fausto* que los filólogos incapaces atribuyen a Christopher Marlowe y de por lo menos siete tragedias del conjunto humano compendiado bajo el nombre de Shakespeare, era un mestizo hijo del mercader inglés Thomas Brockbank y una india antillana que Walter Raleigh había llevado a Londres después de alguna de sus correrías por América. En la personalidad sincrética de Brockbank está el punto de confluencia entre los cultos indios y la magia renacentista de Giordano Bruno y John

Dee, y la base de una lectura del *Fausto* como alegoría del dualismo, como una obra no europea sino interracial, por así decir, y por ende universal y contemporánea. Brockbank era de tez muy marrón, puede incluso que haya interpretado a Otelo en alguna representación del Globe, no se sentía muy a sus anchas en Londres y opinaba que el infierno era un lugar donde "todos los humanos menos uno son del mismo color". Pronto se dio cuenta de que el hombre europeo demonizaba al Otro, el oscuro; pero le adjudicaba un saber al cual él no tenía acceso. Fausto, en la interpretación del doctor, es el hombre que quiere incorporar lo que sabe el Otro, una fuerza espiritual extraña que amplíe la potencia de sus conocimientos; y a cambio de ese saber se vuelve fatalmente "oscuro". Con la transacción se inicia la leyenda "negra", que debería ser "mestiza", del hombre moderno, técnico y hechicero, titán omnipotente y asesino de sí mismo y del mundo.

A estas alturas debe ser noche avanzada, si se juzga por el camarero de boca maléfica que arrastra las pantuflas por el bar; y aunque el doctor empiece a explicar cómo Brockbank fue reclutado por los servicios secretos de la reina Isabel y vendió sus obras al inescrupuloso Christopher Marlowe, que también hacía trabajitos secretos, cómo Marlowe se negó a pagarle o pidió larguísimos plazos, con lo que Brockbank contrató a un camorrista que debía extorsionarlo y desafortunadamente lo mató en una riña de taberna, como bien se sabe clavándole un cuchillo en el ojo, ni O'Jaral ni ninguno de nosotros sabrá más que lo que avanza este párrafo. Las pantuflas del antipático camarero ya se acercan. El hombre dice que hay una llamada para Edmundo Gamudio. No bien el doctor corre al teléfono, O'Jaral rompe la corteza de tiempo insensible y surge debidamente al éter de los mensajes.

El doctor vuelve. Como una venda sucia que no sabe dónde dejar, trae en la mano un papel donde anotó algo. O'Jaral memoriza la dirección, y cuando cada uno se va a su cama el papel queda sobre la mesa, roto en cuatro, pegado al vidrio con gotas de limonada.

Un taxista araucano los martirizó augurando el segundo advenimiento de su pueblo antes de dejarlos en la esquina de Aldabacena y Clos, barrio de Melmonte. El viaje de casi dos horas por los atascos de la Zona Media no los benefició, pero aunque O'Jaral había dormido tres horas, y empleado el resto en ejercicios físicos y espirituales, al bajarse sintió el fustazo de la mañana cristalina. Ahí estaba la sala Damasco, uno de los muchos cines que el continuo tapiz de ficciones condenaba a una ruina monumental. Cubiertas de consignas y vómitos, las viejas lajas de ónix rosado expresaban el desdén de los consumidores por el entretenimiento predilecto de sus padres. Damasco ni siquiera se había convertido en supermercado: en lugar de las puertas de vidrio había una tapia de ladrillos, interrumpida cerca de la boletería por una escotilla de un metro de altura. Estaba abierta. El doctor y O'Jaral pasaron. Pero se estaban estirando en los vestigios del hall cuando un hombre rubio en sedas rojas, monóculo y sombrero se les acercó con una escopeta bajo el brazo.

Les ofreció entrar a la platea si se les ofrecía comprar fraghe, jarabe paregórico, metadona, ansiolíticos, morfina. Al ver que no iban a comprar nada los invitó a desalojar. Entonces se abrió la puerta del toilet de mujeres, un poco, y una nariz como una berenjena seca se asomó unos centímetros por encima de una pistola. Fueron allá.

"¿A quién trajiste?", preguntó una voz de marioneta. Con las varias vitaminas que se había tragado en el taxi, el doctor Gamudio zumbaba como un tubo fluorescente. O'Jaral lo aquietó con una mano mientras mandaba por la rendija mensajes contradictorios. "¿A quién trajiste?", insistió la voz, y O'Jaral se dijo: sí, un *rufianucho*. "Vengo con mi sobrino. Es que sufro del corazón", dijo Gamudio. La puerta se abrió para dejarlos pasar. Escalera abajo, entre los lavatorios, los espejos rotos duplicaban, fraccionado, parte del stock que el rufianucho venía acumulando: pieles, porcelanas, microondas, raquetas de tenis. En un rincón, un gran boquete en las baldosas conducía a potenciales redes subterráneas que O'Jaral resolvió no imaginarse. El rufianucho se sentó en el suelo, la espalda contra la pared, bajo una caduca máquina de preservati-

vos. "Fras, ahora vamohablar", dijo, apuntándolos con una Lugger poco menos que caduca.

Era un compendio de la predestinación a la derrota. Metro cincuenta de pellejo encallecido, estrías de vida periférica en el cuello e impétigos en la cara, las cejas un continuo sin solución, orejas en punta, ropa de otros, zapatillas rojas en la especie de pies. Oscuro todo, salvo la inerte claridad de los ojos opacos, y encorvado como si su completa incapacidad le doliera en los riñones.

"Yo no tengo nada que hablar", dijo el doctor. "Sapa sapa", dijo el rufianucho: "Ese libro tuyo es un güincho es, es fenómeno." "Todavía no es un libro." "Vale oro, ese libro. Me pienso si devolverlo, mirá." "¿Qué vas a pedirme? Yo no soy un hombre rico" "Eh, sapita pita. Ahora me pienso si no agarro y me lo quedo, viejo." "¿Qué cuerno vas a hacer con eso? ¿No ves que no vale nada?" "Y tonche para qué tanto srasrá, ¿eh? ¿Si no vale nada, eh?" "Por mí podés tirarlo a la basura. ¿Me oís? Tirálo..." "Eh, sapi, ahí nomás, que sino... Vamohablar un rato más. Charlá, viejo, sentáte. Y votambién, sobrino, quietonco ahí." "Decíme qué... *Por favor.*" "Ahí, ahí me gustó. Avé, vamo..." "Por favor..." "Vamohablar te digo. Plicame de qué se trata el libro, sapi. Despacio."

Mientras el doctor lo recriminaba de reojo, O'Jaral comprendió, súbitamente incómodo, que el manuscrito no estaba ahí, ni siquiera cerca de ahí, y que el inicuo diálogo se iba a alargar todo lo que necesitara el rufianucho para gozar de lo que no había tenido nunca, nunca: poder de veras sobre alguien. Pero entre los chirridos del diálogo se libraba un pornográfico combate conceptual, de ahí la incomodidad, entre la escultórica dentadura del doctor Gamudio y la dentadura podrida del rufianucho.

Pieza sin palabras para dientes diversos: así se representaba la ambición en ese mundo de saldos. Porque el rufianucho se había dado cuenta de que si el doctor había ido a verlo era que el libro no le importaba poco. No, nada poco: O'Jaral también se dio cuenta, no en vano era traductor, y más incómodo empezó a sentirse.

"¿Cómo sabemos que lo tenés?", preguntó.

"Eh, sobrini, te lo digo yo."

Sobreactuando el asombro, el rufianucho había levantado la Lugger. O'Jaral se limitó a dar un paso adelante y con un giro y un grito lanzó una patada que despegó la pistola de la mano. Cuando el otro ya se levantaba de un salto, agitó la saliva que había juntado entre los carrillos y las encías. Dirigido por la mirada, una especial mirada diurética, el ruido de minúscula batidora entró en el cuerpo del rufianucho y obró una sensación de bola al rojo vivo en la vejiga, de clavo atravesado en la uretra.

El rufianucho se encogió de dolor lo justo para verse las bocamangas, la corriente amarilla chorreándole las zapatillas. No paraba.

"¡Ah, chichipío!", piafó el doctor Gamudio. "¡Ahora vas a ver, piojoso, hijo de puta!" La edad o la ciática o las dos le impidieron llegar a tiempo a la pistola: O'Jaral ya la había tirado a un inodoro. "Pero qué hace", dijo el doctor sacudiéndole el brazo: "¿Qué hace?" Chapoteando, dio un paso hacia el rígido cuerpito encorvado. "Bueno, aborto. Ahora nos vas a decir dónde metiste mi libro. ¿Me oís, malparido?" La inequívoca mirada del doctor le exigía a O'Jaral que exprimiese al rufianucho de alguna manera, pero el tiempo corría, también la meada, y la conciencia de O'Jaral empezaba a caer sobre los sentimientos como granizo a gravedad baja. "Oiga, Luis Carlos, es mi obra."

Fijo en su vértice del triángulo, O'Jaral escudriñó la cara del doctor. Más que la descomposición de los rasgos le dolía la redundancia, tanto había depositado en la sobriedad de ese viejo. Pero el camarero del Castronovo debía haber contado algo y arriba, en el hall, ya se oía el aparato sonoro de la policía, y O'Jaral tenía bastante más que una posteridad personal que salvar; de modo que ni siquiera podía darle una oportunidad. Encaró al doctor y repitió el ruido efervescente con la saliva, después la mirada diurética. Doblado en dos como por una risa ordinaria, el doctor anegó el pantalón con un surtidor violento. Se le cayeron los anteojos. Hubo una pausa fúnebre. Pero un momento después seguía meándose, inmóvil, mientras O'Jaral curaba al rufianucho con otra mirada, le activaba el esfínter y con un tirón de oreja lo obligaba a guiarlo bajo tierra, más allá del boquete.

Una fosforescencia esmeralda surgía del condeptor alumbrándoles el camino entre las consabidas ratas. Vahos de olores inusitados, col rancia, hongos, quinina, caían por las paredes como gordos caballos y reculaban ante las fogatas de las encrucijadas. Chozas de lona y mampostería, después otras oscuridades, reuniones de punguistas periféricos. En una vasta cámara, las ollas donde quinientos evacuados de alguna inundación cocinaban lo que les vendían amigos del rufianucho. Centros de trueque de conservas o zapatos, geométricas colinas de electrodomésticos desechados y, a lo lejos, un muaré de aurora boreal sobre la pirámide de calaveras que alzaban los chicos de una secta. Por todas partes se veían botes, balsas a punto para hacer frente a las riadas.

Seguir en movimiento, había pensado O'Jaral, impedir que el vacío colonizara la vida.

Salieron a la superficie en el cementerio de La Arboleda. Al aire libre, el pantalón del rufianucho hedía doblemente a orina seca.

Sentados cada uno en una tumba modesta, fumaron cigarrillos negros oyendo el cuchicheo de los cipreses. En ciertos momentos el silencio olía a canela, estragón, lo que O'Jaral ya conocía.

El interrogatorio no pudo ser largo porque el rufianucho temblaba como un refrigerador viejo, desacostumbrado al aire libre, y en realidad poco iba a decir: lo único, que un tal Néctor, que se había hecho fuerte en un caserón del Centro, compraba todo lo que estuviera escrito y no se encontrara en las librerías. Le daba lo mismo que se lo contaran, a veces hasta pagaba mejor, siempre y cuando no lo hubiera oído nunca; pero para eso hacía falta que el vendedor supiera leer lo que estaba escrito; o tuviera buena memoria.

O'Jaral le estudió los ojos secos como garbanzos, las uñas de lata quemada, con la impresión de que los detalles heterogéneos siempre terminaban por integrarse.

De repente entendió que él podría haber sido un rufianucho como ése. Y que si lo había evitado era porque en el momento de la disyuntiva había tenido a su lado al

Galgo Ravinkel. Por la intervención del Galgo él había sido O'Jaral, después se había distanciado del Galgo, y más tarde comprendido que lo esperaba un descubrimiento, y dedicado años a prepararlo. Pero si no se hubiera entregado al descubrimiento, Badaraco no habría tenido cómo forzarlo a buscar al Galgo, y en ese momento no habría estado interrogando a un primitivo de zapatillas rojas.

La idea de que le hubiesen dibujado el destino en órbita alrededor de Ravinkel parecía tan estrafalaria que sólo se le podía haber ocurrido como traducción de otra idea, igual de rara pero bastante práctica: que el Galgo Ravinkel le había puesto al rufianucho en el camino.

Fueron a buscar el manuscrito. Se lo pagó espléndidamente y procuró no darle la monserga de que fuera al dentista, pero al final se la dio.

Bolso de pecarí en bandolera, tono mental cargado pero crujiente, pelo claro peinado al agua antes de abandonar la casa de huéspedes Judith, O'Jaral esperaba ahora un ómnibus que lo llevara, si nada se interponía, a otra caprichosa cita con Badaraco. Tras el monótono calvario de la noche, se proponía no malcriar la impaciencia consigo mismo, la amargura de dilapidar los días buscando sin eficacia. Por eso miró un poco a los consumidores de la cola. Tiesos bajo el cielo de estropajo, los más leían *Fenomenal* o *Vumbún*, dos revistas iguales pero enemigas, la primera con un procedimiento para hacer la cartas astrales de animalitos domésticos, la segunda con fotos de Soley Casado, la actriz que encarnaba a Melody Mong, practicando un fácil método mental para enfrentarse a la inseguridad. Un niño devoraba la sección de historietas de *El Talecuonita*. Los que no leían hablaban por teléfono o se frotaban las manos sin parar. A todos, la proximidad de un grupo de mendigos tolerados los incitaba a concentrarse dramáticamente; los chicles de cafeína les daban el ritmo. Como ritmo matinal, vinculado con los bocinazos y la clase de hípica en la pantalla de una galería, era tan expansivo que O'Jaral no lograba sustraerse; y en realidad no se sustraía, para no pensar en el manuscrito sobre

Brockbank que llevaba en el bolso y por mucho que le doliese ya no pensaba leer. Porque el manuscrito ya estaba en el lugar que le correspondía, el zanjón de los devaneos.

El ómnibus no aparecía. La cola se abrió para dejar paso a un carrito aspirador que avanzaba por la acera. Entre el parejo traqueteo, de pronto, una voz cimbreó en el aire y el pensamiento de O'Jaral salió catapultado de un nivel a otro de un sistema, y a otro y otro más, como si progresara, para desplomarse impotente en el punto de partida: desde la cabina del carrito, con el uniforme naranja de las barrenderas, Gracia Calisandru lo saludaba como si quisiera leerle la mano una vez más.

"¡Pero Luis Carlos!", dijo frenando. "Usted siempre tan poco distraído. Yo quería darle un golpecito." "*Siempre* es una exageración, señora. Creo que nos vimos una sola vez. Pero me alegra la sorpresa", dijo O'Jaral. "No mienta, que me voy a enojar. Usted no tenía ganas de encontrarse a nadie." "¿Cuándo, por qué, señora?" "Ah, qué se yo. Hoy, por ejemplo." "Si mal no recuerdo, hace unos días usted y yo elogiamos el azar." "Habrá sido usted, Luis Carlos; yo no elogio lo que no conozco." Con el pulso loco de incertidumbre, O'Jaral atisbaba los alargados ojos de Gracia, oscuros, calmos, golosos, como si fueran planos de un proyecto de amansamiento. Ella se arregló el pelo. O'Jaral se aferró a ese gesto vulgar, a la gruesa rusticidad de las muñecas, para contrarrestar la lasitud que ya empezaba a impregnarlo. Venía de la voz, quizá de los pómulos de rafia, pero sobre todo del contenido de la voz, hogareño, lugareño, tan mediocre que lo subyugaba.

Mientras tanto habían llegado los hijos de ella, los nada menudos Tulito y Raulito, arrastrando una carretilla con el equipaje de la familia. En un tablón que le hacía de asiento, el menguante Tulio Calisandru, abstraído, supervisaba sin tristeza ni reflexión el desbordante crecimiento de la realidad material. La voz de Gracia, O'Jaral no sabía si melódica o melosa, explicó que habían estado en el hospital San Nicolás y en otro, en la Sociedad de Reumatología y en el consultorio del doctor Velape, una eminencia, y que en todos lados le habían dado cita para quince o veinte días después, sin importarles que en ese plazo la decalcificación de Tulio lo pudiera dejar chiquito

como un bibelot. Ella había encontrado ese trabajo de barrendera, porque sabía manejar máquinas; no era el calor alegre de una cocina pero los chicos podían acompañarla, y ella tenerlos a la vista, y de paso conocían la ciudad. ¿Alegre, *calor alegre?*, intentó traducir O'Jaral; salvo que escondiera un conocimiento raro, el buen humor de esa mujer era un contrasentido espeluznante. Y además cómo hacía para tener los dientes tan enteros, todos, pulidos, como un blasón de otra vida, quizá la vida en El Naranjal. Movió varias veces las piernas, siempre de a una, en distintas direcciones. Tenía que haber un nexo, el coeficiente de un esquema Calisandru.

"¿Quién lo espera, Luis Carlos?", preguntó ella. "A mí, difícilmente alguien." La nariz de dragón chino de Gracia se hinchó un poco. Como duelas de un tonel reventado, pero vacío, las costillas de O'Jaral dejaron escapar el vapor de un aguardiente. Se tocó el pecho. "Entonces yo tengo razón. Usted tiene en la cabeza una de esas citas que cambian de lugar. Es un destino: yo ya se lo he visto en la mano. Siempre está lejos, ¿no?", dijo ella, y se atrevió a tocarle el brazo. A duras penas O'Jaral contuvo una cachetada. Ella pareció intuirlo, porque se acarició la mejilla, y la mejilla se le ruborizó un poco. "Raulito", dijo, "regalále una ciruela a Luis Carlos." "Tome", dijo el chico. "Me llamo O'Jaral", dijo él rechazando la ciruela, "y ahí viene mi autobús."

"Yo he soñado...", dijo Gracia. "¿Qué soñaste, mamá?", dijo Tulito. "Señora: no me interesa", dijo O'Jaral." "No, claro. Váyase, Luis Carlos, váyase. Hoy no tengo nada que decirle." Si al oír eso O'Jaral pensó en quedarse, la mueca seguía siendo tan agria que ella no quiso transar. "Le digo que se vaya. Otra vuelta nos encontramos y le cuento." Con el bolso por delante, O'Jaral se sumergió en el ómnibus perdiendo sudor, como quien pasa del batiscafo a la cumbre nevada.

"Exceso de conflicto", dijo el Patín Badaraco, "y exceso de ornamentos públicos. ¡Una mezcla infernal! Lo que propugna nuestro consorcio, O'Jaral, es algo del tipo *vía media*. Una armonía difícil de conseguir sin un gran con-

trol, claro que sí, a la vista de este, de este... de esto." "Me divertís, Badaraco. Yo no veo que pase nada. Disidentes haciendo fantochadas y policías cada vez más animales." "Erróneo. En realidad hay varias pautas. La del gobierno. La de Ravinkel. Quizá la de Ellos. Pasa algo o pasa bastante que parece casi nada, casi. Ahora bien, nuestro consorcio quiere que pase casi nada que parezca algo. Eso es crecimiento."

Estaban sentados en un banco, perfil a perfil. Enfrente de ellos, cinco árabes condecorados paseaban su efusión fotográfica por la plaza Consuelo Conte, la atracción turística más concreta de una ciudad de historia y futuro abstractos. En el centro de la plaza, un pentágono de césped vigoroso, había un enorme ombú de cuproníquel, y del tronco del ombú, perforando la copa rumbo al firmamento, surgía una torre de cristal coronada por una masa vinílica en rotación, glauca, morada, verdosa, de brillos y formas siempre variables. Refulgentes y enervadas, las ramas del ombú homenajeaban con largos crujidos las mudanzas en la forma de esa gran anémona aérea. Era el monumento a la Imaginación Nacional, que la esposa del presidente llamaba La Escultura Dúctil y los disidentes La Nube de Moco. En la masa de vinilo había puertas, y una de las emociones populares consistía en subir en ascensor al vientre de la nube o anémona, asomarse a alguna de las aberturas y echar una mirada a Talecuona con la habilidad suficiente para que las metamorfosis del material no dejaran al visitante en el vacío.

Pero esa mañana no iban a subir muchos. En un lado de la plaza, entre álamos, una pantalla reseñaba los disturbios de la mañana: sangre brotando como petróleo de rajas en el pavimento, pancartas con la consigna QUE SE ANEXIONEN EL CULO, bombas de miel, una lluvia de dedos que parecían humanos. Enfrente, atados al tronco del ombú, había once sospechosos cubiertos de vaselina. POR UNA OPOSICIÓN RACIONAL, decía el cartel que les habían endosado. El altavoz de la pantalla seguía interferido por una risa estentórea, incrédula, inalterablemente aburrida.

Badaraco también se reía, en staccato, del pelo brillante a la corbata a rayas. "No se sabe qué significa todo eso,

hay que averiguar. Pero averiguar bien y rápidamente." "¿Ah, sí? No me digas." "Esa mujer del carrito, la que conociste en el tren, no es una pista."

O'Jaral se pellizcó el labio. Con un ojo podía ver el funcionamiento del cuerpo del Patín, peritoneo, sínfisis, cubital, tricúspide, todo, y con el otro anticipar alguna de las enfermedades, brest-lavonnia, hematuria, quiste hidatídico, que tarde o temprano iban a castigarlo por la mala alimentación y el exceso de fármacos. "¿Me la mandaron ustedes?" "No no no. Nosotros le encontramos el trabajo. Ella no lo sabe. Le pasa algo con vos, no sé qué. Algo interior, de ella misma. Así que le facilitamos la movilidad, claro que sí. Ahora, otra cosa es que *vos* te equivoques y la sigas. Eso es una gansada. Vos… sos muy circular, O'Jaral. Pero yo creo que te estás acercando a lo que nos importa." O'Jaral apretó el bolso entre las piernas. "¿Cómo sabés?" "Pienso, me parece. Pero, O'Jaral, no nos convence que seas tan cándido. ¿Para qué perder un día y medio con un profesor obsoleto?" "Patín, me gusta cuando callas porque no te escucho", dijo O'Jaral. Después agregó: "Voy a ver a ese Néctor…" Badaraco le tocó el hombro, y por el bien de su destino O'Jaral rogó que no se propasara. La mano se retiró. "Te dije que ese zoquete no nos interesa. Y te recuerdo que estás contratado."

"¿Sabés lo que es una curva de Peano, Patín?" "Peano, que le den por el ano", dijo Badaraco. La risa del altavoz llenaba la plaza como una bandada de murciélagos. Agotado, O'Jaral se obligó a explicar: "Es una curva tan compleja, que se tuerce tanto y en tantas direcciones, que termina por tocar todos los puntos de un plano. Es una línea que es un plano. En algún punto del plano donde me puso tu consorcio está Ravinkel." Badaraco fumaba, sin evitar tirarle el humo a los ojos. "Sí, y convencéme de que vos vas a pasar por todos los puntos." O'Jaral pensó que había logrado desestabilizarlo. "Yo", dijo, "no paso por ningún lado. Los puntos vienen a mí." "Una dimensión no son dos dimensiones, O'Jaral. Ja, flor de personaje sos vos." "Soy el que soy."

Vagabundos aromas de vainilla y nuez mozcada aletearon en ese momento como espectros de mariposas.

"Y no me mandés más agentes raros", arriesgó O'Jaral.

"No, corcho, te los habrán mandado otros. Tus verdaderos enemigos. Nosotros no manejamos todo todo. Hasta fiambres hay dando vueltas por ahí; cumplo en avisarte una vez más." Como si le hubieran suministrado poder por la coronilla, O'Jaral se sintió enhiesto en el centro de un tornado. "Me encuentro muy protegido por ustedes." "Sos mi contratado, Ojarital. Y te confieso, sí, que también me apasionan tus inquietudes. Me interesa el resultado de tus inquietudes. ¿Para qué querés ese manuscrito? ¿Y los diskettes que llevás en el bolso?"

Los ojos de O'Jaral apuntaron al Patín como dos cerbatanas. "Necesito mil dólares más." "Bueeeno, bueenó. Hablaba por hablar." Badaraco abrió el maletín para sacar las planillas. Varios dispositivos de posesión le habían configurado una desconocida sonrisa de interés: "Con nosotros estás seguro O'Jaral, si cumplís con nosotros. Así que calmá la ansiedad. Yo me voy a tomar un par de furbitanales. ¿Querés uno?"

Las cámaras de los árabes los estaban enfocando y O'Jaral se levantó las solapas. "¿Ansiedad?", dijo. "¿Eso en qué idioma es?"

Balanceando el maletín Badaraco enfila un sendero hacia su coche. Dos largiruchos de impermeable acampanado, hombre y mujer de edad, le danzan alrededor como derviches. Pero él no los ve.

O'Jaral se tranquiliza. Desde el banco, estudia la cabeza pisciforme, el tranco enajenado del Patín. Un obsesivo, piensa: juguete no tanto de una voluntad ajena o más alta, aunque también eso, como de la entidad insaciable que lo colma por dentro y él desconoce; cómo va a ver entonces a los muertos. De modo que O'Jaral puede permitirse alguna condescendencia. Ha estado realmente nervioso. Practica respiración estomacal. En medio de tantas asechanzas, recupera la certeza de que está absolutamente solo.

La gran pantalla entre los álamos sigue mostrando los desórdenes de la mañana en la ciudad, no se sabe si a favor o en contra del referéndum. Tampoco O'Jaral sabe qué lo apoya a él, qué lo obstaculiza, qué pretende eli-

minarlo. No todas las intenciones son fácilmente traducibles, ni los signos. Cada traducción da paso a otra, y además están *las cosas* de que cada traducción habla, y O'Jaral se empieza a preguntar si las series de palabras no están más relacionadas de lo que él supone con las series de cosas. El barniz de ese banco de enfrente, por ejemplo, que centellea como en morse al impacto de un sol quejumbroso, ¿no le dice, algo vinculado con la reaparición de la Calisandru? ¿Cómo es que él está ahí, captando ese brillo? Se ha vuelto a poner nervioso.

Perros que ladran. Niños enfrascados en sus videojuegos, madres mirando los cúmulos, robots vendedores de refrescos. En la pantalla, Melody Mong conferencia con su administrador: *Canallas, el mercado de los antibióticos naturales lo he creado yo*. O'Jaral compra un sandwich de tomate, vuelve al banco y abre el libro de Rabastain por cualquier parte:

> "... vez de ingerir la aspirina con la inconsciencia habitual, di en observarla hasta que me encontré comparándola con un botón, con un diente, con una idea, con una luna pequeña, y así de seguido. Lo que la actividad tenía de interesante era que no llevaba a conclusión alguna (lo cual no me sorprendió, puesto que siempre he insistido en la inutilidad de las comparaciones), y sobre todo que me impedía tragar de una vez la aspirina. En ese momento mi secretaria descolgó el teléfono, que no había sonado..."

O'Jaral no puede ni siquiera leer tranquilo. Cierra el libro, consciente de que esta vez la interrupción es gruesa.

Un ruido lacónico, pffat, neto, y un ah plural han agujereado el ámbito de la plaza. Cuando levanta los ojos, en la pantalla entre los álamos ve repetido como un gol lo que sucedió antes de este silencio extenso:

un cuerpo ofreciéndose al aire, no por accidente, y en un tris de caída hecho papilla contra la tierra. Hojas extremas de la copa del ombú le han desgarrado un brazo.

En la pantalla surgen interferencias; cuando se resuelven, parpadea un texto, un feo pleonasmo: ÉSTE NO AGUANTABA MÁS.

Unas docenas de personas, hasta hace un rato inadvertidas, forman rueda alrededor del cadáver. Todas visten ropa de paño gris a rayas blancas, el distintivo, parece, de una Asociación en Defensa de la Muerte Autodeterminada. ADSA, clama el título de un panfleto que reparten, CONTRA LA LEY DEL SUICIDIO RESTRINGIDO.

O'Jaral está como unido al banco. Con el panfleto hace una bola. No se va a levantar. Ni condolerse. No se impresiona. Pero fíjense: en la memoria, al fondo de los archivos, hay una alhacena, y de uno de los tarros abandonados en la penumbra, como un vaho combustible de setas mal conservadas, se desprende un recuerdo.

Fue cuando la madre de O'Jaral, que se había casado con el padre del Galgo Ravinkel, se separó de ese hombre porque la engañaba, porque la acusaba de loca y tal vez por varias cosas más. O'Jaral vivía con ella en una pensión. Ya era demasiado grande para ignorar por qué sufría su madre, pero demasiado chico para ayudarla, y además no la quería mucho, no tanto como quería al Galgo y a su simpático padre. Vivir con ella no le gustaba nada. Un mediodía, al volver del colegio, la encontró en la cama, rígida, con la boca espumosa como si hubiera tomado sal de fruta. Aunque O'Jaral comprendía que su madre no había tomado sal de fruta, no consiguió moverse. Se sentó en el suelo. Se quedó mirando la pulsera de dijes que la madre tenía en la muñeca izquierda, y un dije enorme que era una cabeza de mujer con el pelo en punta como una llama.

Ya estaba muerta y O'Jaral, que no atinaba a moverse, no se movió hasta dos días más tarde, cuando el Galgo Ravinkel entró por la puerta, impetuoso, mastodóntico, y se lo llevó a vivir de nuevo con él y con su padre. Tiempo después el padre del Galgo, un ludópata, un eterno arribista, un estafador hormiga apodado Chocolito, se casó con una viuda con tres hijos y para no sobrecargar la nueva vida hogareña, y no crispar la generosidad de la viuda, los dejó abandonados a ellos dos. Una tarde el Galgo y O'Jaral volvieron de jugar a la pelota y se encontraron la

puerta cerrada con candado. En la nota incrustada en la jamba, Chocolito explicaba que había tenido que vender la casa; pedía perdón y les deseaba buena suerte.

El recuerdo dura un momento. O'Jaral se propuso tantas veces no acordarse de estas cosas que cuando las recuerda no le hace falta negarlas, como al sordo no le hace falta jurar que no oyó una inconveniencia. Sin embargo, sin embargo, intuye que cuanto más intrincadas son las pistas más cerca está de Ravinkel, y la razón es que, si como dijo la Calisandru él tiene un destino, los destinos no se construyen con lo que el mundo les va alcanzando: son líneas que atraviesan el mundo.

Si esta convergencia de llamados no es una maquinación de Ellos, es un episodio de su destino. Habrán muerto algunos, pero él está vivo; probablemente está vivo. O sea que saca del bolso sus patines plegables, los despliega, los ajusta y se los calza. Después se enfunda en la cabeza el gorro de lana azul y parte hacia la zona central de la ciudad, donde está el caserón de Néctor.

Mientras patina por el paseo de la Ribera, la lluvia inicia un pausado silabeo. O'Jaral reconoce la cadencia de los octosílabos.

No me toques pastorcito
ni me dejes de tocar
mis hermanitos han muerto
por la flor del lirolay.

Una rata grande como un túmulo se le cruza en el camino. O'Jaral la elude cintureando, trastabilla descompensado por el bolso, brinca, vuelve a afianzarse y con un sprint de virtuoso sigue en carrera, al mismo ritmo, y la rata se pasma como si no existiera.

IV

Primero creció la frecuencia de las gotas, después menguó el espacio que las separaba; al rato lo que empezó a crecer fueron las gotas en sí, del grano de granada a la uva, de la uva a la aceituna, de la aceituna al higo chumbo, con espina y consistencia dolorosas, en un chaparrón que borraba los edificios, mientras el cielo se volvía plancha de piedra pómez, cada vez más baja, como si fuera a aplastar el barullo del tráfico. En una luz de ocaso precoz, entre lustrosos plátanos desnudos, el bulevar de la Ribera no sólo fue perdiendo la pretenciosa majestad que nunca había llegado a tener: se desvaneció con todos sus créditos. El rumor del Talec, el bramido del viento, las gasas de humo perforadas por el aguacero prevalecían sobre los cuerpos en fuga, y a poco O'Jaral se vio patinando entre un mero silbido líquido, solo por el pasillo que abría su velocidad, lejos, muy lejos, de la ristra de coches que languidecían como lagartos en barro envenenado.

Tuvo que tirar los patines. Refugiado en un zaguán, se calzó los fieles chanclos y un chubasquero de polietileno. Suspendido en la humedad, consecuente y hermético, el condeptor le daba una lumbre verde de cocuyo. Más adelante el agua había cubierto las aceras y en el bulevar subía ya hasta el parapeto, como si quisiera juntarse con el río, pero a O'Jaral le gustaba vadear, y más que nada confirmar sus ideas del mundo. Como un intestino harto de alimentos superfluos, el sistema cloacal de la ciudad trituraba lo que lo estaba asfixiando y devolvía por las alcantarillas un alborozo de rezagos. Cáscaras, botellas, tampones, huesos de muchas clases, secadores de pelo, pasteles, libros de encuadernación fea, patas de muebles, bufandas, mascotas muertas, bonsáis y regaderas, jeringas, perinolas y grandes excrementos, como estatuitas de roble muy carcomidas,

flotaban en los vórtices de la corriente, apresurados, deseosos de llegar antes que las ratas a las casas que los habían rechazado. O'Jaral, impávido al asco, avanzaba hundido hasta las pantorrillas. Casi llegando al límite de la Zona Media paró en una fonda, se cambió de pantalón en el baño y comió un vigorizador plato de locro. Muy picante.

Entró en el Centro de Talecuona por el túnel que enfrascaba el río y servía de paso. Un vandalaje embriagado de caos, que en cualquier circunstancia se habría filtrado por callejones o pasadizos, se divertía molestando a los guardias exhaustos. Habían roto las puertas, había heridos y hedor a gases disuasorios, y los pies chapoteaban festivamente en la maroma pateando los desechos del consumo que no pudieron aprovecharse. Bajo los tubos fluorescentes, los guardias querían parecer más erguidos que las vistosas plantas que amenizaban los mostradores. O'Jaral, por las dudas, se decantó por la apariencia proba. Dijo que era consejero editorial, alegó una entrevista de trabajo y enseñó el manuscrito de Gamudio.

Como si le hubieran quitado un tapón, un sargento de bigotes se desinfló en una risotada que, por un momento, congeló el torbellino en una pregunta eterna. Deslizándose por esa foto fija O'Jaral se escurrió del túnel.

Del otro lado los edificios eran más bajos y más viejos, invenciones de un cerebro previo o enclaustrado, y las calles más angostas. El embotellamiento del tráfico debía ser arcaico, porque algunos coches, creyó O'Jaral en la oscuridad, estaban herrumbrados, vacíos, boqueantes. La lluvia había amainado. Un limo de restos tecnológicos lubricaba el pavimento. Alguien arrancó un motor, y O'Jaral aprovechó la súbita infidencia de los faros para consultar el plano de Talecuona. En diez minutos, con apenas un alto para defender el bolso del intento de un punguista, se situó muy cerca de la calle Robirosa, según el rufianucho punto neurálgico de los dominios de Néctor.

Por lo poco que se veía en las paredes, en el Centro recrudecían las consignas que fastidiaban tanto a Badaraco. En una esquina alguien había vestido un buzón con un tutú de bailarina, lo había coronado con la foto del presidente del Grupo Panatlántico, y junto a la boca le había colgado una pantallita digital: RESPONDO A TODO LO

QUE SE META EN ESTE ORIFICIO. Alguien que pasaba en bicicleta echó una carta y la consola de la pantallita, al cabo de un momento, eyectó un folleto. El ciclista se alejó leyendo.

O'Jaral se metió en un cubil bancario, sacudió al robot para que le vendiese una soda y se puso a encastrar las piezas de la situación. Cometida la estupidez de zamparse un locro tan picante, lo primero era acallar la borrasca intestinal; para eso tomó un polvo contra la aerofagia. Más peliagudo era tratar el leve derrame de superstición que venía sufriendo desde la escena del suicida; aunque sabía que el conjuro consistía en lavarse bien los dientes, y para eso había comprado la soda, ceder al pensamiento mágico era ponerse en la picota ante su propia razón; pero como desconfiaba de la suerte, que si no la mimaban siempre elegía la distancia, como temía que le pudiesen postergar más aún la verdadera vida, la única que valía la pena, decidió híbridamente meterse en la boca un centímetro de dentífrico, esparcirlo con un dedo y hacerse un enjuague. Zanjadas estas cuestiones, que no eran bagatelas, se introdujo el programa de emisiones literarias, el que usaba a veces para invocar al Editor.

Desde la ochava donde se apostó, el callejón Robirosa era una doble fila de casas coloniales, de un amarillo biliar, separadas por el aleteo de la niebla. Como a media cuadra, una pantalla oficial colgante emitía un programa sobre la lucha caníbal entre los dos grupos que se habían disputado la primacía de la oposición en Madagascar; el intermitente slogan sobreimpreso decía: HIJOS DE LA CONFUSIÓN IDEOLÓGICA; otras imágenes mostraban al gobierno del país de O'Jaral acogiendo ecuánimemente a refugiados de los dos movimientos. En eso un grupo de muchachos pintados de negro se materializó en la calle con lanzas y tambores; en seguida un grupo semejante pero occidentalizado entró pidiendo Modernidad para África, y empezaron a dirimir sus asuntos. Volaban fémures tallados, botellas de cerveza. Un guardia municipal se hacía el sonso.

O'Jaral se apoyó en el tabique de un viejo urinario y apretando el manuscrito emitió en frecuencia ambigua. Unos diez minutos más tarde sintió un aliento a lúpulo en

el cogote; no se resistió a la llave que le torcía el brazo ni al cuerpo acartonado que lo arrastraba hacia una puerta.

Detrás de la puerta había otra, blindada, que se abrió con un chip. Adentro, en el vestíbulo, el secuestrador se sacó capucha y guantes para revelar en los rasgos de zambo la benevolencia de la servidumbre asimilada.

"Se me hace que el señor Néctor querrá verlo", dijo. "O capaz que usted a él."

Pasillos y pasillos se ramificaban por el centro de la manzana, cada vez más, atravesando tabiques mal derribados, montículos de cascotes, patios donde racheaba un vientito y los grillos resistían entre algunos alhelíes. En varios cuartos habitables se veían libros, biblioratos, jóvenes de la Zona Media dóciles y bellos a su modo trabajando en ordenadores, fotocopiadoras o impresoras, todo un peldaño por debajo de un ruido de avería, pensó O'Jaral, de idea en alto grado de desperfecto.

Tipos armados y muchachas minifalderas se cruzaban en un clima de militancia letrada, de lirismo burocrático y a lo mejor esclavizado. O'Jaral pronosticó que lo que se estuviese cociendo ahí no iba a llegar muy lejos. Como para confirmarlo, la sala del jefe, un ex garaje con tarima alfombrada y mueble-bar en un rincón, pretendía vender cierta humildad. En las paredes, un mejunje de fotos de Byron, de Mailer, de John Huston cazando algún animal, de Maiakowski, de Cendrars, del vicioso Chet Baker, de Medelia Rettoni en avioneta e incluso de Ray Sugar Robinson. Y el jefe mismo era así: reminiscencias de cosmopolitismo y bohemia plañidera, con una evidente experiencia en resentimiento intelectual.

O'Jaral miró a Néctor: bajo la mole de la ambición, calva, frente, mofletes, nariz y cuello se habían plegado en curvas estriadas, anfractuosidades, rebordes y protuberancias: grasa escupida de una sola vez por un extinguido volcán interior, cubierta de una malla de venitas, con la solución apenas de los verdes iris ilegibles. Surgiendo del ojal de la boca, una pipa. Cuerpo abotargado por los psicotrópicos; tos crupal, dismenorrea membranosa: sin duda un bromium.

Hacía frío, ahí, pero había una estufa. No bien O'Jaral se acercó, chorreando un poco todavía, un hongo de vapor fétido se le desprendió de la ropa. El zambo se apresuró a irse. A O'Jaral nunca lo ofendían los olores de su cuerpo.

Néctor apenas se enteró.

En varias fases consiguió bajar del estrado y ajustándose la bata dijo: "No se lo tome a mal, pero de momento usted está arrestado en nuestra factoría. ¿Quiere un relajante?"

"No", dijo O'Jaral. "¿Factoría de qué?"

"De la comunicación compleja", dijo Néctor. Señaló el bar, tragó una pastilla con Martini y se sentaron a negociar, en taburetes.

Durante las horas de prisión voluntaria en esa farsa, o quizá después, O'Jaral iba a enterarse de que, en alguna inflexión de su carrera de asesor editorial, crítico literario y consejero de consorcios artísticos, Néctor había cambiado el anhelo de escribir una novela de ideas por el gusto de las amantes inmaduras, primero, y luego por el odio hacia una industria cultural que, decía él, con las iniciativas más variadas hacía un solo paté, siempre del mismo sabor, porque lo que le daba beneficios era vender tostadas; en consecuencia, la industria cultural quería una sociedad de comedores de tostadas, las más de las veces con paté. Néctor no había inventado esta metáfora, muy popular entre sus secuaces, porque varias editoriales le hubieran rechazado la novela, sino porque mientras la estaba escribiendo había reconocido en sí mismo el narcisismo mórbido de los intelectuales. Por entonces se había cruzado con Ravinkel, y colaborado con él en posición importante. Pero Néctor seguía considerándose un ilustrado y, harto de la obstinación populista y canalla del Galgo, así explicaba, se había lanzado a crear una tendencia especial: una logia, por así decir, de multiplicación de mensajes.

Fascinado como tantos por la aparente receptividad de O'Jaral, le expuso sus fines con abundancia de detalles inútiles.

Entre otras cosas, Néctor dijo: "Mire, amigo, lo que nosotros pensamos, o pienso yo, es que los sometidos están sometidos porque no se comunican. Cada cual no sabe quién es el otro; por tanto, no podemos unirnos, ¿sí? Sí, no lo dude. Pero si usted o yo aceptamos que comunicarse es intercambiar historias, no desdeñaremos la idea de que una red o asociación que resguarde una variedad significativa de esas historias le puede dar a un montón de desparramados la chance de verse, no ya como comunidad, sino como red humana de alternativas probables. Porque las historias se recuerdan, pero sobre todo se imaginan, y cuando se formulan crean lo real."

Y Néctor también dijo: "Quién sabe, a lo mejor lo más humano de los humanos es, como se dice peyorativamente, «hacer literatura», ¿no? Inventar. Porque lo que se inventa, si alguien lo cuenta, pasa. Pasa, amigo. Por eso juntamos historias. Para que pasen muchas cosas. Porque los consorcios culturales, que son lo mismo que los consorcios químicos, metalúrgicos, bancarios, etcétera, quieren que pase una sola cosa: lo mismo. Entonces agarran ¿y qué hacen? Los consorcios culturales comercializan siempre una sola historia camaleónica. Nazco, me hago grande, mato un dragón o un basilisco, me caso con la chica que el monstruo se iba a comer. O no me hago grande hasta que descubro de quién soy hijo en realidad, y cuando lo descubro puedo matar al monstruo. A veces alguien muere, o roba. Hay distintas intensidades de pasión. Una versión muy popular consiste en que el héroe mate a un rey o a un tirano y libere a los oprimidos. El héroe también puede ser una mujer. Mire sin ir más lejos esa Melody Mong. Póngale la firma que al final Mulligany la hace fundar una gran empresa y casarse con el guardaespaldas. Pero, no sé si me explico, la base es siempre igual. Y así dominan al pueblo: empaquetándolo en la repetición. No hay más que leer las revistas, entrar en una librería. Hasta las noticias, esos inventos disimulados, son iguales desde hace décadas. En cambio nosotros estamos por el estallido, por lo diverso. Defendemos lo particular. Nosotros somos la libertad. Nosotros juntamos anécdotas, sueños, vivencias, ficciones científicas, antropológicas, históricas, delirios sistemáticos. Nosotros reunimos esas

historias y las vamos a propagar, le digo que ya casi estamos empezando. Vamos a llenar el aire de alternativas. Vamos a hacer añicos el Cuento Único Dominante. Vamos a interrumpir a Los Que Tienen la Palabra. Vamos a competir con Los Que Muestran el Mundo. Vamos a arruinar a todas las editoriales del carajo, y dejar a los consorcios sin maquillaje artístico. Se les va a ver la cara. Lo digo yo, Néctor Prades."

Aunque ilusa y pesada, a O'Jaral la perspectiva no le pareció idiota; pero, mirando los bituminosos ojos de Néctor, recordando a los humanos en grueso, no se figuraba cómo iban a inventar argumentos diferentes con las piezas recompuestas de una imaginación moribunda. Mientras, apretaba el bolso entre los pies, no fuera que el gordo sintiese alguna tentación, y poco a poco lo corría hacia unas baldosas menos sucias.

Pero Néctor también dijo: "Mire, yo creo que hay que hablar mucho, contar mucho. Reventar con el virus de la palabra lo que se aparenta que pasa, para que en el revoltijo de historias pase algo de verdad. Y estoy por lo excéntrico, lo raro, lo demente, lo aventurero. Estoy por lo incomparable. ¿Le gusta la idea?"

Humm, pensó O'Jaral. Y señaló, cortés pero grave, que esa transformación no se podía hacer desde adentro del sistema.

No dijo que él lo sabía mejor que nadie. Además Néctor no lo escuchaba. Néctor dijo:

"Ahora bien, una cosa no aguanto, una cosa prohíbo en este maravilloso juego de las historias, y es la interpretación. La interpretación vampiriza, se apodera de la historia ajena para poder imaginarse algo. La interpretación habla, pero no pasa. Un día, me digo yo, vamos a prohibir contestar a cada anécdota con cualquier cosa que no sea otra anécdota. Cuando mueran los conceptos van a morir Los de Arriba de Todo."

Traspasado en diagonal por un escalofrío, O'Jaral midió la indirecta. No se la había esperado. Sin embargo, a la luz fluorescente del mueble-bar, Néctor ya estaba diciendo:

"¿Anexión? ¿Referéndum? ¡Mierda frita! Las abstracciones son ambiguas, incluyen todos los opuestos y los degluten, sí, los ingieren. A mí me importa un pito si es-

tamos con el Grupo de Punta o somos independientes. La independencia que quiero es la de nuestro destino. Yo, con todas las mezclas de todas las historias imposibles, imprevistas, voy, vamos a compilar la Gran Historia Nacional. Esa Historia será nuestra identidad, no una cagadita de etiqueta política. ¿Me sigue?

O'Jaral lo habría seguido, en principio, por más que se aburriese. Pero entonces alguien entró a decirle algo al jefe, y alguien era mujer y era Yola, la muchacha escuálida del tren, del papelito con un número telefónico, del retraso en la sospechosa cita del Salsipuedes; y con el mismo traje gris pulcro y remendado. Aunque un violento espasmo del esplenio de O'Jaral, que ella no podía ver, tradujo un gran susto, en seguida sucedió el asombro. Porque la chica, al verlo, inmovilizó un instante el gesto, inescrutable, pero en general resolvió el brete con soltura, si es que era un brete, y antes de retirarse le guiñó un ojo. O'Jaral se preguntó en qué bucle extraño estaba metido, y quién lo manejaba si no era él mismo a fuerza de olfato.

Néctor volvió a su taburete.

Encendió la pipa y dijo: "Yo, amigo, yo me faccioné de las actividades del mentado Ravinkel. ¿Y por qué? Porque Ravinkel no entiende la imaginación, ni la prosa novelística de la vida. Por eso suda tanto. Por eso no se deja ver. Por eso el gobierno y los consorcios están hechizados con él, obsesionados con él, y tanta gente equivocada empieza a obsesionarse con él, quizás incluso usted mismo, ahora, mientras me escucha, quiere que le hable de Ravinkel, que en un tiempo colaboró conmigo en la lucha... Porque Ravinkel adora las ideas, se pasa el tiempo imponiéndoselas a la realidad. Y no entiende que la idea, lo más maniobrable del mundo, es lo que usan Ellos para endurecernos. Nosotros, yo, usamos las historias, que son la propia realidad. Y mire si amamos la realidad, que para sostener la organización no eludimos tener un pequeño comercio. Se lo digo con franqueza, total todo el mundo lo sabe: parte de nuestra gente asalta farmacias, esas sucias bocas de expedición de la industria química, para obtener los fármacos que el pueblo necesita y que, vaya esto por delante, vendemos mucho más baratos que los capitalistas. No como el zapallo de Ravinkel, que se cree que inventó una droga nueva."

Una droga nueva, registró O'Jaral.

Pero aquí, o algo antes, la cabeza de Néctor pareció hundirse en la gorguera bulbosa que a duras penas la sostenía; la voz se sofocó como el croar de una rana en una planta carnívora. Cosa rara, a O'Jaral el papel de prisionero le daba sueño. Y aunque temía que con la mojadura el condeptor no emitiese bien, que Badaraco tomase represalias, que Yola interfiriese de una de las muchas formas posibles a cargo de fuera a saberse quién, nada eclipsaba la angustiosa sensación de falta de grandeza que le estaba contagiando Néctor.

Se descubrió diciéndose que ese gordo chocarrero no llegaba ni a la bocamanga del pantalón sucio del Galgo Ravinkel.

Sacudió la cabeza. Hizo crujir las vértebras. Maldijo al doctor Vioth, ese soplón arruinavidas, y se maldijo la debilidad de haber ventilado ante el doctor Vioth, aunque sólo fuera una sola vez, lo que nadie debería haber sabido salvo su propia conciencia.

Para no malgastar el tiempo iba bebiendo agua. Por fin la cabeza de Néctor emergió, persistente, y frotándose las manos el dueño de la cabeza preguntó a qué se dedicaba el amigo.

"Soy traductor y estudioso", dijo O'Jaral.

"¡Traductor! O sea: *intérprete*. Aj." "Bueno, también se podría decir: *imitador profesional de estilos*." "Mire, no la embarre más. Las dos cosas son lo peor del mundo. Aunque si de veras conoce las palabras, de algo podrá servirnos."

"Me gustaría no servir", dijo O'Jaral, sólo porque sabía que el otro no iba a escucharlo. Y así fue: Néctor le preguntó por fin qué venía a ofrecerle. Con una balanceada economía, O'Jaral le contó la historia de Tobías Brockbank, desde la infancia descalza en el Caribe hasta la redacción del *Fausto*, la venta del manuscrito al conspirador Christopher Marlowe, secuaz de Shakespeare, y la muerte solitaria junto a la tumba de Thomas Becket. Aderezó el relato con alguna escena atroz de la vida cotidiana en la Canterbury del siglo XVI, donde Brockbank se pasaba horas entre mercenarios, contemplando alguno de los tres patíbulos públicos.

En el agua estancada de los ojos de Néctor chispearon dos pececitos a cuerda.

"Estupendo", dijo sorbiéndose los mocos. "La historia es descabellada pero lo felicito, se las ingenió para colármela toda. Y a mí, le prevengo, nadie me captura así como así. Precisamente ésta es la prueba que pongo para incorporar gente nueva. O sea que está aceptado, compañero. El manuscrito, por supuesto, pasa a poder de la organización. Ja, conozco un editor medio colifato que daría un ojo por tener un libro así."

Ceremonioso, tragó un relajante con whisky, se arrebujó en su grasa y de inmediato empezó a roncar.

O'Jaral se sentó en el suelo. Entre largos sorbos de agua, en voz baja, con las pupilas duras, dijo: "No habrá perdón para el que desprecie a los traductores. El vulgo no lo sabe ni lo saben los falsos sabios, pero si todo es lenguaje, si nada es real, nada es traducible o todo es traducible. El traductor ha aprendido que siempre es cuestión de traducir la primera frase de un escrito; si lo consigue, las habrá traducido todas. Que quede claro. A la hora de ganarse las lentejas un traductor puede ser un mercenario, pero en su esencia es un intérprete universal. Lo mismo traduce entre idiomas que de un sistema simbólico a otro. Un traductor de verdad es un develador de misterios."

El zambo, que había entrado en puntas de pie, le puso la garra en el hombro.

"Eso estuvo muy bien dicho, señor. Ahora debe seguirme."

Mientras se iba detrás de él abrazando el bolso, antes de perderlo de vista en un recodo, O'Jaral presintió que ese hombre tenía dos patrones. Al pasar por una puerta se cuidó la cabeza, pero no esperaba una zancadilla. Cayó. De todos modos pudo regular el desmayo para que no lo durmieran a la fuerza.

Más tarde ya fue tarde para medir cuánto había pasado.

Estaba en una especie de alcoba, despatarrado en un sillón cama, frente a una mujer madura que fumaba en un sofá. Algo más lejos, una rubia belleza de unos veinte años apoyaba en la pared la rara aflicción de su cuerpo explosivo. Sepia la madre, pensó O'Jaral. ¿Staphysagria la hija?

"Está acá, señor, porque ofendió a mi marido hablando mientras él dormía", dijo la mujer apagando el pucho. "Sé bien que no es por eso", ensayó O'Jaral. "¿De veras? ¿Usted no tiene familia?" O'Jaral miró alrededor y no vio nada; apenas estuco blanco. "Esas palabras que dije son mi historia. Traducir es mi trabajo y mi comunidad. Pero si lo desea puedo ser más ameno."

La mujer entrecerró los ojos. "¿Adónde quiere llegar?", dijo repentinamente la chica, agotada de amargura. O'Jaral captó que podía aprender algo curioso sobre la vida familiar de los llamados rebeldes. "Quiero saberlo todo", dijo. "Ja", dijo la chica, y empezó a mordisquarse la punta de un mechón.

"Lo intercepté porque de vez en cuando me gusta reivindicar a mi marido. Es una satisfacción. Más todavía porque él me hace muy desgraciada."

"En un tiempo", improvisó O'Jaral, "tuve una novia que ya de prometidos me era constantemente infiel..."

La mujer lo silenció levantando una mano, y fue como si la ofreciera a un beso. "No se esfuerce, ya vi que usted es de mente ágil. Pero no es sólo que Néctor sea mujeriego. Es que es un ingenuo, señor."

La hermosa rubia se frotaba las manos. "Cualquiera se da cuenta", dijo "de que papá es un utópico. Nunca vamos a llegar a nada." "Esperá un poco, Mariela", dijo la madre: "Señor, mi marido es abnegado y patético. Poco a poco nos va estropeando la vida. Nuestra organización es un circo inoperante. Vamos a ser eternos insurrectos. Y sin embargo yo, que por él ya no siento nada, me deshago por las ideas extravagantes que se le ocurren. Usted podría..." "Yo sólo tengo una gran paciencia." "Ahá. Es una forma de poder. Por eso está aquí, señor, y no en una habitación cualquiera. Vamos a ver cómo nos ayuda."

La chica encendió un cigarrillo. Brutales, los labios prensiles consumieron rápidamente más de la mitad.

"Escuche", dijo. "A mi novio yo lo quiero como loca, pero no me puedo sacar de la cabeza una historia que oí, de un hombre y una mujer que se enamoraron perdidamente. Después de unos años de pasión vinieron los hijos y después de los hijos eso que llaman amor sereno, que yo no conozco porque soy joven, y después del amor sereno

una comprensión sin límites. Una mañana este hombre entró en el baño después de la mujer, y sintió en el aire el típico olor feo. Ahora, que era el olor de él mismo. Pero él no había estado ahí. Entonces se dio cuenta de que lo que hacía la mujer todas las mañanas estaba teniendo el mismo olor que lo que hacía él, como si se hubieran convertido en una sola persona. El hombre éste...

"Qué desagradable sos a veces, nena", dijo la madre.

Aunque había encendido otro cigarrillo, la chica ya fumaba más despacio, subyugada por la maleable atención de O'Jaral. Sin embargo, O'Jaral sabía que la prueba más exigente sería contar algo, y se puso a buscar material adecuado. Nada lo convencía, claro: las historias nunca le habían despertado gran confianza.

"Conocí a un hombre", dijo al fin, "que se indignaba en seguida por cualquier fruslería. Como las reacciones violentas le traían problemas, decidió consultar a un sabio, el cual le aconsejó que fuera a un camino donde había un árbol seco, en las afueras de su pueblo, y ayudara a todos los viajeros que pasasen por ahí. Días y días el hombre estuvo sentado al borde del camino. Cambiaba gomas pinchadas, ofrecía agua, curaba las lastimaduras de los niños, mediaba entre matrimonios peleados, hasta que se hizo fama de santo. Un día pasó muy rápido un ciclista que ante la oferta de agua desvió la cabeza y siguió pedaleando. El hombre que reaccionaba mal le gritó que le devolviera el saludo y aceptara agua, pero el ciclista no respondió. Entonces el hombre que siempre se indignaba se olvidó de su bondad, agarró un rifle que colgaba del árbol seco y mató al ciclista. En el acto el árbol seco floreció entero. Porque el que había muerto era un asesino, e iba a cometer un crimen espantoso."

O'Jaral tuvo la certeza de que había pasado un rato larguísimo y de que, como siempre, todo lo que ganaba seduciendo con su atención lo perdía con sus fábulas. Madre e hija resoplaban. "Usted a ese hombre no lo conoció", dijo la chica.

"Creo, señorita, que usted no entiende el programa de su padre ni lo va a entender nunca. Más aún, creo que no quiere entenderlo y quizá trabaja para Ravinkel."

La madre asintió con una mueca risueña. La muchacha, que pareció interpretarla como un permiso, fue hasta

O'Jaral y le dio una cachetada. De inmediato entró el zambo. "Llévese al señor, Nicolás", dijo la madre.

Aunque le sobraban opciones para escaparse en seguida, O'Jaral prefirió quedarse a tantear posibilidades, la brizna de un fleco de un vínculo de esas mujeres con Ravinkel. En el cuartito que le adjudicaron, cama, lavatorio y claraboya abierta a la luna, hizo gimnasia, se lavó bien con agua fría y se alegró de estar de nuevo aparte. Tenía la sensación de haber soñado.

De un panel a otro de la claraboya, el curso de la luna lo orientó mejor que el reloj. Lo que le preocupaba ahora ahora, era que últimamente el tiempo se atrancara, contraído, y de golpe entrara a correr atropellando incidentes, como un viejo corpulento con acatisia aguda. En esos antojos no era cuestión de dormirse, y O'Jaral estuvo tomando notas de las ideas de Néctor por si había algo plausible para su fondo comunicativo. Se entiende que en esto no pudo detenerse mucho. Porque le convenía descansar, cuando ya iba clareando se dejó usar el mejor recurso, el que lo deleitaba pero no siempre se consentía para no enviciarse.

Se tumbó de costado, prendido al bolso. Un masaje en los párpados, y en el silencio reverberante de una luz líquida vio cómo el paramecio extendía un seudópodo, apocado, presentándose en sociedad ante el ojo chismoso del calamar, los remilgos de la lapa, el minué del radiolario. Descansando en la arena del fondo, una estrella plegaba una patita. El agua relucía de quietud. Pero, como si cayera un guijarro, se oyó el chasquido del pestillo y un resorte incorporó a O'Jaral en la cama para enfrentarlo con la nacarada escualidez de Yola.

"Shh", dijo ella entrando. "Shh." Llevaba anteojos.

El tiempo soltó su galope.

Aunque O'Jaral se puso en modo inviolable, que incluía difusión de escarcha en el alma, dejó un resquicio. Por ahí se coló Yola, femenina, veloz y turbada, para disculparse por haber llegado tarde a la cita del *Salsipuedes*; encima le reprochó que no la hubiese esperado ni quince minutos. "¿No dijiste en el tren que podías ayudarme?",

preguntó O'Jaral. "Sí, dije eso." "¿Y bien?" Ella se miró los mocasines, de unas ciento trece semanas de antigüedad. "Es que te vi muy solo." "Es un hábito", dijo O'Jaral. La larga complexión de la chica pareció bifurcarse, como si de la cintura hacia arriba una voluntad sólo a medias suya produjera un doble holográfico. "¿Te gusta estar acá?", preguntó. "Es un lugar", dijo O'Jaral. Intuyendo que ella iba a sentarse en la cama, no le dejó lugar. "Yo no soy de esta gente. No me gusta Néctor. Acá nadie entiende nada del afecto. Yo soy de los de Ravinkel. Pero me encargaron unas averiguaciones, porque sé meterme en todos lados." O'Jaral no comentó nada. La boca de ella acaparó toda la cara: "Y salir es bastante fácil, creo."

O'Jaral decidió obedecer a la fluidez subterránea que ya empezaba a dominar. Siguió a Yola por varios pasillos, al trote o en puntas de pie, hasta que en una cocina dieron con el zambo y otros dos guardaespaldas que tomaban café. No inmune, a su pesar, a la admiración que despertaba en Yola, O'Jaral se valió de una escoba y el escupitajo laxante para dejarlos doblados de retortijones. Al fondo de un túnel de descarga había un grupito de mendigos ilegales y compradores de fármacos, oscuros como bombones rancios en su envoltorio de papel de diario. Más allá, el amanecer.

Por mucho que para el traductor O'Jaral todos los días fueran lo mismo, en la realidad era domingo. Se advertía ya, no sólo en los tañidos de las campanas de distintas sectas, sino también en el vacío de la mañana, en las familias completas a la búsqueda de lo que fuese, en el sueño tardío de los ocupantes de casas portátiles, que en el día del Señor la policía dejaba holgazanear en estacionamientos y placitas. Como no encontraban un café abierto, compraron galletas, dulce de membrillo y café de robot en una cabina bancaria. Después, sin que ella consumara el visible plan de colgarse del brazo de él, anduvieron por la rectitud asfixiante de las calles del Centro, entre ferias de numismáticos y vendedores de pájaros, hasta la hora, doce y veinte, del servicio en el Templo del Pneuma que la devoción de Yola le impedía perderse.

O'Jaral la esperó sentado al borde de un container, leyendo a Rabastain, entre el salmódico canturreo con que, esfera tras esfera, los adeptos del Pneuma ascendían del mundo chapucero del Demiurgo hasta donde el Principio Autentícimo quisiera darles acceso. Enfrente del templo, una pantalla oficial intentaba provocar a los fieles, o confundirlos, con un documental sobre religiones órficas. Hubo un corte chirriante. Unos segundos, y el joven presidente del Banco Sinardi apareció cantando *Besos brujos*, desnudo, brioso e ingenuo como un potrillo, fumando un narguile, antes de iniciar un complicado cuadro sexual con varios oficiales del Ejército Panatlántico. La luz de talco, la laxitud regocijada de los cuerpos, las risas, eran demasiado dulces como para que la escena fuera una proyección disidente; O'Jaral se dio cuenta de que era una fantasía realizada en plano.

Era la primera vez que notaba el fenómeno, y se preguntó cuáles de las interferencias que había visto antes habrían salido, no de cintas de vídeo, sino de cabezas en estado de alteración poderosa. En algunas de esas imágenes había aparecido él. Imposible olvidarse de que había aparecido él.

Insuflada de visiones, Yola volvió del templo diciendo una sola cosa: "¿Me invitás a comer?" Un gesto de O'Jaral, obra maestra de impaciencia enterrada, le dio a entender que eligiera el camino.

Yola era viuda. Por despecho filial, por rencor a la medianía, también por amor al abrazo de un notario de provincia, se había casado a escondidas y proyectado un camino, no definido pero independiente. Una independencia más acre de la que esperaba había sobrevenido de golpe con la muerte del marido en una de las epidemias de gripe que los consorcios inducían de vez en cuando para solucionar el problema de la pobreza excedente. Esto, lo de la solución por las pestes, era vox populi. Sola con su fama de empleada competente, con su vocación loca por la danza, había sacado fuerza para reponerse de la decisión de *embestir* a los asesinos de su marido. Pero no resolvía la cuestión de cómo embestirlos desde un rincón provinciano y

atrasado, y no la resolvía, hasta que en un programa sobre el Referéndum había oído al canciller Bornut despotricando contra la disidencia incierta. A Yola no le *seducía* la incertidumbre, era una persona segura, pero si algo era malo para Bornut era bueno para ella. Por eso había logrado que su empresa la trasladara a Talecuona: para unirse a esa gente *quijotesca, creativa*, que trabajaba a nivel de superficie por las ideas que gota a gota el Galgo Ravinkel destilaba desde su inteligente movilidad subterránea. Los que trabajaban en la superficie se llamaban Superficiales de Ravinkel. Claro, además Yola tenía su fe, la aspiración gnóstica de subir del mundo de los residuos al de la Mente Autentícima, pero eso no *obstaba* para que combatiera en el mundo de los residuos; porque, además, ella estaba convencida de que el Galgo Ravinkel era una gran Mente.

Contó todo esto, anotado por bárbaras glosas psicológicas y políticas, en la mesa de la fonda La Comadre, mientras comía macarrones con estofado como tres mujeres mucho más robustas que ella. O'Jaral, que hacía bolitas de miga, caviló que la Mente de Ravinkel debía haberse desarrollado un montón para reclutar especímenes de una ignorancia tan exultante. Otra cosa eran las coincidencias, que por el momento estaban a su favor, el de O'Jaral, y le exigían mantenerse dócil, incluso zalamero. La muchacha necesitaba de todo, alimento, oídos generosos, bonhomía, algo de ropa, y si por momentos la charla se le inspiraba era porque, pobre, quería hechizarlo. Parecía un contrato aceptable, si se postergaban un poco las cláusulas quemantes. Le interesó que Yola hubiera sabido conservar una presentable provisión de dientes, al menos los delanteros, grandes, convexos, blancoamarillentos como semillas de zapallo. Permitió que en las escarpadas laderas de su alma un poco de escarcha se fundiera en el pasto. Habría digerido bien su cuarto de pollo asado de no mediar la chicharra del condeptor, que lo hizo abalanzarse al baño.

"No hay problema. Ya te vuelvo a captar", dijo la voz de Badaraco, como si lo tranquilizara. "Podés seguir."

O'Jaral cortó, se lavó los dientes y volvió a la mesa. Terminado el flan con crema de Yola, y el café y los cigarrillos de Yola, O'Jaral selló la operación deslumbra-

miento con un furtivo despliegue de dólares. Acto seguido salieron a no se sabía bien qué.

Como una compacta masa sin levadura, pero muy invadida por hongos, el Centro de Talecuona albergaba huestes de indefinidos sociales que a falta de profesión o ánimo precisable se repartían en docenas de sectas, tribus, asociaciones o tendencias no todas divorciadas entre sí. Aunque había encontronazos, a veces sangrientos, prevalecía un clima de construcción espiritual conjunta, de actividad triste y asténica. El trajín era más desolado en los campamentos oficiales para refugiados europeos, en las ceñidas filas de casas portátiles, trapo, alambre y cartón, que de noche cubrían las aceras como vestigios de una caravana de antepasados espectrales. En el paseo de la Ribera, dignificadas por el frescor del agua, pirámides de desechos tecnológicos se ofrecían a los caprichos de una economía sin beneficios, pero más entretenida que la de los verdaderos pobres. La Zona Media y las grandes mansiones casi invisibles enviaban su basura más aquilatada a las hormigueantes tribus del Centro. Lo que bullía en el Centro, fuera metaideológico, seudoartístico o filoartesanal, enviaba su vapor pungente a la Zona Media y a la Periferia; lo que circulaba en el vórtice del Centro, sobre todo las ideas, tarde o temprano terminaba derrumbándose. Después del Centro no había ningún otro lugar, ni en Talecuona ni en el país, ni siquiera en la capital. Por eso justamente, emboscadas en el amasijo colonial-astroso, en el Centro se esparcían las dependencias de la administración nacional. Cumbre de la falta de identidad, ese sueño inconfesado de la democracia concentracionaria, la administración del país sesteaba en adustas casonas con aljibe, en ministerios de aluminio y baquelita, entre los larguísimos debates con que los indefinidos polinizaban el aire. No es que la administración respirase ese aire sobre todo, porque primero estaba el tubo de oxígeno que la unía a los consorcios, pero lo usaba de tónico.

La índole inaprensible de la política, y de todo el país, requería que cada tanto el Estado cambiase de valores, por muy disimuladamente que lo hiciese, y, para producir va-

lores nuevos aptos para slogan o pantalla, nada tan sugestivo como la impenitente búsqueda de proyectos que absorbía a los indefinidos. Siempre y cuando votasen, y la mayoría votaba en blanco, el Estado los dejaba seguir buscando. Toda búsqueda, todo proyecto proponían siempre una dirección, y mientras hubiese una dirección cualquiera los consorcios estarían contentos; al fin y al cabo ellos podían poner el futuro virtualmente en cualquier parte, a despecho de la existencia. Mientras mandase el futuro móvil habría democracia concentracionaria.

Quizá por esta movilidad del horizonte, en vez de retirarse al campo muchos políticos viejos otoñaban en el Centro. Se los veía a la mañana en las placitas, gorra y echarpe, husmeando en los corrillos de las sectas, vindicando su derecho al desengaño, inventándose pasados de honradez, como si mendigaran una hipótesis blanda, un mito donde morirse bien supinos. Ahora, no obstante, en las paredes del Centro había aparecido una consigna insólita: LA POLÍTICA ES LA LUCHA POR LA EXISTENCIA.

Creo que la descripción anterior es un poco larga. Así que aunque no esté terminada la dejo como paisaje por donde Yola, esto empezó a notar O'Jaral, se movía con la suelta curiosidad de una jirafa blanca en una sabana. Habían paseado más de una hora bajo la luz declinante, y tan desparejo era el empedrado que a O'Jaral ya le empezaban a temblar las mejillas. El frío deslucía las palabras. Se acercaba el momento álgido de meterse en alguna parte, juntos, y la parte tuvo que ser la casa de Yola.

Un viejo edificio de tres pisos, con escalera tortuosa, brutalmente parcelado por los tabiques de alguna ley de espacio vital.

Como la bicoca que Yola ha recibido de un amigo influyente tiene veintitrés metros cuadrados, O'Jaral sólo puede sentarse en la única silla, para no usar la cama, con la tele a medio metro y la puerta del baño pegada al codo. Entregándole lo máximo que encuentra en ese momento, Yola le confiesa sin mirarlo que no trabaja en una empresa de seguros, como dijo en el tren, sino bañando viejos en un asilo geriátrico. El desmentido sobrevuela obscena-

mente el espacio ínfimo, los muebles de rejunte, los remiendos de la ropa revuelta, pero ella no ve nada y mueve su delgadez con una flexibilidad juvenil que O'Jaral no tiene con qué retribuir. Cree que lo mejor, cuando ella le ofrece grappa y cigarrillos, es no explicarle mucho por qué no bebe y sólo fuma a veces. "Qué raro sos. Qué *sólido*", suspira ella. O'Jaral ni siquiera acepta un relajante muscular; se evade a los imponentes picos de la teoría.

Ella prende la tele y alzando una polvareda se sienta en la alfombra ruinosa junto a las rodillas de él. En el capítulo vespertino de la serie de Mulligany, Melody Mong consulta con una astróloga si debe asociarse en el negocio de los analgésicos naturales con Vartamer Szabó, ese hombre de doble faz que no le quita el sueño. Satisfecha de haberle estimulado la curiosidad, Yola cambia a las noticias. No le sorprende, en este momento, que el canciller Bornut anuncie un gigantesco concierto de grupos de rock donde se cantará a favor y en contra de la Anexión.

"Yo soy Leo, ascendiente Virgo", dice Yola: "Una mezcla protusa protusa. ¿Y vos?" "Soy una síntesis del zodíaco", se le escapa a O'Jaral. "¡Catún! Sos tremendo", dice ella, y le pone en la rodilla cinco juncos nudosos. O'Jaral atisba la pálida vehemencia de la cerviz que surge del pullover y, cuando ella se vuelve, la concupiscencia de la boca. Querría traducir a un idioma de pactos esas señales caóticas que le llegan. En la ventana, sobre los techos, un anochecer magenta avanza contrayendo las apariencias. Pegada a la pantorilla de O'Jaral, la muchacha tiembla apenas en su escasez de proteínas. Pero O'Jaral nunca siente lástima por nadie. Para que corra el tiempo se imagina la empresa de pigmalionizarla. Darle una cultura orgánica, una idea de cómo se llena la existencia, información, una voz propia. *Hacerla apta para el uso*, dice Ovidio que se propone Pigmalión con Galatea. Pero qué uso puede haber, piensa O'Jaral, que no excluya la utilización, el abuso, la usura. Si hay un uso así, es justamente el que hacen Ellos. De todo.

El machismo siempre le ha parecido a O'Jaral tacaño y soporífero. Y quizá Yola haya percibido esta opinión porque, mal que le pese, momentáneamente retira la mano. Se despereza, abundante en rectas. "Pero lo que sí era

cierto", dice de repente, "es que de noche bailo por placer personal. Y, futincito, ahora me tengo que ir para allá. ¿Venís conmigo?" O'Jaral no logra disfrutar el respiro, porque en seguida ella agrega: "Si no tenés otra cosa que hacer..." O'Jaral cree que puede jugarse. "Yo tendría que entrevistarme con Ravinkel."

Ella lo mira de una manera: "Vení conmigo, futi. Te conviene."

En un tiempo bodega de una villa señorial, la cantina-cabaret Queiroz se había hecho lugar socavando roca viva, infiltrándose en pasajes y cloacas obsoletas, y ahora aprovechaba su condición para mantener una fama subterránea. En realidad era uno de los muchos cuchitriles del Centro donde diversos complotadores pretendían discutir y se refocilaban en la concordia. Tampoco era famosa, sino barata; y acaso lugar de peligro, visto el macabro desatino con que el lumpenaje de guardia exhibía sus pistolas en la galería de entrada.

En la sala central, entre paredes despintadas, jamones de cartón se balanceaban a la brisa superflua del pensamiento. Nada que oliese bien reparaba la opacidad de los quesos de plástico, de las botellas de Chianti llenas de vino patero. Dirigentes de sectas y caterva militante comían pan con aceite lanzando miradas dilectas a las consignas grabadas a cuchillo: LA IDEA ES INFELIZ; RAMA ES CORDURA; LA CARNE ES EL MENSAJE; CUANDO NO QUEDE NADA, TODAVÍA HABRÁ ALGUNO DE NOSOTROS; etcétera. También ahí menudeaban las armas, en sobaqueras o cintos, demasiado a la vista. Y debajo de la grosería había otra cosa, una excitación recóndita, como si la parroquia en pleno se hubiera hecho con un arma crucial.

En la mesa donde dejó que Yola lo estacionara, O'Jaral se enteró de que sus tres contertulios se llamaban Rapo, Fritca y Nabal. Una cita de Fourier, un chiste sobrio le bastaron para anonadarlos y, suponiendo que eran superficiales de Ravinkel, se preparó a deducir por qué todos los superficiales de Ravinkel parecían usar nombres de dos sílabas.

Pero en eso empezaron los números. Una mujer de edad mediana cantó blues con voz de negro viejo. Un trío interpretó una pieza de un acto consistente en que a la conversación se superponían los monólogos interiores de los personajes.

Entumecido de simular la sonrisa, O'Jaral se interesó cuando, en el intervalo, Rapo, Fritca y Nabal liaron canutitos de una droga que llamaban La Gruesa y, anonadados ahora de veras, empezaron a interferir la pantalla que había sobre el mostrador. La pantalla era una imposición estatal: en ese momento transmitía una ecuánime selección de entrevistas a políticos sobre el referéndum. O'Jaral terminó de persuadirse de que muchas de las interferencias que se veían en la calle salían directamente de cerebros humanos.

Las fantasías que los jovencitos disparaban ahora eran cándidas, del estilo niñito en bañadera que de pronto escupe metralla por la boca y revienta pato de goma, y acaso un dedo de la madre; pero que eran fantasías se notaba en la lentitud de las transiciones, en la iluminación opulenta. Desde un rincón alguien les hacía la competencia. A los amigos de Yola no les importaba. Con los hombros un poco encogidos, festejaban con pupilas de peluche la muerte de la política virtual, como en un silencioso rito lapidatorio, y a veces proyectaban también sobre otros ojos. O'Jaral nunca había visto gente tan contenta. Lo único, que Fritca lo espiaba con antojo; por si se le ocurría producir una fantasía con él, y sin duda iba a ocurrírsele, obró la vibración diurética para mandarla un rato al baño.

No lo desanimó ver a Badaraco acodado en la barra, infectando el humo con la mancha amarilla de su pelo negro. Al contrario: La Gruesa olía a mezcla de especies suaves, ruibarbo, cilantro, canela, mejorana; es decir que, sumando la presencia de Badaraco, todo se amalgamaba perfectamente. Porque había por ahí una pareja de edad y rasgos desvaídos, vestida con abrigos acampanados, que probablemente efundía ese olor: con lo que O'Jaral se sintió medianamente satisfecho. A ésos, los de la Otra Parte, ya los esquivaría en su momento. *Badaraco-Muertos-Gruesa-Ravinkel.* La lucidez lo había propulsado a una red recursiva, y aunque el nudo que representaba Yola podría haberlo dejado eternamente en el mismo lugar, un

soplo de realimentación positiva, el soplo de él mismo, lo había hecho dar el salto. Aunque le quedaba un trámite desagradable, estaba cerca del objetivo.

Pero lo estaban observando. Era una atención flotante, como la de todos los drogadictos del local, pero filosa, al menos para él. No era la de Badaraco, ni la de los muertos, que parecían tomarse mucho tiempo para todo, sino la de alguien que evaluaba la serenidad de O'Jaral y de eso obtenía indolencia. O'Jaral no sabía si abrirse del todo o clausurarse; no sabía. Pensó que si era un examen le convenía dejarse examinar.

Entonces vino el número fuerte del local. Un locutor sin presencia anunció al Gran Muzzone y la Exquisita Yola. Al compás de un playback orquestal, un foco siguió la entrada de Yola por una punta, larga caña de cal envuelta en lo que parecían vendas de raso, las piernas desnudas, la melenita corta abrillantada, y por la otra la de un hombrazo en traje y gorra de paño sobre el ceño circunflejo. Haces y pareja se juntaron en el centro del estrado. Voz enguantada la de él, vacilante la de ella, cantaron una milonga-canción a dúo:

Muzzone: Me torturé en la agonía
Yola: de tu altiva lejanía
Muzzone: alargando la embriaguez
Yola: como en un vacuo ajedrez.
Muzzone: Derroche de absurda espera
Yola: como si mi corazón creyera
Los dos: que eras carne de nostalgia
y no histérica neuralgia.
Se te acusa, mente obtusa
de amarrocar tu amor con avaricia
como si fuese oro la caricia
protectora.
Por eso ahora
de mi deseo el apogeo
superviviente
lanza este reto incompetente
y espiritual
a tu sordera descomunal.

El reto no se hizo explícito. La orquesta cubrió las voces, y cuerpo añoso y cuerpo fino abandonaron la inmovilidad para trabarse en una suite completísima de pasos de tango con adornos de foxtrot, cake-walk, cumbia y boogie-woogie. El mortero de esa construcción insostenible era la mobiliaria ductilidad de Muzzone, pero los chispazos salían de las ingrávidas volteretas de la chica. Yola pasó resbalando entre las piernas de él, lo escaló hasta los hombros, le lustró los zapatos, mendigó, desdeñó, taconeó y estrujó, imploró con el torso y sedujo contorsionada, y se dejó arrojar y recibir como una vara fosforescente en manos de un bastonero. Hasta que la orquesta aceleró el ritmo y Muzzone, que tenía a Yola tomada de la cintura, agarró la punta de la venda que la cubría; bajo los latigazos de su mano el cuerpo de ella salió despedido, girando como el dibujo de un tornado, desenvolviéndose por toda la tarima. Vuelta imperceptible tras vuelta, ímpetu y gracia, el cuerpo empezó a mostrar su transparencia, el raso cayó flameando, y Muzzone desapareció por un costado, y la orquesta llegó al final en un paroxismo de tropiezos, con el congelado vértigo de Yola desnuda en la tarima.

Se apagaron los focos. La candidez esquelética se apaciguó, sudorosa o triunfante. Y entonces, en el silencio consagratorio, una terrible erupción de slóganes, alucinaciones, bestialidades, pesadillas, ansias, fijaciones aberrantes o simples, despedazadas o íntegras, distorsionó el cuerpo que se ofrecía al público como si fuera el plano fantasma del poder; cada tanto se desligaba del cuerpo otro cuerpo, renovadamente lívido, y se deshacía en un charco espermático.

El rito duró varios minutos, hasta que del vómito de símbolos pareció nacer un estruendo inaguantable: recién entonces, como para mitigar la culpa general por una muerte, se encendieron las luces, atacó de nuevo la orquesta, y Muzzone salió a cubrir a Yola con un poncho y se retiraron los dos agradeciendo los chiflidos.

Badaraco se había ido. Otra confirmación, pensó O'Jaral, de la puerilidad de todo eso. También él quería irse, porque para sus costumbres se había hecho desastrosamente tarde. Pero entonces:

"Llamativo, ¿no?", le dijo una voz junto a la oreja. Y tuvo que darse vuelta.

"Señora Calisandru", dijo O'Jaral: "Insólito lugar para encontrarla." Sobre la nariz de dragón, los maquillados ojos de Gracia Calisandru se alargaban como trazos de gubia. "¿Ah, sí? ¿Y usted puede estar en cualquier lado?" "Bueno, son amistades que tengo", dijo O'Jaral rehusando impacientarse. Lo que no iba a permitir, lo que en ningún caso debía permitirse, era que una de esas manos lo tocara. "Si son amistades, lo felicito. Puro impacto, esta coreografía. La chica está medio piel y huesos, pero linda, es linda. Para mí es un número de lo más profesional", onduló la voz. "No dije que mis amistades sean los artistas." "Cierto, no lo dijo."

En la pausa, O'Jaral se debatió con la mágica perspicacia que le caía encima cada vez que topaba con la Calisandru.

"Pero esa chica", dijo ella, "le está regalando algo a usted desde el principio." "¿Qué principio?" "Desde el tren. Digo que tendría que felicitarse, Luis Carlos." O'Jaral caviló sobre el sentido de la palabra regalo según la traducción de sus peripecias que hacía la Calisandru, la leedora de manos y tal vez algo más. "¿Y su vida, señora?" Ella se acarició el pelo: "Bah. Me echaron de barrendera porque paseaba demasiado, y ahora estoy en un taller de envases de plástico. Pagan mejor. Mi marido se va achicando pero mis hijos crecen." "¿En tan poco tiempo?" "Últimamente, Luis Carlos, ha pasado mucho tiempo." Ahora ella se acarició el cuello, borrando la impronta de algo apresurado o demasiado tardío. En la rafia de la cara los labios se abrieron más de lo que podían, como adaptándose a la laxitud de una sonrisa mental inagotable. A O'Jaral le pareció que le quitaban una parte del esternón, quizás el tercio superior, y necesitaba un plus de voluntad para seguir siendo la misma persona. "Mire", dijo Gracia, de pronto seria: "ahí viene su amiga. Seguro que quiere irse con usted. ¿Y usted con ella?" O'Jaral pensó que era hora de proporcionarle un dato, a ver qué pasaba. "Realmente, señora, no logro ver qué ventaja me va a reportar, ¿soy claro?" "Sí. Y me encanta que se confiese conmigo."

No había pasado nada. Nada que lo ayudara. Pero ella siguió hablando. "Mire, Luis Carlos, en mi pueblo había un opa. Tenía sus buenos años, y siempre siempre, que la gente se acordara, se lo había pasado en la puerta de la casa, y cuando le preguntaban cómo se llamaba decía que era la Venus del Milo. Raro raro. La Venus del Milo. Hasta que un día aparece un doctor y en vez de preguntarle quién es, cómo se llama, va y se presenta él; Cáceres, mucho gusto, dice el doctor, y le tiende la mano. Entonces el loco levantó un brazo, muy duro, pero rápido, y le agarró la mano y dijo: Ramón Sarid, mayor gusto. Lo de después vino fácil: el doctor le dio un abrazo y Ramoncito lo abrazó. Y chau Venus del Milo para toda la cosecha."

Se callaron los dos. El sótano retumbaba de carcajadas. "Señora, me guardo la historia. No pretenderá que se la interprete, me figuro." "Faltaba más", ladeó ella la cabeza. "Pero en fin, usted no se llama Luis Carlos, ¿cierto?" "Más o menos", dijo O'Jaral. "Ya me imaginaba. Pero no sufra." Bajó un poco la voz porque Yola se acercaba entre las mesas. "Después de todo yo le conozco el destino... Eh, buenas noches, Yola. ¿Te acordás de mí?" "Claro, Gracia, cómo está, tantos días", dijo Yola. Mirándola apenas, se pegó a O'Jaral todo lo que O'Jaral permitía y le dijo: "¿Nos vamos?"

Sabe que lo han observado, palpa y aprieta el cabo de la cuerda que le están tendiendo, se alista para los últimos expedientes, pero antes tiene que cumplir otro, y por lo que le atañe, en fin, va a cumplirlo. De hecho ya empezó. Porque así entra al sacrificio: resignando cepillarse los dientes, sin haber leído una sola página, la piel hediendo a tabaco y Gruesa, accede a encaramar su cuerpo atérmico sobre el frío que Yola expresa con susurros.

Ahí tiene el petróleo enjoyado de las pupilas de Yola, y ahí, tan cerca, busca la fantasía que Yola, que huele a Gruesa, puede estar proyectando sobre él, implantándole en el semblante. Sin embargo, Yola murmura cosas nada fantásticas, Me hacía tanta falta, Abrazame, Sos lindo, y después no dice nada y le ofrece una boca opípara en cu-

yas regiones hondas O'Jaral encuentra una dentadura progresivamente menos sana, menos numerosa.

O'Jaral se aplica con esmero, como a todo: o sea que a imaginarse. No obstante, en la madreperla de los casi pechos de Yola, que suben y bajan con el metrónomo del aliento, se condensa una paradoja que no lo distrae, no, pero lo atormenta. Aunque los hombres buscan repetidamente el sexo y el lugar del sexo como si encerraran una respuesta, el que investiga cuestiones superiores sabe que el sexo no da tranquilidad, ni satisfacción duradera, ni conocimiento. Pero el investigador de cuestiones superiores no puede abandonarse a las meras canalladas de la misoginia, y no hay vínculo real con mujer que pueda no consumarse en sexo. Quizá por eso el sexo es tan exasperante y monótono; quizás por eso, para no delatarse, tenga que absorber la imaginación, acapararla, distraerla de otras cosas.

O'Jaral se acuerda de que el Galgo Ravinkel se tomaba el sexo como si fuera comida. A veces un gusto, a veces una necesidad. Nunca le dedicaba una cavilación al tiempo que requería, y menos a las diversas secuelas. Debía ser ésa la razón del éxito que tenía con las mujeres, aparte de su sudorosa máquina vital, porque por feo que fuese las mujeres colgaban de él como colonias de mejillones, amorosas, con pelaje de algas, en fieles conjuntos naturales. Nada de conquistas: el estro insurgente del Galgo las reclutaba. Como los días de pensión y penurias eran tan ásperos, y tan infames los trabajos, a O'Jaral no le molestaba esa acumulación de calidez sucedánea. Al contrario. Cuántas veces había calentado su adolescencia trunca con los calzoncillos, con los calcetines de marca que las mujeres le regalaban al Galgo Ravinkel. Suaves al empeine, firmes al tobillo, los calcetines del Galgo eran para el feble O'Jaral de entonces la prueba de que el Galgo siempre encontraría cómo sostenerlo.

Hay un ruido de fondo, leve como un burbujeo pero creciente.

O'Jaral detesta que la mente le envíe el recuerdo de esa calidez. Está hundido, se da cuenta, en un avance bífido. Cuanto más se acerca a Ravinkel más posibilidades tiene de volver a la vida recoleta y productiva, y más está por

tanto en el camino de su descubrimiento. Pero Ravinkel, la antigua salvación de O'Jaral por Ravinkel y el alejamiento posterior de Ravinkel son también el origen de las premoniciones de O'Jaral: la fuente de su futura revelación. Y el sentimiento de acercarse a algo en dos sentidos, o de que haya dos sentidos en la cercanía de algo, pongamos la revelación, no es cómodo; como si en la noción de acercamiento, tal vez aun en la de meta, hubiera algo centralmente anómalo. Gracia Calisandru le insistiría en que es el destino; y, o el destino es una superchería, o es lo único que puede unir lo que de otro modo sería polvo, juguete de vientos antojadizos.

Es obvio que la vida en sí, una vida cualquiera, no está predestinada; con todo, cada hombre es artesano del sentido de su vida. O'Jaral se pregunta qué sabrá de esto la Calisandru, del sentido de las dificultades y las contingencias, para obrar sobre él como si fuera a desbaratarlo. Debe ser un conocimiento, banal, casual, que ella tiene de él; o no: es la lasitud que le transmite con los ojos aceitunados, esos mohínes de rafia y rayón, la demasiado alegre aceptación de todo, enfermizamente voluptuosa, la mano madura frotándose el cuello, el brillo del vestido barato sobre la cadera de cántaro.

El ruido de fondo lo arranca de estas meditaciones. Son los melodiosos alaridos de Yola, cada vez más largos, arrebatada como está por el ritmo del émbolo de cuya eficiencia, por muy poco que la ponga en liza, O'Jaral no ha dudado nunca; aunque también por la ternura que imitan sus ojos de cuarzo. Pero resulta que además a O'Jaral le sudan los brazos, está sudando, y apenas reconoce el furor que se le acumula allá abajo, la sensación de empuje, revulsión y desmesura que viene, será posible, de la influencia de la Calisandru, como si tuviera la sonrisa de esa mujer metida en las glándulas; de modo que hay que expulsarla, claro, y entonces mejor que sea ahora, mientras Yola grita Sí, sí, y tanto grita que al final se desploma, se calla, cierra los ojos, sonríe y aguanta, no, se las arregla para girar, se acomoda de lado, mordiéndose el brazo, mientras en la lejanía de su pómulo blanco O'Jaral encuentra el paréntesis suficiente para volcarse.

Se vuelca. Ella vuelve a girar y lo atrae con los brazos. O'Jaral festeja el fin hundiendo la cara en la almohada. Ya está.

Hay, en el frío atenuado por la estufa de gas, un intento de arrumacos que O'Jaral sofoca yendo varias veces al baño para cepillarse bien los dientes y otras cosas.

Yola decide dormirse. O'Jaral vela. Cómo va a dormir en semejante noche. Sí, es otro expediente, otro escollo que empieza a quedar atrás, como Irma, como Gamudio; pero justamente, ¿por qué un alcaucil como Gamudio puede dedicar cientos de horas a escribir un libro inútil y O'Jaral, que se esfuerza por un saber compartible, tiene que pagar su derecho al estudio con arrobas de obligaciones mediocres, cada vez más engorrosas? Si en este planteo hay algo torcido O'Jaral no lo ve, y si no lo ve es que, para mayor rabia, no hay nada torcido.

No se tranquiliza hasta la mañana, cuando ve a Yola levantarse contenta, hacer café y salir diciendo que va a confirmar lo que arregló para él anoche. Que la espere.

Ya se había cosido algunos botones flojos y empezaba a estudiar cuando tocaron el timbre. Badaraco entró olisqueando. Y aunque O'Jaral no habría creído que Badaraco pudiera hacer eso, lo hizo: se tendió en la cama revuelta. Con zapatos y todo, las manos debajo de la nuca, la corbata a lunares como una pancarta sobre el pecho. O'Jaral hizo crujir los nudillos.

"Bueno, O'Jaral, ya casi estamos, ¿no?" "¿Dónde?" "Chis, por lo pronto acá." La charolada cabeza de Badaraco se agitó en su lecho de gomaespuma. La mano imitó una lanzadera: "*Ñaca, ñaca,* ¿eh?" "¿Se te ofrecía un café, Patín?" "Mi objetivo, claro que sí, eran algunas precisiones." O'Jaral aceptó el ultraje de sentarse, como si estuvieran conversando. "Habrás notado que con Néctor perdí apenas unas horas", dijo. "No, si estuviste impecable. Pero habrás notado vos por qué el sujeto no nos preocupa. Quiero decir, nos gusta que haga lo suyo. Néctor piensa que no, pero nuestro consorcio está por la variedad. Queremos que hagan cosas, toda clase de cosas. Que la gente cuente cuentos, que escriba octavillas, que busque alterna-

tivas, que escriba en pantallas. Nosotros somos la vida. Néctor es como la vida; por tanto, nos importa un pito. Lo preocupante es cuando la manera de hacer algo es no hacer nada. Nubes. Imágenes. *Humo*, Ojarital." O'Jaral movió la mano como sacudiéndose el diminutivo. "Pronto voy a ver a Ravinkel. Andá preparando mi sueldo y la despedida." "Stotrús, pero sí. Aunque mejor le sacás dónde planta la droga ésa y cómo la comercializa, porque a nosotros no nos lo va a decir." "¿Ravinkel?" "Obvio."

Otra vez O'Jaral hizo sonar los nudillos. "Eso no entra en mi esfera." Badaraco se sentó al borde de la cama. "Mirá, los cuentos del piringo de Néctor son aserrín al lado de esa droga. Esa droga es más importante que la campaña del referéndum. Es una competencia a todas las pantallas. Es barata. ¡Los divierte, O'Jarital! Los jóvenes, todo el mundo, se van a creer que ya no necesitan ansiolíticos ni anfetaminas ni antidepresivos ni exhilarantes ni hipnóticos ni antiinflamatorios ni antitusivos, nada. Y menos que menos cuentitos, canciones. Y menos política. El fin de la participación. Y tampoco, claro que no, podemos permitir que sólo la comercialice esa gente. En todo caso, que haya un pacto."

O'Jaral movía la cabeza como quien quiere empuñar un cayado y sólo encuentra ramitas. "Chiste. Pasatiempo infantil. Vanidad, y agitación vana", dijo.

Del torso extendido de Badaraco, un bracito envuelto en franela saltó hacia la cara de O'Jaral. "¿Vas a dejar que la acaparen Los de Arriba?" De la manga emergió una mano: pellizcó a O'Jaral, haciendo daño, y remató el pellizco con una cachetada.

O'Jaral no se movió ni para tocarse la mejilla: rápido, muy rápido puso a trabajar la impotencia; de esa actividad desesperada obtuvo un recuerdo, la famosa lengua monstruosa con que, en tiempos de juventud guerrillera, el Patín Badaraco divertía a los demás lamiéndose la nariz. Se echó atrás, la cara un poco enrojecida. "A ver, Patín, tocáte la nariz con la lengua." Badaraco se levantó de un salto: "Y además, Ojarital, querría que empezaras a contarme qué es lo que estudiás tanto."

La puerta se cerró muellemente. O'Jaral estaba muy cansado, quizá por primera vez. Por un buen rato cayó en

una inmovilidad que lo sorprendía y lo avergonzaba. Cuando Yola entró con buenas noticias ya se había recuperado.

Con el bolso en los brazos se encogió entre Yola y Fritca en el asiento trasero de un Mini Mobile. Se lanzaron por las intrincadas calles del Centro. Rapo manejaba, con Garni de copiloto, y O'Jaral notó que, quizá por efecto de las fantasías que proyectaban en el parabrisas, cuando un bandazo mandaba los cuerpos de adelante a la derecha, los de él y las dos chicas se inclinaban a la izquierda. Sin embargo, el clima era de concentración grave, y cuando llegaron a un baldío de la ribera se volvió progresivamente solemne. Otro coche lo dejó solo con Yola frente al estadio del Deportivo Talec; un rato después, un taxi frenó en la calzada y el chófer les hizo una seña teatralmente efusiva. Yola se sentó adelante. Mientras el coche bordeaba la marca de la Zona Media, pero no la cruzaba, el chófer conversó de economía y política mundial, de estrenos teatrales, de la historia de ciertas casas que señaló, de control social, de hegemonía mental, de insurgencia y hedonismo, todo con precisa frivolidad. No consiguió que O'Jaral dejase de memorizar la ruta, aunque era posible que hablara para tenerlo inerme, no para ocultar el camino; porque la reunión adonde llegaron era en una muy visible parroquia de Celezábal, Centro-Sur.

Los superficiales de Ravinkel, en general pobres emergentes o profesionales divorciados del consumo, ignoraban el meollo del pensamiento práctico de su mentor pero no les importaba; lo importante de las ideas de Ravinkel era, le informó Yola a O'Jaral, la espuma: los arabescos del encaje. Una de las ambiciones del grupo era crear redes heterárquicas, donde cada individuo controlara a todos los demás y fuese controlado por todos. Pero en vez de planificar iban haciendo.

La reunión de ese mediodía era de cuestionamiento psicológico cruzado. Mientras los miembros del grupo se interpretaban despiadadamente las reacciones, O'Jaral, depositado como un almohadón en una silla plegable, comprendió que lo que tenía que hacer era fingir sueño.

Casi dormido de veras, a media reunión lo sacaron de un brazo. Se dejó empujar hasta otro coche.

Esta vez fueron a un supermercado de Colchagre. Al fondo, detrás de la administración, había un despacho. En una medialuz húmeda y silenciosa, como lo que queda después de una inspiración violenta, un hombre de casi dos metros de altura, de ojos exhaustos o almidonados, lo esperaba entre muebles metálicos. Un gesto le bastó para echar a Yola, pese a lo mucho que ella habría querido quedarse, y llamar a dos jovencitos armados. Con un gesto más invitó a O'Jaral a sentarse en una caja; él se sentó en otra. De los muchachos al gigante, pensamientos de tenue lucidez surcaban la espera, derrapando a veces, estrepitosos.

Le preguntaron quién era.

O'Jaral había recobrado el aire cenobial, la mirada impermeable. Por eso pudo sorprenderlos diciendo: "Soy O'Jaral."

"¿Y para qué querés ver a Ravinkel?" "Curiosidad intelectual, discutir ciertas propuestas." "Te imaginarás que hay muchos aspirantes", dijo uno de los muchachos. "Sí. Pero yo pienso que Ravinkel está equivocado. Y además, claro, fui hermano suyo", dijo O'Jaral.

"Evidentemente", dijo el hombre altísimo. Los muchachos soltaron carcajadas mulliganescas. La cabeza de O'Jaral giró como si nadie se lo hubiera pedido. El hombre chistó: "Silencio, bobos. Y vos, levantáte. Ravinkel te está esperando."

O'Jaral actuó su más ejercitada parodia de titubeo, dando a entender que esperaba ese golpe en la cabeza que no lograría dormirlo, una venda, un somnífero o al menos una estricta revisación del bolso de pecarí. Nada de eso se verificó sino nuevas carcajadas, con un ácido rocío que le ensució el gabán.

De un cajón el hombre altísimo sacó un fajo de fotos y se las puso en la mano. O'Jaral admiró el perfecto foco de las tomas, donde aparecía dándole el brazo a Gamudio, observando a Irma, batiendo al boxeador virtual, boca arriba en una cama con la mueca del ronquido intranquilo, siguiendo al rufianucho, conversando con Yola. No había ninguna anterior a la compra del para-

guas. Se dijo que no debía sorprenderse, y como no se sorprendió las carcajadas de los jóvenes se apagaron.

Badaraco, se alivió, era absolutamente refractario.

Lo urgieron a moverse. En el despacho vacío quedó un residuo, mezcla de traición necesaria, de pacto entre la irrisión y la búsqueda de una grandeza compartible, entre lo que Ravinkel se había ganado y lo que O'Jaral se esforzaba por merecer.

V

De afuera parece una imprenta pero por dentro es un complejo deportivo. Así que hay que atravesar vestuarios y bordear una piscina donde rielantes waterpolistas desmenuzan el agua en chispas, hasta que por un efecto que O'Jaral no reconoce todo se distorsiona sin romperse, como las líneas de las baldosas en el turquesa movedizo. Entra en un pasillo, avanza por el piso de linóleo y, tras el chirrido de una bisagra, lo dejan solo en el vapor de una sauna como si supieran que el olor a eucalipto lo debilita hasta la inutilidad.

Vestido, pero siempre atérmico, se aventura en la tiniebla porosa, memorizando el trayecto, entre una recua de estampas sin contorno que parecen creadas por la crueldad del calor. Entonces le empiezan a llorar los ojos, y el corredor se alarga, y O'Jaral se pierde el crecimiento de la figura que resuella al fondo, en una banqueta, más apoyada en las manos que en las nalgas, con la desmedida cabeza gacha y las crenchas rojizas pegoteadas a la frente. La figura se levanta; O'Jaral, que ve acercarse un brazo, deja que el brazo le rodee los hombros y siente en la cara, más acre que la catinga, un aliento a cebolla, chicle, tabaco negro y té con limón que el tiempo no ha cambiado. Es curioso, pero en vez de ofender, esto tampoco ha cambiado, el aliento transmite una voluntad protectora casi tiránica. En este momento la transmite con un beso. O'Jaral se aparta, mira la cara y tiende la mano.

Como todo lo que tiene que pasar, lo que ha pasado pasó sin gran máquina emotiva, verbal ni paisajística. Fue, y ahora es otra cosa.

Sin embargo, cuando por otra puerta dejan atrás la sauna, y en la luz de un vestuario privado se concretan los rubicundos, velludos cueros del Galgo Ravinkel, lo que le

llega a O'Jaral con un apretón intenso de mano en el hombro no es el irónico "Te esperaba" sino una ansiosa, torpe ronquera con algo, se le ocurre, de declaración estratégica para medios de difusión en la sombra:

"Dieciocho años, O'Jaral. Qué ganas tenía de verte."

El Galgo se mete un momento en la ducha.

Después, mientras lo observa vestirse, O'Jaral cauteriza las brechas por donde le chorrea la memoria. Aunque nadie habría pronosticado que la cara del Galgo podía expandirse más sin reventar, nariz, boca, cejas y ojos han crecido, con una demencial codicia expresiva, luchando entre sí y ganando espacio para algunas partes en detrimento de otras. Por culpa de esa competencia avara el labio de abajo desborda como un salmón abierto, pero el de arriba sucumbe a la curva dominante de la nariz, el desmedido ojo derecho esclaviza al izquierdo y, de la frente a la quijada, las arrugas pecosas se arriman o entrecruzan, nunca se confunden, como enemigos equipos de matemáticos que investigan paralelamente el crecimiento del infinito. Bajan por el tronco, las arrugas, recrudeciendo en el pecho algo hundido, desapareciendo en la barriga, sin disimular la iracunda energía de un cuerpo que, así como expulsa el sudor, a ellas las absorbe y las neutraliza.

Ravinkel se muerde el bigote. Los dientes romos, de arenisca, se apoyan unos en otros como para escapar de las encías derretidas. Sucia la blanca camisa jasídica, el vaquero acartonado, los cordones de las zapatillas sin atar, por una escalera y después por otra lleva a O'Jaral hasta un desván chiquito, con una linda ventana que da al crepúsculo de la conocida calle Sinera, pocos muebles y dos ordenadores. Sobre una mesa bandeja, junto a un par de guantes, hay un llavero con la cabeza de Popeye. En un tablero de corcho, recientes fotos de O'Jaral clavadas con chinches. Pero no es sólo esto lo que podría dejar a O'Jaral demudado, si se demudara, sino el trapecio de sol vespertino que toca la cara de Ravinkel, ahora que se ha parado cerca del vidrio, y lo cristaliza en una versión magullada de la cara que aparece en las fotos. El parecido entre Ravinkel y O'Jaral no es menos enigmático que tanto tiempo antes, ni mucho menor; aunque por suerte para

O'Jaral no es de rasgos, visto que Ravinkel se ha dado unos toques de cirujía, sino de hábito.

O'Jaral se sienta, se saca el gabán y acaricia el noble paño tinto en humores ajenos. Por lo demás, las fotos no son poca cosa. O'Jaral se relajaría bastante si el inventario de espionaje fuera exhaustivo, porque así podría atribuirlo claramente al miedo de una organización reducible y reducida, tan absurda en sus escrúpulos como en sus ambiciones; pero la intermitencia de las tomas, la elección negligente, azarosa, indica que detrás de ese seguimiento hay un ente holgazán en sus reacciones y por eso confiado: un ente poderoso. Sólo Los de Arriba de Todo pueden controlar de una forma tan descuidada, porque para Ellos el descuido es un alarde. La posibilidad es demasiado horrorosa como para no cambiarla por otra más plausible en este momento, por ejemplo que la presencia de O'Jaral en Talecuona le ha ido despertando a Ravinkel cada vez más curiosidad.

Después de todo han pasado dieciocho años. Es imposible que la zona desértica de la mente del Galgo no pretenda que aún puede modelar a su hermanastro como si fuese una papirola. Ante esa alternativa O'Jaral sabe al menos qué decidir. Lo decide: como una ciudadela casi vencida que de sus cimientos produce un bastión doblemente inexpugnable, y en el automático proceso rechaza con displicencia a los atacantes, del O'Jaral acorralado surge el propósito de, ya que está ahí, darle a Ravinkel una lección. No sabe si es la lección que Ravinkel se merece, pero el caso es que ya están los dos frente a frente y siempre, siempre que se pueda es mejor no hablar de estupideces.

Entre tanto Ravinkel va hasta el tablero, despega una foto de O'Jaral tendido sobre Yola, murmura "Si serán animales", y después de hacerla trizas sonríe hasta que O'Jaral le devuelve la sonrisa.

O'Jaral se afloja. Todavía no lo ha enfoscado el haz que Ellos manejan desde las torres de la omnipotencia. En este espionaje de Ravinkel hay una ingenuidad testaruda. Sin mucha intensidad, lo más rápidamente posible, O'Jaral se pregunta qué va a decidir Badaraco.

Hablan del frío, de la pequeña empresa de cerrajería que Ravinkel dirige desde su refugio para ganarse la vida, y O'Jaral logra recortar a tiempo una disertación hemorrágica sobre goznes, gachetas y palastros. Un rato después, cuando O'Jaral cuenta cómo se mantiene él, los dos se burlan de las novelas de Mulligany, y las bromas de O'Jaral son más rencorosas pero menos intensas que las de Ravinkel. Éstos son el clima, para empezar, y el escenario.

Hay dos sillones de mimbre, un catre con una frazada granate, el calor de una placa eléctrica, y, aunque no viene al caso, una cantidad standard de libros. Hay una lámpara de pie con pantalla, una alfombra beige muy gastada y en un rincón, cerca de la ventana, una estatuita de Minerva en bronce castigado por la intemperie. La diosa tiene un escudo en una mano y su célebre lechuza en la otra, y la cabeza vuelta a un lado cubierta por un yelmo cuyo penacho, que imita una pluma, culmina en una curva incompleta, ridículamente rígida.

Cuánto error, piensa O'Jaral, cuánto trastorno en su vida por culpa de ese déspota enconado; qué malentendido descomunal la fama de ese hombre.

Suena la pregunta fatal: "¿Y para qué querías verme?"

Lo que O'Jaral contesta ha pasado a ser repentina parte de la verdad: "Para discutir ciertas cuestiones."

Son como las siete de la tarde. Se consumen algunos cigarrillos, queso, fiambre, chocolate, y por parte de Ravinkel cerveza, vino y whisky. Asomada al borde de un vaso, una margarita contempla la escena, tolerante con la mosca que duerme en uno de sus pétalos. Una versión resumida del diálogo sería más o menos como sigue.

[A la luz rosicler de la lámpara, el Galgo Ravinkel está sentado en el suelo con las piernas cruzadas, medio encorvado como si fuera a envolverse la barriga con el torso. O'Jaral, elegantemente tieso, ocupa uno de los sillones de mimbre. Vienen de un silencio.]

RAVINKEL (*francamente entretenido, tira manís al aire y los recibe en la boca*): ¿Y para esto me buscaste? Pregunto. Porque bueno, ¿de qué estamos hablando?

O'JARAL: Pensemos. Un motivo, en el sentido de tema y en el de razón, es la fama que has criado, Galgo.

RAVINKEL: Pirindingas. Te digo que no entiendo.

O'JARAL (*con un suspiro irónico*): Al menos sabrás que estuve con tu ex aliado Néctor.

RAVINKEL: ¿Aliado? No. Quiero decir, no sabía.

O'JARAL: ¿Ah, no?

RAVINKEL: No.

O'JARAL: Néctor ha desarrollado una idea, un programa, una organización y está consumiendo la energía de toda su grasa no tanto en la... lucha insurgente, ¿se dice así...? como en hacer algo distinto de lo que hacés vos. Ha inventado ese grupo para la circulación de relatos. Quiere destacarse.

RAVINKEL: ¡Chocolate por la noticia! Y bueno, me parece muy bien. Él está por la multiplicación de historias. Yo por... por otra cosa.

O'JARAL: ¿No era que no sabías?

RAVINKEL: Sabía. Sabía lo que te digo. No que hayas estado con él.

O'JARAL: ¿Y tu opinión?

RAVINKEL: Néctor no molesta. Incluso hace bien. Todo el que cambie de tema hace bien. El que hable del Tema del Momento, de lo que hablan los diarios, no contribuye. La oposición, todas las oposiciones, hablan del Tema del Momento al revés que el gobierno, el que sea, el tema que a los consorcios y el gobierno se les ocurre cuando se levantan; por tanto, la oposición es complementaria. Néctor es impertinente, y eso ayuda. Pero es un gordo idiota, ¿de acuerdo?

O'JARAL: ¿Por?

RAVINKEL: Porque le preocupa demasiado enfrentarse conmigo, que no soy opuesto complementario de nadie. Y cree en los beneficios de la organización rigurosa. Y habla, habla, habla. ¿Para qué hablamos de ese gordo?

O'JARAL (*recoge de la mesita una taza de té, sorbe un poco*): Vos también estás grueso. Piernas enclenques. Disnea. Arritmia. Agitación, sebosidad, cuadro ansioso. Es-

coriado de tanto rascarte. Cuadro cardíaco. Mirá cómo tenés los dientes.

RAVINKEL: Los dientes son el espejo de…

O'JARAL: No. Los dientes son el emblema de la salud.

RAVINKEL: Vos te mantenés muy bien. Muy… espigado.

O'JARAL: Me cuido.

RAVINKEL: ¿De qué?

O'JARAL (*apoyando la taza*): Néctor es un buen ejemplo de idea levemente acertada que se descarría. Él dice, deduzco, que hay un ejercicio capital del poder que es Tener la Palabra. Digamos: El Uso de la Palabra, y mejor todavía El Rumbo de la Palabra. Es la forma de control más decisiva, más que la información y la policía, porque actúa en el cerebro. Dice que una forma de ese poder es La Historia Única. Esto es cierto; es cierto que sólo pasa lo que se cuenta, y que si se cuenta siempre lo mismo siempre pasa lo mismo, al menos en las cabezas. Ahora bien, el muy tonto quiere ampliar la realidad como si dependiera de la cabeza de él.

RAVINKEL (*hipando*): ¡Claro! Eso digo yo, que no *actúa*.

O'JARAL (*arrogante*): ¿Y te creés que ése es el defecto? No. Lo que él no entiende son las historias mismas. Dice que la historia única es, por ejemplo, la del héroe que mata al monstruo que devora vírgenes, libera al pueblo sometido y se casa con la virgen más hermosa. O la del hombre que ignora su origen, tiene que llevar a cabo una gesta para saber quién es y al final consigue las dos cosas, logro práctico y pareja: digamos que se establece. Esto es una malinterpretación, comprensible, pero lamentable. Néctor no lee en profundidad. Si hay una Historia Única, la pauta básica es la lucha de un individuo contra buena parte de los demás para llegar a reinar, cierto que con mucho esfuerzo, sin que cambie más que el nombre del rey. Ejemplo: Cronos devora a sus hijos. Zeus mata a Cronos y promete un orden mejor; pero encadena a Prometeo. ¿Quién nos asegura que Prometeo no va a encadenar a nadie? El mundo como selva y peligro, como materia a derribar, a suplantar por lo que dicta la fantasía: éste es el virus que coloniza las mentes embotadas. Cuando lo

realmente importante es hacerse las preguntas correctas antes de llegar a viejo. La vida es un proceso continuo de aprendizaje.

[Ravinkel se levanta y va hasta una estantería a buscar una botella de vino. Tantea el sacacorchos, sin despegar de O'Jaral una mirada oblicua y penetrante.]

RAVINKEL: También está la historia única del que busca toda la vida el conocimiento. Y cuando lo tiene organiza una banda cada vez más grande que lo siga, porque no le convence morirse sin que lo que descubrió se transmita, se propague y se imponga. ¡Se imponga! Porque lo que quiere este… héroe… es morirse en la gloria, claro, porque está seguro de que *sabe* algo.

O'JARAL: Si esa historia le interesa a alguien, ya no tenemos una historia única.

RAVINKEL: ¡Y claro! Te dije que Néctor es un gordo idiota.

O'JARAL: ¿Y qué me contás de la historia del discípulo preferido que se rebela contra el maestro y cae?

RAVINKEL: ¿Y la del discípulo que traiciona al maestro?

O'JARAL: Esa historia barata sólo oprime a los que se sienten culpables. (*Cruza las piernas y se estira el pantalón. Parece llamarse a la paciencia.)* Néctor entrevé, confusamente, que donde hay un héroe hay una gesta y mueren muchos. Casi todos los que desagradan al héroe.

RAVINKEL: Siempre mueren muchos. Siempre. ¿No te parece? Ese gordo degenerado mantiene su organización vendiéndole sedantes a la gente. Fármacos, les vende, tujula en frasco.

O'JARAL (*los dedos golpetean el brazo del sillón, yerran, resbalan*): He visto que anda circulando un producto nuevo.

RAVINKEL: La Gruesa. Sí, muy buenos efectos, una diversión extraordinaria.

O'JARAL: Sobre todo, diría yo, una gran eficacia. Parece un arma comunicativa. Pero no deja de ser una dro-

ga: humo, vanidad, apoyo falso. Adicción. Desintegración física y emotiva. Desestabilización.

RAVINKEL: Ahí en una bolsita tengo como trescientos gramos. ¿Querés un canuto?

O'JARAL: No.

RAVINKEL (*dándole un sorbo a la botella, limpiándose la boca con el dorso de la mano; gotas de vino en la camisa*): ¿No?

O'JARAL: Un comprador menos. Un seguidor menos.

RAVINKEL: ¿Un seguidor de quién?

O'JARAL: Yo pensé que después de tanto tiempo íbamos a hablar con sinceridad.

RAVINKEL (*dejando estrepitosamente la botella en un estante*): Podés no creerme, pero yo no vendo Gruesa. Esa droga viene de, viene de... no sé. Lo raro es que no da semilla. Me la traen los Superficiales, y lo que no uso para entretenerme lo regalo.

O'JARAL: Vender no es la única manera de incitar. Al revés, primero se incita, después se vende. Pero si alguien no quiere ser complementario de la plutocracia no debería usar sus métodos.

RAVINKEL: Hermano, si es lo que digo yo. Por favor. ¡Por favor! ¿De qué estamos hablando?

[O'Jaral inspira bruscamente por la nariz. El ceño tira de todos los músculos de la cara. Los dedos se le cruzan sobre el ombligo.]

O'JARAL: Del equilibrio.

RAVINKEL: ¿De la armonía?

O'JARAL: Entre pensamiento y producción. Entre la mente y la tierra. Es una elección cualquiera, tentativa, como para ver si empezamos a entendernos.

RAVINKEL: O'Jaral, esa aspiración es una chambonada. Todas las aspiraciones son chambonadas. Yo no creo que nosotros podamos avanzar. Lo único que podemos hacer es encontrar formas de acomodarnos a la catástrofe.

O'JARAL: Los consorcios patrocinan...

RAVINKEL: ¡Linda palabra, "patrocinan"! Creo que yo no la usé en mi vida.

O'JARAL: Una perla del traductor para el vestido del texto. (*Recoge un paquete de cigarrillos, saca uno, no lo enciende.*) Los consorcios patrocinan niveles administrables de conflicto; supongo que porque así se mantiene la temperatura de la economía, el ajetreo del mercado. Es el primario procedimiento que aplican para impulsar el avance. Ellos lo llaman crecimiento, al avance.

RAVINKEL: ¡Pero si el conflicto de verdad no se puede administrar! Eso... El conflicto es lo inadministrable por... por antonomasia, mirá lo que te digo. ¿Cuándo lo van a aprender? No lo aprenden. Nos meten en el conflicto que diseñan *ellos*, pero no soportan *el conflicto*. ¿Y sabés por qué? Porque el conflicto no avanza. El conflicto... conflicta. (*Mira fijo el cigarrillo que O'Jaral no enciende.*) ¿De qué hablábamos?

O'JARAL: Creo que en este preciso momento estamos hablando del tiempo.

RAVINKEL: En este momento... del tiempo. Esto es muy cansador, hermano. O hay conflicto de verdad o hay orden disfrazado de conflicto. Si tengo fuerza para imponer mi orden, lo impongo. Me como ordenadamente todo lo conflictivo y desparramo conflictitos como para que no parezca que el conjunto se está agotando. Tapo la muerte con hojas revueltas. Porque si se muere todo no hay lucro posible. Sobre los muertos no hay poder. El tiempo no pasa, pero parece que yo avanzara. Así piensan ellos. Pero yo, *yo* digo que en realidad el tiempo no pasa nunca. ¿Por qué voy a mentir y decir que avanzamos?

O'JARAL (*condescendiente, enciende el cigarrillo. Fuma sin tragar el humo.*): Si te parece, voy a desplegar lo que veo escondido en tus planteos. Vos decís que hay que aceptar la incertidumbre. Mejor dicho: la incertidumbre es tu programa político.

RAVINKEL: ¿Qué programa político? Yo nunca sé qué va a pasar. No quiero saber.

O'JARAL: Precisam... Bien, bajemos un escalón. Vos combatís lo que no te gusta, esto que hay a nuestro alrededor, propiciando actos desestabilizadores radicales: como quien cree que más allá de cierto umbral de complejidad los sistemas siguen rumbos imprevisibles, pierden las condiciones iniciales y no pueden volver nunca a

ser lo que fueron. Porque creés, me imagino, que a partir de altos grados de complejidad el desorden puede aprovecharse para la creación de estructuras nuevas.

RAVINKEL: ¡Estructuras! Me había olvidado de ese término.

O'JARAL: Pero no es así, Ravinkel, no es así. Como todo buscador de estructuras nuevas, tenés acumuladas las imágenes de estructuras felices del pasado. De eso no existe manera de salir: aunque tu conciencia se niegue a reconocerlo, el pasado es un repertorio de sociedades muy pobre.

RAVINKEL: No. Digo, sí. Mi conciencia se me niega a reconocerlo. ¿De qué hablamos? ¿De la democracia griega? ¿De la Revolución Francesa? ¿Del comunismo primitivo? No vas a decirme que se puede seguir buscando en ese repertorio.

O'JARAL: No se puede, no se debe.

RAVINKEL: No.

O'JARAL: Pero vos lo hacés. Porque tu idea de la relación caos-orden es que es reversible. Vos lo dijiste: el tiempo no pasa.

RAVINKEL: No. Pasa uno.

O'JARAL: Sin embargo, tengo que darte la noticia: el tiempo tiene dirección. Los procesos se bifurcan, se hacen cada vez más complejos, se aceleran porque todos, en todo momento, estamos trabajando para cambiar las condiciones, y como todos los elementos de un sistema son relevantes, la totalidad es lógicamente imprevisible. Pero esto no quiere decir que no haya una dirección. Hacia algún lado vamos, aunque ignorarlo lastime tu egolatría.

RAVINKEL: No sé si me lastima mucho.

O'JARAL: Bueno, es una cosa más que ignorás. Por lo pronto, todo conflicto crea formas, pero no vuelve a las formas anteriores. Ergo, hay una flecha del tiempo.

RAVINKEL (*prendiendo un cigarrillo, lanzando el humo a la vez por la nariz y la boca, mucho humo*): Cachún, te has vuelto como un libro abierto, hermano. Decíme, ¿y los consorcios?

O'JARAL: ¿Es malo ser como un libro abierto?

RAVINKEL (*avergonzado, apaga el cigarrillo*): Depende.

O'JARAL: ¿Qué libro abierto considerás bueno?

RAVINKEL: *Michael Kolhaas*, la mejor novela del mundo.

O'JARAL: Un pasatiempo para mentes destructivas. Pero bueno, no está mal; no puedo compadecerte por eso. Pero yo no soy ese libro.

RAVINKEL: Muy bien, ¿y los consorcios?

O'JARAL: En este plano teórico, dentro de esta hipótesis que es un símil termodinámico, los consorcios estarían manteniendo un caos térmico cercano al equilibrio: ese caos lleva a la entropía, que para vos es, digamos, la muerte colectiva. Tu gente estaría trabajando por un caos activo, turbulento, alejado del equilibrio. Eso si no te entiendo mal.

RAVINKEL: Daría la impresión de que me entendés. Yo, no.

O'JARAL: No, ¿qué?

RAVINKEL: No sé si pienso eso.

O'JARAL: ¿Sabés lo que son las celdas de Bénard?

RAVINKEL: Por favor, O'Jaral, ¿qué estuviste haciendo todos estos años?

O'JARAL (*se mira las puntas de las botas, ladea la cabeza*): No pretenderás que yo también te haga esa pregunta.

RAVINKEL (*va hasta la heladera, considera las frutas que hay en una cesta*): No me la hagas. Pero podríamos conversar.

O'JARAL: Cuando uno pone al fuego una cacerola con caldo, primero el caldo se calienta regularmente, después aparecen vórtices y remolinos y al final el sistema caldo bordea el desorden total. Pero a partir del punto en que el calor no puede dispersarse lo bastante rápido, el caldo se transforma en una rejilla de corrientes hexagonales como la pared de un panal, admirablemente ordenada. En la nieve, después de las tormentas, se observa la misma pauta armoniosa. Y lo mismo en la arena de los desiertos y del fondo del mar.

RAVINKEL: Somos granos de arena. ¿De dónde sacaste esa teoría?

O'JARAL: La leí en un libro.

RAVINKEL: Título y autor.

O'JARAL: *Hacia dónde vamos*, de Luis Carlos O'Jaral.

RAVINKEL (*manoteando una manzana que se le resbala*): ¡¿Luis Carlos?! ¿De dónde sacaste ese nombre?

O'JARAL: Probablemente somos granos de arena. Por eso no sabemos cómo va a ser el dibujo final de nuestro sistema después de la tormenta.

RAVINKEL: Pero si del quilombo completo sale un dibujo armonioso, no veo qué me discutís tanto. ¿Qué querés discutirme?

O'JARAL: Tendríamos que esforzarnos por no ser granos de arena. El gran empeño sería dejar de estar sometidos a un futuro de dibujos que no dominamos.

RAVINKEL (*muerde la manzana con furia; globitos blancos brotan de la mordedura*): ¿Y entonces?

O'JARAL: En otro tiempo vos asolabas, empuñabas armas, acaudillabas, ponías a otros en juego y en peligro, embestías con balas y con ariete para imponerle a la realidad un programa mondo y lirondo, acabado, que tenías en la cabeza. No pudiste. Te... Bien, te neutralizaron. Ahora, entonces decís: que haya conflicto, y del conflicto el equilibrio que salga, el que sea. ¡Decir eso vos, que yo juraría que has matado!

RAVINKEL: Todos los hombres matan lo que aman. Algunos con un cuchillo, otros con un beso, otros con una palabra.

O'JARAL: ¡Ahí afuera (*señala la ventana con la cabeza*) hay gente que te sigue, Ravinkel! Jóvenes y maduros creyendo que te siguen hacia, hacia...

RAVINKEL: Un equilibrio, ¿no?

O'JARAL: ¡No! Porque en el caos conflictivo que estás estimulando se mezcla todo lo que *ya* hay, incluidos los consorcios y el Estado. ¿O los vas a barrer con una escoba?

RAVINKEL: No tengo escoba. Ni un misil, tengo.

O'JARAL: Ni la posibilidad de crear un orden distinto con los elementos físicos y mentales de *este* caos.

RAVINKEL: ¿Entonces?

[La pregunta aletea un buen rato en el silencio.]

O'JARAL (*exageradamente triste*): No entiendo, francamente no entiendo, por qué les preocupás tanto a los consorcios.

RAVINKEL (*circunspecto*): Será porque no ofrezco nada.

O'JARAL: ¡Mentira! Ofrecés algo que se finge desconocido pero será lo mismo de siempre. Y te ocultás para que lo que ofrecés parezca más desconocido todavía. Y decenas de personas se precipitan detrás de tus vaguedades en el caos, que podría ser creativo pero los llevará a la misma cuadrícula donde se mueven ahora. Vino viejo en odres restaurados. El mismo perro con otro collar. Ravinkel el oscuro. ¡Flor de fábula! Seguís matando y mandando a morir.

RAVINKEL: Nunca maté a nadie.

O'JARAL: Puf.

RAVINKEL: Solamente en defensa propia.

O'JARAL: Bah.

RAVINKEL: En ese entonces, en otro tiempo, yo era otro. (*Va hasta la ventana y golpea blandamente la cabeza contra el vidrio, que está mal masillado y tintinea.*) Ehm, "Luis Carlos", si te interesa la política...

O'JARAL: Sólo a título especulativo.

RAVINKEL: Por favor. ¡Por favor! Si la gente... No tengo nombres que me gusten... ¿Los de abajo? ¿Los despojados?

O'JARAL: Los individuos.

RAVINKEL: Buennnno, bueeeeno. Bueno. A mí el individuo me deja frío; y la masa, la comunidad... ¿Quién vio "una comunidad"? ¡Por favor! Yo digo que algunos están mejor de la cabeza que otros. También están menos cansados. Si... los que no hablan del Tema del Momento se juntan para hablar de otro tema, y se acostumbran a hablar de los temas que los calientan, y los propagan, a lo mejor terminan creando áreas interesantes dentro de la mugre. Lo que a mí me gusta es extender el tejido extraño. Ganar zonas.

O'JARAL: *Liberar* zonas.

RAVINKEL: ¡No! Yo no quiero ir para arriba, sino a lo ancho y a lo largo. Pero armando la cosa de a uno con uno. Uno más uno. Uno por uno. No se puede...

O'JARAL: Todo se puede, cuando uno quiere.

RAVINKEL: No se puede borrar lo que hay. No se puede dominarlo. Hay que pincharlo para que esté in-

quieto, y mientras ellos se distraen ir colando tejido extraño. Rarezas. Para probar. Porque nosotros no vamos a ganar nunca. Nunca vamos a gobernar, y encima no sabríamos. Podemos ser vecinos, adyacentes. Aguantar, tenerlos inquietos para que no nos pisen. Y a lo mejor…

O'JARAL: … cuando todo se vaya a la mierda estaremos en condiciones de ofrecer lo que hemos resguardado. (*Pone cara de asco.*) ¡El tejido sano!

RAVINKEL: ¿Yo dije algo de la salud?

O'JARAL: Probablemente no. Hay quien no puede ni emitir la palabra.

RAVINKEL (*abre la ventana, tira el cabo de la manzana, cierra, se limpia las manos en la camisa*): ¿De qué hablábamos, O'Jaral?

O'JARAL (*procura no reírse*): Esas zonas buenas, ¿en qué sistema se asientan?

RAVINKEL: ¿Cómo en qué sistema?

O'JARAL: ¿De dónde les viene el sentido?

RAVINKEL: Si serás plomo. ¿Qué sentido?

O'JARAL (*despegando la espalda de la silla*): Me pregunto, Ravinkel, de qué manera habrás desperdiciado tantos años. Para cambiar de conversación, como quiere Néctor, o para cambiar de orden, como querés vos, hay que inventar otra forma de conversar o de ordenar. Hace falta una visión distinta… Inefable. (*Se frota las manos contra los muslos, con progresiva lentitud, hasta aquietarlas.*) Un salto que rompa el continuo, al dar el cual quizá nos trague el abismo.

RAVINKEL: ¿Y cómo se sabe adónde saltar?

O'JARAL: Primero, no dando un salto simplemente porque te pinchan. Salto por reacción, salto nulo.

RAVINKEL: Salvo que el suelo queme.

O'JARAL: Salto por reacción, salto hacia otra zona de suelo que quema igual o más. Para innovar, sólo vale el salto que rompe la continuidad, la repetición de la misma historia. Por eso la inspiración, el secreto de la dirección del salto, tiene que venir desde afuera. La solución de continuidad debe caer como un aerolito.

RAVINKEL: Como la gracia, digamos.

O'JARAL: Como la bendición. La bendición: el derecho a la astucia, la supervivencia y el triunfo que una po-

tencia innombrable y caprichosa pone en manos de un pastorcito cualquiera: por ejemplo, David, hombre defectuoso como todos, pero paciente, valeroso y razonable. Un pastorcito que Yahvé elige porque sabe que un día vencerá a Goliat. E incansable. Y por eso elegido para la bendición, y para crear una progenie bendita. ¿Y qué es la bendición que da Yahvé, esa bendición que divide hermanos, fomenta traiciones, crea rencores pero sólo cae sobre muy pocos? ¿Qué es Yahvé, en definitiva? Capacidad de vida. David, el vital. Ésa es la parábola que nos conviene entender. David. No Prometeo ni las paparruchadas griegas. Prometeo cree que conquista un saber, pero termina encadenado. Hércules lo salva y también tiene su castigo. Los héroes griegos son una genealogía de la fama fugaz y el fracaso eterno. David en cambio muere bendito, aunque cometa sus insensateces. David es el gran modelo. Puede haber otros. Prometeo no es un modelo. Es un héroe, es decir un masoquista disfrazado de ambicioso. Se entrega al castigo, a los buitres. Porque Prometeo es la continuidad, el error que sucede al error.

RAVINKEL: Ojarital.

O'JARAL (*visiblemente molesto por el diminutivo*): Qué.

RAVINKEL: Los griegos, la Biblia, chombilos en salmuera. Vos estás loco.

O'JARAL: Interesante observar quién lo dice.

RAVINKEL: Dieciocho años de ausencia para terminar hablando de religión.

O'JARAL: ¿Alguien ha hablado de religión? A mí la religión me resbala. Como agua por una superficie encerada.

RAVINKEL: Pero *alguien* tiene que bendecirte, ¿no? *Algo* será lo inefable. De alguna parte cae la inspiración.

O'JARAL: Sí. Pero no hay nadie, ni nada, ni más partes que las que conocemos.

RAVINKEL: Entonces no hay dónde dar un salto nuevo.

O'JARAL: No hay nadie, ni nada, ni más partes que las que conocemos; porque el lenguaje limita el conocimiento. Sin embargo, sólo si decimos algo lo conocemos. No es que Dios dé la bendición; "Dios" es la pobre explica-

ción que dieron los teólogos judíos a la inefabilidad de la bendición: y con eso la limitaron. Tu realidad tiene la medida de tus palabras. Y no hay otras palabras. Una mitología es el reflejo de una mente y un repertorio verbal.

RAVINKEL: Sí, ¿pero quién carajo le dio la bendición?

O'JARAL: La bendición… la bendición se la dio David a sí mismo.

RAVINKEL (*se sienta en el piso, se deja caer de espaldas*): Estoy cansado. Dame la inspiración, O'Jaral.

O'JARAL: Cansado como los presos. (*Lo mira fijamente, procurando no desconcertarse.*) La inspiración no puede dártela nadie. No hay forma de salir del corral del lenguaje que nos dieron. Hay que renunciar al lenguaje y a la herencia.

RAVINKEL: Entonces nadie te va a bendecir.

[Se miran un rato sin decir palabra hasta que los dos al mismo tiempo desvían la mirada.]

O'JARAL: Hay que volverse padre de uno mismo.

RAVINKEL: Sí, claro, vos porque no tuviste un padre.

O'JARAL: ¡Serás necio! (*Está a punto de levantarse, pero se obliga a seguir en la silla.*) He dicho: hay que crear al propio padre. Hay que ser el origen de la propia bendición. Entonces uno se da la palabra, y esa palabra es nueva.

RAVINKEL: ¿Por qué? Es tuya, después de todo. Vos no sos nada nuevo.

O'JARAL: Porque previamente uno se ha retirado, se ha limpiado hasta el extremo de rasparse la osamenta, ha elegido cada uno de sus pensamientos. Ha estado solo, cercenado del circuito, borrado, disuelto. Uno crea un sistema autónomo de realimentación positiva. Llegado el momento, aflorará, germinará o caerá sobre uno el lenguaje diferente, y el pensamiento posible gracias a ese lenguaje. (*Mira distraídamente el reloj.*) Quizá. No hay ninguna seguridad.

RAVINKEL: ¿Y mientras?

O'JARAL *(finalmente triunfal):* "Mientras" es una palabra del repertorio continuo. Una forma de la ansiedad.

[Ravinkel se levanta, abre la heladera, saca hielo, se sirve un whisky y va a sentarse en el catre, con las piernas abiertas y el vaso en el suelo. Tuerce la cabeza, le laten las sienes mientras observa el perfil de O'Jaral.]

RAVINKEL: Estoy sorprendido. Muy sorprendido.

O'JARAL: Pasan los años y, si uno los aprovecha, se solidifica.

RAVINKEL: ¿Te parezco más sólido?

O'JARAL: ¿Cómo? Ah, no... Vos no.

RAVINKEL: ¿Y entonces?

O'JARAL: No sé. Dijiste que estás sorprendido.

RAVINKEL: Sí. Es decir, no entiendo para qué viniste.

[Levantándose, O'Jaral se acerca a la pileta y durante un par de minutos lava un vaso con detergente. Una vez enjuagado, lo llena de agua. Parece que fuera a brindar, pero vuelve a sentarse.]

O'JARAL: Yo no vine. Vos me trajiste. Me fuiste trayendo, y encima poco a poco, a este, a este... A esto.

RAVINKEL: De alguna parte habrás salido.

O'JARAL: ¿Me trajiste o no?

RAVINKEL (*simpático*): A mi escondite. Bueno, en cierto modo hay que defenderse.

O'JARAL: ¡Defenderse! Yo salí de mi retiro para ver el estado del mundo.

RAVINKEL: ¿No querías hablar conmigo?

O'JARAL: Psé. Discutir algunos puntos.

RAVINKEL: Bueno, ya estás. Éste es mi retiro. Uno de mis retiros.

O'JARAL: El mundo te ampara, Ravinkel. Tenés fotógrafos que espían a la gente. Fuerzas que escriben en las paredes e interfieren emisiones, que cometen atentados.

RAVINKEL: ¿Me dirías que llevás en ese bolso?

O'JARAL: Hm. Sos igual que Ellos. No sos muy diferente.

RAVINKEL: ¿Que quiénes?

O'JARAL: Si me estabas trayendo, si me estabas induciendo hacia esto, no entiendo por qué al menos no abreviaste el trámite. He perdido días enteros.

RAVINKEL: No te traía yo. Eran casualidades que te iban acercando. Alguna gente que está conmigo. (*Agita el vaso de whisky. Lo vacía de un trago.*) Uno tiene que cuidarse un poco. No sabía qué era de tu vida. ¿Qué tenés en ese bolso?

O'JARAL: Yo vivo retirado. Estudio. (*Abre el bolso, saca unos diskettes, los muestra como si fueran fruta hermosa y rápidamente los guarda.*) En este momento, éste, intento traducir tus balbuceos a un lenguaje articulado, para que los veas bien. Intento salvarte de la locura.

RAVINKEL (*apocado, no logra encender un fósforo y tira la caja al suelo*): Te lo agradezco.

O'JARAL: Con un poco de suerte se salvarían también los incautos que vos reclutás. Esa hueste del entusiasmo condenado.

RAVINKEL: Es cosa de ellos.

O'JARAL: Lo único que veo desde hace días es saña disolvente, obsesión de choque, ataque, descomposición, frivolidad cruenta. Acciones propagandísticas de vodevil que tienen mucho de inmolación, enardecen a los verdugos y crean verdugos nuevos. Podría entender que tantos chicos te sigan. No entiendo por qué los consorcios te tienen miedo.

RAVINKEL: Les tienen miedo a ellos.

O'JARAL: ¿A quiénes?

RAVINKEL: A los chicos. Se preguntarán, supongo, por qué me siguen a mí.

O'JARAL: ¿Y por qué te siguen?

RAVINKEL: Andá a saber.

O'JARAL: Por la misma razón que seguirían a otros líderes: organización, supuesto respaldo, indulgencia para con su instinto joven.

RAVINKEL: No tengo organización. Se organizan ellos solos. Como quieren. Yo, yo un día tuve una idea. Se me ocurrió que no servía querer la salvación de todos si uno no quería que se salvara cada cual. Cada uno, digo. Lo dije varias veces: no hay que salvar a todos, hay que salvar a cada uno. Y dije: es imposible.

O'JARAL: Depende.

RAVINKEL (*se empieza a encender*): Lo imposible es salvar, dije yo. Hay que hacer sin querer salvarse. Salvarse de veras es conseguir poder hacer. Bueno, esto especialmente gustó mucho, tuvo éxito, la noción de que si uno consigue poder hacer se está salvando. Pero salvado como cuando se pasa un momento difícil, como cuando se dice "Me salvé"; no en el sentido de *la salvación*. Yo decía esto, con otras ideas más precisas, y empezaron a visitarme. Puchulos de las generaciones nuevas, indefinidos sociales de todas las edades, gente de ésa. Me visitaban porque yo ya tenía un nombre y un pasado, incluso una derrota, claro, y ellos no tienen nada, ni pasado ni expectativas ni lugar ni nada. Y encima son tantos, somos tantos que como los consorcios no saben qué hacer con nosotros nos quieren exterminar. Pero yo ya no pensaba lo mismo que en otros tiempos, y ahora no sé si creo mucho en lo que digo. Por eso casi no digo nada. Voy escuchando, converso.

O'JARAL: Y respaldás. Los llevás a caminos sin salida. Respaldando.

RAVINKEL: Se organizan solos.

O'JARAL: ¿Y vos qué? ¿Sos el consejero áulico? ¿El ideólogo? ¿El creativo publicitario? ¡Sos el catequista!

RAVINKEL: Respaldar... no sé. Depende qué cosas.

O'JARAL: Intentos. Desmanes de sainete.

RAVINKEL: Yo no intento nada.

O'JARAL: Boicoteás el referéndum. Ridiculizás la Anexión.

RAVINKEL: Uy, no. Qué me importan el referéndum y la Anexión. Yo pienso: si un país es un fracaso, a lo mejor la anexión al Grupo de Punta lo termina de hundir; a lo mejor lo empuja hacia arriba, según las coordenadas del Grupo de Punta. No sé qué virus se propagan mejor cuando los países se unen, si los de los consorcios o los nuestros. Pero yo digo: tampoco es esto. A lo mejor no es que un país fracase, o varios. Todo puede ser un fracaso. La época. La época es un fracaso. Terminado. Así que digo: hay que poner las cosas en otro terreno. Cambiar de tema, digo. Es una consigna que tiene un éxito bárbaro.

O'JARAL: También la dice Néctor. ¿Qué terreno?

RAVINKEL: No sé. Otro.

O'JARAL: Ravinkel, vos no pensás, ¿eh?

RAVINKEL (*se levanta con el vaso de whisky en la mano*): El pensamiento hace literatura.

O'JARAL (*asombrado, puede que celoso*): Podría ser verdad.

RAVINKEL: ¿Te das cuenta?

O'JARAL: Sin embargo, mandás a los tuyos a asaltar el poder. Atacan monumentos con bombas de materia fecal, emboscan policías, interfieren programas televisivos. Pintan paredes y muchas cosas más. ¡Se creerán que son héroes! ¿Qué sentido tiene?

RAVINKEL: Lo que hacemos…

O'JARAL: Ah, ahora son "nosotros".

RAVINKEL: … no tiene sentido, y si nos saliera bien tendería a demostrar que tampoco tiene sentido lo que hacen ellos. Cualquier cosa que haga alguien, siempre, va a ser un agregado a los hechos del mundo. Una imposición. El mundo no lo pidió. Lo único es que los consorcios dicen que lo que agregan ellos tiene sentido.

O'JARAL: Aaah… Y tus muchachos se preparan para asaltar el poder con ese escepticismo morboso en la cabeza. Se preparan para instalar en el poder lo mismo que hay ahora, el hacer por hacer.

RAVINKEL *(respira muy hondo)*: Nosotros no podemos tener el poder. No lo vamos a tener nunca. No tenemos estrategias, no tenemos guita, no tenemos tanques, no tenemos nada de lo que se organiza con dinero. No tenemos ni ganas de tomar el poder. ¿Alguno de nosotros juega en la bolsa, monta redes empresariales? A mí no me interesa hacerme soldado para tener poder. Y menos me interesa ser político. Los políticos tienen menos poder que nadie. Viven aislados, con consejeros en vez de amigos, dependiendo de la plata de otros, sin contacto con la vida, leyendo *informes*, datos filtrados, ignorantes, odiados, impotentes, limitados, obligados a pactar pero también a soltar proclamas, sin decir la verdad, ocultando, duplicando, traicionando necesariamente, engatusando, reducidos a unos años de estrellato y después a escribir memorias, en el mejor de los casos…

O'JARAL (*espera, dejando que el silencio pese*): ¿Estoy oyendo la verba enardecida de un político, o me engaño?

RAVINKEL (*impaciente*): Sí. Digo, no, no te engañás. No podemos vivir con la política, porque nos desdeña a lo bruto o nos traga como una ballena, pero tampoco podemos separarnos del todo. Abandonar la política del todo nos da culpa.

O'JARAL: Sólo hay una manera de no abandonar la política del todo, y es dejando un pie en el escenario de la política.

[Ravinkel, cada vez más nervioso, corta una rodaja de salamín y la pela con los dientes. Tiene una w en el entrecejo.]

RAVINKEL: O'Jaral, todo esto no es así.

O'JARAL: Evidentemente. Creo habértelo explicado.

RAVINKEL: Quiero decir que las cosas no son así, que estamos hablando de nada, de cosas que no pasan.

O'JARAL: Intento atenerme a alguno de los malentendidos circulantes sobre la política. Para entendernos, aunque sea.

RAVINKEL: No, no digo la política. Digo yo mismo.

O'JARAL: ¿Vos? Un maestro de la evasiva. O una víctima de la evasiva.

RAVINKEL: Yo no soy de esto que hay. (*Se rasca varias partes del cuerpo.*) No es cuestión de odio. Es que me siento incómodo. Pero tampoco sé hacer otra cosa. No sé como puede ser otra... Yo... me tranquiliza que haya pedazos de para-sociedad: irregulares, fumadores de Gruesa, desviados, hacedores de lo que sea. Distraídos.

O'JARAL: Todos los rubros que se te ocurran tienen su opuesto complementario dentro de la sociedad. Especialmente los temperamentos destructivos.

RAVINKEL: ¿De veras? Entonces debo ser un simple opositor. Sin embargo, yo digo: después de esto que hay, cuando reviente lo que hay, va a haber otra cosa. Nadie sabe cómo va a ser, ¿por qué vamos a saberlo nosotros? Sería pedante decir que sabemos, sería una gilada.

O'JARAL (*muy alterado*): ¡Y te conformás con esa ignorancia! Te regodeás en no saber, y justamente por eso te siguen.

RAVINKEL: Yo digo que estamos asfixiados, cada vez más pobres, con menos satisfacciones, con más ganas obligadas, con menos espacio, con más enfermedades. Y del futuro no tenemos la menor idea. Tenemos que existir ahora. Hacer un lugar, hacer aire libre. Cómo vamos a respirar, si no.

O'JARAL (*enrojecido, agitado*): Ravinkel, toda respiración saludable empieza con la conciencia de la respiración.

RAVINKEL: La política es la lucha por la existencia. Eso les digo.

O'JARAL: ¿Con qué autoridad?

RAVINKEL: No tengo autoridad. Me escuchan porque estoy desautorizado. Y como me escuchan, los consorcios creen que tengo autoridad. Yo, lo único que hago es aconsejarle a la gente que divague.

O'JARAL: Veo que plagiás a una velocidad inverosímil.

RAVINKEL: ¿Por qué, quién lo dijo?

O'JARAL: *Yo* dije: Hay que ser padre de uno mismo.

RAVINKEL: No, pero además yo digo: los conceptos nuevos solamente surgen cuando uno empieza a desvincularse de las condiciones del enemigo.

O'JARAL (*sonriendo a desgana*): Me gustaría pensar que estás empezando a entenderme.

RAVINKEL (*se ríe, pero no da a entender si ha entendido; come más salamín*): ¿Por qué estamos hablando de esto?

O'JARAL: El enemigo. Es oprobioso que todavía uses ese vocabulario. Para vos todo lo malo viene de afuera. ¿Nunca te preguntás por vos mismo?

RAVINKEL: No sé. ¿Y vos?

O'JARAL: Por supuesto que sí.

RAVINKEL: ¿Por qué?

O'JARAL: Porque se lo preguntan Ellos. Me pregunto por mí para comprender qué puede llamarles tanto la atención, por qué cierto interés encarnizado que intuyo.

RAVINKEL: ¿Quiénes carajo son Ellos?

O'JARAL: Supongo que sabrás. Vos usaste la palabra.

RAVINKEL: Ni loco.

O'JARAL: Borracho, loco o no, hace unos quince minutos dijiste literalmente: "Nos meten en el conflicto que diseñan *ellos* porque no soportan *el conflicto*."

RAVINKEL: ¿Yo dije eso? Era un pronombre.

O'JARAL: Sí, un pronombre.

RAVINKEL: ¿Y entonces quiénes son Ellos?

O'JARAL: Los que tienen el poder suficiente para evitar que nos desvinculemos de las condiciones del enemigo. Los que pueden permitirse estar continuamente alertas para birlar cualquier descubrimiento que cambie las condiciones por entero, incluidos en esas condiciones nosotros y el enemigo, para usar tus palabras. Los que son más que los Estados y los consorcios. A la ralea administrativa de los consorcios le gusta llamarlos Los de Arriba de Todo.

[Ravinkel enciende un cigarrillo. Fuma tristemente, y tornea la ceniza con el borde de un plato.]

RAVINKEL: ¿Para qué viniste, O'Jaral?

O'JARAL: Para saber qué cosa eras ahora.

RAVINKEL: Yo no existo.

O'JARAL: ¡Ja! El colmo de la megalomanía.

RAVINKEL: Me estás escondiendo algo.

O'JARAL (*saca un frasco de aspirinas, se mete una en la boca, la mastica*): Me mandaron a buscarte. Fui víctima de una extorsión. Bien, ahora ya estás localizado. Yo no me preocuparía. Son ineptos.

RAVINKEL: Eso no puedo saberlo. ¿Pero además qué hay?

O'JARAL: ¿Me pusiste un somnífero en el té?

RAVINKEL: Sí, pero eso es secundario. Lo que estás escondiendo es otra cosa.

O'JARAL: Entrañable Galgo... A mí los somníferos no me hacen nada.

RAVINKEL: Ya ves por qué no puedo tomar el poder. Pero es lo que menos importa. Mi poder es otro.

O'JARAL: No veo ninguno que justifique tu fama.

RAVINKEL: La verdad, no. Soy el oponente fantasma, el corsario virtual. Soy el que está del otro lado. Ellos me fabrican, o al menos me mantienen para seguir teniendo un adversario, y con el tiempo me cuajé en lo que soy. No puedo dejar de ser lo que soy. Yo lo acepto. Pero soy un fantasma, ¿no? Un condenado. Una creación.

O'JARAL: ¿De quién?

RAVINKEL: De los que controlan las fuentes y formas de la energía, el valor del dinero, la distribución de los alimentos y las armas, la circulación y la oportunidad de las drogas. De los que dictan los usos y niveles de la seguridad, seleccionan las imágenes, gestionan la información, dibujan el rostro del enemigo principal en cada momento, eligen el contenido de la participación, la disidencia y la tolerancia, nos vigilan con satélites, establecen la intensidad de las represalias a los díscolos, el carácter moral o físico del castigo. Ésos.

O'JARAL: Hay otros Más Arriba todavía.

RAVINKEL (*como si no lo hubiera oído*): No hay muchas razones para no odiarlos, y yo los odio. Si un día los destruyo, me voy a destruir a mí mismo. Pero no puedo destruirlos, no me alcanza ni me va a alcanzar la fuerza. Entonces los molesto. Siempre los voy a molestar. Y si no soy yo serán otros. Somos muchos, muchísimos, ellos no tienen idea cuantísimos somos. Tenemos que respirar. Por eso los vamos a seguir molestando.

O'JARAL: ¿Cómo?

RAVINKEL (*apoya las nalgas en la mesa, se cruza de brazos, repentinamente concentrado*): Hay tres fases. Primero, alterar: interferir una entrevista a un médico forense que acusa de asesinato a un pobre hombre con una fantasía violatoria de ese médico forense, por ejemplo, o con un aria de *La clemenza de Tito*. Segundo: atacar; aprovechando el desconcierto, soltar un golpe, herir si es posible, meter una consigna. Tercero: retirarse; ocuparse de los asuntos de uno. Desaparecer. Olvidarse por un tiempo. Cambiar de tema.

[O'Jaral, que meneaba la cabeza, para y enciende un cigarrillo. Fuma, los codos apoyados en los muslos, los ojos inmóviles.]

O'JARAL: Galgo, sos un hombre que merece compasión.

RAVINKEL: Siempre que no sea piedad.

O'JARAL: Compasión, dije.

RAVINKEL: No hago lo que quiero, pero me responsabilizo igual.

O'JARAL: ¿Sí? Apenas se ve qué has hecho con lo que hicieron de tu vida.

[Silencio neto, tranquilo. De una bolsa de papel Ravinkel saca un puñado de Gruesa, arma un porro, lo enciende y enciende un ordenador. Teclea, hasta que en la pantalla aparece una publicidad de chaquetones de piel sintética: "Su mejor tibieza, el respeto por los animales." Ravinkel fuma y mira el monitor. Poco a poco la modelo se convierte en oruga, en sillón de dentista, en réplica en cera de sí misma. Se reduce a tamaño de escarabajo; está en la mano de una vieja que le clava un alfiler. Ravinkel se impacienta, como si no lograra llegar adonde quiere. Apaga el ordenador.]

RAVINKEL: ¿Querés dar unas pitadas?

O'JARAL: Magia, Ravinkel. ¡Lo que te faltaba!

RAVINKEL: Un arte liberal. Lo contrario de la tecnoeconomía y la religión.

O'JARAL: Cuando es sistemática. Si no es superstición.

RAVINKEL: Sí, eso... ¿Fumás o no?

O'JARAL: ¿Es un pedido?

RAVINKEL (*deja la mano con el canuto suspendida en el aire*): Me acuerdo de que en una época íbamos los dos juntos a...

O'JARAL: Ravinkel.

RAVINKEL: ¿Qué?

O'JARAL: Has copiado parte de mi razonamiento pero no querés llegar a fondo.

RAVINKEL: No, sinceramente no quiero llegar a fondo. En este momento no. Estoy un poco cansado.

O'JARAL: Me voy.

RAVINKEL: Un hombre no puede dejar de ser lo que es.

O'JARAL: Sí, por eso.

RAVINKEL: ¡Pero si todavía no empezamos a conversar!

O'JARAL (*lo observa apagar el porro*): ¿Te vas dando cuenta de que tengo razón?

RAVINKEL: No. Quiero decir, sí, O'Jaral. Tenés toda la razón del mundo.

O'JARAL: No, no es una razón del mundo. No de este mundo.

RAVINKEL (*interesado*): Claro, eso mismo digo yo. Mirá que tenía ganas de verte.

O'JARAL: Me hiciste seguir. Primer error. (*Se levanta y se acerca al tablero de corcho donde están clavadas las fotos; no les presta mucha atención, salvo a una en donde, más allá de una bota de él, se ve a la deslumbrante hija de Néctor llevándose un cigarrillo a la boca: un sinuoso mechón rubio le vela un ojo. O'Jaral la señala.*) Esta jovencita no sabe disimular que trabaja para vos. Tarde o temprano sufrirá las represalias de su padre. ¿Me equivoco?

RAVINKEL: No sé.

O'JARAL (*con embarazo*): ¿Es novia tuya?

RAVINKEL (*con embarazo*): ¿Novia?

O'JARAL: Sí, bueno, eso. ¿Es?

RAVINKEL: Sí. (*Compungido, pero también curioso, observa la dignidad con que O'Jaral vuelve a sentarse. Deja caer la cabeza y se frota los ojos.*) Bueno. Basta. Hablemos de algo.

O'JARAL: Con vos ya no se puede hablar. Estás drogado.

RAVINKEL: Veamos un rato la tele.

O'JARAL: ¡La tele! ¿No hay algo mejor?

RAVINKEL: La tele es una gran escuela de odio. El fuego en la chimenea de los hogares modernos. Veamos a Melody Mong.

O'JARAL: No vamos a entendernos.

RAVINKEL: Más bien que no. (*Acercándose a la estufa.*): Hace frío.

O'JARAL: Es que llegó el invierno.

[Se quedan los dos callados recuperando aliento. Varias caídas de tensión hacen parpadear la luz de la lámpara de pie, que al final se apaga.]

RAVINKEL (*de espaldas a O'Jaral, mirando la estufa*): Eeehm, pero al fin y al cabo, ¿vos qué querés?

O'JARAL (*los ojos perdidos*): Luz. Quiero una luz muy clara, que circunde, que englobe, que dé transparencia. Que se vea todo.

RAVINKEL (*casi murmurando*): ¿Y no te parece difícil llegar a eso?

O'JARAL: No es fácil, no... Para vos es imposible. Pero...

RAVINKEL: Ya nos pasamos de largo.

O'JARAL: Yo todavía no diviso la llegada.

RAVINKEL (*se da vuelta, sin expresión*): Vas a llegar, O'Jaral. Vas a llegar.

O'JARAL: ¿Vos creés?

[Ravinkel mueve la cabeza, asintiendo varias veces, y la pelambre rojiza temblequea en las sombras.]

Si alguien hubiese entrado en el desván por la puerta, antes que nada se habría desconcertado, no por la quietud, no por el destello potente, irreal de las motas de polvo en los monitores apagados, en el cromo de la manija de la heladera, sino por la apacible obstinación con que la luz natural simulaba eternidad. Imposible saber qué hora era o deducir si había pasado tiempo desde algún hecho de una serie. La luz entraba por la ventana, con una falsa transparencia de salmuera, y se derramaba sigilosamente primero por las manchas de la alfombra, las butacas de mimbre, la mesa con restos de queso y botellas medio vacías, sobre las marcas de dedos en los vasos, señalando impasible los vestigios de algo que al fin y al cabo había sucedido, después sobre los lomos de los libros y por fin, como si retrocediera en aras del acabado, sobre el busto de Minerva, un cenicero repleto que había a un lado de la ventana y el cuerpo, el de O'Jaral, que al otro lado dormía en el catre.

Boca abajo en insólito abandono, el brazo derecho colgando del borde, tapado con la manta granate, O'Jaral dejaba escapar gruñidos inconstantes, quizás expresiones

de gusto, quizá protestas a la lluvia que afuera, ahí donde se desenvolvía el tiempo, incorporaba a su andante toda la filarmónica del tráfico.

Y entonces sucedió esto: el brazo tembló desde el hombro hasta la muñeca, la mano colgante dio contra la alfombra y O'Jaral levantó la cabeza.

La transición fue, y esto no era insólito, lo suficientemente eficaz como para indicarle que se había descuidado, y de una franqueza tan tosca que antes de incorporarse O'Jaral sintió vergüenza. Eran las once menos diez. No obstante, más insólito todavía, la vergüenza se apagó sin que la suplantara el remordimiento, y O'Jaral se rascó el cuerpo, cosa que no hacía jamás al despertarse, con una soltura gozosa sólo ensombrecida por la sensación de que había hablado mucho. Cuanto más lentamente las uñas surcaban la camiseta, más parecía que la realidad se hamacaba. Puede que la sombra de vergüenza se impusiera, con todo, porque de repente O'Jaral bajó la cabeza. Y lo que encontró, sobresaliendo por debajo de su bota derecha, fue una hoja de cuaderno escrita con la letra epiléptica que en dieciocho años el Galgo Ravinkel no había logrado educar. El mensaje decía:

> "En el té no había ningún somnífero. No te revisé el bolso. Siempre me despierto temprano. Lástima que no podamos seguir conversando. No estoy obligado a hacerme humo, pero tampoco me convenía quedarme. Me alegra que duermas bien. No sé si proponerte que negociemos, que colaboremos, pero pienso que de vez en cuando tendríamos que vernos. Te has vuelto un gran hombre. Me gustaría saber qué tenés en el fondo de la cabeza.
>
> Un abrazo
> El Galgo."

Mientras O'Jaral rompía el papel y un rato después, mientras quemaba los pedacitos en un cenicero y tiraba la ceniza por la ventana, quizá cuando se secaba la lluvia de la cara, la sensación de haber hablado de más empezó a

endurecerle las articulaciones. Atento a los crujidos se estiró, puso la respiración en orden y mientras hacía cien flexiones de brazos llamó mentalmente al programa de construcción para fabricarse un blindaje de retirada. Tanto tenía ahora por delante que no cabía pensar en lo ya hecho.

Sin embargo, en vez de terminar la tanda de flexiones, sin darse cuenta de que no la terminaba, buscó su espejo de mano. Quería detectar las marcas visibles de esas ganas de no haber roto la carta que lo agitaban ahora, como si en algún momento le hubiesen inducido una adicción a las palabras del Galgo Ravinkel, o tal vez al descanso total, letal, del que acababa de salir. Estaba metido en un remolino de anacronismos o en un feo retraso y, se dio cuenta, había dejado las flexiones por la mitad. Imaginarse cómo reaccionaría Badaraco lo puso nervioso, aunque menos que la rabia de verse hundido en el nerviosismo. Guardó el espejo. Se cepilló bien los dientes. Un desagradable *¿por qué?* le rayaba el cráneo. Si quería razonar matizadamente tenía que desblindarse y sacar la mente del modo digital.

Y mientras empezaba el proceso, antes de que lo terminara, hubo un clic y se abrió la puerta.

Por supuesto era Badaraco. Aunque evidentemente había dormido peor que O'Jaral, la cara mestiza compensaba el exceso de estrías con un exceso de afeites. De la mandíbula hundida a la mancha amarilla en el pelo charol, en realidad, el sistema expresivo de Badaraco lanzaba ocho o diez mensajes al mismo tiempo. O'Jaral advirtió que era tan estudiado como el conjunto de jeans italianos y diminutos zapatos de gamuza.

Por la puerta entreabierta se coló un gato cibelino.

"Si querés esperar un momento", se oyó decir O'Jaral como si fuera un contestador automático, "termino de vestirme y conversamos." El gato le rondó las piernas, que por un instante flaquearon de repulsión, y fue a frotarse en el jean de Badaraco. Despegándose con una mueca, el Patín avanzó hasta poner la cara a veinte centímetros del pecho de O'Jaral, como quien busca el lugar para hacer una biopsia innecesaria.

"Te madrugaron, Ojarital", dijo tocándole el cuello con un dedo. O'Jaral dio un lento paso atrás.

Es posible que en ese intercambio ya se hubiera sellado todo, pero en la percepción de O'Jaral las formas de la escena se prolongaron. Sólo un poco, no obstante, y quizá porque Badaraco creyó que podía disfrutarla: "Ni siquiera sos capaz de retener a un pelele. Ni pasarte una sola noche sin dormir sabés, para hacer bien un trabajo", dijo. "¿Por qué?", dijo O'Jaral. "Sinpón, Ojarital. ¿Cómo por qué?" Badaraco fue hasta la mesa y hundió un dedo en un cenicero. "Porque estuviste fumando esa basura psicotropística. Como si quisieras cambiarte de bando."

O'Jaral se sentó en un sillón a calzarse las botas. "Para eso", dijo, "primero hay que estar en algún bando." Frenando el asco, miró al gato de refilón. Se había subido al catre y estaba lamiéndose una pata. "Cumplida la labor de dirigirte hasta el sujeto X, me alegraría que tu consorcio me liquidara los pagos." Badaraco volvió a acercarse, casi hasta rozar la nariz de O'Jaral con el cinturón. "¿Fumaste o no fumaste esa catuña? ¿Qué se siente?"

"He deducido, Patín, que los que distribuyen la droga son los muertos." Badaraco se mordió un labio; algo en la cara comprendió que el gesto no le correspondía. "Eso es lo que dicen ellos. Yo, en mi sonca vida vi un muerto." "Es la información más valiosa que puedo darte, además de lo que ya hice. Te agradeceré que me firmes las facturas que tengo preparadas, claro." Badaraco iba a tocarlo de nuevo cuando O'Jaral se levantó y lo hizo recular. "Sos un chichipío, O'Jaral. Dejaste que se las pirara. Sos un incompetente. Mucho sarsalalasa, pero nada." Las retinas de Badaraco se nublaron: "Incumplimiento de contrato."

O'Jaral se levantó. "Te citaré la frase pertinente del contrato, Patín. Decía exactamente: «puntos suspensivos, conducir al agente destacado hasta el lugar donde se encuentre el Sujeto X, punto»." "Acá no hay ningún Sujeto X, y menos veo a Ravinkel", dijo Badaraco, repentinamente cómodo: "A mí no me vas a engañar." De no ser por el gato, O'Jaral se habría puesto a hacer la cama. "No pensé que fueras tan inútil", insistió Badaraco. "Incluso ahora pienso que a lo mejor sos un sentimental. ¿Lo dejaste rajar por eso?"

"También a vos deberían unirme ciertos sentimientos."

"O'Jaral, tenemos que hablar detenidamente de tu pago. Vos trabajaste mal. No importa el dinero, claro que no. Lo que importa es el incumplimiento moral. Pero, peeeero, no te aflijas. La verdad, si querés que te lo diga, todo esto era una prueba de seguridad secundaria. No te necesitamos."

En un intento riguroso de cambiar de frecuencia, O'Jaral abrió su bolso. "¿Qué grimpa llevás en el bolso ése?", dijo Badaraco. O'Jaral le entregó el condeptor. "Creo que no tengo nada más que devolverte." "Ah, esto. ¿Esto? Esto... mirá lo que hago con esto."

Descolgándose el condeptor gemelo del cinturón, Badaraco se acercó a la mesa y los puso a los dos en una fuente de loza. De un bolsillo sacó un cable con dos terminales. A los pocos segundos de estar conectados, los aparatos empezaron a crepitar. Unos segundos más y la pátina niquelada se había oscurecido bajo un manto como de jalea de arándanos carbonizada. El ruido se convirtió en un hedor agrio.

O'Jaral fue a entreabrir la ventana. Badaraco lo siguió. "Encima de que sos innecesario trabajaste mal", dijo. "Me voy, Patín, pero antes necesito cobrar", dijo O'Jaral. "Soc, Ojarital, qué nervioso te veo. Veo... Veo que te da rabia haber perdido la presa. Pero no te preocupes. Nuestro consorcio sabe cómo encontrarlo." O'Jaral se apartó un poco, hasta casi pegar las corvas al borde del catre. Estaban los dos de perfil al vidrio, y sentía el ronroneo del gato. "Lo que sí", dijo Badaraco señalando el tablero con las fotos, "me parece que también él sabe cómo encontrarte a vos. O sea que el único que no sabe encontrar a nadie es Ojarital. ¿En quién te vas a apoyar? Dale: hablemos en serio."

Efectivamente los ojos de Badaraco se volvieron graves. "Nuestro consorcio va a cumplir sus compromisos con vos, claro que sí."

"Te vas a mear, Patín", dijo O'Jaral.

"Hago de cuenta que no te oí. De veras, no sé qué dijiste. Y yo, por mi parte, digo que está Ravinkel, que están los de Arriba, que hay demasiada gente interesada en vos como para que te des el lujo de rechazar... O'Jaral, conversemos un poco sobre tus proyectos."

"Ravinkel tiene una empresa de cerrajería. No está organizado. Bueno, ya lo sabés. Ahora pagáme."

"No, no. El consorcio, el consorcio... Pero yo sé que Ravinkel no puede hacer nada. Pero vos, tu futuro inmediato no es..."

Como quien pide permiso para entrar pero va a entrar de todos modos, Badaraco le golpeaba suavemente el pecho. O'Jaral disparó la mirada diurética.

El Patín Badaraco es un humano bajito pero en algún momento se entrenó para resistir dolores. El fuego que le atraviesa la vejiga no lo anula. Apenas doblado, las rodillas juntas como en un torpe paso de charlestón, se aferra a la manija de la ventana para contraatacar. La reacción desconcierta a O'Jaral, que comprende que escaparse ya no le sirve y redoblar la descarga sería fatal. Por un instante ancho los dos miran el cielo, como si algo se les viniera encima, hasta que Badaraco se abalanza con la cabeza en ristre. Como tirado por un hilo, el brazo izquierdo de O'Jaral se levanta para que la palma reciba la frente brillosa de Badaraco, absorbiéndola con tal sequedad que las dos quedan pegadas. Reacciona la mano como si la hubiera rozado un murciélago y, aunque el torso la asiste con sacudidas bruscas, la frente no quiere despegarse. De la nariz de Badaraco, el del esfínter de acero, sale un gañido fofo que O'Jaral se desespera por callar. No bien le planta la otra mano en el abdomen, el ruido nasal se resuelve en un grito. Erizado, el gato salta de la cama. Badaraco retrocede. Mientras O'Jaral se restrega las manos, y cree ver simplemente un hombre que se tambalea, el talón del zapato izquierdo de Badaraco tropieza con el zócalo de la estatuita de Minerva, con lo cual O'Jaral ve más bien un gesto de desequilibrio pánico. Pero no interviene, porque el gato se ha cruzado, destrozando el aire a maullidos, y como si los maullidos lo empujaran Badaraco echa atrás el otro pie. La estatua de Minerva cae broncíneamente de espaldas. Mientras el talón que estaba en el pedestal raspa el vacío, el gato suelta un zarpazo. El encorvado cuerpo de Badaraco trastabilla, como si quisiera imitar la caída de la estatua, y la imita, menos lento que

nítido, con un siseo que se corta cuando la nuca charolada encuentra el pico de la lechuza. Hay un crujido de almendra rota. Luego un crujido más, de otro tipo. Con un fondo menguante de ruidos nasales, los jeans italianos se manchan de orín de una vez por todas. El gato empieza a calmarse y husmea la isla de sangre que crece en torno a la lechuza de Minerva, que no alzará vuelo al anochecer porque en el pico de bronce sostiene la cabeza de Badaraco.

VI

Esa lluvia torcida que le arrancaba vapor a las baldosas, esa espesura donde los pocos coches de la calle se perdían, trazos fugaces en el azogue del asfalto, orcas que no reflejaba ninguna vidriera, esos pólipos de nube que eclipsaban antenas y tejados, no arredraban, se habría dicho, al hombre que cargado con dos bultos se movía por la calle Sinera con una especial parsimonia. A nadie le llamaba la atención, claro, porque toda la atención la absorbía la lluvia, pero el hombre era O'Jaral y ni el momento de salir a la calle, algo más de mediodía, ni la calle que había elegido eran albures. Siete minutos lo había pensado, sobreponiéndose a la agonía de un esguince mental, para decidir que lo recomendable, si después de un cataclismo cabían recomendaciones, era salir del complejo deportivo no por donde había entrado sino por la puerta principal, llevándose los rastros más notorios de su paso.

Para otros el problema habría sido la fuerza. No para O'Jaral. Había sacado una soga y un hule de su bolso, envuelto el cuerpito de Badaraco y los restos de los condeptores y con la frazada granate hecho un hato bien anudado. Después de limpiar, se había colgado el hato de un hombro y del otro el bolso. Tranco largo, tardo, unas notas silbadas, *Lamento borincano*, cierto que sin mucho aire, y una progresiva descompostura del pensamiento. Así andaba ahora. Ya habían pasado tres cuadras.

Presurosos hongos humanos ocupando espacio con paraguas. Un travestido a la puerta de una farmacia. Cuatro chicos con anoraks rayados bailando bajo la lluvia. Las luces de los semáforos, los que tenían luz, porfiando en un parpadeo amarillo. Para el impedido de usar la máquina de la razón, la realidad se vestía con retazos y el conjunto se hacía más estéril por la rapidez con que en-

gendraba nuevas capas de atuendo. Bajo el alero de un garaje, con la urgencia del que quiere ahuyentar lobos, una parejita de encapuchados encendía madera en un balde de lata. De la izquierda llegaban saetas de neón.

Orladas de aceite oreganado, violetas por los fluorescentes, las ventanas de La Pizza Total brillaban como las luces de un transatlántico en un banco de niebla. A O'Jaral se le revolvió el estómago, y en este caso no se le antojaba vomitar. Era hora de buscar una vía. A la vuelta del mostrador de saldos, donde una cola de nómadas esperaba la subasta de cajas de sobras, había un callejón que más adelante se convertía casi en pasillo. De un lado estaban las cocinas del emporio pizzero, y varios tragaluces con malla de alambre por donde salía, con el efluvio de las fritangas, una voz que entonaba un chamamé. Del otro, donde decaía la pared trasera de un taller de impresión, había un boquete de un metro de ancho de donde, entre escombros y cajas de comida rápida, partía una rampa en declive de las que debía usar gente como el rufianucho. O'Jaral se había metido en el agujero hasta la cintura e iba a tirar de los bultos cuando vio el ruedo de un impermeable verde oliva, amplio, lúgubre y pasado de moda, un impermeable, pensó, de otro mundo. Con la voz jovial le llegó el sólito aroma, ahora a dátiles y cardamono: "Eso que lleva ahí, señor, ¿no merece acaso un trato cuidadoso?"

O'Jaral levantó los ojos. Era una mujer ajadísima, pero esbelta y de una levedad musical, que tan pronto parecía de terracota como de gotas de lluvia detenidas. "No estoy seguro", dijo O'Jaral. "Esté seguro. Los muertos están muy solos." "Pero si son muchísimos", dijo O'Jaral. La mujer no contestó. "Además, éste quiso estar solo de vivo." La mujer sacó una hebilla y se recogió el pelo de estaño gastado; al final de cada movimiento de las manos, el cuerpo parecía desvanecerse por un instante. "Ya sabe que usted es de nosotros." "No." "Sí que lo sabe. De todos modos voy a bajar con usted. Nadie se merece que no lo despidan, y no es bueno no despedir."

Rampa abajo a cuatro patas, O'Jaral transportó el bolso de pecarí mientras hacía rodar el otro bulto, hasta que al fin se le escapó del todo y fue a estrellarse contra la hú-

meda comba de un caño enorme. Para los dos costados el túnel se velaba en una oscuridad de arcilla. "Lo voy a dejar acá", se giró a explicar. Aunque la mujer había desaparecido, el perfume persistía. "Sí, ya veo", dijo entonces una voz, la misma, creando un breve remolino en el aire mohoso. "Y se lo acepto. Pero en virtud de que nosotros decidimos sobre usted, y usted no tiene cómo rechazarnos, le ruego repita las palabras que voy a decir." O'Jaral se incorporó en la penumbra, el bolso terciado, las piernas flojas, mirando la frazada granate. Encendió un fósforo. En la frazada se hizo un suave hoyo, como si una mano la tocara. "Hace falta una gran energía para cargar con esto", dijo la voz de la mujer, y agregó: "Veo que los míos no se han equivocado, y me alegro de que usted nos reconozca. Bien, ahora diga conmigo: *Éste que inicia un raro viaje…* "Señora", dijo O'Jaral, "este, este…" "¿Hombre?" "… sí, hombre, por así decir. Era un crápula." "No importa; hágalo por usted mismo. Vamos, diga: *Éste que inicia un raro viaje…*" "Éste que inicia un raro viaje…", susurró O'Jaral mirando el bulto. La voz siguió, en adelante seguida por él: "*…quizá vislumbre ahora un destello de la verdad, gloriosa, radiante o amedrentadora. Que no se espante, si tiene algún mérito, ni se ciegue ni retroceda. Es el brillo de su propia naturaleza. Que la reconozca, pues desde el centro de sí, resonando como un millar de truenos, saldrá a buscarlo el sonido de la realidad verdadera. Es el sonido de su propio ser. No se espante, pues, ni se ciegue ni retroceda.*"

Las últimas palabras patinaron en la bóveda y O'Jaral tuvo la sensación de haberlas dicho antes que la voz. El perfume se había extinguido.

"Me quedé con un dinero que me debía", dijo. Pero no le contestaron.

El frío lo obligó a probar tres veces antes de encender otro fósforo, y cuando pudo hacer llama no vio cambios en el bulto. Ahí se iba a quedar mucho tiempo Badaraco. Él, él subió a gatas hasta el callejón. Parado entre los escombros, no supo por qué estaba inmóvil, no alcanzaba a saber si se había tranquilizado. Tenía mucho que hacer.

"Gracias", dijo la voz, más distante, y algo después el cuerpo de la mujer, abriendo la lluvia, alejándose, empezó a concretarse cerca de Sinera.

También O'Jaral volvió a la calle Sinera, y aunque pensó en comer un sandwich no logró contener el miedo que, ahora sí, le estaba dividiendo el corazón en minúsculos reinos veleidosos. Y lo peor no era deshacerse, sino la imposibilidad de intervenir; porque tampoco en la mente había unidad. Ya no llovía. Sólo quedaba el viento. Caminó hasta donde la calle se encontraba con el río. Enfrente, en la otra margen, dormitaban talleres y baldíos, dependencias policiales, las canónicas viviendas en cadena del funcionariado. En la esquina donde se detuvo, O'Jaral poco vio más que verdulerías surtidas por barcazas que llegaban de los huertos periféricos. Azules envoltorios de fruta, hojas de repollo, hilachas y medias rotas desplegaban sus coreografías a ras del suelo, entre discusiones de fumadores con pasamontañas.

A lo que más se parecía la mente era a una asamblea de homúnculos enajenados, cada uno con su grito excluyente, algunos peligrosamente dispuestos a retirarse. O'Jaral presintió el hueco que podían dejar; intentó retenerlos. No ya mecanizarlos, pero concertarlos al menos. Era como si los imbéciles se hubiesen olvidado de la tarea que les esperaba.

Se sentó en un lavarropas tumbado, entre el parapeto del río y una hilera de camiones de reparto. Masajeándose las sienes, procuró dejar bien claro que esa pandilla de homúnculos era él, a no equivocarse. Él era el que tenía miedo. Intentó repetírselo con signos de interrogación. Él, aquí no había dudas, se había quedado dormido esa mañana. Hasta las inverosímiles once y diez, como una piel de oso, en la ambigua satisfacción de la resaca de una charla; una charla ¿familiar? Y si el cansancio podía justificarlo, bien que O'Jaral no se cansara nunca, no explicaba la pobre intensidad de una mirada diurética que no había inmovilizado del todo a Badaraco. Ninguna papila le había indicado que Ravinkel le estuviera dando fármacos. Se había despertado tarde pero entero. Tal vez él mismo había obstaculizado la eficacia de su arma, tal vez por un resto de piedad hacia Badaraco, pero entonces no entendía por qué no lo había salvado de veras, sobre todo si

salvarlo era salvarse. No, de esto no estaba seguro. No sabía hasta dónde habría podido llegar Badaraco. De todos modos él se había atascado. Bien habría podido darle una patada al gato. Moverse y atajar al pre-difunto en el aire; pero no.

Él, con su bárbaro festival de incontinencia, se había traicionado, y había traicionado la misión que debía realizarse en él.

Según como se mirara, había casi matado. El hombre que podía matar era un hombre que mataba, otro que el que había sido antes de poder matar. Ahora conocía a Badaraco de otra forma, como se conocían los personajes de la Biblia después de amarse. En la carne. Y sentía, claro, no la vergüenza del arrepentido sino la perplejidad del descontrolado. Por otra parte, si la muerte de un hombre le convertía la vida en destino, qué destino el del Patín en el pico de una lechuza de bronce.

De la caja de un camión, como dádivas de un pashá oculto, rodaron hasta el lavarropas unas cuantas peras. O'Jaral recogió una, la limpió en el gabán y le dio un mordisco. Con el dulzor en la lengua creyó vislumbrar que había dejado morir a Badaraco para que no siguiera persiguiendo al Galgo Ravinkel. Para que Ravinkel, que ya sufría bastante consigo mismo, no tuviera que sufrir por eso.

Ese signo de debilidad lo aterrorizó de veras.

Si era cierto que Badaraco no se había caído solo, que él lo había empujado, entonces por hacerle un favor a Ravinkel había cometido un error que ahora, muy probable, le iba a echar encima la obstinación de los socios, subordinados y patrones de Badaraco, la curiosidad aberrante de los secuaces de Ravinkel que oliesen lo que había pasado y el poder desmedido de los inspectores de Los de Arriba de Todo que percibieran, al acecho como estaban de la menor variación anímica de O'Jaral, que alguna incidencia importante se había producido en su vida para que anduviesen tras él tanto un gran consorcio como los insurrectos. Eso si ninguno tenía antes la ocasión de indagar entre los muertos, que al parecer no le quitaban el ojo de encima. En un estado tan ruinoso, era realmente posible que una parte blanda de su temperamento hubiese

dormido a las demás para darle a Ravinkel la oportunidad de huir.

Del otro lado del río, en la persiana de un galpón, había una pintada enorme en letras verdes. INTERRUPCIÓN PASAJERA. La firmaba cierto Flaco Mohamed y las dos palabras, torcidas hacia arriba, conducían la mirada del lector a la efigie de Sansón que unos metros a la izquierda remataba el cuartel central de la Policía Urbana. Afónicamente, desde la boca de Sansón un altavoz repetía cada tanto la lista de zonas conflictivas en el Centro. O'Jaral apenas distinguía ciertas palabras de la consigna periódica: *fuerza, gentileza.*

Y, por supuesto, no creía que Ravinkel le hubiese dicho la verdad. No creía que no tuviera organización. Todos ellos estaban organizados, no sólo Ellos. Todos venían rondándolo a él, O'Jaral, desde el momento infausto en que había tenido que dar la cara, y lo mantenían en el torbellino cuando habría debido estar trabajando por el descubrimiento que ellos no sospechaban y sin embargo se afanaban por desentrañar.

Era fundamental encontrar al doctor Vioth y, por doloroso que fuese, coserle los labios para que no volviera a contar. El doctor Vioth, incinerador de la verdad.

Pero lo más imprescindible era esconderse. Un sótano. Un recoveco de las grutas kilométricas donde pululaban los amigos del rufianucho. Una cisterna. Y un escritorio viejo, al menos, donde reanudar cuanto antes la lectura y apacentar el pensamiento. Arrugó los labios, desdeñoso de la rabia que le daba no poder volver a su casita junto a la vía. Eso, imposible. Y por qué lo imposible debía ser irritante, o triste. Él sabía bien que no iba a conformarse con cualquier escritorio.

Pero, con todo lo que le preocupaba, encontrar un refugio y neutralizar al doctor Vioth le preocupaba menos que la pesadez que, incluso desde antes de que empezara, se había apoderado de la ruidosa asamblea de su mente. Esa astenia general. El razonamiento renqueante, como por averías en el software cerebral. Tenía que esconderse, para reponerse. Después de repuesto, tenía que pensar. Y cuando estuviera satisfecho de lo que pensaba, tenía que encontrar a Vioth y coserle los labios. Nadie podía orde-

ñar día a día las ubres rechonchas del conocimiento sin un taburete sólido donde sentarse. El problema, el problema.

El problema era que en ese momento, por ejemplo, no sentía nada más que unas ganas incomprensibles de leer a Rabastain. Le extrañó pensar esto: que el frío, si más no, era propicio. Le asombró ver que sacaba el libro. Se caló el gorro de lana azul, cariñoso a las orejas, y sujetó las páginas impares con el codo para que el viento no las volviera:

"*7 de mayo.* Serían hoy como las seis, y acababa yo de hacer mi evacuación de mediatarde, cuando Elga, la más antigua de mis empleadas, se inclinó sobre el mostrador formando un dípode –no encuentro otro término y éste me divierte– con codos, antebrazos y manos para esa barbilla «frutal» que más de una vez me ha llamado la atención, tal vez por la manera en que anuncia la papada y no obstante trata de velarla. Recuerdo todo esto porque me quedé mirando la forma en que la luz de la primavera, que entraba impetuosamente por el escaparate, realzaba el hoyuelo del mentón, y porque, como en tantas ocasiones, me sorprendió que ciertas barbillas parezcan traseros. Yo habría tenido que ponerme a revisar la partida de fajas elásticas que Rigolet me envió ayer desde Düsseldorf, pero un destello de presciencia raro en mí, que no excluyo haya sido una veleidad, me dijo que podía saber exactamente en qué estaba pensado aquella mujer, y, por así decir, encarnarlo en el escenario de la rue Pustaf, que como siempre se extendía más allá de los maniquíes, las prendas expuestas y el cristal con el nombre de mi empresa. Ella –después corroboré que no me había equivocado– estaba pensando en su hija; y hete aquí que de inmediato percibí la figura de la pequeña –a quien no he visto nunca– saltando a la pata coja, con un abriguito rojo de paño y el papel de una chocolatina apretado en la mano. Más que la diafanidad de la visión, con todo, lo que me dejó cavilando

fue el hecho de que Elga hubiera logrado transmitirmela a mí, un hombre que, si bien tiene hijos, ha hecho de sí mismo el objeto casi exclusivo de sus disquisiciones –como manifiestan estos cuadernos–; un hombre que, mientras se embarca en un proceso de paulatina discreción, de «adelgazamiento del ser» –según lo he llamado–, no hace sino apuntalar su yo con la crónica de experiencias triviales. He de confesar que me alegré de que la «transmisión» hubiera ocurrido. Me gustan los niños, creo que yo les gusto a ellos, y pocas cosas hay que conmuevan tanto el rutinario suceder que me hace feliz como una ligera conversación con mi hija Isabel. Es cierto que quien quiera ver algo particular y, por tanto, vivir momentos que valgan la pena, deberá tener un yo moderadamente fuerte. Pero la «egolatría» que acepto y persigo no me parece auténticamente firme si no es capaz de incluir todo cuanto puede inquietarla. Así pues, me encontré preguntándome si algunos de los escritores de diarios más apasionantes de este siglo, personalidades agotadoras por la hondura de su capacidad analítica, individualistas insignes como Franz Kafka o Fernando Pessoa, no estaban en realidad mermados en su aparente fortaleza por la imposibilidad de aceptar lo que los niños podían darles, y por el escepticismo con que consideraban la procreación, siendo que, al fin y al cabo, también ellos habían sido hijos de alguien o..."

A O'Jaral se le resbaló el codo y el viento, persistente, aprovechó la oportunidad para revolver las páginas. Lo dejó hacer. Era una suerte no haber comido nada porque así le sobraba espacio estomacal para la perplejidad. No sabía por qué había escrito Rabastain esas inanidades, no sabía qué significaba esa página; no sabía qué significaba estar sentado en un lavarropas viejo, la espalda contra el aire del río, a poca distancia de un grupo de verduleros,

buscado sin duda por una buena cantidad de jaurías, en peligro, en peligro, leyendo fragmentos escritos por una personalidad sin timón.

Él leía y alrededor también se acumulaban fragmentos: paneles corredizos incompletos, a veces superpuestos, que llegaban a alta velocidad por rieles larguísimos, siempre dejando resquicios: las oposiciones de Ravinkel, la Calisandru, el libro de Gamudio, la Gruesa, las multiplicaciones de Néctor. El bulto de un cadáver en una gruta, como un ganglio en la disposición de un arquetipo. La Calisandru y Yola. No encontraba una cifra general, y sin embargo leía con gusto, quizá porque estaba enfermo; a lo mejor el desmembramiento era un trastorno de la propiocepción, una mielitis. Una.

Tenía que esconderse.

En la esquina del paseo del Río y Sinera un reloj digital marcaba las 14.14. El reloj de la muñeca de O'Jaral daba en cambio las 14.08, como si un pulso lento lo estuviese frenando.

En la calzada, frente a los toldos de las verdulerías, un canoso grupo de oposición tolerada, de nombre Reconstructores de la Solidaridad, había ido montando un puesto múltiple con panfletos y una pantalla que propagaba cortometrajes sobre hipotéticos desarrollos revolucionarios. Marat, Lincoln, Trotski, Feyerdoon, Gandhi y varios derrotados más interactuaban con el obispo Gutiérrez o Willie *Heart* Comlin en sobrios mundos de cementeras no contaminantes y plusvalía reinvertida. Como el sol empezaba a mitigar el frío, de todo orificio urbano iban saliendo grupos de indefinidos jóvenes, y algunos rodeaban el puesto, desperezándose, encendiendo los porros que parecían vender los verduleros.

Una chica se puso a hojear un folleto. El solidario a cargo del material impreso le suplicó que no se lo engrasara. Una grabación invitaba a unir los deseos para llenar el vacío de justicia, y la silueta vacía del futuro con los valores nuevos que el mundo pedía a voz en cuello. Desde una platea de cajones de naranjas, desocupados de guardapolvo gris, se pusieron a interferir los cortometrajes con fantasías fóbicas de quirófano, de comisaría, de matadero, de ascensores, de laboratorio, tan horripilantes y

profusas que se anulaban entre sí. De pronto se hizo una escena de encuentro romántico en el toilet de un avión; como Trostki no conseguía reimponer la imagen de Lincoln, los solidarios enviaron una larga secuencia, vacunada contra interferencias, donde una tropa de jóvenes bovinos defendía con bates de béisbol la entrada de una discoteca. La llegada de una limusina blindada, negra, distrajo a parte de la concurrencia. Alguien quiso borrarse y con un gemido de ruedas el coche arrancó a perseguirlo. El aire olía a Gruesa, pero también a la fruta podrida con que el vecindario contestaba la provocación de los solidarios, hasta que por una transversal entró una camioneta y un verdadero pelotón de matones con bates de béisbol se materializó en la calle como si lo hubiese escupido el protocolo moral de la Zona Media. En el puente, una pantalla de circuito cerrado reproducía toda la escena.

Semioculto detrás de un Plymouth azul, O'Jaral pensó que cuando la realidad se hacía incesantemente repetible nada pasaba de verdad. El río, como el tiempo, ya no murmuraba; el cerebro criaba hongos; la vida se volvía episódica como una saga de Mulligany. Como cualquier fragmento tenía su imagen equivalente, los primitivos urbanos se pegaban a las situaciones como estampillas mal engomadas. Tal vez por eso él empezaba a conocer la parálisis, no porque hubiera matado.

No obstante, la guardia armada de los solidarios estaba obteniendo sangre verdadera de las cabezas de algunos indefinidos. Otros indefinidos, quizá superficiales de Ravinkel, entraron en acción de arma blanca y con ellos, blandiendo los remos, los hortelanos periféricos que habían estado sesteando en sus botes. En la otra orilla del río ululó Sansón. Del cuartel de la Guardia Urbana salieron dos tanquetas que enfilaron hacia el puente, mientras la limusina negra, que volvía por Sinera, frenaba de golpe y huía marcha atrás, con un rostro delictivo asomando por una ventanilla. Al lado de O'Jaral pasó un gruesero que le dejó en las manos un paquete, y a la vez la renovada, aborrecible conciencia del pánico. Estaba buscando el momento de levantarse para tirar el paquete al río, y se horrorizaba de sus titubeos, cuando una especie de clarinete con pies cruzó el pavimento y de un salto evangélico

sorteó el capot del Plymouth. Era Yola, que por poco se le cae encima. "Sos la congota, Luis Carlos", jadeó, dominante. "Hace horas que te busco y vos acá papando moscas."

De la puerta de una verdulería empezaban a brotar llamas. Aullidos y mazazos, y una vez más la Guardia Urbana. O'Jaral comprendió que debía aprovechar. Entregado a la mano de Yola, corrió con ella paseo arriba, con un solo tropiezo contra una acacia que le dejó el reloj aplastado.

Entonces empezó un período matrimonial, O'Jaral nunca supo si duradero o insuficiente, tan poroso era su fondo de tiempo endurecido. Habrá que agradecer a los cónyuges que fueran tácitos sobre las causas del arreglo, que costarían páginas fastidiosas, y concluir que tal vez no hubo causas, al menos no causas confluyentes.

"Tengo que esconderme un tiempo", había dicho O'Jaral. Yola no preguntó qué se había cocido en la entrevista con Ravinkel, como si supusiera que O'Jaral estaba por encima de ella, que todo lo que dictara Ravinkel era cuerdo o necesario; y aunque no lo supusiera tampoco preguntó por los planes de O'Jaral, ni lo urgió a tratar con los superficiales o regularizar la vida social, laboral, la vida, porque con O'Jaral al lado ella parecía no tener urgencias. Además, dentro del departamentito casi todas las actitudes de O'Jaral eran de una regularidad tan primorosa que nadie habría querido atacarlas. Tal vez el corazón de Yola, dogmático, sectario y amoroso, se impedía hurgar el corazón del hombre que súbitamente había elegido para emparejarse, salvo para saber si aceptaba las premisas fundamentales de la vida en pareja. Como disidente romántica, a Yola debía gustarle que los dogmas aparecieran un poco invertidos. Todas las mañanas iba a la residencia geriátrica a entretener mentes empastadas con bromas más dulces que las que dedicaba a O'Jaral, a bañar, alimentar, atar o inyectar pacientes, y la mayoría de las tardes intrigaba en reuniones o, como el referéndum se iba acercando, cumplía encargos militantes. A veces llegaba con la cara tiznada, pero no por eso O'Jaral la recibía de otro modo.

O'Jaral se levantaba temprano, hacía el desayuno y no tardó en organizarse para arrinconar en pocas horas todas las tareas que, de no haber hecho, le habrían remordido la conciencia y la ya bamboleante estética del orden. De la ventanita que admitía el sol de invierno a la simetría de las cobijas en la cama, de la diafanidad de la escasa vajilla sobre el mármol al brillo de los sanitarios, los veintitrés metros cuadrados del cubil testimoniaban el trabajo de ese hombre con la sobria fehaciencia de un sistema contable de ábacos en un palacio chino. Furtivamente O'Jaral mandaba a un vecinito a hacer compras, porque lo que Yola podía comprar con su sueldo no servía para alimentar ni a media Yola. De dos cables tendidos entre hierros perpendiculares al alféizar colgaba la ropa de él y la de ella lavada a mano. No había hora nutricia que no llegara con una sopa de pollo o unas albóndigas humeando en la única hornalla, y el aire despejado por una ventilación rápida. Discretos, prácticos aparejos surgieron en una pared para colgar las prendas; un pupitre plegable de cartón prensado en un brazo del único sillón. No era que O'Jaral hubiese aprendido a cumplir con alguien que no fuera él mismo, o su Editor, pero no sabía vivir de otra manera, y sólo reparando, fregando, barriendo podía amortiguar los crecientes mareos que le recordaban su instante autodestructivo y aprovechar las horas, muchas más en realidad, que las que dedicaba a una organización provisoria de los estudios.

Yola, se había dado cuenta, pensaba que todos esos cuidados eran pagos por el cobijo, incluso mimos u homenajes, y él no la desengañaba porque así podía incluirla sin dolor en sus dispositivos. Le pedía libros; aunque ella no siempre los encontraba y a veces los equivocaba embarazosamente, él no le daba listas escritas para no irritarla y de todos modos obtenía cosas bastante buenas. De noche, cuando ella no iba a bailar, se turnaban en sentarse uno en el sillón y otro en una frazada a ver la tele, irisados por los colores de la pantalla, por el resplandor volcánico de la estufa de gas y el hielo azul de la luna, cuando había luna, que goteaba sobre los techos.

O'Jaral no dejó de advertir que la tele empezaba a parecerle, si no instructiva, bastante aleccionadora; y lo entristeció encontrarse en la posición del humano inconclu-

so que acepta lecciones. Pero tal vez la tristeza era un antibiótico espiritual, eso no se le había ocurrido nunca, y después de un, la verdad, curioso documental sobre terapias de trance en Indochina venía la propaganda de cera para suelos por donde el marido patinaba hasta el sofá, que Yola cubría de abucheos, y después la mesa redonda periodística sobre la actualidad económica, que discutían con Yola por disciplina ética, y después las noticias sobre la división de California, que aceptaban con merecido silencio, y después, con Yola masticando su molesta tableta de chocolate, venía el capítulo de la serie de Mulligany, que Yola había aprendido a no comentar mucho una vez terminado, mientras se lavaban los dientes.

Melody Mong, la angulosa emprendedora, sufría un atentado de las multinacionales químicas por fomentar un sistema mutual de salud basado en la naturopatía. Un apolíneo agente de las transportadoras de petróleo seducía a Melody Mong para que no destapara un desastre ecológico en Nueva Zelanda, y ella esperaba el momento culminante para humillarlo en su virilidad y retirarse de la cama, sarcástica, invicta y dispuesta a actuar: "Yo sólo congenio", decía, "con varones de verdadera talla." Melody Mong fletaba una escuadra de aviones con la insignia de su empresa para que, al revés que los ineficaces ejércitos de Occidente, llevaran ayuda material y sobre todo afecto verdadero a los niños bubónicos de Bolivia. Desbordada por el caudal de sus sentimientos, Melody Mong lloraba, en el cuartucho de la vidente y consejera Reba Ferhaze, porque su idea del negocio creativo en un mundo de emulaciones sin competencia la alejaba de Augusto Pondegar, el hombre que le encendía el cuerpo. Melody Mong asestaba una escupida en la mejilla de un magnate de la Bolsa que había tirado a la baja las acciones de su empresa de cosméticos. Melody Mong repetía: "La vía de nuestro triunfo no pasa por la ingenuidad." Y cuando después de esas sesiones O'Jaral se iba a la cama, descubría que, en la planicie de su mente, una flecha roja señalaba un área cada vez más grande de suelo estéril. Miraba a Yola desnudar su cuerpo de bambú friolento, cubrirlo con un camisón de la madre. Se miraba las manos, asomadas al borde de la manta. ¿Ése era O'Jaral, el que

iba a juntar el saber derramado y darlo a la fiebre del mundo en una copa nueva? Y esa chica, ¿no sabía que él se estaba malogrando porque había salvado a Ravinkel de una emboscada? ¿No sabía que él había matado, casi matado, y se había convertido en un proscrito general porque en un momento de flaqueza había resuelto salvar al botarate de Ravinkel? A veces se le ocurría que alguien le había puesto a Yola en esa historia sólo para que tuviera donde esconderse un tiempo. Pero le dolía verla así, como si fuera un personaje de relleno, y le restituía la dignidad acariciándola para que se durmiera.

De día, de a ratos, largos ratos, se concentraba en la refacción de su proyecto y del tono mental que le debía permitir reanudarlo. Por supuesto que le había pedido una guía telefónica a un vecino viejo, especialmente inocuo, y llamado a los dos Vioth que había en Talecuona. Una era pediatra, el otro fabricante de trofeos deportivos. De modo que para encontrar al verdadero Vioth no le quedaba más remedio que hacer una expedición, y para costearse la independencia de la expedición necesitaba más dinero. Los dólares iban mermando. Como Yola le había dicho que el Gran Muzzone era un *hombre de muchas iniciativas*, O'Jaral anunció que iría a verlo para hablar de trabajo. Yola se negó, porque la relación que ella tenía con el viejo y fanjute bailarín era exclusivamente artística. A Muzzone, un hombre retraído, no había que molestarlo con *prosaísmos*, y a ver si O'Jaral no podía aguantar un tiempo que una mujer ganara el pan por él. Sin embargo, Yola apenas ganaba para pan, apio y vino peleón. Dado todo lo cual, en jornadas siguientes de trabajo, levantando los ojos de un folleto sobre la historia del alambrado rural, O'Jaral, que refrenaba la sospecha de que ella quería aplastarlo, empezó a preguntarse por qué ella cumplía todos los encargos pero siempre se olvidaba de llevarle a arreglar el reloj, o no le compraba un reloj nuevo, siquiera el más barato.

En seguida se preguntó por qué no se había hecho la pregunta antes, cuando en la casa sólo había un despertador muy poco fiable y ningún calendario, y no tuvo más remedio que unir ese despiste a la serie de negligencias que había querido ignorar. En el fondo ya se había perca-

tado de que a veces lavaba la ropa y se olvidaba de ducharse, o se duchaba pero no hacía gimnasia, o por mirar a las familias de otro edificio dejaba de repasar el vidrio, y los descuidos se le acumulaban en la piel como una capa de hollín sobre la pureza de un teclado.

Probablemente necesitaba un principio de ajuste; lo mejor era volver a traducir, ponerse en contacto con el Editor en cuanto pudiera, sin delatar mendicidad, porque además extrañaba la traducción. Las páginas diarias de traducción escondían el tiempo. Él era traductor, después de todo, un intérprete global y transmisor de sentidos, y cómo descartar que lo que tenía por descubrir fuera quizás un lenguaje soplete para soldar los fragmentos de la realidad desmenuzada, o demostrar de una vez por todas que nadie interpretaba bien a nadie porque los fragmentos eran insoldables.

No obstante, la traducción había que posponerla hasta que Vioth ya no fuese un peligro, y Yola le cerraba el paso hacia Muzzone, el auspicioso hombre de iniciativas, y estar acostado al lado de ella era a veces la soledad con un crujido de mandíbulas.

Pero otras veces, con ese cuerpo que se le ataba al brazo como una liana, llegaba el roce eléctrico del camisón de nailon, y contra la piel erizada de su brazo tieso se erizaban dos pezones; a oscuras, un poco desde abajo, los ojos de Yola brillaban como cuentas de hematites, y cuando la boca subía suscitando, ah, sí, la *vieja levadura*, O'Jaral aceptaba que aún debía velar por su proyecto en esa cama, y se perdía en la industria de las sensaciones. En el silencio de la fundición, los muchos huesos de ella le pinchaban sin violencia, al contrario, regiones por mucho tiempo desusadas de una carne que él había creído totalmente activa. Después, los breves ronquidos lo ponían menos nervioso que la mano posesiva que le descansaba en el pecho, porque esa mano era el canon de un hábito nuevo, hasta que empezaba a avergonzarse de estar nervioso, y por nuevo que esto también fuera, y preocupante, tapaba suavemente la blancura de esa mano con una mano pesada, cuidadosa, y de a poco se iba durmiendo.

A la mañana se despertaba cabrero, sorprendido de seguir solazándose en la espera, y durante el desayuno no

decía una sola palabra. "Mirá que a veces te levantás atravesado", decía Yola. "Estoy pensando", decía él. "A esta hora la gente común posee la costumbre", decía ella, "de tomar el café con leche." "O sea que cada hora tiene adjunto un rito vacío", farfullaba él. "No revires lo que digo." "No, lo traduzco." "Se traduce de un idioma a otro." "Precisamente." "Que te zunchen", decía ella, y con un dedo como una ramita se borraba el bigote de café.

Yola se iba. Solo o con ella, O'Jaral se sentía raro.

No porque pensara en la frazada que envolvía a Badaraco. No por eso.

Que es invierno se nota en los plátanos, en el aire astringente, en las borlas de vapor que anuncian las palabras o las atropellan. En la abatida luz de la mañana, color mancha de ginebra, O'Jaral se asoma a la puerta del edificio donde todo juicio recomienda que debería seguir ocultándose. Desde una rama escarchada, un gorrión vuela en picado a los granos de arroz que cayeron de la bolsa de esa señora, y en el trayecto le regala una pluma a la humareda que deja un autobús. También se nota que es invierno en el frío que clava a O'Jaral al umbral. Acostumbrada a moverse sobre adoquines, entre residuos, madrigueras de sincasas, buhoneros petrificados o escombros, la vida de la calle Monsegur, Centro-Este de Talecuona, muestra una disritmia cansina que, si parece la vaguedad de un recuerdo, termina brindándose como un presente satisfactoriamente amplio.

Como si saltara de un témpano a otro O'Jaral da un paso precavido, porque no es para hacer compras que ha bajado: la salida es de prueba, la primera sacudida de la cadena del miedo, a ver dónde está el hecho que rompa un eslabón. Se cuelga el bolso del hombro, jamás lo dejaría a merced de Yola, y enciende los sensores. Tardan en funcionar. Unos cuatro minutos después acusa por fin la ansiedad ambiente, que no podía faltar, aunque no como se ven venir las estaciones desde el primer vagón de un tren expreso, sino como ve agrandarse un campanario el que viaja en diligencia por una región de colinas. O'Jaral

nunca se ha visto en tierra ondulada, y procura habituarse a los desniveles. Agarra para la derecha.

Primero hay un comercio de instrumentos musicales de segunda mano, con un letrero en arco en la vidriera, que huele a aserrín y rara prosperidad. Después hay una oficina de la Dirección General Impositiva con un bedel dormitando en el mostrador de entrada. Después hay una cestería que también vende guantes de goma, revistas viejas, plantas de plástico y ropa interior. Después está el local del Frente de Refugiados por una Armenia Libre (FRAL), cuyo cartel de entrada anuncia VOLVEMOS A LAS 19 hs. Después un quiosco de componentes electrónicos. Después la pantalla de una cadena privada, que en este momento emite una publicidad de dentífrico afrodisíaco: *No hay rutina matrimonial que resista.* En la esquina, una cabina de consulta psicológica con tres personas esperando y al lado el bar de la esquina, Rocco, cuyo aroma a café atrae al peatón como un llanto que viene de un arbusto. En ese típico ateneo del ocio, analiza O'Jaral rápidamente, se conjugan las formas primarias de la indefinición social: abogados tramoyeros, dibujantes, vendedores puerta a puerta, quinielas, basureros free lance, practicantes de las ciencias puras, piratas informáticos, cómicos, musicastros; sin duda en el montón hay una buena cantidad de superficiales de Ravinkel que fuman Gruesa tan campantes, sin saber que ese hombre que los mira por la ventana es el que ha salvado a su líder.

Ahora O'Jaral tendría que cruzar la primera perpendicular, pero se detiene a pensar que este primer contacto con el universo de los fragmentos, que son fragmentos sólo porque por ahora él no puede combinarlos, es bastante bastante sugerente. Tante rente, repite, preguntándose cuándo se le pegaron las cacofonías de Yola, pero de todos modos es así: al contrario de lo que opinaba el finado Badaraco, en la ciudad pasan algunas cosas, parece, y lo que se le impone a O'Jaral es la necesidad de seguir observando para que esta visita le sirva de algo cuando vuelva a sus estudios.

Porque está decidido a volver. Que haya cometido un error contra sí mismo, que se haya hecho una zancadilla no significa que piense quedarse en el suelo. No obstante,

sólo puede ser víctima de una zancadilla, aun de sí mismo, el que va en camino hacia alguna parte. Pero cuando O'Jaral mató o hizo morirse a Badaraco sólo se dirigía a salir del círculo donde Badaraco lo había metido. Le revienta comprobar que en realidad cuando salvó a Ravinkel estaba dando un pasò de salida y no siguiendo con el impulso hacia un cometido. En el camino perdió la dirección. Para retomarla tiene que dar un rodeo que pasa por eliminar al doctor Vioth, el compás que trazó el círculo, y para encontrar a Vioth necesita dinero. Se da cuenta que por eso está en la calle. Para ir a la bodega Queiroz a ver al Gran Muzzone, hombre de iniciativas, y hablar de trabajo a una hora en que Yola no estorbe. De modo que cruza la calle y en la otra acera sigue adelante sin mirar, momentáneamente O'Jaral del todo, galeote en agua primordial

bajo látigo propio,
u hombre en bicicleta
que si no pedalea
a la larga se cae.

Estupefacto, a las quince cuadras se sintió cansado. No se entendía los reflejos ni la causa de no entenderlos. Se apoyó en el parapeto del puente Dardiel procurando que el río le borrara la amargura, tan largo se le figuraba el camino de vuelta a sí mismo pasando por Vioth. Y como si el rodeo quisiera elegir las etapas por su cuenta, cuando giró la cabeza vio que en la otra punta del puente, comprando un cucurucho de manís en la glorieta, Gracia Calisandru ofrecía mechones de su melena negra a la brisa que también agitaba los cables, las ramas muertas de un jacarandá y el delantal del manisero.

Inestable sobre tacos altos, por un momento la Calisandru estuvo partiendo cáscaras con los dientes, como si masticara conjuros, y de repente echó a andar hacia el banco donde la esperaban sus hijos Tulito y Raulito. Les pasó el cucurucho; después les dio la espalda y pareció anular todas las cercanías. Despacio y deliberadamente, empezó a recorrer la baranda del paseo acariciando el cemento con un dedo y, mientras el cuerpo se le volvía rís-

pido, O'Jaral sintió el trayecto de ese dedo desde la nuca hasta la corva de su pierna izquierda, la molestia de la uña mal limada. Quiso moverse para romper el sortilegio, pero se movió hacia la mujer. En realidad se abalanzó casi, en fases espasmódicas porque a cada paso intentaba frenar, y cuando estaba a unos metros ella giró alargando una mano, entre el estilo y el tropezón, para darle la bienvenida con un suspiro. O'Jaral se detuvo.

"Señora Calisandru", dijo, abriendo la boca como si recibiera el suspiro. "¡Hola, Luis Carlos! Como diría usted, qué coincidencia más grata." "No sé si es una coincidencia." "Eso", dijo ella, "lo tendría que haber dicho yo." O'Jaral vio dos hoyuelos nuevos en las mejillas pavonadas, y no se le escapó que cada vez que encontraba a la Calisandru la observaba más, pero menos profundamente. "Lo que quiero decir es que la divisé desde la otra punta del puente", dijo, aunque habría preferido callarse. Sin embargo fue ella la que se tapó la boca. "Ay, Luis Carlos, a usted le pasa algo."

"¿De qué tipo?" "No sé. Yo no lo sé. Tiene mala cara." Mareado de incertidumbre, O'Jaral dejó el bolso en el suelo. "¿Cómo es que no está trabajando?", preguntó. "Es que entro a las seis. Ahora estoy de cocinera", dijo ella. "Y esta mañana me dije: voy a salir de compras. ¡Y mire!" Motivado por la vuelta entera, el combustible chaquetón de poliéster fucsia se abrió como una tulipa. "Y también les compré zapatillas a los chicos. Es tan lindo derrochar." O'Jaral acentuó su debacle metiendo las manos en los bolsillos. La Calisandru se le empezaba a convertir en una frase complicada, de las que los malos traductores dejaban para el final.

"¿Tiene frío, Luis Carlos?" "No, lo que tengo es que irme." "Sí, seguramente le conviene." "¿Por qué?" "No sé, para no estar acá sin hacer nada, a usted que eso no le gusta. Se ve que le pasó algo."

En la otra orilla del río, una pantalla de la oposición proyectaba un cortometraje picante sobre diversas maneras de romper una pareja sin odio. Había escenas de cama, de umbral, de mesa, de banco de parque, de consulta terapéutica, de asesoría espiritual, de playa, de última vacación compartida, de lanzamiento catártico de

copas. Tulito y Raulito, empachados de manís, incorporaban las enseñanzas a una educación eminentemente callejera. La Calisandru no los cuidaba demasiado. Pero tampoco los descuidaba. Al parecer, con todo hacía lo mismo. O'Jaral no toleraba que se negara a contarle lo que parecía saber de él, por erróneo o implausible que fuese.

"Me pasó algo. ¿Es lo único que se le ocurre decirme, señora?" La nariz de dragonesa se inflamó levemente. "Pero Luis Carlos, *usted* vino hacia mí." "Por supuesto. Yo la vi primero." "Ah, claro. Muy amable", se enojó ella: "Ahora váyase, que debe estar muy ocupado." "¿Y usted no tiene nada que hacer?" "¿Yo?" En los iris negros destellaron rápidas series de jeroglíficos. La Calisandru sacó del bolsillo un higo chumbo. "Esta mañana", dijo, "vi cómo a este higo le salía una espina. Ésta, mire que chiquita. Y pensé en usted, porque la otra noche soñé que lo veía." "No es verdad", dijo O'Jaral. A ella le tembló el labio de arriba, quizá sólo la pintura espesa del labio. "¡Es cierto! Y usted me decía: «Gracia, yo soy de amianto.» La verdad, Luis Carlos, no sé bien cómo es el amianto."

"Es", a O'Jaral le llevó un buen rato recordar, "es una variedad del asbesto. Aparece en ciertas fibras textiles y se usa como aislante eléctrico." Se colgó el bolso del hombro. "¿Y usted?" "Yo", sonrió ella, "soy de berilo verde, muy común. O de malaquita, que tampoco sé cómo es. Pero me gustaría ser de mercurio. Pero bueno, ¿usted adónde iba?" "A ver a una persona." "¿A pedirle ayuda?" La voz entró en los pulmones de O'Jaral como humo de palosanto, pero cada voluta tenía una boca y seguía hablando en los bronquios o mordía. Si lo pensaba críticamente, en cierto modo estaba yendo a pedir ayuda, en efecto. "Ya veremos", dijo. Ella inspiró brevísimamente, como si se guardara debajo de la lengua, encapsulado, el tiempo que podía esperar a que O'Jaral comprendiera qué quería de él.

Le tocó el brazo. "Sí, claro. Vaya. Vaya, Luis Carlos. Ya veremos, ¿no?"

Persuadido de que ella lo empujaba, O'Jaral se puso en marcha con la certeza de que eso no se lo iba a perdonar nunca. Berilo verde, masculló durante unas cuadras; Circe de rayón. Pero media hora después, en la escalera

que bajaba al cabaret Queiroz, le pareció que sin la inercia del encuentro no habría llegado tan rápido, o no habría acertado un camino tan directo.

Albio Muzzone había nacido en un barrio periférico de Talecuona donde, como en muchos barrios del mundo, los chicos dicharacheros decían que la danza era cosa de mujeres o maricones. Albio era veloz en las carreras cortas, resistente en las de fondo, felino bajo los tres palos del fútbol y forzudo en las cinchadas, pero más dotado aún había nacido para encarnar los tiovivos musicales de Chaikovski y a eso lo inclinaba su vocación. Aunque la muchachada le conocía los puños, entre varios siempre podían ganarle y, para entusiasmo de su modesta familia, los golpes, los manoseos y la burla guaranga lo habían disuadido de dejar la danza clásica, donde apuntaba a genio precoz, por los bailes populares. Muchos años después, mientras se especializaba en ritmos modernos en un conservatorio de Chicago, había descubierto que además de Chaikovski le encantaban efectivamente los hombres. De esta vocación no se había querido privar, y la había ejercido con soltura y regocijo, porque entonces, además, los aplausos music-halleros de media Norteamérica ya le habían sugerido que no estaba lejos de ser el Gran Muzzone; pero de la adolescencia de pelota y boxeo, de tango sabatino e impuestos besos de carmín, había conservado un aire serio y apagado, de malevo de luto, que se superponía al nerviosismo ingenuo de su verdadera índole como un sudario a un traje de pierrot. Aunque Muzzone bailaba como los dioses, los de las marismas o los nightclubs, había recorrido el mundo convenciendo a sus admiradores de que era un hombre taciturno. Ahora, a los sesenta y siete años, las fuerzas no le daban para despegarse esa fama. Ni el chambergo que llevaba en la cabeza se podía sacar mucho rato, porque temía resfriarse. Y cada vez que alguien empezaba a conocerlo, se debía acostumbrar a las cejas hirsutas como zarzas heladas, a los lamentos por el lumbago y las várices, a los desfiladeros de las ojeras, antes de descubrir al Muzzone inquieto, amabilísimo y chiquilín que ponía al servicio de los vagos de Tale-

cuona un arte que cortaba el aliento y su infaltable mate azucarado.

A O'Jaral lo recibió así, es decir en traje de franela y zapatillas de lona, tendiéndole uno de los mates que cebaba en la oficina del Queiroz. Se pasaba ahí las mañanas, despachando asuntos, explicó, entre recuerdos de artistas difuntos como ése de la foto, Rififí Valois, capaz de tocar dos flautas con las narinas y otra con la boca al mismo tiempo.

"Qué vergüenza de apodo, ¿no?", dijo para romper el hielo, y señaló el afiche.

"No soy persona de prejuicios", dijo O'Jaral dejando el bolso en el suelo. Muzzone roncó una risita: "Ya me dijo la Yola que usted es un caso." O'Jaral no lo oyó. Del salón de la cantina, donde había unos primitivos casi impúberes ensayando rock fabril, llegaban ruidos de tala masiva. "Claro que lo de esos chicos", dijo Muzzone tocando la pared con un dedo, "es peor. El conjunto se llama Ratas en el Recto."

Intentando moderar un derrame de desaliento, O'Jaral aceptó que no podía caracterizar a ese hombre. Y no porque Muzzone no fuera científicamente caracterizable, sino porque a él, O'Jaral, las nuevas calamidades le habían afectado la capacidad visual de análisis y para ese mal no conocía colirio.

Viejos reaseguros defensivos lo ayudaron a ganar tiempo. "¿Y usted?", lanzó, actuando una amplia atención.

"¿Mi nombre? Muzzone no es un apodo artístico. Más bien, si ahora me obligaran", dijo Muzzone con una vanidad elegante, "elegiría La Ruina de Pompeya."

Una nueva necesidad reemplazó en O'Jaral al sistema inmunológico en uso. Le pareció que de ese hombre podía valerse.

"Yo no lo veo congelado en el tiempo", dijo. "No, más bien derretido." "Por favor. Me ha dicho Yola que usted es hombre de muchas iniciativas." Muzzone se quitó el chambergo, descubriendo una pelambre blanca y lacada. "Tengo mis rebusques. No creerá que a los sesenta y seis años me gano la vida bailando. Amigo Luis Carlos..." "O'Jaral." "Mire... yo prefiero que usted me diga qué necesita. Dígalo sin miedo, me gusta tratar con la gente."

Martirizándose la columna, O'Jaral se reclinó en la silla. Durante un tictac no supo qué hacía ahí. Tampoco sabía qué hora era, y sin embargo el rumbo parecía bueno. "¿Quién le dijo que necesito ayuda?", dijo. Muzzone agachó la cabeza. "No, claro. Era una expresión. Le pido mil perdones." Se hizo un silencio, durante el cual O'Jaral juzgó que podía avanzar sin armas. Le gustaban los dientes de su futuro socio: trajinadas palas de remo de madera clara, no sin barniz.

"Faltaba más. Si usted tiene iniciativas, yo puedo brindarle asesoramiento intelectual." Muzzone miró los ojos de cuarzo con una sonrisa simpática. "¿Ah, sí?" "Sí. Aunque ya no quiera bailar, justamente porque ya no quiere bailar, un gran bailarín no tiene por qué terminar en este cuchitril." "Uy, esto no es nada. Si usted viera dónde vivo... Es que yo en mi vida me he patinado fortunas." O'Jaral no alcanzó a estremecerse; al menos el hombre no era obsesivo, y él no necesitaba *tanto* dinero. "Claro que si vengo a la cantina es por gusto", dijo Muzzone. "¿Y de qué vive?" "O'Jaral, por lo que más quiera: pare un poco. Dígame qué hace usted." "Yo era traductor." "Ya comprendo." "No, no comprende." Ahora O'Jaral se sentía hablar como si el calor del mate le licuara las palabras y los ojos de Muzzone se las sorbieran: "Tengo unos estudios que hacer. Es un asunto de toda la vida. Están amenazados. Debo encontrar imperiosamente a una persona y entre tanto necesito mantenerme." Habría querido alejar esas palabras pero Muzzone ya se las apretaba contra la mejilla.

"Bueno, yo actualmente me gano la vida vendiendo Gruesa."

O'Jaral se arregló el cuello del gabán.

"Comprendo", dijo. "Sí, de comprender es fácil. Pero la venta se está poniendo muy brava. Mire, si se atreve... vendemos juntos." "¿Y por qué conmigo?", dijo O'Jaral. Muzzone le palmeó la rodilla: "Caray, es lo que yo puedo ofrecerle."

"Eso y mucho más: ¡un quirobe de ofrecimientos!", gritó Yola desde la puerta.

Se volvieron los dos a mirarla, agachando los dos la cabeza. En algún trueque se había agenciado un aparatoso

sobretodo de mariscal soviético, y entre las solapas abiertas una malla de baile asomaba trasluciendo las costillas. Los párpados dorados bajo el ceño de parafina, las manos duras, parecía una Furia apretada entre el raquitismo y la inmortalidad. Dolorido porque acababa de descubrir algo, quizá la belleza de la ira, O'Jaral se levantó. Muzzone se hizo pequeño. Entonces sobrevino la escena que sigue.

"¿Ya hicieron sus negocitos?", dijo Yola. "¿Ya cerraron trato a espaldas de la intrusa?"

"En mi opinión estás de frente", dijo O'Jaral. "Y te sobra una ración de Mulligany."

"¿Ya hablaron de fandungas de hombres?"

"Personalmente no es que tenga algo que esconder. Es que prefiero esconderlo."

"Yo creí que para esconderte te alcanzaba mi casa..."

"¿Qué hacés acá a esta hora?"

"... pero no, tenías que venir a meterte en mi mundo. En mi territorio íntimo. ¿Por qué, es una hora especial?"

"No sé qué hora es. No tengo reloj. Nunca se te ocurrió llevármelo a arreglar. Tuve que salir a llevarlo yo solo."

Yola miró a Muzzone, que negó con las dos manos, y avanzó dos pasos hacia O'Jaral. "Qué egoísta sos. Qué *depredador*."

O'Jaral tembló con el esfuerzo de recuperar un viejo apunte mental.

"Toda mujer, Yola, quiere la exclusividad de un amigo que nunca vaya a amarla como mujer y de un hombre que nunca la trate como amiga. Yo, sinceramente, lo lamento por todos nosotros."

Muzzone se rascó una oreja.

"Andá a lavarte el culo", dijo Yola.

"A partir de aquí empiezo a no entender", dijo O'Jaral. "¿Qué hora es?"

"¡Pero qué mangucho te importa la hora!"

"Tengo que hacer."

"¿Ahora también? Siempre tenés algo que hacer. Hacés lo mío y lo tuyo. Lo único que te falta es bailar. Te pasás el día haciendo cosas, y cuando no hacés nada estás pensando."

O'Jaral se tambaleó un poco, como si dentro del cuerpo le hubieran aleteado un ángel o un murciélago.

"En las condiciones de esta vida no hay razón inherente para que un ateo se considere obligado a dedicar miles de horas a una obra cuyo reconocimiento póstumo poco importará a los gusanos que le coman el cuerpo. Estas obligaciones, no sancionadas por nuestra porquería de presente, quizá pertenezcan a otro mundo: un mundo basado en la constancia amable, los escrúpulos y el sacrificio. Un mundo, por así decir, trascendente."

Yola se acercó más. Se le habían contraído los ojos.

"Pero... ¡Vos estás más loco que una persiana!"

O'Jaral estiró ínfimamente el cuello. Se oía el ruido de una hormiga de paseo por un libro de cuentas. Yola insistió: "¿Por qué te trajiste el bolso?"

La voz de O'Jaral se oscureció: "Me voy."

"¿Cómo que te vas? No..." Yola cerró las manos: "Yo tengo que vigilarte."

"¿Cómo?"

"Tengo que vigilarte. Ravinkel me encargó que te cuidara."

Silencio. O'Jaral miró a Muzzone, que parecía genuinamente desconcertado.

"¿Vigilarme o cuidarme?", preguntó O'Jaral.

"¡Y eso qué importa, pedazo de rulún!"

"¿Ah, no?"

"No. No. ¿No entendés que no importa?" Pasada por el cedazo del amor propio, una lágrima escueta mojó el rimmel de un ojo de Yola.

"Lágrimas de alligator."

"¿Y eso qué jolipa quiere decir?"

"Quiere decir, quiere decir..." La mente de O'Jaral pataleaba en un mejunje de planos verbales. No podía ni siquiera asombrarse: "No me acuerdo."

"¿Y entonces?

"Pobre muchacha. Ya no vas a poder vigilarme. Me voy." O'Jaral se volvió hacia Muzzone. "Amigo, lo siento pero..."

Yola adelantó un pie, pisó el faldón del sobretodo militar, se cayó de costado, rebotó. Sin perder impulso, terminó de acercarse a O'Jaral y le dio una cachetada. Después le dio otra. Las dos muy fuertes.

"¡Amigo un buringo! Me voy yo. Pero quién te habrás creído que sos. *Me voy yo*, ¿me oís? ¡Me vuelvo a mi pueblo!" Dudó un segundo. "Bailen con su abuela."

Se fue lustrando el piso con las zapatillas de goma; el burdo ruedo del sobretodo la siguió como la cola de la capa a una altísima delfina.

Muzzone se sirvió un mate.

A lo lejos se oyó un sollozo fortísimo. Después varios más, angustiados, menguantes, como gotas de algo que dejaba la piel intacta y grababa los huesos.

O'Jaral está arrebolado y tiene frío. Recoge el cuello procurando no bajar la cabeza, pero la cabeza se le cae sobre el pecho. El almuerzo que no comió le rasca las tripas, alrededor el aire se llena de fístulas. El verbo que usaría un buen traductor para lo que ha pasado, cualquiera sea el que exige el original, es *traicionar*. Pero el sujeto, el sujeto del verbo se ha embozado. O'Jaral piensa que el hombre que él ayudó arriesgando todo su proyecto, y ese hombre es nada menos que su hermanastro, lo ha engañado.

Si Ravinkel vigila a los que lo ayudan, aun en la viciosa alternativa de que los vigile para cuidarlos, más que un rebelde es un reyezuelo. O'Jaral se pregunta si Yola no habrá mentido para herirlo. Pero Yola no sabe qué hubo alguna vez entre Ravinkel y O'Jaral. ¿No sabe? Qué más da. Esta línea de pensamiento es más vaga que el sujeto de la traición, porque si de veras O'Jaral se siente herido es porque esperaba algo de Ravinkel, y, de veras, no cree que esperara algo. ¿Qué es lo que siente entonces? ¿Cómo es posible que no recuerde cómo se dice *alligator* en su idioma? ¿Es sentimiento que los instantes se hagan arduos? Una agrietada estantería neural se le viene abajo, librando en la polvareda frases que le gustaría entender: *¿Dónde echas eso que queda de ti, cuando están llenos el cielo y la tierra?* Se sienta.

Muzzone le pasa un mate, recio el brazo.

"Usted, Muzzone, sabrá seguramente quién es Ravinkel."

Muzzone menea la cabeza: "Y, más o menos. Lo que yo diría es que esa chica estaba muy encariñada, la cues-

tión fundamental es ésa. Pero en fin, pareja de baile no le va a faltar. Tiene una pasta buenísima."

A O'Jaral todo el párrafo le gustó mucho, más que nada porque el brazo de Muzzone no ha temblado. No puede confiar en él de buenas a primeras pero, aun en el caso de que trabaje para Ravinkel o alguien peor, es más dominable que Yola y está demasiado viejo para enamorarse. "Necesito un lugar donde establecerme provisionalmente", dice. "¿Se siente bien para caminar?", pregunta Muzzone. "¿Por qué? ¿Le parece que me pasó algo grave?"

"In spanish, *amigo*, you don't say *alligator*. You say *cocodrilo*", dice Muzzone. Después agarra su chambergo: "Bueno. Venga, vamos adonde yo vivo."

O'Jaral creía que toda la corriente del Talec atravesaba la ciudad como un diámetro, de modo que siguiéndola siempre se volvía a la Zona Media y a la Periferia; pero, o los mapas mentían, o la memoria empezaba a embaucarlo, o la realidad entretenía su letargo engendrando disyuntivas a un ritmo que él debería estudiar muy bien, en cuanto retomase los estudios. Y esto era que a diez cuadras del Queiroz, entre las ruinas de un parque de diversiones, el río, obstruido por la chatarra de las montañas rusas, por montículos de casetas y sillas voladoras, abría brazos oblicuos hacia el Centro-sudoeste y el Centro-nornoroeste. Algunos de esos brazos desaparecían en bancos de basura; otros, asistidos quizá por los paisajes que proyectaban las pantallas, por las minuciosas fantasías de los desocupados, habían generado sus propios escenarios.

El que Muzzone siguió por un estrecho camino de sirga se llamaba Brazo Lamas y corría entre un añoso séquito de sauces. Se internaba en un barrio de casonas decaídas, de jardines anegados y totoras rampantes, no del todo verosímil, que sin embargo extraía del agua un aire umbrío y patricio. A veces la sombra era tal que obligaba a presentir peligros. Alaridos en la maleza, resplandor de hogueras. Leves tics en las caras de los carteles publicitarios del referéndum. En los baldíos, aglomeraciones.

Por un tablón cruzaron a la calle de la otra orilla. En una esquina, un macizo edificio de tres plantas disimula-

ba con parches de plástico y lata el deterioro que tampoco parecía muy suyo. La placa de la puerta decía *Academia de bordado Juliana G. Rebolledo*. Adentro, los devastados salones de otrora parqué albergaban una población de figuras que, pensó O'Jaral, eran borradores de menesterosos. Algo menos que indefinidos, mucho menos que superficiales, como cortados del trabajo y las creencias, se abstraían en industrias diminutas: secar junco, tejer redes, catalogar viejos cubiertos o teléfonos o autorradios, si no vendibles, canjeables. Entre cajones y neumáticos decenas de niños jugaban a la guerra; las muertes de las nenas eran mucho más veraces.

Movedizo, comedido, Muzzone discutió con un refugiado escocés, les indicó a unas chicas dónde robar carbón para los braseros, cambió el vendaje de un herido que cantaba una vidala, tasó diversos artículos robados en la Zona Media, hizo cuentas con una banda e intercambió billetes con un brasileño. Casi todos ahí tenían pocos dientes, o ninguno. Y lo notable era el clima de tolerancia, como si por debajo de la línea de aire algunos extirpados del progreso pudieran regresar a un no incómodo estado de seres subacuáticos.

O'Jaral pensó en protozoarios; un instante.

Por la escalera de mármol subieron a un vasto salón del segundo piso, que Muzzone compartía con un hombrecito atildado y un matrimonio de jóvenes crotos; la chica estaba embarazada y, un poco oculta en su rincón, detrás de una cortina de arpillera, hacía ejercicios de preparto mirando con orgullo a su marido; él afilaba ansiosamente un machete. En el área de Muzzone había fotos, carteles de otras épocas en Hamburgo y Las Vegas, un gran espejo para ensayar, una ventana abierta a la vegetación del Brazo Lamas y diversidad de colchones desparramados, algunos sin insectos. Muzzone se sentó. "O'Jaral, ésta es su casa."

Hacía un frío terrible, y lo peliagudo para O'Jaral era reconocer que le castañeteaban los dientes. Seguía sin conseguirse un reloj. Se acercó a una enorme olla militar llena de revistas viejas: *Vida interior*, *Apasionante*, *Aventuras de Rod Parvus*, *Otras Eras*. Con añeja elasticidad, calado el chambergo, Muzzone se había puesto en posición de loto y estaba liando un charuto. "¿Va a fumar ahora?", pregun-

tó O'Jaral. "¿Usted no?" "¿Qué hora es?" De las pulcras arrugas de Muzzone surgió una mueca pícara. "Si no ha probado nunca, O'Jaral, conviene que pruebe ahora. Suponiendo que vayamos a vender juntos."

O'Jaral vibró, físicamente hablando, estrellado de golpe contra la cerca que marcaba sus límites. La había construido él, la cerca, y lo enorgullecía no haber infringido nunca la regla de no espiar el deleznable otro lado, porque el suyo era exiguo, verdad, pero intenso, consciente y promisorio. Miró la ventana como considerando si saltar, pero volvió a preguntar la hora. "Perdón, tengo que hablar por teléfono", dijo.

Y lo que pasa es esto: que sale a la calle, gambetea corros de holgazanes, dobla una u otra esquina. Corriendo como si quisiera alcanzarse, avista una cabina casi fílmica de tan perfectamente estropeada, que efectivamente es, si no fílmica, televisiva. Por supuesto que al lado está la cabina real, regenteada por un par de imberbes policías urbanos. O'Jaral les alquila el chip. Se encierra, respira, empuña el auricular y ahora sí, lo que pasa es esto: que no se acuerda el número del Editor.

Y que aparte de las iniciativas de Muzzone, el Editor es el único que puede reinsertarlo en la serie trabajo-dinero-Vioth-eliminación de Vioth-anonimato-rutina-preparación-arco de posibilidades-consumación. Todavía es fuerte como para no golpear el vidrio de rabia. Pero tiene en contra a todos los clanes de la caterva ideológica, todos los convencidos de que el mundo es de ellos, y ha perdido contacto con su compás natural. Aunque sabe que pronto se va a acordar del número, pronto no es ahora, cuando necesita de sí mismo y acaba de defraudarse una vez más.

Sale de la cabina. Agarra del cuello a uno de los policías para meterle el chip en la boca. No, qué va: se lo ha imaginado. Desde hace un tiempo, confía en que sólo por un tiempo O'Jaral es uno más de la turba indistinta que vive presa de la imaginación. Vuelve a la casa de los borradores humanos.

Muzzone le ha regalado el charuto a la chica embarazada, que ahora se hamaca en su plenitud como Europa sobre el lomo del toro. Está preparando otro. Considerado con las dudas de fe ajenas, se levanta soltando un ay, prólogo de la espontánea firmeza con que lleva a O'Jaral hasta la ventana y, abanicando el aire una vez, le muestra lo que sucede en este momento en la calle.

En una bucólica bruma posindustrial, de pie o tendidos al borde del Brazo Lamas, desahuciados de diversas razas se agolpan para deformar el debate sobre el referéndum que en la otra orilla transmite una pantalla instalada entre sauces. Aunque hay un panel de personalidades políticas o representantes del pensamiento, muy poca información logra abrirse paso entre el cúmulo de lapidaciones, acrobacias, hielos antárticos, borrascas cromáticas, entrepiernas, piscinas, incisiones, ametralladoras, autódromos, degollinas y gallinas, caballos purasangre, besos, crucifijos y lechones adobados y apetitosas costillas con papas doradas que fraccionan el debate como la carga mental de un vagón repleto fracciona el sueño del viajero. Los sumergidos se ríen de sus proyecciones, conversan o bisbisean. Los niños proyectan monarcas metálicos, carreras de coches, policías acribillados, perros lanudos o copas heladas. O'Jaral piensa, y sus reservas aumentan, que el catálogo es un opio. De vez en cuando, sin embargo, una fantasía de pureza poderosa cancela el caleidoscopio standard y se imprime en la atmósfera del momento. Un hombre con alas de albatros persiguiendo un velero contra el sol del poniente. La tierra de una meseta desgarrándose para alumbrar una ciudad entera, cúpulas, tejas, banderas, cielo y autopistas, que será arrasada por un bombardeo.

"¿Usted qué prefiere?", le pregunta Muzzone al absorto O'Jaral, "¿que hagan esto o que de veras miren la tele? Fíjese cómo se entretienen." "Yo nunca miro la tele." "Sí, ya entiendo. Pero oiga, tampoco por eso está seguro de ser independiente, ni de no estar loco. ¿Cómo sabe uno que la lógica que aplica es especial, distinta, si para entenderse no tiene más que esa lógica?"

O'Jaral abre la boca ex profeso: es una forma de expresar reconocimiento. "A mí me gustaría no ser más que lo que soy", dice.

Muzzone enciende el porro y deja pasar un rato. "Usted es una persona fuerte y serena. ¿Corre rápido?", pregunta. "Doce segundos los cien metros." "A mí para eso ya no me da la carrocería." Entonces O'Jaral comprende parte del arreglo. "Yo lo podría cargar, por supuesto." "Bueno. Esperemos que no haga falta", dice Muzzone.

O'Jaral acepta el porro. "Mi lema es el de Spinoza: *con prudencia*." "Tiene su sentido", dice respetuosamente Muzzone.

En la tierra del jardín de la casona, entre ortigas y cizaña, había un boquete por donde Muzzone entraba a una de las venas de la ciudad. Era un conducto abierto hacía poco, goteante, resbaladizo, muy imperfecto, con bifurcaciones que O'Jaral tardó en memorizar. De todos modos iban siempre juntos. El túnel que a Muzzone le habían confiado los rumores se volvía de golpe deslumbrador, como si las caras pintadas en las paredes disparasen luz por las sonrisas maliciosas. Al final, antes de la cámara de recepción, siempre había una cola de cinco o seis distribuidores, la espera aliviada por un delicuescente perfume a cúrcuma y milenrama, a vainilla, mango macerado y agua de rosas. Cuando les llegaba el turno, Muzzone y O'Jaral entraban a depositar en una mesa los billetes que tuviesen, ante la mirada de mirar la lluvia de un hombre, no siempre el mismo, que a O'Jaral le parecía puras pupilas, o ropa holgada sobre volúmenes hipotéticos. Lo que sí tenía cuerpo era la voz: aérea y augusta, perduraba en los oídos como un ángelus antes de los truenos. Y manos también había, para ser franco; de hecho, las que entregaban la carga correspondiente de Gruesa con que Muzzone y O'Jaral volvían a la casona; silenciosos como muertos.

Eso sucedía algunas madrugadas. No con seguridad, porque el tiempo se había abollado y costaba andar por los contornos sin caer en hoyos donde sólo había un balanceo. Y es que O'Jaral seguía sin tener reloj. No había conseguido una buena oferta, y tampoco quería dilapidar los primeros ahorros. Todos los días, en cualquier caso, el sol había aceptado brillar un poco y el estómago calmarse con galleta y mate, arroz con leche y hasta queso, cuando

iniciaban los dos la caminata de una hora hasta la antigua recova de la calle Ubancay, en los aledaños de la plaza del Matadero. Todavía se faenaban reses cerca de ahí, aunque pocos en el Centro conociesen de cerca el producto carne, y la pestilencia de la sangre vieja caía desde el smog como un velo adaptable, como el aliento a los debates cívicos que propagaban las pantallas.

Muzzone y O'Jaral se habían hecho sitio en la recova, entre una chaqueña que vendía tomates y las calculadoras que vendía un albanés. Alrededor, gangas y regateos, despojos de modas pasadas de países triunfantes, instrumental médico, torneos de videojuegos, yuyos medicinales, grupúsculos políticos en los cafetines, veteranos de guerra y, entre la engorrosa abundancia de dormitorios de cartón en las aceras, olores a empanada frita y tratos prostibularios. La calle Ubancay era angosta; los comercios estables de la recova muy decentes. De pie como plantas de adorno, Muzzone y O'Jaral no ofrecían al público más que, respectivamente, una amable expresión capciosa y un aire de pocas pulgas. Les iba muy *chubini*, como decían los adictos a la Gruesa. Aparecían el o los superficiales intrigantes, el desocupado discutidor, las amigas pizpiretas; pedían en voz baja un porrito, tres gramos, un tubo, la popular cayunca en forma de sobre que había inventado O'Jaral. Pagaban, recibían con rapidez mano contra mano. Muzzone silbaba. O'Jaral, siempre vigilante. Cada tanto Muzzone se iba a tomar una grappa; era un gran lector de diarios. O'Jaral no deponía un minuto las medidas de seguridad, aunque la voluntad engruesada no tenía que luchar poco con los sabañones crecientes, los calambres en la cintura, una salud calamitosa. Pero era gratificante que Muzzone lo entretuviera contándole las noticias, y poder retribuírselo con interpretaciones certeras.

Como también estaba cerca la Ópera de Talecuona, sufrían hasta el anochecer esperando a los pudientes de la Zona Media que pasaban a proveerse para escuchar las arias de Bellini con el piso de la mente bien encerado. La Gruesa estaba en auge. Hacia el crepúsculo, cuando arreciaba el callejeo, las pantallas tenían muchos problemas para colar un anuncio de gaseosa, un documental pacifista, una exhortación del Grupo Panatlántico a impedir

que muriese la cultura del libro. Interferido por los fumadores, el cortinado de sucesos virtuales cobraba la preñancia veraz de las fantasías.

Acaso el consorcio de Badaraco tenía razón en preocuparse y en ciertas zonas mentales del país estaba empezando a no pasar nada.

Pero los muertos, si en el fondo eran ellos los que introducían la Gruesa, no multiplicaban los distribuidores; al parecer había un criterio de selección misteriosamente estricto. Muzzone y O'Jaral siempre estaban abastecidos, quizá porque su principio era no enriquecerse a costa del pueblo. La gente empezó a conocerlos. Por culpa de estos dos factores la policía entró a merodear, y la mafia de los fármacos y la mafia de la cocaína y la mafia de los centros de ocio a olerse la competencia. Como un día les caía una pedrada y otro un sargento zorruno, O'Jaral estaba alerta para esconder los paquetitos, por ejemplo, entre ristras de ajos. O se escapaban, cien metros caminando los dos juntos, más adelante O'Jaral corriendo con los noventa kilos de Muzzone en el lomo. No supo que era un exceso hasta la tarde que le flaquearon las piernas y rodaron los dos, como un memento despiadado de que ése no era el O'Jaral de siempre.

Y no era, ciertamente. Edema en el párpado superior izquierdo. Sinusitis. Dolores periósticos. Diarrea con pujos y tenesmo. Ya ni siquiera podía diagnosticarse bien, y el botiquín lo tenía muy mermado. Lo extraño era que lo aceptase, como si no existiera nada más que la urgencia de hacer dinero. Bien, lógicamente se trataba del primer paso, así que lo aguantaba discutiendo de política con Muzzone, o con tandas de ejercicios adaptados a las contingencias de la calle. A Muzzone a veces iban a pedirle autógrafos. De O'Jaral, los indefinidos del barrio decían: *Ése que cuando está cansado hace flexiones*. No tenían idea de cuánto le costaba.

Pero si Muzzone empezó a admirarlo no fue sólo por eso. O'Jaral, aunque ya verán que de boca para fuera, decía que la ex academia de bordado Juliana G. Rebolledo era su falansterio. Después de estudiar la polícroma miseria del inquilinato, elaboraba definiciones sobre la circulación natural de los excedentes del consumo, por

ejemplo, y disertaba sobre la emergencia de sociedades anexas al gran mercado, pero diferentes. ¿Y la felicidad?, preguntaba Muzzone. La felicidad no es un valor, replicaba O'Jaral, sino un ideal carcelario; una imposición de la cultura del Dios único, la burguesía y el romanticismo al ritmo íntimo de cada destino; pero en realidad el destino se hace haciendo; porque uno sólo está en el mundo para ser lo que hace.

Muzzone, entonces, bailaba milongas frente al espejo, como si aún pudiera superarse, y regresaba por más sabiduría. Las charlas vespertinas de O'Jaral sobre el funcionamiento de la pistola antiestática, con frecuentes lapsus que nadie advertía, o sobre el desarrollo de la batalla de Dunkerke, convocaban a voluntariosos borradores humanos demasiado hambrientos para hacer preguntas. O'Jaral aprovechaba las clases para detectar posibles infiltrados. No: no había. Ellos no iban a ir a buscarlo tan abajo. Al rato el alumnado se iba, respetuoso, dejándolo solo en el cuadrilátero de hilo sisal donde había construido, con madera de cajones, un pupitre, un taburete y el estante para los libros de cabecera. Muzzone y su esmirriado compañero no lo importunaban. Aparte de la desinfección de las baldosas, de algún baño higiénico-circulatorio en el agua helada del río, en ese ámbito se pasaba O'Jaral la mayor parte del tiempo hogareño.

Ahora bien, la verdad es que esa disciplina le costaba más que hacer flexiones en la calle. La verdad, O'Jaral no se pasaba estudiando, ni siquiera pensando o elaborando, todo el tiempo de reclusión en su celda a la vista. Como lámina de una espada vieja que no quiere herrumbrarse con lo demás, la parte menos maltrecha de la conciencia preguntaba por qué el tiempo se había vuelto tan amasable. Y la conciencia mayoritaria sabía que era por la Gruesa, pero cerraba el pico. ¿Avergonzada?

Lo primero que creyó notar O'Jaral fue que la Gruesa convertía ciertos circuitos neurales en cañones; las imágenes, como bombas, necesitaban una superficie para explotar, y eran mucho más vívidas si hacían blanco sobre una imagen previa. En el aire duraban muy poco, y con

definición escasa, y algo más sobre cosas vivas o colores lisos. Sin embargo, era en flotación como a él le gustaban más, deshuesados retablos que se arrogaban la representación del tiempo. Sólo después se percató de que la elección de la batería que disparaba, y del tipo de bomba, no dependía de la voluntad, ni siquiera de un soldado de la conciencia, sino de algo que parecía un acuerdo entre los antojos del humo y el estado de unas sustancias químicas anhelantes de inmiscuirse en el mundo. Tal vez por eso la nitidez era mayor contra imágenes ajenas, como si las bombas ganaran poder con las ganas de imponerse a lo que no las había suscitado.

A O'Jaral todo esto le pareció muy interesante en el aspecto neurológico, entre otros, y quiso ponerse a meditar sobre las relaciones entre el poder figurador de los neuroconductores y la presión de lo prefigurado sobre el individuo; pero se dio cuenta de que el tiempo se había estrangulado solo y él estaba siempre repleto de humo, entretenido con asuntos como la composición, los matices, la consistencia de objetos y personajes, y sobre todo preguntándose con aplastada curiosidad, en los largos intervalos de nada, qué cuerno le iría a salir de la cabeza al rato siguiente. Se dio cuenta incluso de que él jugaba un papel en el dispositivo; porque si la Gruesa elegía las imágenes, la orden de disparar la daba el sujeto; si se podía decir que en ese estado de silencio y lividez fluctuante había un sujeto.

Más llamativo le resultó aún que una gran parte de él no se admirara nunca, por muy admirable que fuese lo que producía. En todo caso, viendo cómo cuajaban esas gelatinas en el soporte de una pared pintada, cómo avasallaban la materia con su paulatino movimiento, descifrando el hilo dramático de las escenas, sentía en el estómago un escozor apenas molesto, como la convocatoria a terminar un servicio abandonado cuando estaba casi a punto de cumplirse; casi. Esta reacción era comprensible: que algo tenían que ver con él esas imágenes se notaba en la reaparición constante de un cuerpo humano perseguido por un doberman, en las estampas en blanco y negro de la madre de O'Jaral, siempre triste, y en las postales en color de la lejana casita de la laguna, el lugar

donde empezó esta historia. Pero junto con estas obviedades aparecían cuadros de origen desconocido: un pavo asado con peras, alguien rascando cariñosamente una espalda. No iba a negar que le pertenecían, pero únicamente como productos ya fabricados que él ponía en circulación.

La Gruesa *sintetizaba.*

Claro que para eso tenía que consumir provisiones cerebrales, y O'Jaral empezó a temer que le comiera la memoria. Si tenía que ser sincero, no sólo no recordaba el teorema de Gnomon sino, otra vez, qué animal era en castellano el *alligator*; y menos que menos recordaba el número del Editor. A veces se decía, y se regañaba por decirlo, que el precio de esos datos recuperables era muy bajo por una expansión tan continuada. Y es que en el mundo de la Gruesa la función no paraba nunca. Tampoco era extraño: si al principio O'Jaral fumaba al volver del trabajo, a lo más en las elásticas madrugadas de insomnio, con los días empezó a parecerle que siempre tenía un porro en la mano. Si estaba en la casona, en la otra mano tenía con frecuencia el libro de Rabastain. A veces leía varias veces una sola frase, algo que Rabastain había escondido en la descripción de una cena con amigos o una tarde de viento. Como ésta de la página 207: "La única función realmente indispensable de la inteligencia es poner límites a sus propias pretensiones."

Se miraba la mano: el cono trunco de papel blanco, con la base menor quemada y la mayor húmeda de saliva, humeaba entre dos uñas cada vez más amarillas. Esa imagen le preocupaba. Y el significado de otras también, tan repetidas.

Por ejemplo la del puño descargado contra una ventana, abriendo en el vidrio una estrella irregular de ocho puntas y retirándose, cerrado, con dos estrías de sangre y varias astillas clavadas.

Veía ese puño sobre el manzano deshojado que aún duraba en el jardín de la casona, y a veces lo que sangraba era una manzana verdadera, o la comisura de una boca insustancial con bigote de pelo claro. Por esa comisura

entraba un palillo hasta los dientes, o una tarjeta de crédito que la transformaba en ranura de cajero automático.

Sobre las facciones del presidente del país O'Jaral solía imprimir un antropófago, canoso como el Dios que un chico cree tener encerrado en un armario, que después de comer un brazo humano corría a reunirse con una mujer bajita. Y todos los días, en la pantalla anti-referéndum de la plaza del Matadero, proyectaba un hombre muy sucio que salía de una cloaca, bostezaba y se ponía a frotarse enérgicamente la cabeza con hojas de diario.

Sobre una propaganda de margarina, O'Jaral proyectaba valijas avanzando pesadamente por la cinta deslizante de un aeropuerto.

A veces Muzzone tiene inquietudes sociales. "¿Por qué la juventud se emperra en interferir las propagandas, O'Jaral?", pregunta; "¿por qué, si les tienen odio, solamente apedrean las pantallas de vez en cuando?" "Porque en el fondo, Muzzone", dice O'Jaral, "esperan el día en que las pantallas serán suyas."

"No, no. No lo creo", dice Muzzone. "Bueno. Si no eso, esperan la ocasión inmortal en que, por un instante, ocuparán un lugar en la imagen." "Ah, eso yo ya lo tuve", murmura Muzzone. "¿Y qué?" "En fin, la verdad, no sé qué decirle."

¿Y qué significa que esta tarde las luces de mercurio de la calle Independencia se hayan encendido demasiado pronto? El tráfico se desorienta; trajinados paragolpes exhalan sus vapores; del cromo al calor, un desierto de sentido; nada va o regresa. Lánguida la paloma en el cable, en el bocinazo como en la ausencia; y un chico con su mochila.

Pero los focos de mercurio son soles exánimes en el gran celeste, arriba, que no muere. Y esa luz doble de la tarde pide un símbolo para celebrarlo. Lo exige. O'Jaral piensa que si quiere librarse de esa urgencia tiene que trabajar la paleta analógica, aunque no le guste. Su cerebro dispara soles helados. ¿No alcanza? No. ¿Será porque las luces de mercurio se han encendido cuando todavía no

anochece? Asaltado por la obligación de comparar, O'Jaral revisa su desván verbal en materia de revelaciones, *epifanía, alquimia del fulgor, cielo excedido, cisma del tiempo*, pero la Gruesa reacciona mal con las palabras.

O'Jaral no puede hacer cálculos. Ciertas efusiones del cerebro, cada vez más activo, cobran forma densa. Rabos de rosa, paramecios ondulantes, riñones, anémonas, esporas, grandes saurios de lomo curvado, bulbos, vejigas, algo como un grifo en la trompa de una bestia. Pululan en el crepúsculo verdoso, obstinadas, mientras el pensamiento se afana en darles valor y darles lugar.

Una enorme muselina aísla al pensamiento de la comprensión. Sin embargo, O'Jaral se entusiasma; sabe que es un entusiasmo vicioso pero no puede frenarlo. Las luces de mercurio funden la inmovilidad del cielo y lo van oscureciendo. Cerrado el paréntesis, el tiempo se une al tráfico para ponerse en marcha, parece, y cada cosa va o regresa. Con cautela. Por ahora.

Pero parece, *pero parece*, que el pensamiento de algo se ha apropiado, de ese momento equívoco en que la tarde celebraba los dobleces de la luz. O'Jaral se aleja de Muzzone, que acaba de venderle dos gramitos de Gruesa a una enfermera, y va hasta la esquina rodeado de una enorme muselina, de una nube de reflexiones accesorias que tal vez den frutos puntuales; y fatales. Está desconcertado, como si sintiera en él la incomodidad de la doble luz. En el tiempo a medias reinstaurado todo enrojece de promesa de sentido. Los radiadores calientes de los coches, la jovencita sentada en un zaguán, el dedo que un ciego se mete en la nariz, hasta los viejos semáforos sin luz quieren decir algo. Pero el no-pensamiento se propaga entre los faroles de la avenida y el crepúsculo como una persuasiva fuerza de ocupación.

Productos de un cuerpo intolerante permanecen en un rincón del aire, al lado de un buzón. Rezagos del industrioso cerebro de O'Jaral. Fantasmas. Rabos de rosa, paramecios ondulantes, riñones, esporas, grandes saurios de lomo curvado, vejigas simétricas y todo el resto. Polizontes pintados en la resina de la noche. ¿En qué código entran? Símbolos de nada. Emigrantes. Sin ir ni regresar, a la espera. Bailotean.

Sobre un cartel del Ministerio de Salud, DORMIR BIEN ES EL PRIMER DEBER CON UNO MISMO, un cordero se dora frente a una fogata. De golpe aparece un budín de ciruelas; y helado.

Esto sí que es una fantasía.

O'Jaral no se asquea debidamente de sí mismo. Algunos opinarían, se dice, que todo esto es una saturnal de inconsciencia; él supone que es apenas una siesta del pensamiento. Saldrá purificado. Ya casi lo consigue, ahora que se ha quedado mirando una botella, el vidrio verdoso y polvoriento que no refleja nada, el gollete cortado por la luz, rudimentario y suficiente como un Morandi. Toda otra imagen se borra y es como si, encumbrada por la paciencia, la botella anunciara la promesa de volverse nueva, de eliminar fisuras, de hacerse cosa-bisagra que ponga en constelación otros fragmentos del mundo.

Según Muzzone, la vida era una fila de deseos que no bien cumplidos creaban nuevas insatisfacciones; sólo cabía esperar ciertos cumplimientos y, como en medio de alguna privación a uno lo cazaba la muerte, más valía ir satisfaciendo todo lo que se pudiera. A nadie le podían quitar lo bailado, y en el caso de Muzzone lo bailado era mucho en el sentido literal y en otros.

Pero de golpe, en la calle, zapateando contra el frío, Muzzone preguntaba: "¿Y esa pesadumbre que viene a veces del vacío, O'Jaral?"

"El bien individual, Muzzone, depende de la calidad del objeto que uno desea", decía O'Jaral.

"¿O sea que habría que desear un solo objeto?" O'Jaral se quedaba un momento callado. "Por sobre todo, hay que desear el conocimiento", decía al fin. Muzzone miraba las pantallas, pletóricas de anticipos sobre la pujanza de los países de Punta, o bien sobre la desdicha de los países anexados tardíamente al Grupo de Punta. "¿Y no valdría más no desear nada?" "Sí, siempre y cuando se tengan propósitos", decía O'Jaral.

Muzzone prendía un purito, para variar. "¿Usted, O'Jaral, qué opina de Ravinkel?" O'Jaral volvía del cam-

balache de lo impensado. "Ese hombre, Muzzone", se oía decir, "tiene una sola idea, y es una idea equivocada." "¿Y qué idea es, O'Jaral?" "Se cree que lo mismo puede engendrar lo nuevo."

En esos momentos bien podían lloverles octavillas recomendando el Sí o exigiendo el No. "¿Y con el referéndum qué hacemos?", preguntaba Muzzone.

"El referéndum no es una meta", murmuraba O'Jaral. "A veces pienso que usted tiene mucha razón", decía Muzzone. O'Jaral empezaba a creer que realmente podía tener confianza en ese hombre. Quizá le devolviera la confianza en sí mismo.

En la página 76 de *Donde yo no estaba*, Rabastain decía:

> "*24 de septiembre*. Por la mañana, nada digno de mención salvo el hecho de que a eso de las diez, cuando fui al cuarto de baño a enjuagarme las manos, luego de haber apilado unas cajas, el chorro del grifo, que parecía normal, adquirió súbitamente un color castaño oscuro, luego rojo sangre, y en seguida volvió a la transparencia. Agradecí que el desagüe cumpliera perfectamente sus funciones porque, si la extraña coloración se hubiera demorado en el lavabo, habría podido inducirme a hacer interpretaciones; y, aunque sé vencer esa tentación, siempre procuro no experimentarla siquiera. A las once mi mujer me telefoneó para pedirme que de camino a casa comprara entradas para *Los diez mandamientos*, un film nuevo que según creo relata nada menos que la vida de Moisés. Espero que los paisajes sean por lo menos bonitos. No muy molesto por la perspectiva, al mediodía fui a comer a Les Fleurs Bleues, un local grande y muy concurrido donde el olor a mantequilla parece que atenuara notablemente el bullicio general. Yo oía con claridad algunos diálogos cercanos, y podía saltar de uno a otro como si estuviera viendo escenas simultáneas y

diversas de un mismo drama. A mi derecha, había dos representantes de algún laboratorio que no cesaban de hablar de productos capilares; en cierto momento se refirieron a un jefe de sector, o a un gerente, y a los esfuerzos que debían hacer para que el sujeto los comprendiera. «Es que nosotros tenemos una personalidad seborreica», reflexionó uno de los hombres. Aquello me maravilló. A mi izquierda había un matrimonio joven en aparentes dificultades. La muchacha hacía mohínes, como al borde del llanto, y él, que jugaba con una llave de automóvil, no dejaba de increparla. «Todas las parejas tienen problemas», le dijo. «Un matrimonio hay que encararlo como el rodaje de un coche. Un rodaje tiene que ser lento y estar bien hecho, de lo contrario el coche dura menos.» Intuí, y no me equivoqué, que cuando el camarero se acercara iba a saludarme utilizando alguna metáfora relacionada con su profesión. Y dijo: «Perdone usted la demora; hay días que con el aire saturado uno queda aquí como un *cocq au vin*.» Estuve un buen rato, frente a la sopa, tratando de idear alguna observación general con un símil tomado de mi trabajo. Sólo se me ocurrió ésta: A veces soy un corset sin cordones. En ese momento me ruboricé. Casi en seguida, la muchacha de la izquierda se echó a llorar con gran desconsuelo. Uno de los representantes de productos capilares se levantó a ofrecer su ayuda, no sé por qué, y la muchacha le dio una bofetada. El camarero me trajo, no el lenguado que había pedido, sino hígado de ternera. Aunque me daban pena los apuros de aquella pareja, me alegró constatar una de mis teorías: a saber, que la mejor educación para estar en la realidad, es decir perderse en ella, sería la que insistiera casi exclusivamente en la improvisación. Le dije a mi estómago: digiere este hígado, que nadie sabe cuándo te llegará otra cosa. Mientras masticaba, me entretuve pensando qué vendría des-

pues. Es reconfortante la sensación de no saber qué va a ocurrir a continuación, y lo increíble es que no la disfrutemos más, porque en realidad nunca sabemos qué va a ocurrir exactamente. Pienso, quizá, que la película de esta noche sobre la vida de Moisés podría gustarme; o contener alguna escena que me provoque un sueño inquietante; pienso que no sé si el café que acabo de perdirle a Elga estará cargado o flojo. Lo que me gustaría, sobre todo, es no darle a esta ignorancia algún significado. El hígado, por cierto, me cayó tan bien como si no lo hubiera comido."

Ahora es de noche. Muzzone y su compañero aúnan suavemente los ronquidos disonantes. La muchacha del matrimonio de al lado amamanta a una recién nacida envuelta en ropa rosa de niña de dos años. El marido la alumbra con una linterna. La bebita es una prenda de la sucesión cronológica, esto O'Jaral lo sabe.

A la luz de una vela, contra un cartel que anuncia al Gran Muzzone en el cabaret Fox Paradís de Marsella, el cerebro de O'Jaral proyecta el fragor de una central hidroeléctrica. Después proyecta los pentágonos inscritos en un círculo del *Speculum magorum* de Giordano Bruno. Después, de repente, una cebra. ¿Qué significa?

O'Jaral tirita en su colchón. El humo lo abriga un poco. Hoy no se bañó, o ayer. A lo mejor no se bañó ni ayer ni hoy. Tampoco hizo ejercicios. Crecen la debilidad en los tejidos, las ronchas en la piel y el rencor del que descuida el cuerpo contra su propio cerebro. Pero no duda de que va a seguir adelante. Él siempre ha manejado su cerebro con discreta potestad.

Siente el incremento de sarro entre los dientes. Le da miedo recordar si se ha cepillado, y mucho más miedo preguntarse si no estarán incitándolo al abandono, inflándolo de humo, esperando que les caiga en las manos como un higo que podrido en su rama, pero carnoso y nutricio todavía. Y lo que más miedo le da es que errores encarnados como Ravinkel estén aprovechando el tiempo

mejor que él, o estén simplemente en el tiempo, donde siempre se puede borrar el fracaso. El tiempo de O'Jaral se condensará en un nuevo inicio cuando encuentre al inmoral doctor Vioth. En este momento, en esta casa, puede haber alguien que sepa ya lo que Vioth podría haber vuelto a contar.

El padre de la bebita se cansa de sostener la linterna. Cuando la deja caer, el ruido altera a la bebita y para frenar el llanto él le tapa la boca. La protesta de la madre la ataja con una cachetada, pero la muchacha le escupe y él le da un soplamoco definitivo. Los resentidos jadeos ofrecen a la penumbra cuatro encías devastadas. Sobre el escenario de sombras, el cerebro de O'Jaral proyecta la cara anciana de un O'Jaral sin dentadura. ¿Cómo serán cuando sean los dientes de la beba?

Aunque reconoce que la Gruesa es divertida y tranquiliza, como dicen los indefinidos, O'Jaral no se divierte a gusto, ni podría tranquilizarse, sabiendo que por esa especie de diversión posterga su deber. Lo único que lo tranquiliza es pensar que el contacto con la Gruesa es parte de la obligación de seguir adelante. Se dice "Vamos, O'Jaral", apaga el charuto y, sosteniéndose la cabeza con una mano, abre *Explicación, reducción y empirismo*, un volumen de Feyerabend que le ha comprado a un ropavejero.

De nuevo es de noche. Parado ante la maleza del fondo de la casona, O'Jaral mira los garabatos de la hiedra en la tapia de ladrillos. Fuma, y observa lo que el cerebro acaba de proyectar. Tiene una luz íntima y sofocada. Es un hombre dormido.

Proyectado por él sobre la tapia, O'Jaral ve un hombre dormido en un sofá, laxo el pecho, pesado el brazo que cuelga: un hombre que duerme como sólo puede dormir quien realizó un viejo anhelo.

El hombre no ronca, sin duda no sueña. Difícil no preguntarse por el origen de esa placidez bestial. Es de madrugada. El hombre viste una suerte de pijama turco, viejo, holgado, fresco, con dos manchas en el bolsillo del pecho. En el suelo hay una botella de coñac. Hay en los mofletes del hombre una ternura de corvas de recién nacido.

Puede que el hombre haya seducido a una mujer, una mujer completa de pelo caudaloso y cojines aromáticos. Puede que a último momento, presa ya de los cojines de la mujer satinada, el hombre haya podido renunciar al asalto. Por eso está contento. No. No es por eso.

Es como si hubiera capturado el instante en que el día se hace noche. O ese otro instante, indefectible, en que un poco de vapor se hace agua y el tiempo retrocede.

Sin embargo, parece un patán, un tipo que robó algo en un hotel. Un pintor que quemó su mejor cuadro, o el carísimo cuadro de un pintor soso y celebérrimo. ¿Asesinó, humilló? ¿Vomitó en un tribunal? Qué tipo insulso.

Puede haberle dicho a su hermano que en realidad nunca lo quiso.

¿Por qué duerme así? ¿Habrá conocido, en el baño de una sala de billares, en una colina o un ascensor, la profundidad precisa de su capacidad de caída?

No. Es de ésos que rompen a martillazos un aparato caro, que dilapidan una herencia por hacer realidad una novela irrisoria. ¿Cómo se puede dormir a pata tan ancha? ¿Cómo habrá alcanzado un barrigón cualquiera esa indiferencia ingrávida, el sueño natural?

¿Será un hombre que acaba de encontrar la idea que persiguió decenas de años? ¿Es un benefactor, ese hombre? O'Jaral le da una pitada al porro. No encuentra traducción para la imagen. Ante un hombre dormido de esa forma no vale decir *en el fondo de su ser latía aún el impulso de la realización*. Ese tipo está realizado, y está descansando.

¿Por qué si no esa quietud satisfecha? ¿Existe alguna relación entre las fantasías y el hábito? ¿Cómo se gana el descanso?

Así: conquistando la posición desde donde no cabe el salto fallido. Ese hombre, se dice O'Jaral, duerme como si hoy hubiera perdido el miedo al fracaso.

En ese momento, hombre y pijama se disuelven en la lasitud del descanso.

O'Jaral se queda mirando un zarcillo de hiedra, esperando la próxima imagen, y la otra, y el próximo porro. Sobre una hoja quemada por la escarcha, una hormiga roja se conserva en el centro de una gota de resina.

"Mire, O'Jaral", dijo Muzzone oteando la pantalla oficial de la recova de Ubancay. "Las encuestas dicen que el Sí gana por el 62 contra el 20 por ciento. ¿Vamos a ser del Grupo de Punta?"

O'Jaral se despabila: "¿Cómo dice, Muzzone?"

Muzzone, que esa mañana ha fumado también lo suyo, da la impresión de haberse olvidado qué preguntó. Desde alguna otra pregunta, mira a su socio arrugando la frente.

"Sabe, O'Jaral, pienso que la imaginación es lo mejor que tenemos. Es mucho más grandiosa que el razonamiento."

Las pupilas de O'Jaral tiemblan como si por algún resquicio se desangraran. "Cállese, Muzzone. Por favor."

No se controlaba. De pie diez horas por día en el gentío estancado, las piernas le criaban más y más várices. Una tarde, con un arranque de palpitaciones, divisó a Gracia Calisandru entre los puestos de la recova. Iba cortejada por sus hijos, diáfana y común como un mónada, curioseando, perdida y ufana de haberse perdido, y quizá con el destino de él bajo el poncho.

Ella también lo había visto; no, lo había visto sin duda, porque lo saludó agitando la mano: como la protagonista de una comedia ligera habría saludado al actor que en otra película partía a la guerra. Pero no se detuvo, y a O'Jaral esa tenue resistencia le despertó ganas de ir a buscarla.

Por suerte no estaba tan fumado como para rebajarse ante, ante la simplicidad. Dando media vuelta, apoyó la nariz en la vidriera de una farmacia.

El flaco protegido de Muzzone ha conseguido una guitarra y suficiente kerosene para alimentar la llama de un quinqué. Frente a la ventana rota que da al Brazo Lamas, los pálidos dedos puntean un son moruno al compás del cual Muzzone, una mano fogosa contra el ombligo, la otra grácil en el aire, hace cimbrear las caderas sin un crujido. Flotan las tupidas cejas, parece que volaran los pies abotinados.

Si tú no vienes, yo no voy p'allá
Bobo, bobito
Si tú no vienes, yo no pierdo ná.
Tu engaño no me sorprende
Sigue allá donde tú vas
Y si mañana fracasas
Tú no intentes volver más,

canta Muzzone, hasta que se cansa, se desploma en un colchón y prende la radio.

O'Jaral recibe aliviado la garúa de información algo más útil, pero no deja de proyectar bosques de abetos sobre su pupitre de estudio. En la radio, un entrevistado dice: "Nuestro objetivo es la salud mental para todos dentro de veinte años. Desgraciadamente, cada vez nos parece menos fácil alcanzarlo."

Muzzone pregunta: "¿Qué es la salud mental?" O'Jaral intenta apartar las proyecciones. "Es la capacidad de desempeñar una función determinada sin angustia." "Claro", dice Muzzone, "por eso la gente toma tanta pastilla." "La gente", dice O'Jaral, "confunde lo que es una idea, un deseo y una meta." "Bueno", dice Muzzone, "¿y cuál es la diferencia?" "La confusión les da miedo." "No, no. Le pregunto cuál es la diferencia." O'Jaral sabe que está parpadeando demasiado: "Mañana. Mañana seguimos, Muzzone." Se niega a preguntar la hora; si un hombre es incapaz de comprarse un reloj, más le vale hacerse cargo.

El 12 de junio de alguno de los años de su diario, Rabastain escribe la siguiente entrada:

> "Esta mañana mi hija Natalia, que en los últimos tiempos recurre a enrevesadas argucias para pasar más tiempo conmigo, me propuso que, como actividad dominical, la ayudara a desarmar completamente una vieja cámara fotográfica y, luego, hacer el intento de armarla de nuevo. Accedí, porque no me apetecía ir de compras con mi mujer, y a ello nos aplicamos

con una pericia sólo explicable porque aunaba la capacidad destructiva de dos seres de generaciones distintas. Al cabo de unos tres cuartos de hora teníamos, sobre el pupitre de su cuarto, un desconcertante panorama de piezas: prensapelícula, pitón, tope de arrastre, tuerca del pie, lentes, cristal de enfoque, ocular, pentaprisma, ruedecillas dentadas, empalmes, monturas, ventana y no sé cuántas cosas más. Aunque por supuesto carecíamos de manual –es una Roxtem DLT–, en dos horas más, durante las cuales casi no hablamos, conseguimos montarla totalmente y hasta comprobar que el disparador chasqueaba agradablemente. Pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando descubrimos que en el suelo había dos tornillos y una pieza más, un cristal reticulado. Es muy probable que ahora tome buenas fotos, cosa que había dejado de hacer. Contentos, por la tarde fuimos al puerto a mirar los barcos. Natalia, viendo cómo un carguero noruego abandonaba la rada, dijo: «¿Sabes? Yo estoy segura de que los barcos no van a ninguna parte.» De más está añadir que estoy de acuerdo con ella."

Con la acumulación de Gruesa en sangre el cerebro empezaba a complementar las proyecciones con otras actividades; sobre todo una tendencia a fisgar en aspectos contingentes de la realidad, detalles que arrancados del contexto no eran la realidad, claro. Aislaba cosas, sin fijarlas, con su momento de inercia, con sus transformaciones potenciales, una cuchara en un vaso con algo de té y un papel roto,

el estriado rubor de una mejilla apoyada un rato en una mano,

una huella de dedo en la tecla de un interruptor de luz,

una carta, siete de bastos, presa entre el viento y una alambrada

una baba de araña en la gorra de un inspector de autobuses,

un charco largo y angosto como una media de seda en el pasto,

y las reordenaba sobre planos de cobaltos o cárdenos lisos donde brillaban como asteroides.

Aunque con el cambio de contexto las cosas perdían significación, era curioso que no perdieran valor. En la tapia de ladrillos del fondo de la casa, por ejemplo, disimulada por la hiedra, había una mancha de humedad con forma de liebre. O'Jaral ignoraba cuánto valía, pero se daba cuenta de que estaba creciendo, y se preguntaba pasmado cuándo el tiempo iba dejarle a alguien un resquicio para que, mirando las transformaciones de la mancha, le diera el valor que le correspondía. O admitiese que era imposible valorarla.

"Cincuenta dólares para cada uno", dijo Muzzone: "Con esto, O'Jaral ya tengo ahorrados cuatrocientos setenta."

"Poca cosa. Hay que seguir en la brecha", dijo O'Jaral.

"Y bueno. Ahora no se me va a hacer cuesta arriba porque usted me ha enseñado el valor de un proyecto. Y yo tengo uno."

"¿De veras?"

"Sí", dijo Muzzone: "Pienso poner una academia de baile."

En la plaza del Matadero hay una estatua ecuestre de cierto capitán Valdemoro. Como un enorme juguete, el caballo relincha cada diez o quince minutos con un ardor de cinta magnérica. El indiaje de piedra hincado frente al trabuco del capitán murmura una plegaria, se diría, mientras alrededor corretean nenes de verdad y vociferan vendedores de lotería. Alguien ha proyectado una mujer sentada que se ajusta una liga, y es por encima de ella que, en el pedestal del monumento, el cerebro de O'Jaral produce una figurita insustancial, de pelo charolado, que saca una lengua tan enorme que le llega hasta la nariz. O'Jaral sacude los hombros. Badaraco persiste en la plaza, apagado, introvertido. Como si sudara, se seca el cuello con una mano antes de fundirse en el granito del pedes-

tal. O'Jaral abanica el aire para ahuyentar la macabra idea de que el paso del tiempo es una ilusión.

En la esquina de Ubancay y Dos de Junio un poderoso Rensell AX estaciona en la vereda, como un caimán en el charco donde abrevan los ratones. Sin bajarse, un tipo de facha comercial y escopeta a repetición vende bolsitas con diversas sustancias pulverizadas, líquidas o sólidas, éstas de formas muy diversas.

Alguien señala la recova. El tipo y un matón burocrático bajan del coche, ganan sus respectivas alturas y avanzan despacio hacia un área concurrida donde Muzzone y O'Jaral, visibles sólo con esfuerzo, empiezan a abrirse rápidamente paso en dirección contraria.

¿Y esto ahora qué quiere decir? Esto sucede en el aire de la calle, ante la cabeza de O'Jaral apostado en una esquina, sobre un bullicioso fondo de aglomeración humana.

En una casa en penumbras hay un hombre que se ha despertado de la siesta. El aire es azulado, pero filoso y naranja en las rendijas. El hombre ha bebido un vaso de agua, es verano, y un fleco transparente le baja por la nuez; ha besado el hombro de una mujer que duerme vuelta hacia la pared y ahora abre una puerta. La proyección insiste. El hombre sale de la casa.

Todo lo que existía queda atrás, se disuelve en blancura y da la impresión de que el hombre, ofuscado de saciedad y luz crujiente, se permitiera zozobrar. Perplejo ante un paisaje de sal y arcilla seca, se acerca a un cactus y, perplejo, presencia el instante en que a un joven higo chumbo le brota la primera espina.

O'Jaral se asombra. La proyección dura. Se ve, se ve que el corazón del hombre palpita a más no poder. En el joven higo chumbo ese hombre, le da por pensar a O'Jaral, ha visto la eternidad trastornada por el movimiento, y como debe ser un hombre constante

lo invade el entusiasmo

y todo, el campo que acribillan destellos de mica, la claridad repleta, la cortés iridiscencia de los cactus, todo lo ve transfigurado,

y transfigurado él,
se siente ebrio.

Está ebrio. El tipo ha sorprendido lo incipiente escribiéndose en el aire. Una atención sin cálculo le dio la entrada al punto donde se reconcilian la inquietud y el reposo. Y él ha recibido el don y lo comprende y está ebrio. Esto piensa O'Jaral, a escondidas de la conciencia, mientras el hombre proyectado no se mueve. El hombre mira la espina que le ha salido al higo como si dijese *¿Y ahora qué?*, resollando de calor, comprendiendo que con la ebriedad no se hace nada, sólo perder un rato y darle holganza al ojo. O'Jaral espera que el hombre lo haya comprendido. ¿Qué significará?

Parado frente a los cactus, sudando, se diría que el hombre reflexiona. Es una luz intensísima. El hombre quiere interpretar lo que ha visto. Parece como si buscara una frase apropiada a la eclosión de la espina en la cáscara del higo. Pero si nunca se transmite nada exactamente, menos transmite la ebriedad. O'Jaral piensa que sólo con la resaca nace la expresión. Si el hombre encuentra la frase, es que no está ebrio.

Entre tanto, el cerebro de O'Jaral sigue proyectando: el hombre ha dado media vuelta, se ha metido en la casa. Cierra la puerta; una penumbra marrón envuelve el lugar donde está la cama. Por el hombro húmedo de la mujer que duerme baja un gusanito, como por la pulpa de una ciruela abierta. El hombre la mira y piensa.

Y si piensa no está ebrio. Ebrios, se dice O'Jaral, somnoliento ya de tanta siesta, están la mujer que duerme, la espina, la luz, el movimiento, el gusanito, el hombro, el higo chumbo. Precisamente ahora la mujer estira un brazo y se da vuelta. Una sonrisa le dilata la nariz.

Es Gracia Calisandru.

O'Jaral cierra los ojos.

Se desvanece toda la proyección, reaparecen la muchedumbre y la calle, pero la sonrisa se mantiene en el aire. O'Jaral ha tragado demasiado humo de golpe. Tose, escupe.

"Eh, despacio, despacio", le dice Muzzone.

Desde el punto de vista del O'Jaral anterior, acaso también del posterior, lo que lo perdió entonces fue la mirada. Vertida al aire accidentado, voluminosa, la mirada incorporaba cosas desplazando la conciencia hacia atrás, y no sólo se hacía con lo que aislaba del mundo sino también con las proyecciones del cerebro. Pegado a ese desarrollo, O'Jaral le permitía utilizar porciones de él mismo cada vez más vastas. La mirada no era tacaña. Tampoco tenía ideas extravagantes sobre el orden: se prestaba de buena voluntad a la disposición que los detalles separados del mundo adoptaban por su cuenta, acogiéndolos en lo posible, dócil, contenta. En todo caso era un poco simple, como esa gente que dice *soy tan bueno que me toman por idiota.*

La suma de proyecciones del cerebro y botines de la mirada era una realidad completa que la conciencia atisbaba con desconfianza, quizá, llegó a decirse O'Jaral, porque esa realidad era menos inmediata que habitual, y mucho más patente. Era una realidad segregada, sí, pero por eso bastante limpia, y O'Jaral se preguntaba si no podría incluirla en la historia de su búsqueda, cuando la búsqueda se reiniciase. Cuando reemprendiera la búsqueda, iba a tener que organizar esa experiencia. También iba a tener que dejar la Gruesa. A lo mejor la experiencia le estaba diciendo algo sobre el carácter de su descubrimiento.

Claro que le faltaba una pizca de fuerza. Era una pena. Las proyecciones se sucedían como figuras lúcidas abrazadas en cadena. Eran silenciosas, y en el silencio del mundo que abrían estaba la razón de su autonomía. No llevaban anexa la palabra. En cierto modo eran inefables, y por eso impensables; neutralizaban, ah si Néctor lo hubiera sabido, la posibilidad de Tener la Palabra o monopolizarla; vivían en una mudez vibrátil, trabando oblicuas relaciones fructíferas, proliferando sin repetirse. Cada imagen era una historia completa antes de que el lenguaje la pusiera en su esquemática línea, le pidiera crecimiento, objetos de deseo, felicidad. Las proyecciones que la Gruesa le arrancaba al cerebro tenían un aura fundacional. Eran el eslabón faltante de la lucha de Ravinkel, y el idiota de Ravinkel nunca se iba a dar cuenta.

Era triste que O'Jaral, que comprendía el valor de estos descubrimientos, tuviera que seguir vendiendo Grue-

sa para obtener la independencia que le permitiera sistematizarlos. Tiempo perdido abarcando el deterioro de la carne, la memoria averiada. Y a propósito de independencia, ¿dónde estarían, en ese mundo humoso y provisorio de O'Jaral, el carcamal Gamudio o el gordo Néctor, la obcecación discrepante de Ravinkel?

Pero la realidad, la que la oposición tildaba de Acuciante, bajó resoplando de su estrado, se irradió con un bramido y empujando lo que la mirada había compuesto depositó sus prepotencias y sus dislates, sus ablaciones, sus arritmias. Las dejó caer como quien vacía un bolso en una alfombra buscando el caracolito que guardó esa vez en la playa. Viéndola irrumpir, la mirada de O'Jaral tuvo que dejarse ganar por la conciencia.

A su estropeada manera, los televisores que había en la casona, las pantallas oficiales del Brazo Lamas, empezaron a propagar anuncios en pro de las ocho horas de sueño, o contra los peligros de la ansiedad, y otros anuncios también.

En una propaganda, una mujer con ocho porros encendidos entre los labios bajaba los ojos venusinos hacia la dureza de su rictus; los ojos se volvían importantes mientras una voz en off repetía el slogan sobreimpreso: SÉ DUEÑO DE TU EXPRESIÓN.

En otra, un hombre tiraba el panfleto que un joven acababa de darle y encendía ansiosamente una pipa con cierta droga. La seca voz en off: NO SEA SU PROPIO CENSOR.

Una mañana Muzzone y O'Jaral encontraron bloqueado por un montón de escombros el túnel que llevaba a la cámara del distribuidor de Gruesa. Las paredes fracturadas aún desprendían una relente de goma 2; en el techo había una larga llaga negra. Con la misma rapidez con que volvieron al jardín de la casona taparon la entrada con una lona y follaje. Tuvieron que andar dos días por la ribera del Lamas, ofreciéndose por la desolación del ex parque de diversiones, hasta que a los muertos se les antojó mostrarse con esa inflexible pasividad que podía ser un hábito, un sino o una estrategia.

Eran dos hombres, una mujer y una nena de unos cinco años. Como en un picnic extramuros de una ciudadela helada, estaban sentados al borde del agua en el pasto seco, con briznas en los fuertes labios lívidos, jugando a las cartas sobre un impermeable extendido. El olor a nuez moscada parecía brotar de la tierra. Sin una palabra entre ellos, con gestos severos e insustanciales indicaron que eran abordables. O'Jaral no sólo temía tener que gastarse los ahorros; también temía la perspectiva de quedarse sin Gruesa y algunas cosas más. Temía, en general, y el frío arreciaba. Avanzó.

"Señores, sé quiénes son", dijo. "Bien. No se esfuerce", dijeron ellos, quizá la mujer, y siguieron jugando. "Uno de ustedes nos ha estado vendiendo, aquí a mi amigo y a mí..."

La mujer levantó el mentón prismático y se lo acarició con dedos bastante carnales. "Escuche: nosotros podemos ayudarlo. Tenemos el conocimiento de los manantiales itinerantes y los recursos del combustible primordial. Podemos, si usted quiere. Pero usted no puede no querer, ¿se da cuenta?"

"Sí", dijo O'Jaral. Estaba muriéndose de frío.

"¿Y por qué no puede no querer?", se insubordinó Muzzone. "Él lo sabe", dijo uno de los hombres. "No, mire, yo el porqué lo ignoro", dijo O'Jaral, "pero tengo que mantener mis negocios." "¡Mirra y benjuí! Pero ya habrá comprendido usted que esto es algo más que un negocio, ¿verdad?" "Sí", dijo O'Jaral: "Parte de las raciones son para mi uso personal." "Por fortuna", dijo la mujer.

El trato se saldó con la entrega a O'Jaral de cincuenta gramos al precio de costumbre. Muzzone se interesó por las razones que tenían los señores para introducir la Gruesa en la ciudad. "La razón de todos nuestros caminos", dijo la mujer, "es romper la soledad. Nuestro mundo también quiere respirar. Nuestro deseo es el mismo: ser más, no en número, que eso viene dado naturalmente, sino en facultades. Algunos de ustedes llaman a esto *expansión*. Pero nosotros somos la otra cara. Propagamos la incertidumbre, que es el medio en que ocurren los prodigios."

"Y bueno, salgan a vender", dijo Muzzone.

"No no. La calle nos apabulla y nos excede. También nos disgusta. Ese mundo es el mundo de ustedes. Y por cierto que está empeorando."

El comentario dejó a O'Jaral inseguro y a Muzzone amedrentado, porque provenía de unos que forzosamente sabían más que ellos. A la tarde siguiente un superficial les contó que la mafia de los fármacos había apalizado a una distribuidora de Gruesa de la plaza Italia. O'Jaral le confió a Muzzone que a alguien debía molestarle mucho que él, precisamente, estuviera vendiendo. Muzzone no quiso ni oír que O'Jaral se echara la culpa de alguna dificultad. Esa noche, a la luz del quinqué, sugirió que por unos días se quedaran en casa bien guardados, al menos hasta que pasara el referéndum y se reorganizasen naturalmente los circuitos.

La alusión a la naturaleza enfureció a O'Jaral. Aunque un poco abatida, había una voluntad indicándole que debía volver a su tarea, y él no se sentía con firmeza para contradecirla. Llegó a preguntarse si Muzzone no estaría intentando entorpecerlo; de otro modo no se explicaba que a esas alturas de la colaboración no supiese que para él los beneficios de la Gruesa eran el umbral de la autenticidad.

Dijo: "Muzzone, a mí no me está permitido vegetar."

De todos modos a esas alturas, después de mirarle los ojos de cuarzo, Muzzone ya había decidido no dejarlo solo. Al día siguiente salieron a vender, y también al otro.

La gente caminaba sobre un emplasto de octavillas. Como haces buscando desertores de la opinión, las pantallas lanzaban tandas de argumentos siempre más importantes que lo que querían demostrar. Las encuestas ratificaban que la expectativa de voto tendía mayoritariamente al Sí. Los indefinidos querían pensar que eran faroles del gobierno para manipular a los indecisos. VOTE MÁS O MENOS, pintaban donde podían. Políticos virtuales en tres dimensiones debatían acaloradamente en las esquinas, atravesados por el tráfico como áulicas figuras de niebla. Un comando embadurnó prolijamente de miel y mierda cuatro pantallas del barrio. De vez en cuando una interferencia presentaba el cadáver del canciller Bornut almorza-

do por niños en edad de desarrollo: LA POLÍTICA ES LA LUCHA POR LA EXISTENCIA. Había tal bochinche que no se oía nada.

Apostados junto a una cabina bancaria de la plazoleta Dupuy, Muzzone leía el diario y O'Jaral fumaba monitoreando el gentío, intentando dejar de fumar. Esa mañana había vendido bien. Pero no monitoreaba bien. Hacía un rato que estaba absorto, como si fuera importante, en la escena de maternidad que se le había dado por proyectar sobre la ventanilla de un taxi.

De pronto le cayó un porrazo en el hombro.

Una señal refleja le cruzó la cabeza, *fisura de clavícula*, y se le doblaron las rodillas mientras veía una catástrofe parecida en el corpachón de Muzzone. Varios de los tipos que los habían rodeado hablaban entre dientes, todos a la vez, pulcros en el vestir, los labios duros como lingotes. Atónito, O'Jaral se preguntó cómo había permitido que una mano se le acercara tanto como para agarrarlo del pelo.

Saliva del dueño de esa mano le mojó la oreja: "Lamentamos mucho presentarnos de súbito. Pero no nos place sumo que vendan esa gurimpa, no no. ¿Es que alguien les concedió permiso, zopencos cagados?"

Bajo el efecto Mulligany, el programa de aseo verbal de O'Jaral soltó un silbido que conmovió la atonía del cuerpo. Un codo saltó hacia atrás, y el talón derecho atacó una barriga, y en la oreja de O'Jaral sonaron dos ugh. Pero el otro no le soltaba el pelo y, aunque la cintura de O'Jaral girase bastante rápido, los puños pifiaron como novatos y los riñones desguarnecidos recibieron dos palazos brutales.

O'Jaral cayó arrastrando al matón. Un ojo vio la navaja pero el otro, cerrado por un puntapié, no avisó que cuatro nuevas manos lo levantaban por el gabán. Volvió a caer. Se encogió para cubrirse los flancos, o quizá porque un pinchazo le había abierto el muslo y también la cadera. Oía la tos de Muzzone pero ningún quejido. Automáticas, las piernas se le afianzaron y los ojos buscaron alguna cara en donde disparar la mirada diurética. Los brazos decidieron aferrarse a una bota, sin fuerza de descarga, apenas lo suficiente para que el matón trastabillara. Como

el nuevo porrazo en la nuca no lo venció, ése sí era O'Jaral, le dieron varios porrazos más. En la bota que estaba sacudiendo había sangre. Alrededor flameó la muchedumbre. Una sirena se acercaba aullando como una némesis oficial. Zapatos policiales.

"Son mercaderes que enferman a la vecindad, sargento", dijo uno de los tipos.

Que O'Jaral se incorporara, que agónicamente hiciera mearse a un gurrumín armado de un hierro, sólo decidió que en vez de una aguja en el cuello, la electropistola del sargento le disparara dos. Con la ola de voltaje el cuerpo pasó por una trilladora. Después se petrificó.

O'Jaral alcanzó a ver que a Muzzone le sangraba la panza.

"Al viejo déjenlo acá", dijo el sargento.

VII

Sirena, estruendo de puertas metálicas, brazos en los sobacos para arrastrar el cuerpo fláccido de O'Jaral precedieron el recital de insultos, chichipío, bornuto, degenerado, muncho de goma, mierdaloca, que precedió al vals comisarial de las trompadas. No le hicieron preguntas, no sólo porque estaban más llenos de Gruesa que él, y alardeaban proyectando fantasías guerreras en las paredes, sino porque no lo habían reconocido. Si hubieran tenido un nexo directo con Los de Arriba lo habrían soltado en seguida, para que siguiese trabajando por lo que les interesaba de verdad, o lo habrían exprimido frente a un consejo de expertos. Aunque a O'Jaral le doliera más su propio descuido que las trompadas, esos hombres eran policías. Se encargaron simplemente de que las trompadas empezaran a dolerle más que la conciencia. Le abrieron los pómulos y las cejas y le abollaron el pecho hasta que tuvo que respirar por la boca. Le costó muchísimo no aplicar la mirada diurética, para no delatarse o para no descubrir que no funcionaba, cuando le contaron que no iban a fotografiarlo, total ya tenían un par de retratos suyos: regalo de los señores que lo habían denunciado. Como buenos policías, aparte de llenar formularios que irían al inocuo tesoro informático del Estado, sólo les interesaba, primero, quedar bien con la mafia de los fármacos, y segundo y complementario con el interés anterior, ratificar su posición destrozando la del que habían elegido por enemigo, y al enemigo también. Del gomoso carrusel de retumbos que los golpes le arrancaron del cuerpo, O'Jaral recordaría sobre todo la íntegra fidelidad con que el cuerpo había activado los sistemas de prevención, mal que bien, y el desastre organizativo que culminó con el húmedo vuelo de un incisivo en un remolino

de luz fluorescente. Derrotado, consiguió guardar otro diente bajo la lengua, un canino, nunca supo para qué.

Cuando se despertó tenía el diente en la mano amoratada. Aunque no desactivarlo, consiguió reducir el pensamiento al estribillo de que era un incidente más, sólo un alto momentáneo. Viejos y costosos ejercicios, que ahora parecían sagrados, le habían permitido salvar las costillas. No tenía la clavícula fisurada. Pero los dientes. Pero los dientes. Dos. No: también un premolar. No quiso pensar cuántas páginas de traducción costaba un postizo, cuánto tiempo de estudio tendría que dedicar a traducir porquerías para restaurar una boca sin cuya entereza no había salud. Estaba sobre baldosas cubiertas de barro, en una cámara de azulejos blancos, clínica, ofensivamente iluminada, con una sola puerta de fórmica y anchas estanterías metálicas en tres de las paredes, como un almacén construido por un cerebro reciclado para recrear el paso por una morgue. En los estantes y el suelo ronroneaban no menos de ochenta cuerpos, no todos acostados, algunos con someras pertenencias, muy pocos sin ninguna pústula, que procuraban mantenerse unidos como la grey de un culto a la descomposición.

Horas, el cerebro de O'Jaral determinó pensar en *horas*, después un sargento chocarrero entró con una olla rodante y una ristra de tazones que distribuyó llenos de fétida sopa de gallina. Menudearon los vómitos, quizá porque encima dejaban fumar. A O'Jaral se le frunció el vientre, en balde porque ya había soltado toda su carga durante la paliza. Un olor a acaroína, a grasa quemada y a bilis abrigaba el silencio dolido, ahuecándose para recibir el balbuceo intermitente de una voz.

Alguien hablaba solo.

Parecía que contaba cuentos; el ritmo era de cuentos, en todo caso de anécdotas.

O'Jaral alzó el cuello: entre sebosas cordilleras coronadas de baba reconoció las facciones de Néctor, con iluminación interior de ocaso. Intentó no mirarlo mucho. Mejor era no ofenderlo.

Néctor Prades, que había imaginado una expansión fulgurante de millones de partículas humanas, cada una con una historia que contar, y las relaciones inagotables

de las historias entre sí; que no por gordo y estúpido tenía que terminar obligadamente en un depósito de carnaza. Ahí estaba.

Por un instante O'Jaral se alegró de no ver a Ravinkel, y hasta tuvo un recuerdo para el rufianucho. Sólo un buen rato después comprendió que los rezagos insomnes que hacían bulto en los estantes iban a quedarse ahí hasta que pasara el referéndum, y que nada les aseguraba salir vivos. Como siempre, eso debía ser cuestión de tenacidad. O'Jaral estuvo muchas horas haciendo trabajar la conciencia en el programa de ayuno, hasta que desde el esófago le subió a la boca un murmullo de herrajes y corroídas poleas. Se había ganado el derecho a dormir, pero antes le echó un vistazo inexpresivo a Néctor para no olvidar cómo terminaban algunos.

Y sobre todo borró ese asomo de sentimiento por Ravinkel, que no había aprendido a luchar contra la basura sin tomar recaudos para no volverse basura; porque seguro que muchos de los que estaban ahí eran agentes de Ravinkel, y algo de podrido había en la actitud de propagar ideas que ponían en peligro la dentadura de sus portadores.

Después el dolor lo obligó a blindarse. No era fácil, porque el dolor mismo lo impedía, en las ingles, en las rótulas y los riñones, en los maxilares y el puré caliente de los pómulos: hasta la cabeza quejosa reclamaba atención a los desvíos de la voluntad. En el fondo de la cabeza, como en el centro de una parva de heno, el pensamiento se acusaba de haberse buscado casi a propósito un lugar entre esas piltrafas terminales. No era injusto el reclamo. O'Jaral miró para dentro: el vergel de laderas trabajadas, vertientes fragorosas, deltas feraces, prados y barbechos, el paisaje íntimo del saber que su voluntad había creado para recibir el don de la *lumen naturalis*, parecía una salina resquebrajada y nadie era más culpable que él. No se dormía del todo, no sólo porque el dolor volvía a despertarlo, sino porque quizá se estaba pagando la temporada de subestimación de la realidad concentracionaria.

No había sido capaz de conseguirse un reloj. No tenía reloj; ése era un dolor más, simbólicamente el mayor. El único remedio posible a la decadencia era salvar la deter-

minación: recordarse que *O'Jaral podía cultivar rosas en el erial*. Sí. Ya encontraría una frase menos nauseabunda. Uno había dicho: el talento es una gran paciencia. Otro, ¿quién?, había dicho: el talento es el miedo a la derrota. Paciencia nunca le había faltado y ahora, tal vez por eso no lograba dormirse, teñía miedo a no realizarse, y miedo en sí, a sí mismo, al insomnio, a la incapacidad para sumergirse un rato en un charco de agua marina donde se miraran en silencio la anémona y la sepia, la lapa y el paramecio, criaturas de la calma. Tenía un oprobioso miedo a no bastarse. Gracia Calisandru le había augurado que iba a encontrarse con muchos escollos. Los apacibles invertebrados no querían aparecer. No le habría venido mal un gramo de Gruesa. Estaba solo con las quejas de un cuerpo estrepitoso y una luz de mármol

que caía en guijarros
fría y vanidosa
como agudos de piano atonal
o versos de un poema mal medido.

Más tarde hubo otra comida, y más ayuno de O'Jaral, y puede que se haya dormido, hasta que en una de ésas la puerta se abrió. Empujones y patadas metieron en la sala un nuevo cargamento de bofe mal vestido. Pero después del ingreso, no antes, un oficial con traje aislante y máscara antigás saltó por entre montículos señalando el suelo o los estantes: Vos, vos, vos también, vos, a ver, vos, vos y vos: se pueden ir.

Vamos, afuera.

La mayoría de los elegidos no prometía moverse, como si aceptase colaborar con el callado anhelo de exterminio que agitaba los sueños de la Ley. O'Jaral se incorporó en siete u ocho fases, las manos trepando por la guía de un estante. Cerca de la puerta empezó a tambalearse, de modo que ¿No oíste, degenerado? Andáte que acá no hay lugar, le dijeron, y en última instancia lo ayudaron a llegar a la calle, breve vuelo de aterrizaje desastroso.

La pierna derecha tiesa como escayola, el tobillo izquierdo flojo y aquejado de aneuritis, mírenlo ahora renqueando por el borde de la acera, en el Centro de Talecuona infestado de preparativos para el referéndum, diestro en el desequilibrio, escurridizo como si hubiera nacido así y con el taconeo sincopado de los fugitivos, pero en el fondo siempre O'Jaral. Adónde va a ir O'Jaral, se preguntarán ustedes. Pero no, no se lo preguntan porque saben que adónde va a ir sino a buscar su imponderable bolso de pecarí. Se apoya en un jacarandá pelado. Papel de diario para secarse el sudor, solapas levantadas contra el frío. El ojo que ve mejor aprecia que alguna gente, la que no está en las malas condiciones de él, le esquiva la pestilencia. Aparte de la libertad, lo satisface haber salvado su poder organizativo.

Éste es su tono mental: ceniza volcánica depositándose sobre la creatividad; insipidez; tranquilidad muy relativa con respecto a los planes ajenos e incertidumbre, una nueva y amenazadora incertidumbre, sobre los planes propios a largo plazo; a corto plazo, el pensamiento repite que hay que encontrar a Vioth, restablecerse en lo financiero y sobre todo reparar la boca. Por eso a O'Jaral no le parece mal fundirse con la ralea del mundo bajo una apariencia de abyección, mientras la apariencia sirva para protegerse y no traspase la flagelada membrana de la carne.

Vuelve a ponerse en marcha. Aunque se ayuda la pierna dura con las dos manos, no evita que un calambre la recorra desde la planta del pie hasta las lumbares; y no por sucias las manos duelen menos. Ahora la otra pierna, con la prohibición de soltar lágrimas... va a decir de *allig*, pero no; dice: *¡de cocodrilo!*

Entonces se acuerda de Muzzone. No había pensado en Muzzone. Acelera todo lo posible, que no es mucho.

En la casona se encontró con el balbuceo de los inquilinos. Se habían vuelto hoscos, patibularios, y era posible que hubieran sido siempre así. La policía había estado de visita; ellos, los borradores humanos, ya empezaban a dividirse en bandas enfrentadas. Una de las bandas le comunicó sin pena que Muzzone era el recuerdo de una mancha de sangre.

Un minuto estuvo O'Jaral zamarreando hombros, hasta que una de sus viejas antenas detectó en esa gente un resentimiento cada vez más cercano al acto. Trepó la escalera. Arriba, encontró la habitación grande sitiada por altas ondas de envidia, de espera codiciosa, mantenidas a raya por la inexpresiva dignidad con que la chica-madre agitaba un sonajero de lata ante los babeos de su hija. El padre de la bebita se había fugado. Al canijo amigo de Muzzone, la pena lo había lanzado a buscar a Muzzone por hospitales y sumideros, y lo único que la chica sabía era que ninguno de los dos había vuelto.

O'Jaral descubrió por su cuenta las demás novedades. Estaban sus cuadernos, los diskettes, los libros; pero de su ropa quedaba solamente la que no había lavado, y no encontró el bolso de pecarí, ni el resto de la ropa ni varias cosas más. Como las ilusiones de O'Jaral respecto a la honradez humana nunca habían excedido las fronteras de su persona, no se sintió desilusionado; ni siquiera añoró la fortaleza que le habría permitido vengarse. Una delgadez extrema del pensamiento era su ventaja, y si algo sobresalía en esa delgadez era la voluntad de arreglarse la boca. Metió sus pocos tesoros en una bolsa de plástico de la zapatería Galveston, se despidió de la muchacha sin la ofensa de desearle suerte, no tocó a la bebita para no infectarla y arrastró la pierna dura escalera abajo, calle arriba dejando atrás la casona, cruzando la calle hacia la ribera y finalmente por una senda medio borrada entre las cañas. Así llegó a un recodo del Brazo Lamas donde la proa de una barcaza rota parecía soñar entre olitas de fango.

Y como el pensamiento nunca había sido para O'Jaral otra cosa que acción, ahora le alcanzaba con impulsar la acción del cuerpo para sentir que el pensamiento no se paraba del todo. Afincando las piernas vacilantes en la tierra blanda de la orilla, sin romper la continuidad de movimientos, se sacó muy despacio el gabán, la tricota, las dos camisetas, se dejó caer de culo y con un estertor de las caderas retiró botas y pantalones. Sucesivas oleadas le enviaron a la nariz los estratos de la experiencia, que la duración fundamental de su propio olor le volvió un poco aceptables. Era más o

menos mediodía. Tembló, antes de dolor que de frío, hasta que el temblor aprendió a copiar la pauta de destellos y sombras de la superficie del río. Cuando el dolor fue por fin un fenómeno natural, O'Jaral vio que sobre los techos remendados, sobre la frivolidad de un colibrí perdido entre los álamos, ronchas de niebla parodiaban el color de los hematomas que él tenía en el pecho, abriéndose a veces como heridas en el cielo demacrado. No llevaba jabón, así que se fregó con barro y se enjuagó hasta que le ardieron las manos. Ventiló un poco la ropa.

Después, de nuevo adentro del gabán, reanimado pero sin tiritar menos, se puso las botas y vadeó el remanso hasta el banco de arena donde estaba la barcaza. Debajo de un tablón cubierto de helechos, en una caja de tergopor lastrada con plomo, estaban los ahorros que había compartido con Muzzone. Eran mil ochocientos sesenta dólares. Y entonces vean lo que hizo O'Jaral: en vez de la mitad, dejó para el improbable retorno de Muzzone las tres cuartas partes; y, después de guardarse en el gabán doscientos de los dólares que había sacado, se arrodilló entre los juncos, rompió los doscientos setenta restantes y los tiró al agua.

Se levantó sin mirarlos. No pretendía una absolución que aún iba a costarle muchos sudores, pero había cancelado la deuda por las negligencias cometidas y pacificado su cráneo.

Ahora necesitaba mandarse algo a bodega, aunque más ganas tenía de fumar.

Enervado y contuso, trastabillando a cada roce humano y timorato al cruzar la calle, con el pelo revuelto como un estigma de la vacilación, no le hacía falta un espejo para verse: ése era O'Jaral en el remolino político de las vísperas del referéndum, entre las risas de la chiquilinada anarcoide y los paneles corredizos de la realidad massmediática, entre oradores y raleas, carteles, como un pedazo de alguno de los pedazos de la conciencia ambiental taponada de consignas.

Dividido de sí mismo, al menos podía burlar mejor a los que le estuvieran siguiendo la pista. Pero no se perte-

necía; le habían deshecho la totalidad. Quizá la Gruesa, que excavaba en zonas de acceso difícil, lo ayudara a dar con el fundamento incólume de su construcción privada. Pero no había nadie que vendiera y los ateridos sensores de O'Jaral no recibían señales de los muertos.

En la esquina de Villalonga y Nelson, a la puerta del café La Penúltima, una turba de funcionarios públicos y comerciantes cabildeaba ante una pantalla privada. Por el momento había una desagradable publicidad de laxante. O'Jaral se abrió paso hasta el robot ambulante y compró un chocolate con churros. Al calor del vaso en las manos tomó un contacto menos esquivo con lo que quedaba de él en su espíritu y aceptó la odiosa maniobra de mojar los churros para que no le lastimaran la boca. La publicidad terminó. En la gente había un silencio triste. Música de Mendelssohn.

Cuando O'Jaral logró fijar la vista en la pantalla, Melody Mong avanzaba, vestida de novia, por la nave central de alguna basílica romana. Dos secuencias después, en la cena lunamielera con un sujeto que O'Jaral desconocía, Melody se deshacía en sarcasmos contra los empresarios que seguían fabricando alimentos con aditivos insanos. "Luchan por la servidumbre como si lucharan por la salvación", decía, y por debajo de la mesa acariciaba el muslo de su marido.

Fin y fundido en negro.

Luego de un intervalo sonó un crescendo de música de balalaika. Mientras la gente se dispersaba, la balalaika introdujo en la pantalla unas cuantas escenas de acción pausada; una voz en off anunció para el día siguiente el primer capítulo de las aventuras de Semión Bardanov, un sacerdote ortodoxo, a juzgar por lo que O'Jaral veía, sibarita, pendenciero y elegante, mezcla de agente de bolsa y pantocrátor aclimatado al fin de siglo: *La fe mueve empresas y fortifica Estados*, decía el slogan; *pero por cada hombre de fe hay cientos de corruptos. Sólo los fuertes prosperan; sólo los justos son fuertes. "Amigo Semión." Versión fidedigna de las novelas de Mona Dieckssen, la escritora danesa que heredó la leyenda Mulligany.*

Como despedida por un vestigio de Gruesa, O'Jaral vislumbró en el aire la imagen de Mulligany agonizando

en un jardín danés. Una mujer le pisaba el pecho y en la mano tenía un libro suculento. *Mona Diecksen*: ¿y a ésa quién la estaría traduciendo?

Con el chocolate todavía en el garguero, O'Jaral entró al café La Penúltima. Al lado del baño había un videoteléfono y un hombre que lo controlaba. No le importó pagar dos dólares por el chip, porque estaba casi seguro de haberse acordado del número que podía ayudarlo. Una vergonzosa esperanza le mitigó el dolor de apretar los botones. Pero el dolor regresó, con una migraña violenta, cuando en la pantallita apareció un joven impaciente que sin duda no era el Editor.

O'Jaral colgó. No se le ocurría otro número.

Empezaba a horrorizarse.

Justo entonces, atravesando toda la humareda del café, hasta las costras de la nariz le llegó el perfume de especies que andaba buscando. Era más seco que otras veces, o menos rancio o más fresco: ruibarbo y pétalos de asfodelo; pero eso qué importaba. O'Jaral sufrió la lentitud de sus piernas hasta la acera.

Los hombres ésos estaban al lado de un semáforo: jovencito de capote blanco y ojos hipertiroideos uno, el otro un viejo de gran túnica de retazos, barbudo e intensamente azorado. Con una nobleza tétrica cruzaron la calle esquivando coches o atravesándolos, sin dejar de conversar como un mullah y su discípulo en ejercicios de plegamiento temporal. Se movían con tal discontinuidad que O'Jaral tuvo que combinar carreras y frenadas para no perderlos de vista. Después de doblar una esquina decidió agitar la mano: unos pasos después ellos se dieron vuelta.

"Oh", dijo el viejo. Sólo entonces O'Jaral reparó en que llevaba turbante. "Señores, necesito ayuda", dijo. El viejo lo miró con una sorna caritativa que parecía un hábito muscular. "No debería mendigar, caballero." "Caracho", se enfureció O'Jaral, "pero entonces ustedes me mintieron." "No, no, en absoluto. ¿Para qué vamos a mentir nosotros? ¿Qué miedo o pérdida nos pueden inquietar? Lo poquito que obtengamos siempre será una adición. Por eso, si usted es nuestro, le recomiendo que no mendigue." "Saben muy bien que soy de ustedes",

dijo O'Jaral en voz baja. No estaba seguro de que la gente no fuera a tomarlo por un orador abandonado. "Es el maestro quien lo sabe", dijo el joven. "Y yo, yo suponía que en este trato no iba a haber humillaciones", aclaró por fin O'Jaral. El viejo inclinó la cabeza: "De acuerdo. Perdóneme. Dígame qué se le ofrece." "Necesito algo de Gruesa", dijo O'Jaral. "Cincuenta dólares, tal vez." "Señor, nuestra gente ya no trabaja ese rubro. Y para colmo de sus cuitas, en todo caso no seríamos nosotros los encargados de proveerlo. Pertenecemos a la rama de vigilancia."

Una inmaculada desnudez pareció ganar el espacio; O'Jaral tuvo que concentrarse en la turquesa del turbante del viejo. "Soy O'Jaral. He sido cliente de ustedes." "Calle, calle, eso ya lo sabemos." Como el ala de un halcón, una ráfaga de olor a canela rozó la nariz de O'Jaral. En alguna de las llagas se le abrió un cascarón de orgullo. "¿Me están vigilando a mí?" "Bue, podríamos decir que ahora que nos ha salido al paso…", dijo el viejo. "Maestro", dijo el joven, "veo al hombre trémulo y sin embargo encallecido…" "Cuando debería ser firme pero flexible", dijo el viejo. Como un pichón insensato, el orgullo de O'Jaral se fue al suelo: "Me quieren castigar, ¿cierto?", dijo. "Porque esto se llama escarnio. ¿Qué pasa? ¿Represalias de su cofradía por lo de mi madre, por lo que le pasó a Badaraco? Yo no… Yo no."

"Ignoro quién será Badaraco." "Lo mismo yo, maestro." "Los hay que se resisten a abandonar el estado de cadáver… En cuanto a su madre, caballero, no está en este país. Y…" "¿Y el Gran Muzzone?", preguntó O'Jaral en voz baja. "Mmm. Si está con nosotros, ya no se llama así. Entre nosotros nadie es grande. Por lo demás, sepa que nosotros no tomamos represalias. No somos una cofradía: somos un mundo completo. Somos comunidad y disensión, unidad y trizas, proyecto alucinado y realidad quieta; somos tribus y guerras. No comprendemos el pasado ni prevemos el futuro. Todo nuestro poder se debe a que aprendimos, ¡ah!, que algo desconocido está siempre haciendo no sabemos qué. Lo único que nos une es la ambición de poder más. Ah, sí: y la gloria de la incertidumbre."

O'Jaral sintió un picotazo en el nervio ciático; quiso ser lo más serio posible. "¿Por qué se supone que soy de

ustedes?" "Porque nosotros somos de usted, caballero. Sólo cuando nos ven estamos, somos de este lado, el de ustedes. Usted... Fíjese, cierre un momento los ojos."

O'Jaral no acató la orden.

"Gracias. Ha sido un gesto muy hermoso. Bien, ¿para qué quiere Gruesa?" "Soy un hombre sin trabajo. Debo repararme la boca y solucionar alguna urgencia." "¿Para qué?" O'Jaral se esforzó por ser explícito: "Tengo que seguir adelante con mis propósitos. Tengo un compromiso con mi labor, una deuda de amor intelectual. Debo completarme."

"*¡Completarse!*", guñó el viejo. "¡Usted no aprende más!"

Como una almeja hundida en arena húmeda, la antigua avidez de conocimiento abrió un agujerito en la calcinada mente de O'Jaral. "Todo puedo aprenderlo si me lo exponen con claridad", dijo. El viejo meneó la cabeza, como quien mira una alfombra mágica que está criando polillas. "¡Completarse! ¡Por favor! Mire, si está necesitado, vaya, ehm, vaya... ¡vaya *ahí!*" "¿Adónde?" "*Ahí*. Imagine que acaban de colgar ese cartel exactamente para usted."

Sólo al terminar la frase, con un giro que le infló la túnica como una gran bombilla, el viejo se volvió hacia el tren de lavado de coches que había en la acera de enfrente. O'Jaral siguió la dirección de la larga uña hasta que los ojos pudieron enfocar el letrerito colgado en la reja. SE BUSCA OPERARIO, decía.

En la mente de O'Jaral y en el mundo, ahora el mundo es la calle Colodrero, gradualmente difuminada a derecha e izquierda por la acumulación de gases, panfletos en suspensión, cables de electricidad robada, movimiento humano y reflejos del esforzado sol de invierno en charcos de vidrio molido y latas de refrescos. Estamos en el área del Centro donde un lengendario período colonial dejó a la ciudad construcciones sobrias, robustas, que cada etapa de una historia trepidante disecciona y vuelve a coser, como frankesteins urbanísticos siempre deteriorables.

En la única pared en pie de una casa demolida persiste la repisa que sostuvo fotos de familia, y allí exhibe un

vendedor revistas viejas, pájaros embalsamados, discos, cinturones. Un antiguo patio de coches es ahora una estafeta postal. Sobre la azotea de una mansión se alza la decreciente torre de madera del hotel Alfredo. Los muros de una vieja fábrica de aceite se continúan en tabiques pintados de amarillo de cadmio: ésa es la discoteca Corisco, alrededor de la cual, hacia la nochecita, se apoltrona entre cascotes una multitud de adolescentes más amigos de la cerveza, el cigarrillo rubio y las levitaciones del padre Bento Ferraiolo que de las incidencias del referéndum. El resto del día, con fondo de sintetizador, camisola blanca y collares convulsos, el padre Ferraiolo afirma la solidaridad entre los inocentes desde una pantalla que hay sobre la marquesina. Pregona una variedad pragmática del umbanda que permite salir de las sesiones de danza extática con el espíritu limpio, presto a hacerse un lugar social mediante la alegría. Los jóvenes, desflecados adeptos del padre, no aparentan una alegría contagiosa, pero a las reuniones de tarde acuden muchos forasteros, burgueses de la Zona Media que antes de entrar en la discoteca practican a fondo el rito de la limosna y dos horas después salen muertos de risa.

Los coches de ese rebaño son la principal fuente de actividad del tren de lavado El Intervalo, que está justo enfrente de la discoteca y cuyo propietario, R. P. Baldovinetti, ha resuelto hace tiempo iniciarse en los misterios que el padre Ferraiolo sabe divulgar. Al manso transcurso de los autos en cadenas, las máquinas del tren de lavado exhalan chirridos, borborigmos, siseos, vientos ululantes; escupen, enjabonan, cepillan, abrasan, pulen, bruñen, abrillantan, no tan a menudo como R. P. querría pero con una asiduidad aceptable, y esa porción de la calle aporta al aire un rocío espumoso, una tibia brisa de secadora bajo la cual O'Jaral, capote negro y gorra de hule, se afana reumáticamente por desplegar las reminiscencias de su habilidad.

O'Jaral calza unas botas demasiado chicas que le han sacado juanetes. Como la presión del agua de la manguera le corta la piel, suele higienizarse apenas lo imprescindible. No obstante, lo que queda de energía en su yo marchito le ha permitido forjarse una pequeña leyenda de

eficiencia discreta, de pobreza encantadora, que eclipsa el vivo testimonio de una carne más bien sarmentosa.

Luis Carlos, el ciruja enigmático.

A O'Jaral tanto le da lo que digan, mientras no vayan con la información a cierta parte. Nada le importa sino juntar un dinero que le alcance para arreglarse la dentadura y, con los dientes completos, lanzarse a buscar al hijo de perra del doctor Vioth. Tremendo como es el camino que lleva al reencuentro con su tarea, O'Jaral poco se pregunta cuánto le falta. Como el que en una ordalía debe transportar una paloma sobre ascuas, sigue adelante intentando que los pies toquen el suelo lo menos posible. La cuestión es llegar a la otra punta y cambiar la paloma por un don antes de que se presenten Ellos; y procurar no estrangularla.

Cuando el pensamiento piensa en tropiezos, O'Jaral lo apaga leyendo *Donde yo no estaba*. El libro le trae un sosiego cada vez más acabado. Es posible que el efecto se deba, ha reflexionado, al castellano sosegado y rancio que utilizó el traductor, una criatura sin duda responsable cuyo nombre ni siquiera figura en los créditos. Es posible que simplemente Alexis Rabastain fuera un clásico: un escritor que había dejado de hacerse preguntas y se proponía no suscitarlas; que ya no necesitaba el apoyo ruin de las metáforas. Por ejemplo, cuando en la página 367 escribe:

> "*12 de mayo.* Hoy me dio cierta vergüenza que mi mujer se despertara de mejor talante que yo, y se lo dije. Lo que me avergonzaba, de hecho, era no haber dormido lo bastante bien, como si las energías que no había logrado consumir en el sueño pudieran llevarme, durante el día, a hacer algo que no me apeteciera del todo. Desayuné una rebanada de pan blanco con mermelada de grosellas y dos tazas de café, y salí hacia el trabajo como si me empujaran, dejando atrás unas risas que no consideré dirigidas a mí. Noté que las gaviotas del puerto le están ganando espacio aéreo a las palomas, hecho respecto del cual no acierto a tener opinión. A la

altura de la rue Jean Robineau me di cuenta de que llevaba suelto el cordón del zapato izquierdo. Cuando me agaché a hacer el lazo, como muchas otras veces me subió a la cabeza la borrosa imagen de Lazare, aquel muchacho tan hosco con el que en un tiempo íbamos a remar. Siempre me ha provocado curiosidad esta relación entre ciertos actos reiterados, puntuales, y el implacable recuerdo de alguien en particular. No puedo pensar, obviamente, que haya algo de Lazare en cada cordón de cada zapato izquierdo que yo haya usado desde que lo conocí. Tampoco que a él le suceda algo cada vez que yo me ato el cordón. No creo en esa clase de empatía, telepatía o como se llame. Lo que me interesa es el tipo de dominio que, sin saberlo, una persona puede ejercer de este modo sobre otra. Sin duda Lazare lo ignora, pero la relación es tan intensa que, cuando me agaché, yo ya sabía que iba a recordarlo, que *él* se me iba a presentar en imagen, y luego estuve mucho tiempo agachado, lidiando con estas meditaciones. Es decir que Lazare me impedía enderezarme, en cierto modo, allí en medio de la acera, entre tantos paseantes. Por fin lo hice, desde luego, intentando pasar inadvertido. En gran medida, los buenos modales consisten en saber qué hacer con el propio cuerpo en público."

O'Jaral sólo lee a Rabastain cuando nadie puede verlo. En el tren de lavado El Intervalo también trabajan Marcialito, un chico silencioso, lívido y encorvado como un cuarto menguante, y Serapio, un tipo que se lo pasa hablando de su perro. O'Jaral los ha convertido en subordinados suyos. Ellos lo admiran porque no duerme nunca, y porque no se deja cuidar ni siquiera cuando tiembla de fiebre, lo que con las mojaduras obligadas sucede muy a menudo. Por gentileza de R. P. Baldovinetti, O'Jaral tiene alojamiento en el cobertizo de herramientas que hay detrás de la cabina de pago. Ahí, como un penitente en un

foso junto los fastos de un castillo, se encierra después del trabajo con su bolsa de plástico y sus frazadas.

Entonces espera que Marcialito y Serapio vuelvan frenéticos de las sesiones curativas del padre Ferraiolo; los sofrena y, para educarlos, ejercita la memoria contándoles por ejemplo que en 1966 Joseph Greenberg propuso dividir el continente africano en cuatro grandes grupos lingüísticos, el más importante de los cuales es el Congo-Kordofán; y así diserta hasta llegar, pero nunca llega porque se le han borrado demasiados datos, al traslado de las religiones negras a Brasil; pero a esas alturas Marcialito está dormido y Serapio se sale de la vaina por hablar de su perro. Es un perro de aguas de doce años y medio, buenazo, tuerto, que tiene ganas de morirse. Serapio dice que cuando el perro se muera él se va a quedar muy solo, más solo que un perro, y acaricia el aire presintiendo el vacío, y al fin se levanta para volver a su casa y darle al animal de comer, quizá por última vez. Borrosamente, desde las salinas del pensamiento, O'Jaral lo ve internarse en la noche y columbra que la calidad de su compañía es tan declinante como el alcance de su vista.

O'Jaral, cosa rara en él, recuerda. Extraña las preguntas que le hacía Muzzone, las milongas y los boleros de Muzzone, la extraordinaria inclinación de Muzzone al diálogo, adornando todo con un halo plateado que sólo se disuelve cuando fuma un buen par de canutos de Gruesa. No es que fume para olvidar. Fuma para recordar lo debido. También para que el humo haga bulto. Desde que la trayectoria de su vida entró en el mundo, todos los nudos que trabó con otras trayectorias se complicaron por un tiempo para terminar deshaciéndose de un tirón; los demás quedaron en el camino, en otros caminos, como a lo mejor tenía que ser, pero O'Jaral no sabe si su línea está tensa por la simbiosis consigo misma o porque a fuerza de perder hilachas va a romperse.

Pero no habrá dolores insufribles mientras él cumpla los objetivos de cada etapa. A veces, para mantener el buen ánimo, se llega al quiosco del informático del barrio, alquila una computadora y mete los cuidadísimos disquettes con el resumen de sus conocimientos. Ve pasar las fichas por el monitor. Es una gran visión. Masticando aspi-

rinas, embotada la cabeza, O'Jaral se dice que cuando componga el panorama de todas las causas hará el gran resumen sinóptico que le permita tener una idea eterna. Después sigue fumando.

Pero la Gruesa que ahora abunda por el barrio tiene efectos irregulares. La distribuyen unas relaciones del padre Ferraoilo, gente con pulseras de plata, de ojos brillantes como guindas en conserva. "No fumes eso, quinoto, que dicen que es jodido", suele aconsejarle el bueno de Marcialito. A O'Jaral le basta pasarse la lengua por los huecos de las encías, costumbre que se le ha convertido en rito de vigilia, para concluir que un hombre promisorio relegado a limpiar coches ajenos tiene el deber de alegrarse con algo.

La Gruesa se ha puesto baratísima. Pero no proyecta fantasías irreconocibles, sino pobres manufacturas de la imaginación, bibliotecas espaciosas, avenidas limpias y llenas de jardines; no le da a la mirada esa fina calidad de embudo, no sabe escoger una dalia o ùn chicle pegado en un alféizar para convertirlos en centros emanadores de mundos forasteros. Con los días, O'Jaral cree descubrir que esta Gruesa más bien tacha las cosas; en el caso de él, atornilla la mirada a la imagen interna de la lengua tocando esos lugares de la encía donde faltan dientes. Marcialito le pregunta cuánto hace que no duerme. O'Jaral se encierra a leer a Rabastain. En la página 207 de *Donde yo no estaba*, Rabastain dice:

> ...nada que ayudara mejor a que pasase el tiempo, acepté la invitación del ferretero Deville a jugar una partida de billar. Por otra parte siempre es agradable, si a Deville no se le ocurre confesarme que sueña con matar a su mujer, conversar un rato de futilidades en esa atmósfera de luz cenital que huele a tabaco y café, con el fondo del choque de las bolas. Huelga decir que lo que uno quiere es que las bolas choquen a menudo. Se juega al billar no para que las bolas rueden, sino para que choquen, y, cuanto más lo deseamos, menos ellas lo hacen. Pero esta tarde mi disposición era tal

que, cuando llevábamos unos veinte minutos de pareja monotonía, pues ambos somos jugadores mediocres, yo hice una serie de... diecinueve carambolas seguidas. Deville quedó traspuesto de envidia. Yo pensé que el secreto debía ser el profundo desinterés que me provocaba la partida en cuanto contienda (en realidad quería que Deville me hiciera más confesiones privadas). De modo que todo el resto del tiempo lo pasé intentando distanciarme de la situación para poder repetir la hazaña. Y, lógicamente, no pude repetirla porque mi distancia era una argucia. Las bolas comprendían perfectamente que yo hacía caso omiso de ellas con la esperanza de que así se dedicarían más libremente a chocar. Este sobrentendido restableció el vínculo que se había cortado en un momento, y tardé casi hora y media en alcanzar las cincuenta carambolas, pero aun así gané. Pienso que fue la última represalia del juego contra mi incomprensión, porque lo que de veras me interesaba francamente perder, a fin de que Deville se entonara y hablase, hablase, hablase, mientras mi mente hacía pequeñas excursiones a la humareda y regresaba a beber un sorbo de cerveza.

Rabastain lo calmaría completamente si O'Jaral no estuviera preocupado por las escoriaciones que tiene ahora en las manos y no son cosa del frío. También son raros los quistes que se encuentra en los tendones, como tortas de bosta en senderos de montaña. De noche se envuelve las manos en papel higiénico, les echa aliento. Vela por su salud. No es que no duerma, por supuesto, sino que duerme menos en su cobertizo que periódica, instantáneamente, unas siestas de medio minuto en medio del trabajo. Duerme de pie, con un paño de lustrar en cada mano, mientras espera a que el coche de turno surja lentamente por entre los rodillos secadores. Y cuando se echa esas siestitas le pasa una cosa muy rara: tiene sueños.

O'Jaral, que no ha soñado nunca, ve en sueños una mujer de pelo añoso que hunde la cara en el pecho de un hombre joven. La mujer está llorando, pero no mucho, y el hombre tiene un diploma en la mano alzada. La cámara del sueño gira y enfoca al público, que parece desvivirse por leer el texto del diploma; cosa que indudablemente la mujer impedirá, seguramente por amor a la discreción. También suele aparecer una lechuza llevando en el pico la cabeza de Badaraco.

Con los días, la mujer emocionada con el joven orgulloso, la lechuza victimaria, se acostumbran a presentarse fuera del sueño, o bien O'Jaral las proyecta en el parabrisas del coche, un Opel Blitzkrieg, que en este momento se ofrenda a la rapidez lustradora de su bayeta. Bosteza. Ni el sueño es reparador, ni las proyecciones son vivaces. Encima, si O'Jaral se acerca al dueño del coche por la izquierda, el ojo derecho no le permite distinguir bien las monedas de la propina. Hasta es posible que se le caigan al suelo. Y como el ojo derecho no está ciego sino inflamado, las monedas desparramadas se multiplican como mieses diabólicas.

El día que Marcialito y Serapio se van a votar, O'Jaral ve alejarse cuatro figuras antianexionistas.

Durante el día van a votar muchísimas figuras familiares de la calle Colodrero. Febril, pero impotente para vencer su pesadez, O'Jaral se pregunta por qué estará incumpliendo su deber ciudadano cuando siempre ha pensado que hay que cumplirlo por imperativo moral, por mucho que los legisladores lo incumplan, precisamente por eso.

A ojos de O'Jaral todos los votantes que pasan por la calle llevan adosado un doble espectral. Y lo siguen llevando al día siguiente, aunque ya no voten.

La décima o vigésima vez que se agacha a recoger una moneda y no la encuentra, con una náusea tórrida le entra la idea de que se le ha caído la confianza en hacer un descubrimiento. Violentamente se endereza, olvidándose de la moneda. El nombre de O'Jaral no es medio dólar, le dice a Serapio.

El perro de Serapio ya está en las últimas. En cambio las perspectivas del país, aparecen diciendo el general Sol-

ves, el periodista Adán Bornuales, el canciller Bornut, la actriz Tatiana Fleruso, son de lo mejor. El país acaba de entrar en una fase especial.

Precisamente esta noche hay una gran fiesta en la discoteca Corisco: y guay del indefinido que quiera enturbiar el ambiente, anuncia el padre Ferraoilo en su pantalla callejera, porque es una fiesta de reconciliación.

En palabras del presidente, un 64 por ciento de la población votante ha dicho *Sí* a la anexión del país al Grupo de Punta.

Desde el cuarto de revelado fotográfico en que lo tiene prisionero la Gruesa, con la lengua hurgándose la encía, O'Jaral cavila que esa victoria armoniosa debe tener satisfechísimo al consorcio de Badaraco y consternado a Ravinkel. En su opinión, la de O'Jaral, el acontecimiento pone en el estado de la realidad una redundante pátina de medianía, justamente el tratamiento apto para una realidad que agarra a los que podrían reemplazarla por otra más viva y los condena a tantear monedas en el suelo.

En el fondo O'Jaral comprende bien el odio político de Ravinkel, pero también comprende que es un odio intrascendente porque se odia a sí mismo. O'Jaral está harto de caracteres destructivos. Hasta la democracia concentracionaria va a destruirse en su propia negación. Él sabe que no dormirá bien hasta que siente las bases de nueva positividad.

O'Jaral está enfrente de la discoteca. Después de dar unas vueltas meditabundas, el ruido de la música se le mete en el cuerpo y le hace temblar tanto que el porro se le resbala de los dedos. Sobre la rítmica pacotilla de la democracia concentracionaria el cielo produce una estrella. O'Jaral se percata de que definitivamente la ve con un solo ojo. Tiembla más.

Quiere agacharse a recoger el porro y termina derrumbado, pero antes oye el choque de su cabeza contra las baldosas.

Ahora sí que no podía moverse. Había dormido no sabía cuánto y aunque de pronto estuviera despierto en cierto modo seguía durmiendo. La vigilia se disolvía mal en un

sueño sin sueños, aclarando apenas una capa superior, dejando el poso intacto e inaccesible, como el primer chorro de leche en un gran vaso de café que hacia el fondo puede ser barro, quizá brea. Por momentos el chorro pegaba en un zócalo duro, y en vez de esparcirse se condensaba en cuajos de conciencia. Cada cuajo traía una noticia: el cloqueo periódico e inexorable de una máquina que él no veía, una radiación de números verdes, dos agujas en la misma vena, pasos, risas, manoseos o palmadas y la imposibilidad de moverse para apagar el zumbido de ese motor, cuál. Un ardor calcinado en la garganta dominaba otros malestares, sustituido sólo a veces por calambres en los muslos. Cuando la conciencia creció lo suficiente para crear una débil frontera con el sueño, comprendió que por la boca le entraba hasta la tráquea un tubo transparente; en el pecho vendado a medias tenía electrodos, agujas en el hombro izquierdo y el brazo derecho y más abajo, donde la vista llegaba apenas, varias mangueras surgían de las piernas como surtidores endurecidos. Indelebles ojos árticos, escudriñadores, se acercaban a inspeccionarlo, se iban y volvían y después se iban. Desde arriba de un monitor, un funcionario jorobado, con traje a rayas y frente peluda, lo vigilaba con una fría sonrisa en los ojos de hígado crudo. Bajo la invariable luz subacuática, de a ratos alguien echaba a volar gorriones que se estrellaban contra los mosaicos; muchachas de maquillaje asfáltico, uniformadas de vinilo blanco, les inyectaban anticoagulantes, los hacían sangrar sobre el torso de él, y un hombre de bigote sudado entraba a observar cifras en la consola de un aparato.

Aunque O'Jaral aceptó que estaba en manos de Ellos, no soportaba ignorar si querían hacer algún experimento o extraerle lo que supusieran que había creado. Cuando el tipo de bigotes o quizás otro se presentó con un detector, él hizo tal fuerza por incorporarse que arrastró la colchoneta antes de caer de nuevo, ladeado, sobre el tajo por donde debían haberle sacado líquido medular. No iba a regalarles nada. Tampoco iba a dejar que lo matasen. Sólo rebelándose los iba a persuadir de que tenía algo guardado y obtener una moratoria de vida. Y si era verdad que guardaba algo, mejor volver a la brea del sueño, como quería la vieja que entró corriendo a inyectarlo en el bra-

zo. El detector, si era un detector, dejó escapar varios silbidos. Más que alarmarse, las agentes vinílicas se rieron. El corazón de O'Jaral dio un vuelco. No quería que el sueño fuese para siempre. Podía ser para siempre.

Otro chorro de leche, más caudaloso, cayó en el líquido inmóvil y avivando sensaciones agrias empezó a aclarar zonas más bajas. A medida que alrededor se atenuaba la luz, la quietud se fue haciendo más dolorosa pero menos amenazante y las palabras menos maléficas. Alguien le dijo que si se portaba bien lo iban a desatar. El jorobado del traje a rayas había desaparecido. Un perfume de espliego se le acercaba de vez en cuando con una enfermera que observaba, que observaba las botellas de suero colgadas del soporte. No era simpática la sonrisa, pero tampoco gélida. Era la sonrisa de una mujer avinagrada y profesional, cubierta no de vinilo blanco sino de una especie de guardapolvo. Otras eran igualmente profesionales, aunque más indiferentes al dolor de los cólicos, a las puntadas, al tormento de las náuseas y el pavor de las palpitaciones que no podía nombrar, a la agonía del tubo en la boca y la quemazón de los labios. Olores de distintas marcas se reunían de vez en cuando en torno a la cama y trababan feroces conversaciones que él oía a pesar de que no oyera casi nada más. Decían: "¿No ves que casi no orina?" Decían: "Pelagra es imposible: había dermatitis pero no diarrea." Y también decían: "Suprímale la morfina." "Esa sonda se está infectando." "Esto se va a reventar. A ver si Nubiondo puede hacer mañana la anestesia." Le echaban una miradita más, murmuraban "Fuerza, macho" y se iban.

Una vez, desde un rincón que no habría podido ver sin dislocarse una vértebra, le llegó un susurro de hojas de revista y una voz de mujer se abrió paso, no sabía si hacia él, como un viento sin fuerza en una tarde sofocante.

"Él dice que hay que aprender a estar solos", dijo la mujer, "pero él no estuvo solo nunca, nunca. Para él estar solo es tener una cama entera, comer mirando la tele, elegir como un tirano el momento y el lugar de la cita. Se cree que la soledad es una pérgola vacía con una guirnalda

de faroles que seducen uno a uno. Pero yo, ah, yo conozco la soledad que nada interrumpe, la de las confesiones que apestan. Yo sé de la fosa, el calabozo, la interminable espera del juicio, la soledad que purga y amarga, el tormento de no saber qué error cometí. Los hombres son unos farsantes. Jm, este tipo gasta más suero que un elefante. No hay peor enfermo que el que se quiere curar."

La voz se alejó. No, no eran Ellos. En medio de alguna tanda de manoseos, con un dedo engomado entrándole por la ingle o el cambio de un drenaje en el vientre, disuelto en el barro tibio de una repugnancia de café con leche, O'Jaral se dio cuenta de que había caído en el expreso de la institución médica concentracionaria. A velocidad permanente, lo transportaba por la vía única de la ciencia positiva hacia alguna estación de su lógica alucinada. El cuerpo de O'Jaral vomitó la conciencia y se dejó llevar. Probablemente no querían hacerle nada malo, pero era imposible que en el afán de curarlo a toda costa no pasaran por encima de su salud.

"Si tiene los ojos abiertos es que se despertó", le dijo una enfermera. Él seguía sin moverse, ya no porque estuviera atado sino porque el cuerpo sólo se dejaba conocer por los dolores: de huesos, de llagas, de cicatrices, y otros imprecisos, muy internos, como si una palanca apoyada en los riñones hiciera presión para expulsar la próstata. Otra enfermera, con algo de nereida, le anunció que iba a pasarlo feo porque el hospital no pensaba suministrarle más morfina, y que se iba a despertar del todo porque tampoco podían derrochar sedantes. O'Jaral se habría dispuesto a probar su resistencia si el cerebro hubiese sido capaz de disponerse a algo. Una vez se despertó vomitando. Le habían sacado el tubo del respirador artificial. Estaba sobre el costado derecho. Un entalcado muchachito de barba investigatriz entró mordisqueando una galleta, dijo Perdón y una vez hubo tragado le glosó la ficha clínica.

En principio habían diagnosticado una avitaminosis, pero la inflamación del tejido periorbitario y la proctosis ocular los había inclinado por la rarísima enfermedad de Begener. O bien O'Jaral había consumido droga adultera-

da con heno, o bien comido carne de gato en mal estado. Claro que él nunca se había fijado bien qué fumaba, ¿verdad? El parche que llevaba en el ojo derecho se debía a la intervención de una retinitis por toxoplasmosis. De ese ojo nunca volvería a ver bien, quizá no iba a ver casi nada, pero si eventualmente existía el mal lo habían erradicado. La permanencia en cuidados intensivos, una septisemia de origen desconocido y el necesario tratamiento de un mes con corticoides y antibióticos habían producido sobre todo: a) un cólico hepático; b) una insuficiencia renal aguda. Tenía un riñón inutilizado pero en su sitio. Tenía el hígado, bueno mejor no mencionarlo. Al principio le iba a ser difícil orinar. Quizá no caminara con facilidad, porque al caer se había roto un tendón. Debía dar gracias a Dios. Los últimos análisis indicaban que no había tenido la enfermedad de Begener, sino acaso una variedad de gripe muy virulenta, pero el internista pensaba que de todos modos el tratamiento no le vendría mal. Podía vivir bastantes años si se alimentaba según le indicarían las señoritas. Con las semanas, cuando le sacaran las gasas de las manos, advertiría que de las dermatitis se había curado bastante. Iba a tener, je, una piel de manzana. Así que a ver si ponía voluntad, comía y dejaba de quejarse. El lunes le retirarían los drenajes; el martes, el suero. Por el momento, fuera de acá. ¡Arriba, a la sala! Las señoritas de la administración le pasarían la factura. En caso de insolvencia, el Centro de Reclutamiento para Carenciados le daría un trabajo con el cincuenta por ciento del salario a beneficio del Hospital Rubini; en caso de desacato, el expediente pasaría a los Tribunales. Buenos días, señor.

Yo nunca me quejo, susurró O'Jaral, pero la puerta se había cerrado.

Ahora era un pabellón como una devastada fábrica de cemento, con camas sin cobijas o colchones sin cama hasta donde alcanzaba la vista. No había ventanas; imprevisibles en sus horarios, dispersas bombillas de sesenta vatios bostezaban de tanto en tanto una luz anémica. O'Jaral no tenía reloj. Monjas, supervisoras y camilleros, todos adictos al chicle, se paseaban acercando aquí una chata, ajus-

tando allá un vendaje, entre los diarios viejos que dejaban las visitas y las cajas de cartón que suplían a los armarios carcomidos. Ayes y puteadas, radios portátiles, pedos, delirios, clamores por calmantes respondidos con hombros que se encogían. O'Jaral seguía quieto. Lo habían metido en un camisón rústico remendado, y la aspereza de la almohada le decía que le habían cortado el pelo más o menos al cero, quizá para que pudiera contar las gasas pegadas al cráneo. Al costado de la cama, la bolsa de la zapatería Galveston como un signo de que tras el dolor vendría la indigencia; se la habían mandado al hospital *por gentileza del padre Ferraiolo*.

Un zanguango ciclópeo, enfermo vitalicio ascendido a fisioterapeuta, pasaba dos veces por día a masajearlo sin piedad. Indiferente incluso a su lógica, la institución médica concentracionaria se ocupaba de curar a muchos candidatos al exterminio, pero persuadiéndolos poco a poco de que merecían, quizá deseaban, que otras instancias los exterminasen cuanto antes. El malestar de O'Jaral era tan grande, el cansancio tan demoledor, que el pensamiento apenas podía pensar una cosa, y la pensaba continuamente como si la insistencia le sirviera de apoyo para pasar alguna vez a otro tema.

Pensaba que la quietud era intraducible. La quietud no sabía de nada que no fuera ella misma, y del núcleo de cansancio, congoja y oquedad que a veces dejaba traslucir. A la quietud no se podía interpretarla, porque todo lo revestía de impotencia. Era la quietud del sufrimiento, de la espalda viscosa sobre las arrugas de la sábana.

En esta idea, y en los espasmos que le producían los sorbos de caldo, intentó afirmarse para decidir que, si el pensamiento estaba tan replegado e inmóvil, lo iba a manejar para que al menos pensara en lo más cercano que tenía: él mismo. Por un tiempo, O'Jaral se daría al pensamiento como objeto privilegiado, sin falsa modestia. Él ya había expulsado las ilusiones de alma, de permanencia. Sabía que un individuo era efecto de un complejo de causas, una encrucijada de leyes naturales sin intención, y arduas investigaciones le habían dado los datos, aunque ahora no los recordara, para abordarse a sí mismo desde afuera. Era el momento de retrasar un poco el estudio del

mundo para conocer, no una identidad fingida, sino su ser verdadero. Libre de toda veleidad, la quietud forzosa lo iba a empujar a una revelación oscura. Pero esta larga patraña pasaba de largo y O'Jaral, que en vano intentaba retenerla, empezó a columbrar que el meollo de O'Jaral no era nada.

Era un cuerpo con un pensamiento, un ojo casi inservible, un solo riñón. Era un cúmulo de dolor de huesos, sin reloj, que por un tajo en la cara sorbía caldo con pajita. Sin embargo, si no el dolor ni el pensamiento, una función activa creaba estas nociones que el pensamiento tenía que asimilar. Y, como le sucedía al cuerpo con el caldo, la paulatina asimilación de sustancias iba empujando al pensamiento desde la quietud hasta un filo donde empezaba el vértigo. Fuera de la conciencia, del cuerpo y del pensamiento, había algo de O'Jaral que a O'Jaral no le pertenecía del todo pero estaba en la totalidad, concreto, aguardando.

Porque era absurdo que Ellos se hubieran empeñado tantos años en acosar una ilusión.

En este punto el pensamiento arrastrado se agotaba y O'Jaral volvía a ser un cuerpo exhausto. La lengua lacerada repasaba los huecos de las encías, como un temor de morirse sin haber encontrado la palabra enigmática.

Una tarde, probablemente una tarde, el hombre de pecho hundido y largas flemas que tenía a la izquierda lo despertó con un gruñido. "Y mire, ¿ve?", dijo aunque O'Jaral no le respondía: "ése de allá fue traído hace una semana. Operación de cardiovascularismo; mal hecha." O'Jaral no podía girar tanto como para ver algo más que una mujer canosa que mordía un pañuelo frente a una cama. "Problema de suministro de oxígeno, hubo", dijo el coreano. Le fue arruinado el cerebro. Embolia. Se quedó idiota para siempre, claro que tiene sus años."

La mujer soltó un sollozo que conmovió todo el pabellón.

O'Jaral no pudo evitar apoyarse en un codo. A veinte o veinticinco metros, con el ojo emparchado, le costó mucho reconocer que esa máscara tiznada era el último avatar de la cara del doctor Vioth. Pero lo reconoció.

Uno menos. Y no el menos importante.

Lo despacharon en una funda de plástico. El consorcio de Badaraco no se deshacía en atenciones con sus siervos.

O'Jaral dejó caer la cabeza en la almohada, como si no pudiera resistir la falta de alegría, de estupor. El doctor Vioth. Así morían los peleles: sin un ay, sin un oh, sin un *luz, más luz* ni el realce de la pena.

No puede decirse que O'Jaral no sintiera ningún alivio; después de todo habían muerto sus dos grandes chantajistas. Pero no mucho, no mucho. En la tiránica inmovilidad del malestar pensó que aquel finado era el único hombre que podía dar constancia de que él, el llamado O'Jaral, era algo más que una ilusión.

Un gigantesco bucle lo había devuelto al punto de dieciocho años atrás. Pero no pensaba renunciar a sus metas. Él ya no era el mismo de antes. Aunque el azar podía ser inicuo, la necesidad agregaba o sustraía. Ah, si O'Jaral hubiera podido hacer un balance.

¿Qué criminal había dicho *Nunca somos tan virtuosos como cuando estamos enfermos*?

Y como un soplo de los mosaicos blancos, entre las ristras de dolientes, a la salida de una siesta vio avanzar necesariamente la figura rellena y ligera de Gracia Calisandru. Venía detrás de una mueca de miedo que le empalidecía el maquillaje.

"¡Luis Carlos!" Indiferente al gesto de él, le tocó la cara y estuvo respirando por la nariz de dragonesa: "Quien no lo ve no lo cree." "No sé quién me verá. Yo no", dijo O'Jaral apartando la cara. Como si fuera natural, ella pasó de la alarma a la dulzura: "No sea pavo. ¿Quiere un espejo?" "Señora Calisandru", dijo O'Jaral. "*Gracia*..." "Tal vez dentro de un tiempo..." "No se esfuerce, Luis Carlos, que está debilísimo." "No me hace falta mirarme, señora Calisandru. Creo tener idea de lo que soy esencialmente." Como quien fabrica hogares instantáneos, ella se sacó el tapado fucsia y lo dejó sobre la cama. "Luis Carlos, ojalá la facilidad de palabra le sirviera para algo. Explíqueme cómo un hombre tan fuerte se puede haber hecho tanto daño." "Me lo hicieron." "Por favor. ¿Qué le

hicieron?" "La medicina se interesó por mi salud." "¿Y usted por qué le dio motivo?"

Una lombriz de energía zigzagueó en la chirle quietud de O'Jaral. Quedó la huella, tibia, fugaz. "Creí que usted me había leído la mano." Ella se tapó la boca. "Ah, sí. Me había olvidado." O'Jaral desvió la mirada. "La superioridad que usted siente en este momento, señora Calisandru, no tiene por qué ser permanente." "¿De qué superioridad me habla? Lo que yo quiero es ser amable. Usted, que tiene pasta de filósofo, tendría..." O'Jaral se puso muy triste. "Estoy hecho pomada, señora. No puedo hacer nada positivo." "¿No votó contra la anexión, como yo?" "Fui un mal ciudadano", dijo él.

Entonces ella se rió, y O'Jaral vio de reojo que los pechos agitados pulverizaban el brillo de la blusa de rayón. Ella se sentó al borde de la cama. En un estertor de aneuritis, O'Jaral se alejó dos o tres centímetros. "¡Cuántas cicatrices, Luis Carlos! Perdóneme, pero si yo le dijera que me gusta más así, alicaído... Sin afeitar y todo está... más humano. Y más *sexual*." Sin que el malestar se desvaneciera, O'Jaral sintió que la quietud volvía a vibrar. Pidió fuerzas para impedir al menos que esa mujer lo redujese a hombre común. "¿Y su marido, señora Calisandru?" Ella soltó un suspiro como un tijeretazo. "A mi marido al final lo han curado. No sé qué operación de columna de una osteo... No sé. Ya no se va a achicar más."

"No sabe", repitió O'Jaral. "Sí, no sé. Total ya está, ya pasó todo. Está *sano*. Se ha quedado de uno cincuenta y seis de estatura. Espero que al menos el carácter le quepa." O'Jaral logró recoger una pierna. "Me alegro de que puedan volver al Naranjal." Ella se apartó un mechón negro de la frente. "Yo no. Ahora que ya no se achica más empieza de nuevo a aburrirse y a mandar. Como si se hubiera curado solo, el sotreta." "Caramba señora, no espere que le diga nada." "Ni se le ocurra. No quiero oír comentarios. No quiero que me expliquen. No quiero aprender. Me gustaría oír un cuento, Luis Carlos. ¿Sabe algún cuento?"

O'Jaral estiró la pierna que había recogido, pero sin desaliento. "No es mi rubro." "Entonces le cuento uno yo", dijo ella con una voz aleve: "Tulio Calisandru se va a

enredar con una enfermera que lo mima como si fuera un muñeco." "Señora Calisandru, estoy convaleciente." "No se preocupe. Es una mujer bastante linda, y petisa como él. Es... mire, es *ésa*." Gracia recorrió el pabellón con los ojos y señaló algo que para la feble vista de O'Jaral era sólo un huso de almidón coronado por una cofia. "Ella le toma la temperatura, lo limpia, le trae pollo de contrabando, ¡pollo!, y a él se le cae la baba. Esa mujer va a terminar queriéndolo porque ve que yo no lo quiero. Nada más que por eso."

Silencio. Ni ella estaba triste ni él intrigado. Y como si hubiera percibido que O'Jaral podía tomar la comodidad por indiferencia, procedió a demostrarle que por el momento ella podía levantarse y él no. "Me voy, Luis Carlos. ¿Necesita algo?" Desprevenido, O'Jaral tuvo que recurrir a una verdad inmodificable: "Recuperarme. Tengo mucho que hacer." Con una mueca de contrariedad paciente, ella se mordió el labio de abajo. El diente dejó una huella fría que la lengua humedeció un poco, como si con la saliva creara la sonrisa. "¿Pero usted no aprende nunca?"

O'Jaral no supo si había oído. La sonrisa se le había metido en la cabeza y crecía vorazmente con luz de invernadero. "No veo, Gracia, que me esté transmitiendo un mensaje especial." Ella sacó un caramelo y empezó a desenvolverlo con gula. "Bueno, ya va a aprender."

A los dos días lo saludó desde lejos. Dos días más y se acercó a besarlo, aprovechando la falta de reflejos de él. Sin plan, pensaba O'Jaral, sin razón, sin equilibrio. Juguete de las ganas y de los devaneos de la salud. Y al revés que todos los demás que se cruzaban con él, nunca quedaba en el camino.

Pero si por un tiempo no volvió a verla, incluso cuando probaba caminar unos metros, después ya no pudo. Porque una mañana la superiora de la sala se le presentó ante la cama, le puso en las rodillas la bolsa de la zapatería Galveston y la ropa, fumigada, y le comunicó que lo daban por restablecido: ¿Haría el favor de desalojar la cama de inmediato?

Los dedos blanduzcos de O'Jaral firmaron un formulario. Las nudosas manos devolvieron el camisón. La boca llagada prometió que iba a tragar esas píldoras y presen-

tarse con esa tarjeta en el Centro de Reclutamiento para Carenciados. Cuando se la colgaron del hombro, la bolsa de plástico le escoró todo el torso hacia la derecha; por eso aceptó sin chistar el bastón de regalo.

Nexos. Le hacen falta nexos de verdadero fuste para que el pensamiento se convenza de que pese a todo es dueño de una historia con origen, desarrollo, dirección y momentos climáticos, mientras los hechos se desmenuzan en unidades insignificantes, y encima difíciles. A O'Jaral le gustaría pensar, por ejemplo, que ha roto la crisálida del mal y está rehaciendo sus proyectos. Por suerte, el desbarajuste del cuerpo es tal que los deseos mueren en el alma bajo lluvias de plumas.

Acá se encuentra, en el tercer peldaño de la escalinata del hospital Rimini, no del todo erguido, tomando aire antes de poner un pie en el peldaño inferior, después el bastón y el otro pie, para después tomar aire de nuevo y aventurarse al peldaño siguiente. La manera actual de cumplir los objetivos no contraviene la dura condensación del pensamiento: lo importante es el próximo paso, la resistencia del tobillo y la rótula, la seguridad que ofrece la baldosa, esquivar esa mancha de grasa que augura un resbalón. Si evita que lo empujen, O'Jaral cobra un parejo ritmo enclenque que a los diez minutos lo ha alejado de la Medicina lo bastante como para atreverse a mirar la vida.

Primero otro pasito. Apoyado en un afiche de whisky, se masajea el riñón sano antes de mover la grúa del cuello. Entonces, alzada la cabeza, el ojo bueno descubre que la primavera ha conseguido infiltrarse en el Centro de Talecuona como un perfume de cerezas en una caja de plomo. La brisa agita las acacias, haciendo fluctuar las manchas de ambrosía que el sol pone en los vahos de carbono. Entre los brazos o los cuellos recién descubiertos los intercambios son rápidos, sazonados, tanto en el beso como en el insulto. En la puerta de un taller, las tramoyas de la luz convierten al mecánico sudado en escultura de sal; pasmada, una sabrosa militante le deja un panfleto a los pies.

Mientras mira estas cosas doblado sobre el bastón, O'Jaral debe abrocharse el gabán porque tiene frío. No mucho. Es la falta de tejido graso; quizás una atrofia de la esperanza. Le da la impresión de que el Centro de Talecuona no se ha repuesto del escarmiento que le dio el gobierno. En el café La Soldadura un conciliábulo de presuntos indefinidos alarga un debate entre nerviosos movimientos de manos y rodillas. El triunfo del Sí los obliga a razonar por una vez. La engalanada pantalla oficial de la esquina de enfrente transmite una panorámica de las posibilidades que el país ofrece a los inversionistas del Grupo de Punta. Es tan aburrido que desde los estudios centrales lo cortan para reemplazarlo por un espectáculo de doma. De vez en cuando aparece la imagen del presidente. LA POLÍTICA ES UNA EXISTENCIA MEJOR, dice el slogan.

O'Jaral no quiere distraerse, ni puede. Toc, dice el bastón, pffaff el pie no del todo alzado, crriiic el espinazo. La mirada se cuelga de lo que se le pone delante, procurando no chocar, y el pensamiento se retrae, aunque acecha. O'Jaral sabe que debe volver a sus estudios si no quiere que este episodio termine en la derrota; no obstante necesitaría una memoria más regenerada, dientes que mastiquen los alimentos y fuerza para la voluntad. Un reloj, también, para la disciplina. La conciencia de la necesidad es un comienzo. Tiene hambre.

Naturalmente, no va a gastarse los cincuenta dólares que lleva escondidos en el forro del gabán. La mente todavía no acierta con el número del Editor. O'Jaral ve una puerta de dos hojas sujetas con hilo sisal y se sienta en el escalón. Como un pastor que recuerda la colina adonde llevaba el rebaño, espera que el tiempo traiga una alternativa. Pasa una viejita y le deja veinte centavos. O'Jaral extiende un pañuelo en las baldosas y aunque la vista le patine abre el volumen de Rabastain. En poco más de media hora el talante de mendigo ilustrado le reporta tres o cuatro billetes. Y una hora después, por fin, comparece el olor de vainilla y canela que él estaba esperando.

"¿Pero qué hace?", pregunta colérico el hombre de ojos lácteos. O'Jaral lo mira desde abajo: "Lo mío. No pretenderán que me vaya con ustedes tan pronto." "Ay,

camarada, es usted tan inocente... De momento lo necesitamos aquí." "¿Dónde está mi madre?", dice O'Jaral de golpe. El hombre se alisa el vasto impermeable beige. O'Jaral insiste: "Mi madre tenía ojos azules. Cuando... Mire, debe tener puesta una pulsera con un dije enorme, una cabeza de mujer con el pelo como una llama. No hay dos pulseras como ésa." El hombre sonríe, parece. "Camarada, no quiera saber tanto. Usted de su lado, nosotros del nuestro, ¿de acuerdo?" O'Jaral baja la vista. "¿Y Muzzone?" "A ése no lo tengo oído. Por favor, no pregunte más. Tenga", dice el hombre. Le da un billete de diez dólares y se va fintando transeúntes.

O'Jaral entra a un bar, donde un mozo apenas menos harapiento que él le sirve un café con leche y tostadas con la altivez que es prerrogativa del que trabaja. O'Jaral intenta conversar. El mozo se va a atender a un monito que tiene encadenado en un estante, detrás del mostrador: "Yo te voy a enseñar trucos y vos me vas a sacar adelante", le dice. Ni una vez se vuelve hacia la mesa. Aunque la calidez del vaso lo tiente a demorarse, O'Jaral comprende que allí está de sobra. Por su bien, come y se pone en marcha.

Unas horas y numerosas paradas después, jadeante y descoyuntado, presenta el arrítmico toc de su bastón ante una cabina de plexiglás de la avenida Comandante Ngureanu. Es el Centro de Reclutamiento para Carenciados "Madre Alcira", que genera o absorbe una lenta cola de figuras muy arrimadas al desahucio. El Estado acreedor es inflexible pero persuasivo, y en la ciudad no hay mucho trabajo y, aunque masculla, la cola avanza. O'Jaral piensa que si él vuelve a moverse en dirección a su descubrimiento Ellos tomarán debida nota. Pero en cualquier otra dirección pueden estar los amigos de Badaraco, la policía o Ravinkel. Por eso no deja de ser ingenioso hacerse funcionario por un tiempo: mimetizarse nada menos que con el Estado.

Sin embargo, la espera es larga, y cuesta saber si en el fondo importa. Se sienta un rato en las baldosas. Cuando le entra frío tarda mucho en levantarse, como si no pudiera montar una torre con pedazos mal limados. No logra calcular cuántos meses hace que abandonó la casita

junto a la vía. Se pregunta si valdrá la pena tanta desgracia para alumbrar un sistema que a lo mejor sólo va a servir para la presunción de otros, algo que dentro de dos siglos un disertante mencionará con veneración o reivindicará ante, digamos, doscientas cuarenta personas, o caerá en manos de un profesor hipócrita como Gamudio. Trata de imaginar: el texto de su sistema surcando el tiempo con esa carga de conocimiento arduamente comprimido, obrando en la historia transformaciones imperceptibles pero fundamentales. Rabastain dice que hay que adelgazar la personalidad hasta hacerla casi invisible. Pero no sería desagradable que en el lugar de la personalidad quedara un rastro, un motivo de glosa; de lo contrario el invisible es menos que nada: es el extracto de la derrota.

Un paso más, una especie de paso, y O'Jaral está ante la ventanilla. Presenta la tarjeta del hospital.

¿Vale la pena?

Caído entre lanas de colchón, un espejito refleja una señal callejera que prohíbe estacionar, el contrafuerte de un balcón, dos letras de un afiche, una de ellas una T con la pata cortada. O'Jaral lo mueve con su bastón, y el espejo capta la sombra de una cabeza desgreñada, quizá de mujer, quizá de, quizá de. A O'Jaral no le preocupa no encontrar una hipótesis: las alianzas que las cosas pasajeras entablan entre sí son más amplias cuanto menos él las interpreta. Se ha dado cuenta de que si observa secamente las relaciones, por complejas que sean, puede reproducirlas de memoria como si la memoria hubiese desarrollado una aptitud mundana. Le gustaría ver mejor, por supuesto. Cuando logra que las redes de vínculos sean extensas, esas franjas de realidad se independizan y en la memoria los elementos traban nexos indirectos, varios a la vez y en distintas direcciones.

De una cassette abierta brota una larga cinta que una cucaracha arrastra por un instante sobre una revista donde un hombre extiende un brazo cortado por el adoquín suelto cuyas vetas desmenuzan la luz del farol que al otro lado del muro se curva sobre la calle donde, esto ya es sólo fábula y ruido, pasa un coche con dos hombres conversando; el

hombre que va al volante se cansa de fumar y tira el cigarrillo a la calzada, donde el hijo de un matrimonio distraído se acerca a inspeccionarlo con el dedito en cuya uña, si O'Jaral pudiera fijarse bien, vería deformada la valla de las obras donde él trabaja. En la propaganda pegada a la valla, una modelo que brinda con sidra La Clariana soporta en la nariz un cartelito con la inscripción VENDO TAKASAKO 500 – UN REGALO -Tf. 982-9375, aprovechando el espacio sobrante del cual, tan blanco, una mano fogosa apuntó LUCÍA TE QUIERO. Lucía puede estar saliendo de una clase de química. La Takasako 500 en otro barrio, despidiendo un borbotón de humo como un vellocino gris. La cucaracha se debate con un nudo de la cinta de la cassette, triunfa, hace camino y por una rendija entre tablones sale a la calle para que Lucía, alborozada por el mensaje de amor que ha descubierto, la pise sin darse cuenta. La madre del niño corre a apartarlo del cigarrillo, justo en el momento en que O'Jaral se asoma a la vereda y el tizón de la ceniza se apaga, al menos eso le parece porque la imagen es borrosa. Pero el mundo se enciende.

O'Jaral no ve procesos. Registra evidencias y la memoria recompone, y si los ojos vieran más recompondría mundos íntegros. Medio a tientas, O'Jaral sondea con el bastón o huele lo que no consigue representarse. Como no tiene reloj, el tiempo es una pauta flexible que depende de las cosas que se incorporen al conjunto.

Un gran cartel colgado de la valla informa que aquí, donde O'Jaral trabaja, se realizan las tareas preparatorias para una estación abastecedora de aguas. Hace mucho que el Estado se apropió de esta zona del Centro de Talecuona, donde en otro tiempo cervecerías hormigueantes amenizaban el paso del río, para convertirla en un complejo de obras de infraestructura. El báculo de O'Jaral ha tocado el tubo de succión de agua purificada, pero el fondo del depósito no parece consolidado. Las calderas de aire duermen un sueño de óxido y del pozo de acceso y el recolector apenas están las paredes inconclusas y los caños ya agujereados que, como arpas eolias dejadas por faunos tramposos, convierten el viento del río en endechas por la vaguedad del progreso. Del cuartel de bomberos que en su tiempo fue el recinto de las obras quedan detalles como

la boca de riego, una escalera extensible que por la noche brilla como un gran esqueleto y una vieja autobomba sin ruedas, roja todavía, cuyo morro abollado hace frente a las ratas.

O'Jaral se pasea entre vestigios demasiado vivos y atisbos ya decadentes, con la idea de cumplir a rajatabla la función de vigilante nocturno que le adjudica una chapa. Lleva la chapa prendida al pullover. Los del Centro de Reclutamiento le dieron un disco con los ladridos de un grifón austríaco; en las noches de atmósfera cargada, la voz del perro crea magnéticas bóvedas de furor contra una tropa de vagos del barrio que pretende meterse a vivir en el ex cuartel.

O'Jaral no querría encontrarse con intrusos. Le importa un bledo exhibir su responsabilidad ante el Estado, aunque tampoco admite pasar por irresponsable, pero necesita la mitad del sueldo que el hospital no le confisca para arreglarse los dientes y preparar su vuelta a la vida de estudio. Por otra parte, no ve bien.

Todas las mañanas, después de desenchufar el tocadiscos, le deja el parte de novedades al vigilante diurno. Policarpo, funcionario por vocación, desconfía de un hombre como O'Jaral, que nunca tiene novedades alarmantes que transmitir a la superioridad; aunque es paralítico, le sobra habilidad para encaramar la silla de ruedas a un terraplén que ha levantado con barro del río y apuntalado con cascotes, y desde ahí, cuando no lee revistas deportivas, revolea una larga vigueta de hierro para mantener a raya al piberío del barrio, que no sólo lo basurea rutinariamente sino que, mucho peor, si Policarpo no estuviese entraría a husmear en las obras.

O'Jaral se retira a la vieja sala de guardia donde ha establecido su vivienda. Duerme un rato, si puede, se prepara un guiso de lentejas con batata e intenta mirar la minúscula tele que es parte de las instalaciones. Mirar le cuesta, no por falta de costumbre, sino porque con un ojo sano y otro a la miseria la vista tiende a duplicar las imágenes. Este inconveniente es más grave cuando O'Jaral tiene que agarrar algo; las dos versiones de la cosa son tan patentes que no pocas veces, por ejemplo, trata de cortar el pan empuñando un cuchillo fantasma.

Como cada una de estas performances falsas empuja al pensamiento a retraerse un poco más, en la mente de O'Jaral hay un flotar de polvo donde lo que la memoria ha guardado se vuelve macizo y rutilante. Las formas reales, en cambio, son mudables, inacabadas. Si O'Jaral se tapara el ojo derecho vería mejor, pero se ha quitado el parche porque está convencido de que el ojo se va a curar de la retinitis si él quiere que se cure. Por el momento tropieza tanto que el cuerpo ha desarrollado un movimiento de prevención un poco cobardoide. No es un movimiento efectivo, sin embargo.

Policarpo le grita que no sea torpe. "¿Usted no tuvo que ejercitarse para que su cuerpo se entendiera con el mundo?", le pregunta O'Jaral. La lívida lengua de Policarpo recorre los dientes cariados: "Yo nací paralítico. Pero también voluntarioso y con unos huevos así. A mí, es el mundo el que tiene que entenderme a mí."

O'Jaral no se avergüenza: muchas tardes su voluntad hace chasquear el rebenque y lleva el cuerpo a pasear por la estupefacta atmósfera del Centro de Talecuona.

Sólo nosotros sabemos cómo habría deseado el O'Jaral de antes sacar conclusiones productivas. Éste de ahora se limita a distanciarse de la atonía chistosa con que la población del Centro, ésa que sabía creerse *inteligente*, recibe el vacío de pronunciamientos oficiales. El Centro vegeta en un intervalo. Nadie habla de política ni de existencia.

Y es que, a través de su Comisión para las Relaciones con Aspirantes, el Grupo de Punta acaba de comunicar que valora como altamente positiva la mayoritaria decisión de anexarse al Grupo expresada por el país a través de las urnas; pero que momentáneas diferencias en materia de aranceles, y un minucioso examen de las deficiencias socioeconómicas del país, aconsejan someter la solicitud de anexión a un período de estudio. Será un período indeterminado, porque lo importante es que entre tanto se creen las condiciones, maduren las condiciones idóneas para la anexión.

El país deberá esperar.

Las cadenas privadas no saben cuántas veces transmitir la terrible información, más que nada porque cierto

comando "Brizuela y los cretinos" logra siempre interferirla con un enorme *¡JA!*

El creciente número de menesterosos en las calles del Centro, piensa O'Jaral, indicaría que el Estado prefiere ahorrarse los guisos con que destruye lentamente a los presos. Es posible que la calle los extermine menos rápidamente; pero, exhausto como se ha quedado de slóganes, el gobierno ni siquiera teme que los indefinidos consigan idear alguna estratagema. Según el canciller Bornut, los críticos a la violeta nunca comprenderán que *Todo lo excelso es difícil y raro*. Los de Ravinkel, sin duda son ellos, vienen estampando las paredes con un pensamiento de ocasión: "NO ÉRAMOS, PERO ESTAMOS."

Días más tarde un consorcio lanza una campaña de baja primavera basada en el motivo LA VIDA ES UN YA VEREMOS. En las pantallas, incitación a las pequeñas recompensas de la vida íntima: cría de mascotas, buen café, alimentos frescos, multicolor ropa práctica, exaltación del ahorro, seguros plurifamiliares, vituperio de la tacañería ahorrativa, muebles multiuso. Es, parece ser, hora de gozo, reflexión y crecimiento espiritual. Una cadena oficiosa pone de moda la imagen del Guerrero Papalotzin: un andrógino sentado en el centro de una flor cuyos pétalos son Ver Tonal, Programación Neurolingüística, Acopio y Distribución de Energía, Poder Personal, Conciencia del Capullo Luminoso, etcétera.

El canciller Bornut declara: *Es hora de que la nación mire hacia adentro.*

Los de Ravinkel, no pueden sino ser ellos, manchan cuanta pared encuentran libre con una nueva exhortación: FLORES PARA LA POLICÍA. Desde ventanas que parecían tapiadas caen macetones con azaleas sobre fortuitos cráneos de guardias urbanos. Ambulancias y lanzagases. Heridos de bala. Un degollado. Polvorientas, largas treguas. La ansiedad sobrevuela el Centro como un cóndor inapetente en busca de una presa decorativa.

En cada capítulo de sus peripecias el cura Semión Bardánov, bizco, facundo, sensualote, liquida a los monopolistas corruptos con una eficacia más truculenta y, mientras más se desgarra con ejercicios de contrición, más se aleja de la jerarquía eclesiástica ligada a los monopolios.

Amigo de las mujeres, Semión le dice a la periodista occidental Naomí Taborgue: "Ojalá pudiera yo amarte de otro modo"; y a Dios le pide: "Señor, líbrame de la castidad, mas no todavía." El cura Bardánov tiene más éxito que Melody Mong.

Cuando cae el sol, el lento y apelmazado cuerpo de O'Jaral vuelve a la estación de aguas a tomar el relevo de Policarpo. En lo alto del terraplén, la macrobarbilla caída sobre la camisa hawaiana, la vigueta descansando en las piernitas, Policarpo está en su silla de ruedas con los ojos abiertos como dos desagües. Sólo las aventuras de Semión Bardánov lo purgan del llanto que el celo laboral hiela durante el día, y cuando termina el capítulo se va de las obras con la cara seca, sin saludar.

O'Jaral no quiere atribuir a esta ceremonia la congoja que empieza a reemplazarle la enfermedad. Antes bien, supone que la lógica concentracionaria no tiene remedio. Pero la congoja de O'Jaral es tan intensa que el pensamiento se pliega para arriesgar una opinión.

El pensamiento dice: es posible que una vez armada y puesta en movimiento la máquina de un sistema, los individuos ya no tengan destinos sino funciones, como la función que se adjudica Ravinkel, y no haya conductores del mundo, un centro universal de la maniobra, sino una determinación neutra y resistente a las fricciones, una mente porfiada, la inercia brutal de la Palabra dicha desde siempre. Quizá, como un primer ministro o un gerente de sucursal bancaria, también Ellos, Los de Arriba de Todo, sean reemplazables; quizás incluso Ellos sean una frase que puede pronunciar no siempre el mismo actor.

Pero entonces también la revelación que O'Jaral espera puede caer sobre un suplente. Quizás, ahora que O'Jaral incumple sus obligaciones, ahora que la voluntad convalece, en este momento, la realidad concertada por sí misma esté conchabando un nuevo actor para el mismo papel.

Para serenarse lee un rato a Rabastain. En la página 402 encuentra este pasaje:

> "*10 de mayo*. Hoy por la mañana recibimos un lote de medias, de las que ahora se llaman

pantyhouse, y decidí regalar un par a cada una de mis dependientas. Ellas economizaron agradecimientos, creo que astutamente, para que la mezquindad del regalo no fuera tan obvia. Lo malo es que yo no habría podido regalarles dos pares sin que pareciera un alarde forzado. El hecho de que no sea avaro, me doy cuenta, no me abre el camino de la generosidad. Al mediodía comí confit de pato en Le Magalí. Por la tarde trabajé con el contable. Cené con mi familia y miramos un programa televisivo de preguntas y respuestas. Ahora son más de las doce. Estoy en la sala, y por la ventana entra una luz de luna que da un aire sobrenatural a los juguetes abandonados en la alfombra, a las pantuflas que mi mujer olvidó bajo la mecedora. Si fuera un hombre imaginativo, inventaría un relato fantástico, porque me siento como nunca en una franja abierta entre dos realidades. Pero no se me ocurren historias, y tengo perfecta conciencia de que lo que estoy escribiendo no tiene el menor interés. Y sin embargo continúo, y con cada línea que lleno en este cuaderno aumentan la velocidad de la pluma y el agradable calor que me toma el pecho. He estado dándole vueltas a una expresión que encontré en una reseña de *The Times* sobre no sé qué escritor americano. Decía que el sujeto es de aquellos que quieren *to write himself off*. Creo que una traducción apropiada sería «disolverse (o agotarse) en el escribir» (me gusta más que «escribir hasta agotarse»). No sin pesadumbre, comprendo muy bien este deseo. No sé si moralmente lo acepto, pero comprenderlo, ¿cómo no, si hace apenas media hora me abrumaban el cansancio, el desinterés y la falta de ideas, y no obstante las inmensas ganas que tenía de irme a la cama, de aceptar una propuesta pícara de Thérèse, me quedé aquí y no pude sino abrir el cuaderno y desenroscar el capuchón de la pluma? Me aterrorizaba la posibilidad de no

consignar las cosas de la jornada. Mas no por la importancia de los hechos (¡menuda importancia!) sino porque no conozco forma más práctica de dejar mi lugar vacío que «agotarme en el escribir», y un día menos de escritura será un día más de espera, tan mágico es mi pensamiento, para el persistente anhelo de estar en la vida sin ser nada."

Del otro lado de la cerca hay murmullo de merodeadores. O'Jaral cierra furiosamente el libro y pone el disco con los ladridos. Alguien huye.

La medianoche llama a deambular por la estación de aguas haciendo de vigilante, sí, pero también pidiéndole a la vista que se fije en el corcho estriado de un termo, el moho en el engranaje del contador de turbina, la oreja de un gato, un poco de pedregullo, el vidrio suelto de un manómetro, la pelusa que arrastra la punta del bastón, la luna entre nubes como pelusa de intemperie. Pero como no está del todo ciego, este Tiresias ni siquiera tiene el don de adivinar qué hay detrás de esas cosas.

De pronto, la idea de que no hay nada que adivinar le ocupa la conciencia deshabitada.

¿No hay nada que adivinar?

Colonizado por la idea, O'Jaral intuye que él también es eso. Eso que está viendo: no sólo el tobillo endeble, no sólo la pelusa en la punta del bastón, el óxido de los caños, la cucaracha aplastada, las lentejas en el fondo del cacharro, las sombras entre los tablones de la valla, los prismas de humedad que trae el río, sino también los ladridos grabados de un perro, y también eso otro, la prédica de Bardánov, el Sí de los votantes y el ¡Ja! de los disidentes, la frente doctrinaria del canciller Bornut, el hollín en una zona de la pantalla donde el escote de una locutora esconde la morbidez y promete la manzana. Todo eso es él, él es todo eso, y también, y sobre todo, la impotencia para reunir tantos pedazos en una serie de frases, tacharlas y escribir otra serie que nombre pedazos diferentes, que los haga existir, manteniendo el equilibrio entre lo uno y lo múltiple.

Eso, ser todo eso y esa impotencia, se llama aspiración derrotada.

Así no va a ninguna parte.

No podía creer que el ojo estuviese mejorando, ni debía creerlo porque muchas cosas las seguía viendo doble, pero decidió probarlo en una caminata de examen. Con un poco de agua se aplastó el pelo. Zurció un chaleco que había encontrado y se lo abotonó muy bien sobre la camisa; y para no azuzar la envidia del pobre Policarpo, colgada del brazo libre, dándole golpecitos en las costillas, se llevó la bolsa de plástico con sus efectos personales. Eran verdaderamente efectos, y por lo mismo muy reales: unos cuantos diskettes, ropa oreada al sol, cepillo, alpargatas, Rabastain y otros libros, papeles, toda una vida. Algo de excursión, algo de zafari.

La larga avenida Benítez se ofrecía como un desfiladero caluroso del Centro arrasado al Centro vital, de este a oeste, con sol en las dos veredas. Las baldosas rotas, los montículos de pavimento levantado, las inmemoriales vallas de obras públicas se reflejaban en las vidrieras de los dos flancos, y si O'Jaral se hubiera atrevido a observarse se habría visto multiplicado en un candente infinito de destrucción. Pero él miraba detalles, un pie con sandalia y calcetín, la base de una balanza de farmacia, y el hecho de que expresaran una vida ajena no se los hacía menos intrigantes. Una franja transversal de sombra le indicó que por arriba de la avenida, tal vez a cientos de metros de altura, debía haber una autopista. Sin levantar la cabeza, levantó una mano como diciéndole al coche que pasara: *Aquí abajo está O'Jaral haciendo su camino en el mundo.*

Cuarenta minutos de marcha difícil lo pusieron en un estado de euforia inexplicable. El pensamiento se mantenía al margen; vinculado a la vista siempre baja intentaba ordenar elementos de la realidad inferior. Había aumentado el número de pies, también el de cucarachas y el de panfletos. En la panoplia de calor, más allá del sudor, voces insignificantes rodaban sobre el tráfico como bolas de plomo por un colchón de resortes. *Perdón, señor*, dijo al-

guien que parecía un soplido. O'Jaral cruzó una calle más, se apoyó en el poste de un semáforo y extendió la mano, como si el método para entrar en un mundo ajeno estuviera escrito en el Braille de los gases. Tosió dos o tres veces. *Shhh*, le dijo una boca.

Levantó los ojos y solamente vio pelo. Era, al borde de una plaza con palmeras de acrílico, una discreta aglomeración humana. Los círculos exteriores reían, como festejando su inutilidad, pero más adentro resonaban tonos cívicos y por un corredor lateral técnicos y policías se comunicaban con un camión. *Blop*, hizo un globo de chicle a la izquierda de O'Jaral. Un hombre se ajustaba el nudo de la corbata frente al retrovisor de un coche azul. La atmósfera de chacota aparente y expectativa supersticiosa le indicó que en el centro de la multitud había un comunicador televisivo. Acentuando la facha de inválido, O'Jaral se abrió camino hasta que la rosca de las primeras filas, en un ataque servil de timidez, le dejó un puesto en el sacrificio y la notoriedad.

En ese momento se cabildeaba. Un hombre calvo en pijama, dos patronas con los brazos cruzados, un rastafari con un estuche de violín, indefinidos rascándose las ingles, pulcros oficinistas chinos, un albañil que blandía la paleta y otro sentado en un bidet discutían, a modo de prolegómeno, intentando no gastar las respuestas que iban a pedirles. El camarógrafo los asustaba con ensayos. Al que estaba en poder del micrófono O'Jaral no lo tenía visto. Era un cuarentón de camisa roja con piragüitas azules, y ofrecía a los retoques de la maquilladora una sonrisa pervertida por las grietas.

"Gracias, Danilo", dijo la mujer. "Todo listo", dijo el de la cámara. Con una limitada zona móvil de los labios, Danilo le rogó a la gente que fuera concisa.

Conectaron con el estudio. En el centro de la plaza una pantalla duplicó el corro y la imagen se coaguló en la cara de Danilo, El que Daba la Palabra. En la cara del Danilo auténtico, O'Jaral sólo atisbó un retorcimiento de labios claros, como la panza de una lagartija atrapada en una plancha de yeso, que volcaba buenas tardes, explicaciones, saliva. La transmisión era parte de una encuesta popular sobre los mejores modos de afrontar algo que

O'Jaral no entendió, y no lo entendió porque empezaba a entender su situación. Miró la cámara que lo miraba.

En cierto modo estaba a punto de inmolarse a un ojo que lo veía todo, y no se le escapaba que lo más razonable era hacerse humo. Pero el micrófono bailoteaba ya, desafiando las caras de la gente. En eso retumbaron las preguntas.

"Primero", dijo Danilo, "queremos saber si la gente cree que el país debe afrontar el reto del Grupo de Punta con pasión o con serenidad, con indiferencia, con sangre fría o con qué o cómo. Segundo, en una época en que todos sentimos la necesidad de refundar los valores colectivos, preguntamos así, espontáneamente, con qué materiales construiría cada uno esos valores, cuáles son las bases de una *conducta de altura*, una ética. Usted, señora, sí, usted, ¿nos puede contestar?" "Yo, sí", dijo una de las patronas, situada enfrente de O'Jaral, estrujándose los dedos.

Anonadado por los solecismos y los gritos de Danilo, O'Jaral apretó el mango del bastón.

Él era *eso*, también eso.

Y por eso, más que de escaparse otra vez, tenía ganas de mostrarse, salir indemne y probar que el stablishment funcionaba por determinación inerte; y además se le antojaba improvisar.

"¿Y usted, amigo?", le decía ahora Danilo al rastafari. Manos nerviosas estrangulaban el aire, convencidas de expresar lo que el lenguaje les vedaba. Mediante varios carraspeos, que le valieron un codazo, el cuerpo de O'Jaral drenó planicies anegadas, improvisó puentes sobre fracturas todavía humeantes: así pudo ofrecerle a la mente un espacio para instalar sus archivos. Aunque el esfuerzo lo había dejado con la lengua afuera y unos centímetros de menos, estaba seguro de que podría denunciar la estupidez del planteo de Danilo y al mismo tiempo resumirse a sí mismo en un lema.

El micrófono flotó ante una indefinida chillona, después provocó a otra, hizo una voltereta, volvió al centro, se llegó hasta uno de los chinos.

El hombre debe ser para la vida como es la mano para el cuerpo, sintetizó en sordina el pensamiento de O'Jaral. ¿De dónde había sacado eso? No intranquilo, pero des-

concertado, O'Jaral supo que era tarde para rectificarlo. Le habría gustado más decir *¿Por qué no se dejan de joder a la gente?* Pero comprendió que no podría. Bien, no importaba. No. Lo que importaba en el fondo era ofrecerle un pecho vivo a la anorexia del mundo, lanzar de una buena vez una frase suya.

Con un dedo con anillo adjunto, el micrófono se le acercaba como un luctuoso aerostato. En realidad ya lo tenía al lado, abajo, frotando casi la boca del hombre sentado en el bidet. "... que somos lo que somos", concluyó el hombre y, aunque estiró la boca para añadir una coda, no lo dejaron.

Pero el micrófono no se detuvo frente a O'Jaral. Tampoco le pasó por delante. A O'Jaral le dio la impresión de que lo atravesaba, sin dolor ni trabajo, con el leve achatamiento de la materia que produce la velocidad. Danilo seguía la ronda.

De los encuestables quedaba ahora una estudiante, que se deshizo en balbuceos, y Danilo, retrayendo el micrófono, la premió con un abrazo. Después de la larga despedida, la transmisión volvió a los estudios centrales y mientras el micrófono se retiraba hacia el camión la muchedumbre se fue diluyendo en un anticlímax de gruñidos.

O'Jaral se mantuvo en su baldosa hasta que la boca pudo escupir, blanda como puré de manzana, la sentencia que había sintetizado: *El hombre debe ser para la vida como la mano es para el cuerpo*. Ningún peatón pareció alarmarse. Cuando se puso en movimiento, sin embargo, recibió varios empujones, como cinco, y ninguna excusa.

Una hilera de coches fúnebres acaparaba la avenida Benítez y por la puerta de un salón de belleza estaban sacando un ataúd. Sólo empotrándose en un zaguán O'Jaral consiguió que el cortejo no lo atropellara. Vio su reflejo distorsionado en la pintura negra de la caja. Entonces comprendió que Danilo lo hubiera ninguneado, poco fotogénico como debía ser con esos trapos sin planchar, el pelo corto peinado a la mugre, los ojos como piedras, el cuello desnutrido. Y encima había algo más. Ahora, por ejemplo, alguien que también se había apartado le estaba pisando un pie, los dos, como si el zaguán estuviera libre.

Apretó la bolsa de plástico. Una congoja incolora le llenó el estómago como un trago de novocaína. Era posible, pensó obligándose a andar, que en el mundo hubiera fisuras y en un descuido uno pasara a otra parte, donde todo lo unido se deshacía en fragmentos. Era posible que él ya no estuviera, o que sólo quedaran en el mundo algunos tramos de él, y en el lugar de los nexos pura neblina.

Un hombre de impermeable escocés se filtró por el ínfimo resquicio de una ventanilla de coche y, ovillado en su aroma a cilantro, se echó a dormir en el asiento de atrás. O'Jaral intentó meterse con él en la intimidad pero no pudo. ¿Entonces, de qué lado estaba?

Aunque quería seguir en marcha, algo le pesaba en el avance; pero no el cansancio del ex combatiente, sino la torpeza del que arrastra una carreta con los volúmenes del pasado y a cada rato siente la tentación de pararse a corregir una frase, cambiar una coma. Con una carga así el cansancio era más cansador. Se preguntó si su problema sería el doble trabajo de la búsqueda constante y la huida obligada.

No, le contestó la congoja. No nacía de eso, ella, la congoja.

Nacía de la idea terrorífica de que si O'Jaral paraba tal vez viviera más tranquilo.

Y O'Jaral, el hombre cuyas palabras ya no se oían, se preguntó en voz alta qué podía pasarle si paraba.

No sabía. Pero algo le dijo que, si un movimiento parecido al del mundo iba a convertirlo en una muestra media de la civilización de la ansiedad, tal vez era más inteligente no moverse.

Un perfume frío de jazmín intentó emborracharlo y se fue en seguida con la brisa, entre hedores de paloma muerta y metal quemado. O'Jaral vio amarillo de cadmio, después púrpura y azul, y oyó un salto musical descendente, de *la* a *mi*, igual a la distancia entre dos ojos de una sola cara que pestañeaban, una tarde de un diciembre, entre el polvo de una alfombra sacudida en una ventana. Desplazado por un bocinazo, el recuerdo se derritió en otro olor, a porlan, a acaroína, y en un retintín de botellas vacías en la caja de un triciclo. O'Jaral se esforzó por cortar la cadena de asociaciones; no quiso interpretarla.

Dos veces más se lo llevaron por delante, y mientras se afirmaba en la destrucción, incólume, se preguntó si habría una forma de inmovilidad que no fuera dureza.

A lo mejor bastaba con ver y oír lo que iba y venía, y conocer el destino como lo conocía un pétalo de gardenia o una piedra; como si el nacimiento no lo hubiera abierto y la muerte no pudiera cortarlo.

Apoyado en el bastón, frío de miedo, se preguntó qué significaba *parar*. Al fin y al cabo, sin lo que siempre se había propuesto hacer él no era nada.

Había leído que el cine era la diversión más paralizadora de las funciones activas. Además, ahí se estaba a oscuras. En un callejón, a cien metros de la avenida, encontró la sala Rapsody. El robot expendedor de entradas tenía la ropa hecha trizas.

Cuando O'Jaral se acomodó en una butaca junto al pasillo, en la pantalla iba terminando una película de guerra. Había unos soldados norteamericanos atrapados en una granja de Bretaña. Nadie les mandaba ayuda. Entre el pelotón protagonista y la vanguardia de su ejército quedaba un reguero de tropas alemanas rezagadas. Recrudecían los bombardeos. La situación se resolvía con una enorme cantidad de metralla y la muerte del soldado más escarnecido pero más amado por el sargento, que acababa dialogando mustiamente con una muchacha francesa de vestido sencillo, la viudita de la historia.

Repentina luz en la sala. No había más de veinte espectadores, todos hombres. O'Jaral se puso el bastón sobre los muslos. El peluche gris de la butaca, casi transparente, se le pegaba al pantalón como la gasa de una herida ajena.

La segunda película era una producción mexicana titulada *El salto*. Joaquín Arrazábal trabajaba de investigador en un laboratorio de productos dermatológicos. Era muy talentoso. No sólo había descubierto una pomada terminante contra ciertos herpes; andaba detrás de unas ampollas antilepra y en general de un salto de calidad en la bioquímica y, como necesitaba poder para impulsar la industria en un sentido progresista, quería hacerse por lo

menos con la gerencia general de la empresa. Las primeras secuencias planteaban esta situación junto con, mediante panorámicas de la bahía de Campeche, la tendencia panteísta del carácter de Joaquín, a quien la militancia ecológica sólo satisfacía en parte; porque buscaba *algo más*. Joaquín era un fenómeno de hombre. Su familia, alegre mujer, hijo y dos hijas, no le exigía que fuera gracioso para quererlo más; Sheila, una compañera con la que bebía gin-tonics, comentaba severamente los poemas que él le sometía, en hexámetros yámbicos, sobre personajes de la historia de América. Los amigos le aceptaban sin chistar que los dejase con la última copa a medias o no prodigara las reuniones, porque Joaquín era de sobra consecuente en cuestiones como las enzimas, que absorbían mucho tiempo, y hacía tantas cosas bonitas. Le daban afecto con una naturalidad que los alegraba visiblemente, aunque reforzaba la seriedad de él. Una mañana la secretaria le pasaba una llamada y lo único que Joaquín oía eran cuarenta segundos de una risa; una risa descosida, estrepitosa. El plano era largo, con cámara fija, y a O'Jaral le pareció bien que la escena no se repitiera. No hacía falta. Esa risa tenía rápidas consecuencias en el equilibrio emocional de Joaquín. Empezaba a sospechar algo; el espectador se enteraba de esto porque poco después Joaquín le contaba un cuentito a un barman de confianza. Trataba de un hombre muy dado a sus cosas, un juez estudioso y respetado, un hombre *serio* que un día empezaba a intuir que todo el mundo lo consideraba ridículo; aunque no se animaran a decírselo porque en el fondo no veían la razón, pensaba el juez, hasta los seres más queridos se reían de él por la espalda. El pobre juez, decía Joaquín, *se tambaleaba en sus cimientos*. "¿Y cómo termina la historia?", preguntaba el barman. "¿A ti qué se te ocurre?" "Hombre, yo los mandaría al carajo, ¿no?" "Es que no se atreve", decía Joaquín. Para él y para el espectador, la sonrisa equívoca del barman era una especie de confirmación.

O'Jaral miró brevemente al costado, contento de poder mover el cuello, rascarse, etcétera, sin incomodar a ningún vecino.

Ahora se sucedían diálogos vacilantes, con la cámara girando sobre los personajes, donde Joaquín ponía a prue-

ba la sinceridad de la alta opinión que sus íntimos decían tener de él. Se acumulaba el fastidio, y uno de los hijos le preguntaba qué demonios pretendía de la gente. La escena siguiente con Sheila era singularmente inaprensible, porque Sheila no sólo se emborrachaba, como si quisiera demostrarle que él no era capaz de hacerlo, sino que se reía de las oblicuas preguntas de Joaquín, jurando tal vez en vano que no entendía de qué estaba hablando, y al final creía que lo que buscaba él era llevársela a la cama; cosa que, decía, habría aceptado si él hubiese sido franco, y con más gusto aún si *él* hubiera sabido que lo que buscaba era eso. Sheila se iba, pero no enojada, y justamente por esto Joaquín se sentía más ridículo. Se aplicaba con un ahínco ya un poco aburrido a la bioquímica, a la poesía, al paisaje, al recuerdo, a la educación de sus hijos, al debate cívico, a la satisfacción carnal y anímica de su mujer. Una noche, en el ápice de un orgasmo a dúo, ella se echaba a reír desbocadamente. Joaquín no sabía qué pensar de esa risa. Joaquín no sabía en qué pensaba la gente cuando estaba con él. Era como si lo aguantaran. De su *infierno interior*, ahora había un narrador en off, surgía una disyuntiva clara: o bien Joaquín aceptaba que la seriedad que le daba a su vida era triste, y embarazosa para los demás, y se hacía un programa para *rebajar* las aspiraciones más serias y deseables, lo cual era como perderlas y perderse, o bien decidía que la seriedad de sus actividades era genuina y valiosa, y se conservaba a sí mismo a riesgo de equivocarse y seguir alejándose de los demás. La película salía de este dilema propulsando a Joaquín a una solución intermedia: él seguía con sus actividades, como si se sintiera inquebrantable, pero incurriendo en pequeñas ridiculeces provocativas: manchas de orina en el pantalón, pérdida de un preparado valioso para el laboratorio, mentiritas flagrantes, citas cultas muy equivocadas, caídas aparatosas en lugares públicos. Como nadie daba señales de apreciar el cambio, Joaquín empezaba a sentir pena y, en vez de hacer sus cosas, se observaba continuamente mientras las hacía.

O'Jaral procuró pasar por alto las ganas de orinar que le entraron de golpe; nadie le iba a reprochar que traicionara esa película, pero él lo veía como una defección per-

sonal. Apretó las piernas. En realidad no eran ganas de orinar; eran nervios.

De pronto Joaquín tenía que viajar a Karlsruhe, en Alemania, por asuntos de trabajo. Sabía que no estaba muy bien de la cabeza, y en el viaje no lograba pegar un ojo. A la mañana siguiente ocurrían varias cosas. En el laboratorio central de su empresa conocía a un investigador casi igual a él, algo más joven, que parecía hacer lo posible para que lo echaran, pero que todo el mundo trataba con una admiración conmovedora, como si el mero hecho de verlo les alegrara el día. Udo Tieck era sucio, brillante y distraído, pegaba mocos debajo del escritorio y vivía con una veterinaria negra, fea, de cuerpo despampanante. Joaquín se sentía muy incómodo. De vuelta en su hotel, descubría que le habían robado el pasaporte. Cuando iba a hacer la denuncia, el oficial de la comisaría le gritaba que ya estaba harto de verlo ahí, siempre denunciando robos falsos. Joaquín salía a la calle, a pensar un rato y para que no lo encerraran; entonces un hombre de barba lo metía en un callejón a punta de pistola; le mostraba el pasaporte robado, pero con la foto ya cambiada, y lo obligaba a aceptar otro pasaporte, alemán, en donde estaba la foto de Joaquín. Esa tarde la negra fea de cuerpo hermoso lo llamaba al hotel para decirle que Udo Tieck, su especie de doble, se había suicidado. Joaquín se horrorizaba, pero cuando iba a dar el pésame lo estaban esperando los dos, la negra y Udo, riéndose a diente partido. Lo invitaban a cenar, lo emborrachaban y le preguntaban por qué cuerno era tan serio; irritado, Joaquín se despedía sin atreverse a insultarlos y por supuesto, ya en el taxi, se le ocurría ir a la dirección que figuraba en su pasaporte nuevo. Era un departamento. Lo recibía una joven neutra, apenas opulenta, que hablaba en mal español; sin dilaciones, la joven decía que trabajaba para un laboratorio rival. Asistida por un hombre que se presentaba un rato después, y sin gran frialdad, le explicaba a Joaquín, ahora Rüdiger Hessling, que le ofrecía una oportunidad especialísima *de terminar de un solo golpe con sus problemas*, a los que no hacía más que esta referencia sutil, e imprimir a su vida un gran viraje: si aceptaba, podía consagrar su capacidad intelectual a una empresa que estaba dispuesta a tomar

sus aspiraciones *en serio*, hasta donde sus aspiraciones se propusieran llegar, además de ofrecerle una casa junto a un río con una estupenda biblioteca y.

Patinaron algunos cuadros de la cinta, que al final se rompió. Se encendió la luz. Mientras soportaba la espera, O'Jaral vio cómo una pulga pasaba del dorso de su mano al brazo de la butaca, y saltaba treinta centímetros de vacío en busca de un anfitrión en la fila de adelante. La luz volvió a apagarse.

A cambio de esa vida en limpio, al parecer, Joaquín-Rüdiger debía revelarle a la empresa inescrupulosa varias fórmulas, y algunas líneas de investigación, sin poner en juego su trabajo, que por otra parte, no interesaba tanto. Joaquín-Rüdiger miraba aturdido el pasaporte. Se veía en un espejo, él mismo pero otro, acorralado en un proceso interior que debían haberle inducido y no por salir a la luz se había terminado. Entonces se iban todos a dormir. A la mañana siguiente Joaquín-Rüdiger tomaba café con cierta alegría, no como si fuera realmente otro pero con alivio, frescura, seguridad: si esa gente inexpresiva y siniestra, intervenía la voz en off, quería hacerse con la labor de él, era que esa labor valía mucho, y en todo caso siempre sería menos ridícula que la trampa que le habían tendido. No, no se había equivocado de rumbo: él era un hombre crucial. Qué extraño: con una sola decisión podía perder su vida y salvar su vida al mismo tiempo. La muchacha opulenta sondeaba los sentimientos de Rüdiger por su ex familia; él conseguía no revelarlos, y de todas maneras se importaba más él mismo. Por fin aceptaba el trato. Entonces los otros le explicaban que *ya* habían enviado a México un telegrama informando de su muerte en un accidente de metro, y que pronto despacharían una urna con sus supuestas cenizas. Luego la acción saltaba a la apagada vida de prisionero de otra identidad que Joaquín-Rüdiger hacía entre su casa con jardín y el nuevo laboratorio, a la asimilación de un paisaje nuevo, a los inicios de nuevas amistades, todo lo cual se iba volviendo no sólo normal sino tolerable porque en realidad era la vida grave, industriosa y siempre atareada en que Rüdiger respiraba mejor. Al fin conocía a una mujer que le gustaba: casi pelirroja, deportiva, maestra, amante de Schubert.

También era jaranera y ciclotímica, pero pronto se daba cuenta de que amar a Rüdiger era entender su sentido del tiempo, de la jerarquía de las cosas. Las imágenes tendían a dejar claro que, impulsado por las maquinaciones vulgares de la gran empresa capitalista, Rüdiger había hecho un enorme salto desde sí mismo hasta sí mismo. La vida continuaba. Hasta que una mañana, distraído, Rüdiger levantaba el auricular para atender una llamada. La risa incontenible que oía entonces, larguísima, se apagaba lentamente en ecos complejos, sobre la imagen helada de su rostro.

Algo más lento que cuando entró, O'Jaral sale al vestíbulo con ganas de fumar, de orinar, de masticar algo o rascarse la espalda, todo confundido en un malestar general que sólo se explica de una manera. La película no era de lo mejor, pero le ha despertado piedad por Joaquín, un hombre a quien su falta de sutileza, la estupidez de los demás y la lógica carroñera de la competencia apartan de un quehacer básicamente correcto.

Con semejante abundancia de hilos falsos no es difícil que un hombre se confunda, piensa O'Jaral, y mira a su alrededor.

Junto a una columna está la puerta que dice Caballeros. Toc a toc O'Jaral avanza, empuja, baja unos peldaños, dobla y entra en un corredor de minúsculos mosaicos celestes, la mayoría rotos, que de un lado tiene una pileta y del otro cuatro urinarios. La atmósfera de horno crematorio huele como para salir corriendo, pero O'Jaral busca la puerta del fondo.

Cuando la abre, bamboleándose, encuentra no sólo la taza del retrete sino también los azulejos, el techo y el tanque de agua embadurnados de mierda. Todo está cubierto. No son las simples manchas de un resentimiento primario. Es la obra jeroglífica y coherente de alguien que ha elegido esa forma de expresarse, e hiede de acuerdo con la paciencia que costó. Hay mierda hasta en el techo.

O'Jaral retrocede y cierra de un portazo que quiere matar la rabia. No tiene más remedio que hacer lo suyo en el urinario, para lo cual se cuelga la bolsa de un codo y

aprieta el bastón con el otro brazo. Está a punto de terminar con tanta incomodidad cuando entra un chico.

Puede tener unos diez años, es gordito y medio rubio, lleva una camisa a cuadros salida del pantalón, silba y huele, y el olor sofoca los otros, a sudor infantil y caramelo ensalivado. Se mira en el espejo, se sopla el flequillo y, súbitamente apurado, enfrenta un urinario. Pero el urinario es demasiado alto. Y no es que el chico sea muy bajito. No: el urinario es para gente grande.

O'Jaral se está abotonando. El chico, que comprende que el retrete debe estar hecho un infierno, mira a O'Jaral desconsolado, en progresivo estado de urgencia, como si le pidiera algo. Apretando la bolsa, O'Jaral no sabe hacer otra cosa que enfurecerse, como se puede enfurecer la tristeza, con esta bazofia de mundo donde un niño no puede descargar su vejiga con la alegría que se merece. Ninguno de los dos se mueve. El chico está colorado.

Pegada a la palabra alegría, la mente de O'Jaral despacha de golpe la imagen de Muzzone, los casi setenta abriles de Muzzone en el alborozo de una rumba, la aspereza angelical de Muzzone desbordando el frasco de la realidad, la sangre en el cuerpo caído de Muzzone, y de nuevo se queda en blanco.

Qué mundo repulsivo, piensa O'Jaral. ¿Será posible que él también haya hecho algo para que sea así?

Si no temiera contagiarle la pena, acariciaría al chico.

A cambio, lo mira como para darle ánimo y después, no sabe cuánto tiempo, se queda contemplando el óvalo de loza que parece un sexo de mujer muy abierto. Lo mira y lo mira. El cráneo de O'Jaral es una capilla ardiente. Las llamas de los cirios se estremecen. Y es que un ruido de fondo conmueve la mampostería, en el cráneo de O'Jaral y en el baño.

Hay un ruido que amenaza crecer pero no crece, inexpresivo, distante, como de piedra contra piedra, y otros de pequeño gong, de caño y chapoteo y cadenas. O'Jaral se da cuenta de que la pena le está dando fiebre, de que va a pasar algo, ¿y no se dan cuenta ustedes, no entienden que tienen que venir, empujar, lectores, que esto es cosa de todos? O'Jaral mira y tiembla, todos miramos y hacemos fuerza, y porque hacemos fuerza el ruido crece más.

Sí, y ahora, ahora se abre una grieta en los azulejos, y se desprenden pedazos de ladrillo y de revoque, y la loza suelta su quieto estertor.

El urinario baja.

Treinta centímetros, despacio como un beatífico montacargas, y se detiene.

El chico se abre rápidamente la bragueta y se alivia. Orina mirando la pared, con los ojos entrecerrados de fruición, con pastosos suspiritos. Cuando termina, se abrocha y se restriega las manos en la camisa. Entonces no sabe qué decir, y es como si descubriese que ni la sonrisa le sale.

Mira a O'Jaral con los ojos inmóviles. "Gracias, señor", dice. Y se va.

El urinario ha vuelto a subir.

O'Jaral no se atreve a tocar nada. Todo es leve, y él vislumbra que no debe permitirse estar mucho ahí, como un badulaque, con las dos manos duras en el mango del bastón.

Para corroborárselo, aparece corriendo un muerto, el impermeable medio colgado de los hombros de percha. Cosa rara en esa gente, está exaltado, casi sin resuello. Observa un instante a O'Jaral. Levanta la mano.

"¿Pero qué está esperando?", le grita. Y como ve que O'Jaral no arranca, le da un empujón: "Vaya, *rápido*. ¿No se da cuenta?"

VIII

A veces hay en los cines, que iluminan por dentro las manzanas como fantásticas linternas de minero, corrientes de aire muy expertas capaces de colarse por rajaduras, por extractores, por chimeneas en desuso, o exhaladas por el estancamiento y entonces más hábiles en producir efectos repentinos. Habrá sido una así la que abrió de golpe la puerta del retrete para que el hedor se lanzara sobre O'Jaral.

Ahí estaba. Solo. El muerto se había ido.

Por supuesto que O'Jaral se daba cuenta.

Enjambres de preguntas le giraban no en el cráneo sino en el estómago. No podía reconocerlas, ni siquiera mirarlas podía, porque se aceleraban cada vez más, suscitando jugos, impulsadas por una mecánica anterior al pensamiento.

Y es que después de la perplejidad O'Jaral había sentido un aguijonazo de hambre. Eran, digamos, las seis y media de la tarde. En un hombre que jamás había tenido hambre antes de las ocho, ese fenómeno indicaba que había pasado algo capital; algo, sí, después de lo que habían visto los ojos falibles, antes de que se desbocaran las preguntas: un tránsito de la noche de la posibilidad al día de la presencia. El hambre debía ser la expresión de un poder. Bastaba para aceptar que las preguntas no preguntaran nada.

O'Jaral se apuró a salir del baño. Las preguntas murieron, y sólo quedó la exuberancia de un fragor silencioso.

Pero uno quiere saber cómo hizo el O'Jaral rengo y calcáreo para seguir a un chico de diez años que por regordete que fuera, o vagoneta, estaba intacto.

Lo hizo sin tempestades que movieran las marchitas alamedas del pensamiento, sin un dispositivo de emer-

gencia. Lo hizo precisamente dándose cuenta de lo que había pasado. Del hambre brotó la energía. O'Jaral se colgó del codo izquierdo la bolsa de plástico con sus posesiones, empuñó el bastón con la otra mano y pisando las baldosas menos desparejas salió al hall del cine, empujó una puerta de vidrio, saltó casi a la calle. Para allá, hacia el oeste. La cabeza como un ariete tiraba de los hombros, el torso de la pobre cadera. Los pasos sonaban como anacruzas, más rápidos que lo recomendable, signados por la peste que los calcetines dejaban a ras del suelo.

Aunque los chicos siempre van de un lado a otro corriendo, porque lo importante no es el camino sino llegar cuanto antes a lo siguiente, ese chico no sabía nada de esto y, por mucho que la primavera lo espolease también le insinuaba desvíos, distracciones, pausas u olvidos. El chico no conocía el vector del futuro sino una obligación redundante, volver a su casa, fondo fijo de una ristra de presentes. Se agachaba para recoger una tuerca. Apoyado en un semáforo, sacaba la tuerca del bolsillo para tirarla al paso de un camión, y se metía en el bolsillo la agenda que acababa de caérsele a un señor. Dejaba la agenda en un zaguán y salía corriendo. Daba la vuelta a la manzana, menos mal, como si quisiera corroborar que la tentación no lo asustaba. Ponía la nariz contra la ventana de un café para mirar a los jugadores de pool. Rociaba el vidrio con saliva. Varias veces se detuvo en quioscos a manosear golosinas, y en uno se compró un chicle. Renqueando detrás de estas inconsecuencias, O'Jaral no las repetía ni siquiera como esperas: siempre le faltaban unos metros para estar seguro de que no iba a perderlo de vista, y en un par de trances lo habría atropellado si la sospecha de que ese chico encarnaba parte de su realización, y qué realización, no hubiera distribuido los cuerpos en el tiempo con una naturalidad que en sí ya era un cumplimiento.

De La Retama a Baldovingo, del Tercero a Melitón Corona por otros barrios del Centro, las articulaciones de O'Jaral agradecían a gemido en cuello que el paseo no fuera una persecución sino un deslizamiento, porque de haber dependido de su voluntad se habría empantanado. La voluntad, como las preguntas, se había quedado en una esfera donde la energía se cotizaba a otro valor. O'Ja-

ral no se atrevió todavía a preguntarse, lo mejor era seguir andando, si el acontecimiento del mingitorio le daba derecho al descanso, ni si el descanso era compatible con el entusiasmo. Temía dejar un poco de entusiasmo en el dolor de cada paso, en los desniveles de la calle, por no hablar del ovillo en que tuvo que convertirse para seguir al chico por un agujero en una alambrada. Era una terminal de furgones.

Anochecía. Probando con las zapatillas la electricidad de las vías, usando una tiza para escribir VIVA PABLO en los contenedores, haciendo equilibrio sobre el parapeto de un puente de hierro, con el despavorido O'Jaral a punto de bajarlo de ahí de un bastonazo, el chico, Pablo, dejó atrás una hilera de barracas. Del otro lado de las vías, subiendo del subsuelo por un canal de cemento, un brazo más del río Talec inauguraba, reflejándolo en el ébano oleoso del agua, un cuadro de grúas convertidas en quioscos de bebidas, de pequeños docks que albergaban tómbolas y tiros al pato y chorizos humeantes. En un predio circundado por una soga atada a postes, emperifolladas parejas bailaban un valsesito bajo guirnaldas de luz, entre reminiscencias de olores a tasajo, tanino, gasoil, lana cruda, talco y brillantina.

Fijado a un poste con un perno flamante, un cartel de lata dice: ANTIGUOS ASTILLEROS FLUVIALES "MARISCAL LEVRON", con la adenda de una consigna escrita a navaja: HOY UN RÍO DE ASTILLAS. En la tibieza un poco pútrida del ocaso, lianas de bruma se trenzan sobre el agua, barridas por el haz de un faro lentísimo, mientras una draga postrada en un fargallón chilla contra las piedras como una gigantesca morsa embetunada. A medida que disminuye, el ruido convierte la estrechez del canal en distancia; cuando el movimiento del agua lo renueva, el ruido vuelve a empujar el horizonte de barracas, que deja de verse como no se ve ahora la otra orilla del canal. El reflejo de un farol arde en una mancha de aceite. De una casa que pudo haber sido un burdel sale una vieja con una red en el pelo y una olla humeante en las manos. Estibadores de barba rusa fuman a la puerta de un alma-

cén, con un fondo de claridad vacua, y en la ochava espera un gramófono. En el momento menos pensado podría haber una riña a cuchillo.

Pero en eso O'Jaral ve cómo el chico atraviesa la fachada de una comisaría y comprende, y de nuevo el asombro lo clava al suelo, con cuánta soltura la buena fe lo ha persuadido de que en Talecuona podía existir un puerto muerto y recuperado. Poco le ha faltado para caer en la tentación del recuerdo ajeno. Los astilleros Mariscal Levron son una de esas instalaciones con que los artistas del Estado tratan de incentivar la nostalgia, porque sin nostalgia no hay vida moderna. Ahí nada es de verdad salvo esa mujer de tricota negra, de cinta roja en el pelo, que ha sacado a pasear a su caniche y está meciendo el cuerpo grueso frente al bullicio del bailongo virtual.

O'Jaral retoma el paso rengo. A él le pasan otras cosas. Ya desde lejos, volviendo rápidamente la cabeza, ve a la mujer sola y sólida en un baldío que el canal parte en dos.

Él, que nunca había conocido la nostalgia, pensó que a lo mejor ya no iba a conocerla. Naturalmente, con la naturalidad del resuello, fue detrás del chico hacia la terminal de ómnibus Centro-Sudoeste, hasta el otro lado de los garajes, más allá de una rotonda sin señales de tráfico, sin tráfico ni semáforos que funcionaran. Había una impresión de aire extenso, por ahí, pero también falsa. O'Jaral tropezó con un adoquín. Dio unos pasos mirando el suelo.

Cuando alzó los ojos, lo que tenía enfrente era un abroquelamiento colosal, una manzana de cientos de metros de lado que crecía hacia arriba por saturación, macizo de hormigueros o acorazado no euclidiano hundido en una ciudadela. Sólo de cerca se descubrían los callejones que le entraban como tajos. El chico enfiló uno, y no bien se internaron a O'Jaral le pareció que los muros se le cerraban por la espalda.

El anochecer se hacía perpetuo. Despachos de lotería y quinielas, consultas legales, venta de medias, pelucas, muebles de segunda, teles y herramientas, quiromancia, asistencia vocacional, lavanderías, pizza, videobarajas, pero sobre todo una infinidad de casas de tres o cuatro pi-

sos pegadas unas a otras, casi sin solución de continuidad, como una idea lo bastante real para contener todas sus asociaciones, para asimilar las realidades adversas y convertirlas en nuevas series de casas.

Como si también él pudiese inaugurar algo, ante el chico se abrieron otros callejones, de orientación incomprensible salvo por las estrellas cambiantes en las ranuras de cielo y el color de la ropa colgada en los balconcitos. De pared a pared, en los escasos metros de calzada sin aceras, el retumbo del bastón de O'Jaral avanzó creando un ámbito maleable que admitía especies sobrias de la curiosidad y el olvido, y hasta la imagen de una casita en una llanura. En cada celosía con olor a puchero, en cada meada de gato, O'Jaral iba dejando una vieja capa de expectativas y bastante fuerza. Si no llegaban pronto iba a reventar. Pero entonces el chico giró la cabeza, lo avistó sin mirarlo, le disparó la tiza a una paloma y entró, no en una papelería como creyó primero O'Jaral, sino en la fonda La Garnacha.

Callejón de la Rana, decía una chapa. ¿Fin del trayecto?

Angosta y larga detrás de la sudada puerta de vidrio, la planta baja de la fonda La Garnacha se divide al principio entre un mostrador lleno de parroquianos y un pasillo de baldosas con aserrín, por donde O'Jaral intenta abrirse paso sin incomodar. Más adelante un salón con siete mesas de un lado y seis del otro, más la vía a la cocina y la escalera, se alista para la cena bajo el murmullo crónico de un televisor entronizado en un anaquel. Hay trofeos deportivos, fotos familiares, numerosas botellas de vino Antiguo Aljibe, los implementos de la comida cotidiana. A cada mantel de hule a cuadros se adhiere un salerito de agujeros taponados.

O'Jaral elige depositarse de espaldas a la tele. No puede enderezar el lomo, pero lo apoya en el respaldo, y en la mesa las manos, y en otra silla deja la bolsa y el bastón. Ah. La nueva más inmediata es que ha dejado de tener frío. La hogareña luz fluorescente, la apagada discusión de los curdas, la mujer que seca vasos, están alrededor de

él como un refugio que parte de la ciudad extrajo del caos, ya con pasado y desgaste, zanjando desde la creación el problema de la decadencia. Hasta el chico parece un poco antiguo en esta escena perdurable, cuando se mete detrás del mostrador y, medio mirando al rengo del bastón, bisbisea una historia al oído de la secadora de vasos.

La boca de la mujer se curva en un gran Oh.

"Matildo", exclama. "¡Matildo, vení pronto!", y por la puerta de la cocina aparece un hombre. Es incrédulo a lo que el chico está contando pero no mira a O'Jaral con desconfianza. En cambio la mujer desconfía porque realmente cree lo que el chico cuenta.

La paradoja se resuelve en, al severo modo de las fondas, una distante alegría hospitalaria. La serenidad del hombre del bastón no puede sino convencer a la patrona. El padre manda al chico a que se siente a hacer deberes a precavidos cinco metros de O'Jaral. Quizá sean más, los metros. Este O'Jaral no se preocupa por la exactitud. Si acaso, se felicita de haber guardado cincuenta dólares en el forro de su gabán.

"¿Hay sopa?", pregunta cuando la mujer se frota las manos ante él. "Decirle sopa es ser injustos", contesta ella. "Entonces eso, si no es molestia", dice O'Jaral.

Las nalgas descarnadas casi no acusan la dureza de la silla. La estremecida conciencia de O'Jaral se apoya en el ruido de los vasos en el mostrador, en las crepitaciones del aceite en la cocina. El porvenir huele a cebolla frita. No, borremos lo anterior. O'Jaral se siente ecuánime pero aturdido. Nunca se habría imaginado que el fruto de sus años de desvelo iba caerle en la cabeza tan instantáneamente, con la dulzura exquisita y el peso de un melón. Lo que le queda de ese instante es un apego por el chico que lo provocó, Pablito.

Despeñado del pensamiento, el tren del porvenir se consume en una intriga simple y extraordinaria, un asombro rabastainiano. ¿Y ahora qué viene? ¿Qué es lo proximo que va a aparecer? Y sobre todo, ¿de qué otra cosa será él capaz?

Ha aparecido la sopa, abundante de joyas menudas, color pata de gallina, zapallo y pimentón. El primer sorbo

llena los huecos de las encías, el paladar roturado, extiende la conciencia al cuerpo de O'Jaral y la suma de los dos a todo el ámbito de la Garnacha. El chico sonríe, más bien se ríe. Un día completo para O'Jaral. Y una quietud nueva como la de la vida en los barcos, detenida sobre el movimiento. Si ahora lo vinieran a buscar Ellos, por mucho que lo trituraran

sólo extraerían un mosto
que en el mundo de Ellos
no se sabe beber.

Del matrimonio Peláez es difícil decir algo que no requiera el trasbordo, fatigoso a estas alturas, a una historia con menos alicientes de intriga y desenlace, menos climática aún que la de O'Jaral. Cuando el viento va en una dirección y la corriente en otra, a cierta distancia parece que el agua no se mueve. Sobre esa indefinición un barco puede avanzar largamente sin la coartada de un arribo, necesitado solamente de tormentas que lo ejerciten en la batalla de la vida, temiendo apenas la calamidad del iceberg en la bruma. Así, mientras en cada ciudad del mundo concentracionario crecen los ámbitos del deseo exasperado, ciertas zonas de deseo fijo se encierran en sí mismas para intentar disolverlo, no en el silencio de la idiotez, sino en las charlas sorprendentes de la vida rutinaria.

El barrio en donde había entrado O'Jaral, conocido como El Costurero, no tenía el lenguaje menos cautivo de los dueños de la palabra ni pasaba menos penurias que el resto del Centro pero, por laberíntico y amenazador, estaba más libre del fisgoneo. Como no sólo daba miedo entrar al Costurero sino también salir, porque hasta el asesinato allí era de otra índole, no había más remedio que tomarse el aislamiento como único defecto de la vida en un remanso.

La Garnacha era lo que, negándose al papel de deudores prósperos en otra zona de la ciudad, los Peláez habían hecho en El Costurero con su papel de deslomados sin deudas. En las ocho piezas de la pensión y el aire apetitoso de la fonda, Regina distribuía raciones, ropa lavada y vino Antiguo Aljibe sin impartir normas ni ostentar com-

prensión. Si los borrachos del mostrador la obedecían, si los indefinidos protocultos la adulaban sinceramente, si el vendedor de ventiladores en bancarrota o la madre del zapatero cocainómano le contaban sus problemas era porque ella nunca decía nada importante. No es que no tuviera más virtud que un oído pacientísimo; a veces incluso regalaba los somníferos que le regalaban a ella los dealers, algunos de los cuales también le vertían el alma. Es que por encima de todo Regina había hecho La Garnacha.

La había hecho en años de trabajo sin feriados. Sin astucia ni inventiva, con el mero poder de canalizar la fuerza bruta de Matildo y no negarle el derecho a la jactancia. Él ni siquiera sabía picar bien un ajo, pero entretenía a más de un cliente. Regina sustentaba el clima de monotonía duradera y educaba a Pablito en la imposibilidad de elegir. No por casualidad, razonaría O'Jaral mucho después, había sido ese chico el favorecido en el suceso del mingitorio: imitando a la madre, precozmente opaco a los mensajes concentracionarios, en vez de una pobre gama de fantasías inducidas tenía una gran capacidad para aceptar posibilidades fantásticas. Cuando estaba por dormirse, la mente de Pablito hacía patinar sobre el hule los mismos saleros que manos de hierro apenas lograban despegar. Y nada más sobre él, salvo que se iba a la cama muy tarde; los Peláez lo malcriaban un poco porque no era hijo de ellos, en realidad, sino de alguien que había desaparecido: de dos muertos de muerte innatural.

A las diez y media de la noche Regina, pelo siempre a la romana, cara de papel madera, delantal con puntillas, apoyaba la cadera en el refrigerador, detrás de la barra, para racionar las cervezas de los inquilinos Zubeldia y Tang-Dou, fotógrafos de escuela y comuniones. La boca huraña de Regina juzgaba los chismes que sólo iba a divulgar a modo de contrainformación. Los ojos de codorniz se escabullían, por encima de las mesas del comedor, hacia el televisor de cuarenta y cinco pulgadas. Era el momento, precisemos un poco, del capítulo 35 de *Amigo Semión*.

El cura Bardánov, después de romper con la Iglesia Ortodoxa, había establecido una comunidad de asesoramien-

to espiritual para jóvenes emprendedores. También había roto con Edith Taborgue, que propugnaba el retorno al coito natural, es decir sin miedo a los hijos ni a las enfermedades. Bardánov apoyaría a los Kirilov, una parejita que había patentado el preservativo con exclusa de membrana impalpable, capaz de retener o volcar el semen preservando a los órganos del contacto directo. Mientras les hacía defender con mente y puños una religiosidad racional, el guión lo aventuraba en conflictos parciales: en este capítulo en concreto, la querella contra un consorcio francés que había creado para los preservativos Kirilov una publicidad sutilmente perjudicial; porque, sospechaba el cura, los consorcios apostaban a plazo no tan largo por el exterminio de la población adulta y un aumento de la población infantil huérfana, carne fácil de comercializar de muchas formas. El mundo era repugnante. Dios callaba. Hasta que se encarnara en un Verbo con mensajes nuevos, los justos tendrían que abrirse paso a pistola. El hirsuto Semión, de pronto autoproclamado El Sucio, arrojaba un preservativo a la cara del ambiguo juez Guerlatxe: "Les dejo ésta su Europa de ignominia bárbara. Me marcho a África, donde los humanos se comen mutuamente cara a cara." Era imposible asegurar que Mona Dieckssen no fuese Mulligany, o su esposa. El traductor del caso, pensaba O'Jaral, cada vez se hacía más patente; aunque en La Garnacha nadie concebía que lo que hablaba Bardánov fuera una traducción: para ellos era el único castellano concebible.

Después venía la propaganda y después Danilo Cifuentes, la Voz Clara, presentaba las noticias. Tumefacto de patriotismo, el canciller Bornut escupía al Grupo de Punta una proclama de Autoexclusión: "Nuestro país sabe que sólo lo singular puede desarrollarse." Por primera vez un ciego era ministro de economía británico. Un psiquiatra decía que la división del mundo en pequeñas comunidades ensimismadas se debía a un nuevo espíritu sectario, una respuesta al predominio de la técnica, y que las sectas atraían a las personalidades frágiles o morbosas. Matildo le daba al control remoto y el ojo de la tele se contraía en un destello moribundo.

Más allá de la puerta de vidrio, por las costras del callejón de la Rana, el robot de la basura se acercaba cru-

jiendo como un bogavante niquelado. A codazos entre los curdas del mostrador, Matildo se apuraba a arrastrar los tachos hasta las pinzas sonámbulas. No bien se había alejado el tufo, Regina se ponía a fregar las baldosas. Pablito roncaba en una mesa. En el mostrador aparecían la grappa y el curaçao. Una niebla del color de los líquenes se colaba por la puerta con cada uno de los que llegaban del trabajo, como una embajada bucólica a las refinerías de la noche. Analía la quiosquera, Castiglione el farmacéutico de turno, Botho el cargador, David el pizzero, Hacheto y Flora, dúo de punguistas en la plaza del Matadero, el gitano que vendía claveles, choferes de la terminal de ómnibus, colgados de la Gruesa adulterada, un matrimonio Cardiff que hacía porno-verité en el cabaret La Meca, mozos y serenos podían entrar a esa hora en La Garnacha para acomodarse en la atmósfera sedosa de flojera y elación, de acidez tambaleante.

Sumando todos los chismes se obtenía una cantidad de información inmediata que la tele nunca habría podido contrarrestar. Entonces se notaba que Matildo tenía por lo menos una habilidad. Imitaba extraordinariamente no sólo las adenoides del canciller Bornut sino los tics de Tomás Moriarti, las manos pasionales de Caro Basaldúa en los hombros de Evelyn Nardiello, e imitaba también el ruido del robot de la basura, el motor de una draga, una sierra eléctrica, a Borges, a Tolouse-Lautrec, a James Bond, a Louis Armstrong y a Edith Piaf. Las mejillas oliváceas de los clientes, porque en el Costurero no había mucha luz, se estiraban en muecas de elogio. Se exhibían las dentaduras catastróficas. Sin esconder el resentimiento, Regina se ponía a contar chistes, como el del tipo que le propone a la mujer una pose nueva, que era la primera en festejar con berridos ululantes; los habituales los llamaban La Risa Histérica, y eran muy contagiosos.

Bajo un cielo de moqueta sucia, inalcanzable para todo resplandor, una ciudad roncaba en la llanura; adentro tenía un Centro y en el Centro un barrio-fortaleza llamado El Costurero; y en un callejón muy angosto, tras la puerta de La Garnacha, un fragmento de mundo retrasaba el sueño como buscando que la pálida marea orgiástica lo llevara del desvelo a la totalidad. Desde la torpeza

terrestre la risa de Regina se elevaría, cargando con las otras, creciendo con la altura, colibrí, torcaza, aguilucho, albatros ideal en la esfera celeste, para derrumbarse con las alas quemadas. Al final, antes de que los clientes más lúcidos se fueran a sus casas, los más borrachos se resbalaban por el mostrador hasta el suelo. Regina los tapaba con mantas y dejaba encendida la radio portátil. Más de una noche los ronquidos habrán flotado sobre los mensajes de la Voz Pirata de los Superficiales de Ravinkel, que emitía a partir de las dos. Regina bajaba la red metálica. Matildo cargaba a Pablito hasta su cama. Regina se metía en el buche una copita más y, Ay, qué risa, repetía con un bostezo. Apagón.

Imagínense ahí a O'Jaral, imperceptible como un mediador universal o una fantasía protectora, esperando que terminara la jornada para subir a su pieza apoyado en el bastón. Puerta cuatro, primer piso. En la habitación grande del segundo, quizá la risa de Regina resurgiera un rato después, decreciente, casi extinguida antes de culminar en suspiros líricos. A veces, cuando de madrugada un pensionista bajaba al baño, veía cómo junto al mostrador formas de hombre se acoplaban con formas de mujer bajo las frazadas, se confundían, mutaban sin desplazarse como médanos grises contra la tenue luz del vidrio. O'Jaral también empezó a ver esas carnales concreciones de la mente dormida cuando asumió la tarea de levantar la red metálica todas las mañanas.

Lo habían estado esperando. En todas partes, más aún donde no hay buenas dentaduras, esperan a alguien capaz de hacer ciertas cosas, y lo reciben bien aunque sólo aparente que puede hacerlas o ellos barrunten que sólo las hace aparentemente. Con este intercambio, sin saberlo, le dieron a entender a O'Jaral que sólo importaban, sólo existían quizá las apariencias. Pero nada de halagos falsos. La parroquia de La Garnacha, la colonia chismosa de El Costurero eran amables con él, a veces confianzudos y de a ratos idólatras, cuando los atacaba la superstición, pero no le pasaban demasiada bola. O'Jaral los sedujo con su probidad zarrapastrosa y ellos terminaron de serenarlo con

diversas pruebas de que existía. Era como si la existencia de O'Jaral, mejor dicho, se hubiera sostenido siempre en lo que iba a hacer pasar entre esa gente, en esa gente como la posibilidad de que pasara algo, y no en una lucha contra otra cosa, al modo de Ravinkel, ni en el acierto responsable de cada elección al modo del O'Jaral de antes.

Como fragmento de mundo, La Garnacha aspiraba a la perfección de la miniatura. Entraba Radomir, el pinche de cocina, y contaba que una tipa de la calle Becho adicta al selopidán había parido un bebé con trompa. Regina le leía a Pablito un artículo de *Telerama* donde Mona Dieckssen contaba que no había conocido a sus padres: "Como dice ese Semión", decía Regina, "hay muchas maneras de empezar mal, y no todas son igual de malas." Tang contaba que una loquita muy audaz de la cortada del Castor había puesto un taller de ropa de papel, y que señoras peripuestas de la Zona Media mandaban a sus mucamas a comprarle a montones. Las hijas de los Blatdemoro habían violado al relojero Astudillo, qué de chicas solía tocarles el culo; pero eran ellas las que estaban en el hospital, apalizadas no se sabía por quién. Matildo contaba que en la entrega de comida oficial del día anterior los superficiales de Ravinkel habían mordido a los repartidores, y que entre los presos había un sobrino de los Cardiff; los profundos de Ravinkel habían replicado secuestrando a un repartidor: lo habían devuelto después de meterle una buena dosis de comida en el culo. "Vos, de ese alimento que mandan de Arriba no se te ocurra probar, eh", le advertía a Pablito el punguista Hacheto. Y así. Un discurrir parcial, gobernado por el metrónomo de las comidas y el relevo de los olores y los ruidos, secador, lavandina, cuchillo, osobuco, que por desinterés en lo que lo excedía era uniforme y acabado.

Claro que si llegaba algo de más, bienvenido fuera.

Le dieron la pieza cuatro. O'Jaral pasaba la mayor parte del día en una mesa, su mesa, acomodado desde el principio a las leves variaciones de la luz, convaleciente, más que de lesiones o dolores, de una impaciencia por curarse que era más antigua.

"¿Cómo anda ese ojo, Luis Carlos?", preguntaba formulariamente Regina. No andaba bien, no, pero tal vez

fuese una vista falible la más apta para captar el orden espontáneo de las superficies. La voluntad de O'Jaral no jorobaba, satisfecha con lo que había logrado hacer de O'Jaral. Bueno, satisfecha a medias. Lo suficiente para transar con un cuerpo consustanciado con una silla. La memoria se dejaba abrigar por una capa de aceite. No cabía decir que el *suceso* del mingitorio hubiera convertido la línea del destino en un suelo feraz, sino más bien que la había doblado varias veces sobre sí misma, apretándola en un bulbo pleno y granítico. O'Jaral estaba en su mesa de La Garnacha como un menir recién descubierto en la plaza secundaria de un pueblo.

A efectos de interés narrativo, he aquí una selección de cosas que ocurrieron desde el momento en que O'Jaral se estableció en su mesa con la atención puesta en las necesidades de los parroquianos.

• El 16 de octubre, el cargador Botho Serebrednic dijo que si ganaba el gordo de la lotería iba a construirse un barco con una casita encima con forma de palacio, y en la punta del palacio un pequeño observatorio astronómico. En el sorteo del 18 la suerte halagó la inspiración de Botho con un premio menor de veinte mil dólares.

• El 22 de octubre, durante la fiesta de celebración en la cueva de Botho, mientras todos menos O'Jaral bailaban el vals *Desde el alma*, se presentó de golpe y porrazo un comisario de hacienda que le entregó a Botho un formulario de cesión del 52% del premio y le sugirió ir llenándolo. Todos oyeron a Regina decir "Mal rayo te parta". O'Jaral lamentó que no hubiera tormenta eléctrica, pero cuando el tipo salía lo invitó a tomarse una copita, a lo cual el comisario giró furioso, patinó en un canapé pisoteado y se fracturó el cráneo contra el suelo.

• Nadie pudo hacer funcionar nunca la pistola Bohringher 44 que se le había caído al comisario de hacienda.

• El 4 de noviembre, mientras tomaba una cerveza con O'Jaral, a Rosaura la hija del energúmeno panadero Jollado le vino naturalmente la regla que esperaba desde hacía mes y medio tras un accidente con un preservativo.

• El 7 de noviembre, cuando O'Jaral estaba tomando la fresca a la puerta de La Garnacha, en una casa de enfrente Melqui Yubelkian, de dos años de edad, se encara-

mó al alféizar del tercer piso para agarrar un broche de ropa y cayó al vacío cabeza abajo. Pablito Peláez, que avanzaba por el callejón de la Rana, echó de pronto a correr hacia el billete de dos dólares que había visto en el pavimento. El repartidor de soda que en ese momento salía de la casa se lo llevó por delante. Desplazados por el choque hacia la vertical de la caída del nene, se derrumbaron de culo uno frente a otro. No bien el colérico sodero extendió los brazos para sacudir los hombros de Pablo, se vio recibir el cuerpito intacto de Melqui.

• El 20 de noviembre Regina le dijo a O'Jaral que la escotada viuda Cimarrosa, planchadora, le había dicho que estaría dispuesta a casarse con el pizzero David, que la pretendía desde hacía nueve años, si él cumplía el implausible expediente de dejar la ginebra que desde hacía diez le volvía pestífero el aliento, idiota la conversación y desollada la cara antaño hermosa. Esa noche, mientras el borracho David purgaba su dolor burlándose de O'Jaral con el mote de *José Abracadabra*, una retahíla de infartos lo propulsó a la sala de urgencias del hospital Santa Clotilde, del cual salió diez días después, cuando ya lo daban por muerto, muy cosido y con una ostentosa repugnancia por el alcohol.

• El 2 de diciembre el septuagenario don Andrés Roura tiró a la basura un paquete que su nieto Fermín había dejado en la cocina de su casa, impidiendo así que el muchacho comercializara el contenido y rindiera los beneficios a Amaro Bohorques, La Iguana, proveedor notorio de paquetes de ese tipo. Fríamente emplazado por Bohorques a saldar en ocho días la deuda de 7.000 dólares, Fermín se derrumbó una tarde frente a la silla de O'Jaral y dijo: "A mí únicamente me salva el cielo." La mañana del 5 de diciembre los cuerpos de Bohorques y su lugarteniente aparecieron en la placita San Lucas, chamuscados como tras una larguísima sesión de rayos ultravioletas. Si bien los Profundos de Ravinkel se adjudicaron el atentado, los vecinos insistieron en que una cegadora luz de OVNI había blanqueado varias veces las ventanas durante la noche.

Aunque la cantidad de casos fuera tal que podía incluso aburrir, O'Jaral no los habría disfrutado sin pagar techo

y alimento con actividades más insertadas en los ritmos de La Garnacha. Por eso ayudaba en el estudio a Pablito y a sus amigos, a Regina con las cuentas, hacía las camas con una presentación cartesiana, de vez en cuando iba al mercado e ideaba menús baratos, armónicos y nutricios. Nada que lo alejara demasiado de la dignidad con que lo había investido la parroquia, ni sirviera para aguijonear la recóndita, irreductible desconfianza que no podía faltar. A veces les traducía a una forma de cuento nocturno los apuntes más narrativos de *Donde yo no estaba*. Pero las mejores páginas de Rabastain se las guardaba para él, para las anchas horas de la tarde. Como la 204, donde Rabastain escribía:

> *"2 de noviembre.* Como hoy a primera hora Thérèse tenía que hacerse un análisis de sangre, desayuné con los niños, los despaché a sus cosas y demoré la partida a la tienda para recibir a Boris, el técnico polivalente que nos repara todos los electrodomésticos. Se trataba de la nevera. Tal como yo había imaginado, el hombre eliminó el insufrible quejido del motor con un par de martillazos. Rehusó cobrarme. Lo invité, pues, a café y, conversando sobre sus diversas aptitudes, me dijo, con la impavidez de quien ya ha dejado atrás la amargura, que una serie de imponderables lo habían obligado a abandonar la carrera de ingeniería a los veinte años, cuando llegar a constructor de puentes era la mejor razón que encontraba para disfrutar de la vida. No sé por qué, yo le conté que mi deseo juvenil de ser flautista también se había frustrado. En el cómodo silencio que se hizo medité que el dolor de las ilusiones perdidas no proviene tanto del deseo insatisfecho como, posteriormente, del derrumbe de la idea que anteponemos al desarrollo de nuestra vida, idea que suele tener una estructura harto rígida y aparatosa. No me gusta ser grosero, pero en el fondo pienso –esto no se lo dije a Boris– que es un dolor como el de apretarse un forúnculo hasta expulsar la costra y el tapón; con el drenaje, al cabo nos llegará

un alivio. Cierto que tal vez Boris habría sido feliz haciendo puentes; pero nada demuestra que no haya sido más feliz no haciéndolos. Gradualmente la charla derivó al terreno de las fantasías. Por supuesto, hablamos de cine. Boris dijo que le cuesta terriblemente no interiorizar (usó esta extraña palabra) lo más obvio que suscitan las películas: mujeres rubias y activas, viviendas donde se puede beber un whisky contemplando las luces de toda una ciudad. Me resultó tan simpático que no vacilé en confesarle que mi método para anular las fantasías consiste en extremarlas hasta el absurdo. De las situaciones cinematográficas, la que siempre me habría gustado vivir es la del *cowboy* solitario que, en el crepúsculo ardiente de una pradera de Dakota, acampa junto a un ojo de agua, hace un pequeño fuego, come guiso de habas y luego, fumando un pitillo, calienta el café que beberá bajo las estrellas, confundido con el paisaje. Pues bien. Basta añadir el bufido constante del caballo, el efecto del sudor propio acumulado, las hormigas y los escorpiones, el diluvio repentino, la mojadura, la pulmonía, un ataque de almorranas, o algo como que a uno le entre una basurita en el ojo y deba soportar durante días las consecuencias quizá gravísimas, porque no tiene a nadie que se la quite de un soplo. Boris observó que, para un cowboy, ese tipo de trastorno no debía de ser insoportable. No supe qué responder. Sólo más tarde, ya solo, imaginé la constipada nariz del cowboy despachando un estornudo que desparramaba las estrellas como si fueran migas secas."

Pasado un largo rato con forma de renglones, O'Jaral cerraba el libro y, sintiendo en la barriga el peso fragante del papel viejo, dejaba que en su pieza sin cuadros, con un ventanuco, fluyera el tiempo sólo restringido por el turno de la cena.

Un cierto aroma de canela y sambayón, de anís, pasas y coco molido manaba de la pieza cuatro, donde a veces dormía ese hombre de ojos cristalinos que visitaba La Garnacha con un gran impermeable y un cuaderno de tapas negras. Para casi todo el mundo era una sombra, la sombra de O'Jaral, y a O'Jaral no le importaba tener pegada con ese hombre a quién sabía qué parte de la comunidad de los muertos.

En realidad, sentado en la cama, envuelto en fragancias leves, oyendo ya las voces más fuertes que la tele, era casi como si tuviera el pecho en orden. Su obra era la forma incesantemente dada a una pequeña comunidad, estaba fuera de él y empezaba a pertenecer a los otros. ¿Qué alumbraría para ese pedacito de caos cuando bajara a encontrárselo una vez más? No saben cuánto me gustaría terminar la historia con esta pregunta.

Pero los calóricos potajes de Regina, sin regenerarlo del todo, habían curado el cuerpo de O'Jaral lo bastante para que el pensamiento volviera a las suyas. Despabilado en sus eriales, el pensamiento reunía puñados de tierra para levantarse una torre. Hasta que un día instaló allí una silla de director y se sentó a plantear la primera cuestión.

Si algún encanto tenía para O'Jaral su papel en La Garnacha era la indiferencia al sudoroso prestigio del heroísmo. De acuerdo, dijo el pensamiento, ¿pero no habrá una forma de acción que no sea heroica?

Era el amanecer. O'Jaral se levantó, por un momento sin necesidad de bastón. Pero necesitaba el bastón, y ése era uno de los síntomas. Otro era la luz. Asomado al ventanuco contempló el callejón de la Rana: parecía un pasillo de espera a un tribunal de apelación para el derecho a la vejez. Bajo la raya de cielo, día o noche la luz sólo variaba del cetrino al pajizo, del marrón tierra al verde billete viejo; y en esa pobre paleta él había arrellanado el espíritu.

El espíritu de O'Jaral estaba rechoncho: el pensamiento tenía razón en indignarse. Porque al fin y al cabo el bienestar era menos valioso que hacer una obra, y tal vez, y tal vez no hubiese manera de saber cuál era la obra que la acción podía consumar si O'Jaral la dejaba inactiva.

Nada de heroísmo: se trataba de un simple mantener la vigilia.

Estaba en camino de solazarse en lo que hacía pasar. ¿Y por qué se solazaba? ¿Qué era él, a fin de cuentas? ¿Enviado, mago blanco, mistagogo? ¿Director de escena de una razón filantrópica? ¿Distribuidor de recompensas, de los dividendos de la bendición? Ah, O'Jaral no había perdido su léxico, no todo. Y el carácter efímero de sus obras, que no llegarían a influir en el futuro mientras el simple rumor no se convirtiera en leyenda, le daba muy mala espina. Como algo se conocía, sospechaba que iba a tener que seguir haciendo pasar cosas sin descanso si quería alejar la amenaza siempre latente de no ser nada, nadie.

El problema no era tanto su paciencia, de la cual dudaba poco, como que Los de Arriba de Todo se presentaran a interrumpirlo, por puro despecho o porque les pareciera peligroso. En ese caso ni siquiera llegaría a ser leyenda; por no imaginar la eventualidad peor de quedarse sin poderes. Si quería ser alguien debía encontrar una forma de acción más transmisible.

Como la gran mayoría de los pensamientos, el de O'Jaral no era lelo ni genial. Cuando lo consentían, disparaba preguntas.

Primero preguntó si, para que O'Jaral fuera alguien, no tendría que dedicar el resto de su vida a transmitir lo que había recibido. Después preguntó qué había recibido O'Jaral, en definitiva.

Finalmente preguntó si era *tan* necesario ser alguien.

O'Jaral se dijo que lo único necesario era realizar el destino, y que de la existencia de un destino *suyo* él sólo podía ofrecer la prueba del interés de gente muy poderosa y, llegado el momento, la prueba de la consumación. Esto lo razonaba sin gran seguridad, de espaldas a la tele, una tarde, mientras las manos concluían un mapa de Asia para Pablito y parte de la mente vigilaba a la parroquia.

Entonces pasó Regina y le dijo: "Para usted sí que la vida es fácil, don Luis Carlos."

La frase le dio en la conciencia, roída por el trabajo del pensamiento. O'Jaral intuyó que si ya no encontraba obstáculos era porque tal vez, pese a todo, nunca se había movido del punto de partida.

No encontraba obstáculos porque no los veía, esto era para erizar la piel, y si no los veía no era por la mala vista.

Con los nudillos blancos de tanto apretar el mango del bastón, O'Jaral repasó el detestable estado de sus dientes, la flojera que no lo abandonaba, el magro espectáculo de sus realizaciones en La Garnacha. Por ganar el reconocimiento de ese público, comprendió de repente, se había vuelto presa fácil de gente de deseos más venenosos. Y si había Alguien que lo impulsaba a esa parodia de obra, a esa disipación de una obra de verdad en la antesala de la bienaventuranza, si entonces había caído en una trampa, ¿tenía que empezar de nuevo?

¿A partir de nada?

Que tal vez tendría que empezar de nuevo y desde nada quedó patente en las visitas que ciertos forasteros empezaron a hacer a La Garnacha como virus de ataque a la energía de la incertidumbre. Alguien más había cavilado qué hacer con los sucesos del callejón de la Rana, y consideró que no sería en balde aplicar un shock de normalización.

Si las cosas eran exactamente así habría que preguntárselo a Ravinkel. Lo único cierto es que los forasteros aparecieron. Bueno, diría Ravinkel, por esos meses aparecieron muchos normalizadores iguales en otros puntos de Talecuona. El estancamiento del gobierno se repetía en la población como una tendencia a creer que cualquier cosa era posible y ninguna tenía mucha importancia. El nivel de conflicto se acercaba al cero a la misma velocidad con que disminuían las ganas de reaccionar. Se retraía el proteico masosadismo que mantiene entero al consumidor.

Son jóvenes, mucho, vigorosamente apagados, elásticamente opacos, torvos cuando no neutros, pacientes pero espasmódicos y al cabo indistinguibles de otros jóvenes, al menos mientras no destilan un leve olor a acetona, a ferroquina, a complejo vitamínico y malta, y salvo para quien, acercándose un poco, les advierte en la piel una tersa tirantez de vejiga llena de agua, las disimuladas marcas del bricolage quirúrgico.

Una cicatriz como un clip en la base del cuello. La lisura tecnológica de la elevación de un tríceps. Son, en la lengua indiferente que enjuga la comisura, geométricos productos de la ingeniería de la inexpresión.

Son ellos y ellas, con un exceso de género que es un defecto de sexo. El ofuscado bulto de la bragueta, las mamas que fuerzan el tejido de la blusa, emboban por un instante al que mira pero le dejan la sangre intacta. A la sangre llegan por otros medios. Son amerindios, germanos, mulatos o indioarios, casi todos con una chispa de esquizofrenia en las pupilas de laca. Pueden tener la dura paleta del mulo o el ojo abotargado del hipopótamo. Pasan por educados. A alguno se le escapa un vómito en el suelo. De la ropa es difícil decir algo. Calzan zapatones de suela gruesa, de goma. Llegan de a uno o de a dos, de a poco, como unas décimas de fiebre vespertina. Permanecen, buscando códigos que leer, imperturbables como láseres.

En la vida de La Garnacha predomina lo lento. El perímetro del Costurero filtra los acontecimientos y les quita acritud. Los extraños introducen ligeros elementos de urgencia, como observaciones de una vida exterior que los usa de vehículos.

A veces es un vaso vacío puesto en el mostrador con una prepotencia que sólo en las películas de gángsters significa "Otra". A veces, no siempre, entran o salen sin saludar. Dicen: "Necesito un coche de más cilindrada." A veces se enojan como en broma con alguien que no saluda. Dejan chirolas como si fueran propina pero al final se las llevan. Miran a Matildo desafiándolo a agarrarlas. Matildo aprende en seguida. Una vez, no obstante, hay un embarazoso forcejeo por quince centavos.

Siempre dan la impresión de estar a punto de atropellar a alguien, incrustándole un codo muy doloroso antes de perdir perdón.

La vida ignota que los usa de agentes les ha puesto en las caras el matiz indirecto de un bronceado, como un recuerdo de que en sus dominios hay un sol que da de pleno. Y sobre todo los ha provisto de dentaduras más rutilantes que prótesis caras, donde el punto negro de una carie es el azabache que corona la exuberancia.

El que una noche aparece con un reloj de oro, cuando va al baño se lo saca como sugiriendo que no quiere ofender. Después se lo olvida en el mostrador, pero vuelve a buscarlo a los cinco minutos, cuando el punguista Hacheto ya lo tenía en el calzoncillo. Regina organiza una desconcertante maniobra de devolución. Puede que una chica traiga un vestido de marca. Puede que pida un teléfono con insistencia financiera. Es una chica autoritaria pero refinada, que cuando al día siguiente vuelva se traerá el teléfono portátil. Y encima, en suma, parece humilde.

O'Jaral vuelve a dormir mal. Ha comprobado que toda súplica de los parroquianos que él capte, y se proponga satisfacer en el aire turbulento, se estampa contra el campo magnético que rodea a los forasteros.

Los forasteros se hacen llamar con nombres de tres sílabas: Roberto, Alberto, Graciela, Ignacio, Renata. Pocos días después de que aparezcan, los llamados Profundos de Ravinkel salta a las paredes del barrio con unos grafitti de factura rápida, A NUESTRO JUEGO NOS LLAMAN, firmados con apodos de cuatro sílabas: Palomino, Clodomira, Felisberto, Molibdeno, Carcinoma, o tres cifras y una letra: 32B7.

Los jóvenes extraños están satisfechos. Cada vez vienen a La Garnacha más seguido, aunque no siempre los mismos. Los anuncia una vibración apenas lúgubre que se va haciendo endémica, un escape de gas clorhídrico. Una noche uno cuenta un chiste de ciegos y se ríe tanto, él solo, que la mano que se le escapa da como un martillo en el pecho de alfeñique de David. Al lado de David está la viuda Cimarrosa. "Muy gracioso", dice David. "Quién, ¿yo?, se endurece el extraño. "No, el chiste", tercia Regina rápidamente. La viuda resopla de furia. "¿La señora tiene problemas respiratorios?", dice el extraño. "Perdón, ¿cómo dijiste?", dice Zubeldia. "Digamos que nada", dice el extraño: "¿Cuánto le debo, patrona?"

Es ése, o uno parecido, el que a la noche siguiente, en medio del capítulo donde Semión Bardánov explica a una tribu congoleña el concepto universal de dignidad, se sube de golpe a una silla y cambia de canal. Mientras la incredulidad pestañea sobre las mesas, desde el mostrador Matildo le grita qué carajo hace. "Me supongo que no

van a mirar entera esa porquería." "Acá nos gusta", dice la voz de Tang, avergonzada de antemano. "No nos gusta", dice Regina, "pero no es eso lo que se discute." "Entonces", dice el extraño, "es un problema de decisión. Decidirse o no a no ver lo que a uno no le gusta."

Matildo va hasta la tele y vuelve a poner la serie. "Perdón", dice el amigo del extraño, "yo estaba mirando otra cosa." Matildo lo agarra del pescuezo. Entonces el primer extraño le coloca tal patada en la mandíbula que lo manda hasta casi hasta la puerta. Con un salto sobre el corpachón noqueado de Matildo, los extraños se van sin pagar.

Cuando una hora después vuelven exhibiendo el dinero, seis parroquianos les salen al paso con botellas. El escarceo termina pronto con la retirada de los extraños, elástica, macabra, pero nadie les dice que no vuelvan más. Es como si los necesitaran para que los cuerpos amansados por la rutina segreguen una materia sólo ofrendable a un dios oscuro.

Por supuesto, en los días siguientes los habituales de La Garnacha reaccionan viendo los capítulos de *Amigo Semión* con más denuedo. Si la serie no les gusta, se enojan consigo mismos por dejarse influir por los forasteros. Si les gusta, se sienten medio imbéciles. El resultado es que no saben si les gusta o no y, abrumados de ridiculez, ya no pueden juzgar la serie porque en vez de verla se ven a sí mismos viéndola. Esta hinchazón del titubeo egocéntrico eclipsa poco a poco todas las cosas de la vida, de modo que los habitantes de La Garnacha ya no viven nada que no sea el miedo a no ser gente valiosa.

Así se vuelven irascibles, cobardes, neurasténicos y vanidosos.

Los forasteros vuelven, se relevan. Matildo finge que ha olvidado la ofensa. A los demás los inseminan con frases versátiles, ubicuas, que terminarán por usar con sentidos diversos, porque no usarlas nunca los acomplejaría.

Pero es que además los parroquianos tienen miedo. Cuando miran a O'Jaral, como se mira la vieja pipa de boj que tanto placer dio en un tiempo pero un pisotón ha partido en dos, la mirada se les desvía con un derrape para tomar el carril de aceleración continua. Las noches

de La Garnacha se transforman en una autopista circular sobre un colchón de smog, donde las frases cruzan faros en un morboso coqueteo con el choque múltiple.

Como un chirrido neumático, se oye: *Que le vayan a cobrar impuestos a su abuela, De noche todo el mundo es marrón, A este país lo hicieron los inmigrantes, Lo más libre se es cuando uno revienta, La libertad es reventar al esclavo que uno tiene adentro, A los que no pagan impuestos habría que cortarles los huevos, Si fuéramos responsables no necesitaríamos que nos dieran con el látigo, Lo que no se puede es que los inmigrantes vengan con pretensiones.*

Una forastera lanza un casi párrafo que luego se descompondrá en diversos lemas: *Acá cada cual se inventa una respuesta para creerse que es Dios, y terminamos peleándonos entre iglesias de uno solo.*

A llorar a la iglesia, dice Pablito.

La iglesia es la policía de Dios, dice el farmacéutico Castiglione. *El mejor policía es el policía muerto,* dice el cargador Botho. *Somos medio borregos, medio caníbales,* dice un forastero.

A ver si sin una ley nos arreglaríamos mejor. La ley de hoy en día son las noticias de la tele. Yo no conozco ningún político con hambre. Mi padre es político. Me cago en tu padre, quinoto. ¿Ves como la libertad trae la muerte?

La muerte es la única libertad. Qué poco me gusta tu cara. Lo que se hace con los hijos de puta es dejarlos que se pudran en su propio veneno. Un día se te va a reventar la carótida.

La única libertad que hay es ser responsable de tu plata. Yo me compro lo que quiero. La verdadera responsabilidad empieza en los gustos. Usted qué sabrá lo que es el placer. Democracia es no quedarse con las ganas. Preguntale a mi mujer cómo tengo la democracia.

Pasan y pasan las frases todsa las noches, y hunden a los parroquianos en un trance despavorido que les dura al día siguiente, como si no pudieran apagar la certeza de que los extraños, ya casi conocidos, van a volver a exigirles que sigan hablando, a hablar todo lo necesario para que puedan acumular más saliva.

O'Jaral intenta retirarse a su pieza, y siempre lo hace acusado por el ruido del bastón en el silencio súbito, y

mientras no duerme piensa que el mundo de La Garnacha se está precipitando en un desorden intenso cercano a la catástrofe. Él no puede traducir ese tráfico de frases a un párrafo exponible. Cuanto más se empapa la gente de cultura concentracionaria, con mayor ingenuidad e indiferencia maneja las palábras. Pero esto no quiere decir que las palabras ya no designen nada; simplemente designan al que habla.

Del empecinamiento en mantener el pico cerrado, O'Jaral sólo obtiene la sensación de que irrita cada vez más a los extraños. Ellos, mucho peor que meterse con él, le dan a entender que podrían meterse con él cuando se les antojase, y acaso que toda la operación está dirigida a cazarlo mediante la táctica de dejar a los de La Garnacha librados a sus palabras.

O'Jaral se pregunta qué está haciendo en esa ratonera, cómo pudo llegar a conformarse con obras efectistas, por qué abandonó sus estudios. Rascándose en la cama, presenciando el lento retorno de las viejas picazones, de la uretritis nocturna y la dispepsia, se pregunta si ese orden en miniatura es salvable, si es insalvable, y qué mensaje le transmite el caso a alguien que desde hace mucho no usa reloj, no recuerda el número de teléfono de su empleador, no puede volver a su casa, no ve muy bien, ha pasado a depender de los demás, es un mero empleado de las contingencias,

alguien

que no es padre maduro de sí mismo.

Se pregunta si no se está equivocando. Si de veras debe buscar todavía una oportunidad de empatar la suma de sus acciones con el tiempo que tiene acordado en la tierra.

¿Tiene que diseñarse un futuro nuevo? ¿Tiene que rodearse el cuerpo con hilo, ajustar los nudos, taponar los escapes, deponer la arrogancia, volver a hincarse ante la disciplina?

¿Habrá otro fruto que lo requiere para madurar? ¿Quién hace estas preguntas? ¿Le perdonará el tiempo que ni siquiera sepa esto?

Con cada interrogante, el plexo se le hincha en una arcada más violenta de desasosiego. Porque en definitiva, ¿cuánto más va a vivir?

Allá quien piense que una historia puede ser polifónica. No señor. Nadie ha dicho jamás dos palabras al mismo tiempo. Pero aunque en los relatos no haya acordes, hay resonancias que vienen de las relaciones entre palabras tal como las ve la dogmática vitalidad de los hombres. Por eso no crean que O'Jaral había dejado totalmente atrás al fogoso Ravinkel, a Néctor, a Yola, mucho menos al purgante cadáver de Badaraco. Como habría dicho él, estaban todos en su destino. De cada disyuntiva se había desplegado por su cuenta una historia, pero ninguna se había alejado tanto como para no repercutir en la historia de O'Jaral. Y desde luego Gracia Calisandru se había alejado muy poco; por eso no asombra que su historia la llevara a La Garnacha, donde O'Jaral se la encontró uno de aquellos días, una tarde.

Fatal, irrecusable. La esponjosa pregunta volvedora.

O'Jaral la vio en una mesa tomando naranjada con Tulito y Raulito, la gruesa melena confundida con un chal de acrílico negro, en la aureola que efundían las bolitas rojas de los aretes. La abordó por la derecha para entrar en la ambivalencia con el ojo bueno. Ligero, el saludo de ella salió de la sonrisa antes que de la cara, como una burbuja de la boca de una mujer buzo, y al sentir el pequeño impacto en su escafandra O'Jaral se tambaleó en la densidad acuática que se hacía de repente.

"¡Luis Carlos! Yo sabía que iba a encontrármelo acá." "Ah. ¿Me estaba buscando?", dijo O'Jaral. Ella contuvo la risa: "Mire que es impertinente. A mí buscar no me gusta." "Usted tampoco es halagadora." Aprovechando el silencio, ella miró el mostrador, la vidriera, la luz cerulenta de la calle. "Es el lugar más encerrado del mundo, éste, ¿no?"

Un forastero, rabioso por algún motivo, tiró un vaso al suelo. En seguida exigió pala y escoba para limpiar. Regina dijo que esos trabajos los hacía ella. Sobrevino una colérica discusión sobre derechos y deberes de los dueños.

"Sí. Pero últimamente me pregunto si se estará a salvo", dijo O'Jaral. Gracia lo miró como si se hubiera acordado de algo: "Mmm. No está muy lindo el ambiente, no. Más o menos como en todas partes. Yo por el momento trabajo de planchadora en la tintorería de acá a la vuelta.

Pero me vuelvo a mis pagos, porque no se me ocurre otra cosa. A mi marido lo acomodé con su enfermera."

"O sea que se va."

"Luis Carlos, a usted todo lo asusta."

O'Jaral pensó en preguntar si podía sentarse. Adelantándose, ella mandó a los chicos a jugar a la calle y se cambió de silla. "No, ahí no que no la veo bien", dijo O'Jaral. "Usted siéntese y hable. Yo ya me voy a ir acomodando."

O'Jaral no se permitió una comodidad total. "Lo que a mí me preocupa", dijo, "es que me impidan cumplir conmigo mismo. Quizás esté en peligro. He hecho aquí cosas muy mentadas. Pero todavía me falta algo importante. Y hay quienes lo saben, no sé si me entiende."

Ella le rozó la mano, como para probar si era de carne. "Peligro de morirse de cumplimiento, Luis Carlos." Bebió un trago de naranjada. "Ah, *qué rica* está."

Cuanto más superficial era ella, pensó O'Jaral, más sólido se sentía él; pero no pesado, era curioso. "No querría ofenderla, Gracia, diciéndole que nadie desea que le destruyan lo que todavía no consiguió del todo."

"Peor será que le rompan lo que consiguió." "Jm. Sofismas." "¿Y no lo pondría menos nervioso no tratar de conseguir? A lo mejor así consigue algo, y encima nadie se da cuenta. Nunca se sabe."

O'Jaral cruzó los brazos. "¿Y semejante idea la satisface?"

"El que siempre quiere estar satisfecho es usted, y mire cómo anda. Yo pienso que trabajar cansa. Bueno, para descansar un rato me apoyo... en un mueble, bien cómoda, con el brazo. Entonces viene uno y me corre el mueble. Yo doy un pasito y vuelvo a apoyarme. Y así siempre, sin que los que corren el mueble se den cuenta, hasta que el mueble se encariña primero con el codo, al final con una, y ya no se deja correr por los otros."

O'Jaral bajó los ojos hasta el borde de la mesa. Por esa mujer no había forma de sentir compasión.

"Entonces van Ellos y le rompen el mueble", dijo, chispeante.

"No, no, no. ¿Cómo van a romperlo si me lo inventé yo?", dijo Gracia. "Lo que no me inventé es esta naranjada, y ahora me la voy a terminar." La brillante piel de la

garganta se onduló con los dos o tres tragos. "Está deliciosa." Le quedaron los labios húmedos, no por la bebida sino de placer un poco triste. O'Jaral creyó que debía decir una verdad. "Señora, lamento que le guste lo que pasa." "¿Pero cómo? ¿Usted, tan estudioso, se cree que sabe lo que pasa? Y encima cree que sabe lo que le va a pasar."

Por furioso que estuviera, O'Jaral no conseguía apartar el ojo sano de esos labios mojados, sobre todo del de abajo. "Usted me lo predijo", gritó casi.

"¿Y usted se lo creyó? ¿Que yo era adivina? Qué chitrulo."

O'Jaral apretó el bastón. "¿Qué quiere de mí?"

"Míreme la mano", dijo Gracia. O'Jaral obedeció durante un rato. No del todo: era una mano larga, ruda, con una laxitud de trabajo, inconsciencia y cremas de ocasión. Al cabo de un rato ella dijo: "Tiene miedo."

"No."

"Bueno, en fin. ¿Está seguro de que quiero algo de usted?"

"Rotundamente."

El franco suspiro de ella tardó mucho en agotarse. "¿Y de que usted quiere algo? ¿Y de que sabe lo que quiere? ¿Y de que yo sé lo que quiero?"

"Prácticamente seguro de todo eso. Hay certezas que son mi capital."

En la barra, un forastero simulaba estar borracho para cantar procacidades. Gracia se levantó estirándose el vestido, acomodando el ruedo sobre la rodilla blanca y redonda. Miró a O'Jaral, él no habría podido decirlo de otro modo, como si le sonriera desde el centro de la mente:

"Luis Carlos, usted está en la ruina."

Por la noche, el diluvio de gestos de los normalizadores sigue arrasando la desorientada vida de La Garnacha. Miradas que manosean en partidas de tute, miasmas de camorra y monsergas. O'Jaral se escabulle a su habitación. Una hora después, harto de estar nervioso, se viste para hacer una excursión suprepticia hasta el baño.

Vacilante y escueto en la penumbra, está avanzando a tientas por el pasillo cuando la puerta de la habitación

tres se abre no muy despacio. En la morada luz que esparce una ventana aparece Gracia en camisón.

Es un camisón rosa té. Ella se acomoda un bretel dispuesto a caerse del hombro blanquecino, y con el dorso de la mano se seca una gota de sudor en la garganta. Una araña patina por la pared estucada buscando inútilmente el clavito donde enredar su hilo. Gracia se apoya en el marco de la puerta, como debe hacer el que se levanta por culpa de un terremoto.

Por el hueco de la escalera llegan desde el comedor las farragosas risotadas que martillan cada frase. *La mediocridad es la partera de los vicios. El camino a la democracia pasa por un torrente de fuego.*

O'Jaral se detiene, sin bastón que lo ayude a erguirse frente al destino. Es como si lo sostuviera la mirada de Gracia.

"Está muy feo el ambiente, en este lugar", dice ella en voz baja.

"Ya se lo he dicho." En el silencio absorbente, O'Jaral no puede dejar de seguir hablando. "Y yo estoy en una situación muy precaria. Debería seguir con mi proyecto pero no tengo adónde ir. Me faltan las condiciones aptas para ganarme la vida. Sin ganarme la vida no puedo seguir mi camino."

Ella no alarga mucho el silencio. "Eso es fácil. Véngase conmigo."

"¿Y me va a contar que en su pueblo no pasan estas cosas?"

"Más o menos. Pero en mi pueblo estoy yo."

El silencio que hace O'Jaral es un poco más largo. "Es que… tenemos conceptos distintos de la vida."

De pronto ella levanta las manos como para apartar una cortina. O'Jaral baja los ojos pero no la cabeza. Rápidamente, sin parar, mueve las piernas por turnos. "Entonces quédese acá", murmura ella.

"¿Acá?"

"No: *acá*", dice ella, y ya no es un murmullo, y le pone las manos en los hombros. En la cargada penumbra, O'Jaral entrevé que la nariz se le acerca como un pájaro en llamas, y los párpados de celofán, y siente el choque suave, terminante de los labios, que insisten hasta

abrirle la boca para deslizar una lengua con gusto a naranjada, a dentífrico e insomnio. En un tris O'Jaral descubre su lengua jugosamente acoplada a la intrusa, y en los labios la percusión tranquila de los dientes, y contra las costillas el siseo del camisón insuflado por los pechos. Hay un giro de cabezas, manos en el pelo, las de ella, y las manos de él caídas no de inercia sino de prevención, a los flancos del cuerpo inquebrantable. Los labios fomentan rumores, chapoteos. Una papila toca la amalgama de un molar y se impresiona. Los ojos de O'Jaral están abiertos para impedir que los vapores de la sangre supriman la precisa idea que siempre ha tenido de esa mujer. Otra cosa es la conciencia: en cuanto intenta analizarla, la sensación que la envuelve se condensa, la cubre y la asimila como el agua de un caño roto a la computadora que controlaba la casa. La conciencia está a punto de zozobrar y el ahogo es dulzón y plácido, una apoteosis de languidez. Los circuitos de la máquina sucumben a la fuerza de esa agua primordial. Pero en las últimas, estamos hablando de O'Jaral, la conciencia saca un brazo ortopédico propio y se aferra a la pared. Desde la superficie, atragantada de aire, tira con pena de la cabeza vencida, la aparta de ese lugar.

Gracia abre los ojos. O'Jaral calma el resuello.

"Escuche. Esto no se lo he dicho nunca a nadie. Yo, Gracia, quiero actuar en nombre de un principio universal."

"O sea", se muerde ella una uña, "que quiere estar muerto."

"No. Quiero ser un principio universal."

"Entonces peor: está muerto." Hay una pausa. "Claro que yo lo veo muy vivo." Otra pausa, y un chasquido de lengua. "Vamos, a mí nadie me va a convencer de que usted es un, un."

"Principio", dice O'Jaral. "No, no todavía." La mira intensa, bovinamente. "Pero usted, usted sí que sabe. Usted conoce mi destino. No me engañe más. Dígame, Gracia... *¿Cuándo?*"

Una pompa de oscuridad explota entre las dos bocas. La luz violeta de la ventana, no la brisa, quiere agitar cabelleras.

"¡Ahora!", dice ella, y le da un empujón.

O'Jaral, que no tiene apoyo, trastabilla en la descompensación, paga por su renguera, manotea el vacío y estampa los omóplatos contra la pared de atrás. La pared lo recibe piadosamente, permitiendo que se resbale hasta el suelo si lo hace con rapidez. De modo que ahora O'Jaral está despatarrado, y se ha dado un flor de cocazo.

Estira una mano, aunque supone que no sirve de nada. La deja caer.

"Mírenlo", dice Gracia acuclillándose como para estudiarlo. "El hombre helado."

O'Jaral ha olvidado cómo se desvían los ojos: "A mí no hay tentación que me sorprenda."

"Idiota. No digo helado de helarse el corazón. Digo el helado que viene en cucurucho, y cuando una le acerca el aliento se derrite."

De la dolorida columna de O'Jaral surge una inclinación al esplendor. Frente a él, contra el rectángulo de luz que ha virado al azul, un muslo sube hacia su origen bajo la ramplonería de un camisón de nailon.

"Déme una mano", pide. "Yo estaba yendo al baño."

Pero cuando la mano de ella se acerca, cuando con la mano franca el resto del brazo y la clavícula y el escote agitado por una respiración que es el cuerpo del equívoco, O'Jaral se ablanda un poco más, como si después de licuarle los huesos lo hubiesen tendido de un cable en un bochornoso viento de estío. Con lo queda de horror se mete bajo el sobaco la mano que había estirado.

Gracia se incorpora, los dedos en la boca sobre una risa u otra cosa. Retrocediendo de espaldas, bien derecha, se mete en su pieza y cierra la puerta. Sin suavidad ni violencia. La cierra.

O'Jaral apoya la cabeza en la aspereza de la pared, observando que si quisiera podría llorar, que no porque llorase estaría abandonando toda una vida de ser como ha sido. Se queda en el suelo, en la tiniebla, las nalgas intimando con las baldosas, los ojos descubriendo aquí la raya gris de una moldura, allá el contorno de un picaporte, impurezas del desvelo de la noche, mientras el tiempo no se decide a dejar huellas, y del desamparo del desierto él va deslizándose íntegro,

temeroso
y alerta
en la apabullante
exactitud
del vacío.

A la madrugada, cuando ya sabía que no iba a dormir ni media hora, no pudo inquietarlo que el morador de la pieza cuatro entrase por el armario, como si sólo fuese piel volátil. No lo animaba ninguna luz interior, pero en el semblante vítreo, en la campana deformante del impermeable se reflejaban todos los detalles de la pieza e incluso las ojeras de O'Jaral. "Váyase de este lugar", dijo el hombre, tajante. "No porque ustedes lo ordenen", dijo O'Jaral. "¿Comprende que sabemos sólo un poco pero al fin un poco más que usted?"

O'Jaral se oía los latidos. "¿Y adónde?", preguntó por fin.

En vez de contestar, el hombre metió las manos glaucas en los bolsillos.

"¿Ustedes cuándo se mueren?", dijo O'Jaral. El hombre alzó los hombros con cierta falsa modestia: "Nuestro poder radica en saber que eso nadie puede saberlo." "Qué miseria. Por eso buscan aliados", dijo O'Jaral, y se le dilataron los ojos: "Explíqueme, se lo ruego, ¿y la ropa?"

"No comprendo."

"La ropa. ¿Ustedes no se cambian nunca?"

Hilitos violetas titilaban en los pacientes ojos del hombre. "Ignoro qué ropa llevo puesta. Pero si me está preguntando por su madre... Usted sabrá que nada puede apresurarse."

"Los hacía más competentes", dijo O'Jaral.

La silueta empezó a desvanecerse en la madera del armario. "Algo tenemos, ¿verdad? Por eso nuestros aliados nos buscan. Para saber si el momento bienhechor y final es duradero, un sueño eterno, o una simple ilusión que al disiparse renueva el llanto y las elegías. Nos gusta que nos busquen, para que sepan. Les salimos al encuentro." O'Jaral pensó si no se habría topado con la facción más inoperante de esa banda. Pero desde la madera donde

persistía, la boca lívida añadió: "De este tipo de alianzas surge de vez en cuando una fuerza neutral tremenda."

Un suspiro triste dejó los labios entreabiertos, como si el hombre hubiese aspirado a un ancho despertar pero sólo pudiera seguir muerto. Otra vez solo y sintiéndose solo, O'Jaral se acordó de una cosa. Se acordó del hombre que una mañana, en la plaza Consuelo Conte, hacía tantos meses, había visto tirarse de lo alto del Monumento a la Imaginación Nacional. Ese hombre no había aguantado más, y ahora O'Jaral se preguntó cuál era el punto en que alguien no aguantaba más, y qué era lo que en esos casos no se aguantaba.

"¿Usted es el psicopompo?", preguntó.

"Yo soy uno más", dijo la voz del hombre.

"¿Y las heridas? ¿Las heridas reales del cuerpo?", dijo O'Jaral.

No hubo respuesta.

Afiebrado y temeroso, pero responsable, a la mañana siguiente hizo algunas camas antes de instalarse en su mesa. Le pareció que las miradas de Regina no eran neutrales; por lo menos no los balbuceos que él no alcanzaba a oír. Se hundió a propósito en una especie de duermevela.

Cuando afloró, le estaban sacudiendo un brazo. Un paralítico con un carrito de supermercado ofrecía libros, algunos originales, éstos a veintidós dólares el kilo. La conciencia de O'Jaral se ahuecó para sostener la intuición de lo que las manos, luchando con el pulso desastroso, iban a encontrar cuando fingieran revolver un poco.

Era el voluminoso manuscrito del estudio sobre Tobías Brockbank, presunto autor del *Fausto*. Como faltaba la hoja de la carátula, ya no pertenecía a Gamudio ni a Néctor ni a nadie, y en definitiva O'Jaral lo obtuvo a precio de pichincha. Le habría gustado hojearlo para aquilatar si una obra de semejante peso recompensaba a un hombre de la ignorancia patética del peso del mundo; pero estaba agotado de sueño. Había páginas, se veía, comidas por los ratones.

Los forasteros se habían convertido en ocupantes. En la mesa de al lado O'Jaral tenía nada menos que a cinco,

remeras brillosas, cuellos con bocio, comiendo sandwiches de mortadela con leche chocolatada. Brillosas es un decir. O'Jaral veía una opacidad de gutapercha. Uno de los ocupantes, con la autoridad de la falsa ignorancia, le preguntó si ese libro lo había escrito él. "No", hipó O'Jaral. "Ah", dijo otro sin mirarlo, "¿porque usted qué cuerno es?" "Traductor." Dedos de resina repiquetearon en la mesa de al lado. "Es un oficio útil", dijo uno. "Si se trabaja", dijo otro.

En eso un ocupante mofletudo que estaba en la barra fue a orinar. Al salir, con voz a volumen bajo, preguntó quién era el último que había entrado en el baño. Las miradas ambulatorias de la parroquia recayeron en Enrique Cardiff. "Yo, ¿por qué?" "El borde del inodoro está todo meado." "No me fijé", dijo Enrique. "El cerdo es cerdo en todas partes", dijo el extraño.

Matildo preguntó, juntando audacia, si la cosa tenía tanta importancia. Se hizo un silencio que parecía planeado, tanta vergüenza daba. No menos deliberadamente, Zubeldia preguntó si no era importante meterse en la cabeza que lo que usaban todos era de todos. Y ya sin hacerse esperar, se desplegó una sonatina donde destacaban las siguientes frases: *Nos quejamos de la contaminación industrial y no sabemos cuidar un baño público*; *¿La ecología depende de una meada?*; *Acá se lee muy poco el diario*; *El hombre es el animal que más caga mientras camina*; *A mí no me gusta que me digan irresponsable*; *Total siempre hay uno que limpia*; *Habría que hacérselo limpiar con la lengua*; *A los que reaccionan como si fueran dioses habría que coserles la boca*; *A los que se quedan calladitos habría que cortarles la lengua para que aprendan lo que es no poder hablar*; *La democracia es el derecho a no participar.*

Y más adelante: *Ja, muy fácil no poner la cara*; *A algunos la fuerza se les va por la boca*; *La palabra es el espejo de la dignidad*; *Me doy asco a mí mismo*; *Cháchara de gallinas de parlamento*; *Los que desprecian la política me revuelven los ovarios*; *La palabra ovarios me hace vomitar*; *Usted le va a pedir perdón a la señorita*; *Yo también soy mujer y no necesito que me defiendan*; *Hay mujeres que ni siquiera son hombres*; *Si la democracia es puro bla bla me la paso por el culo*; *Mejor morir de pie que vivir arrodillado.*

La serie se ramificaba y las ramas se torcían, se cruzaban, se atacaban, caían bajo el granizo de otras series y la leña mojada aplastaba la cabeza entumecida de O'Jaral, que ya no sabía si iba a poder levantarse de la silla antes de que, de que.

Un ocupante ancho y barnizado dejó una navaja sobre la mesa, como si le molestara en el cinto, con un ruido neto que sólo interrumpió el griterío por un segundo. Una chica apuntó que mientras en esa fonda de cornudos todos hablaban como actores venían esos mongoches que entreveraban las cosas y ensuciaban las paredes del barrio con pintadas.

"¿Qué pintadas?"

"¿Usted tiene mierda en los ojos? ¿No vio lo que hay afuera?"

Un pelotón ya mal avenido salió a la calle, desde donde la voz más áurea leyó, como si no fuera del todo ajena, la consigna que debían haber dejado los Profundos de Ravinkel: MUÉRDASE LA LENGUA O MUERA IDIOTA.

Se discutía si era una pintada sucia, y qué quería decir. Matildo opinó que si alguien la defendía muy probablemente era cómplice. Dentro de la fonda, las palabras aproximaban los cuerpos tanto como para que las manos empezaran a separarlos con empujoncitos espasmódicos, con sordos golpes en los pechos. Otros parroquianos habían entrado, y después de ellos unos extraños más desconocidos que los ocupantes, pero no más discernibles. El espacio entre las mesas se iba colmando de un hervor de nervios hinchados, de caracú espumoso y rodar de vasos. Era un baile de carne tan contraída que se salía de sí. Y en medio de los bamboleos, una discreta mano de uñas pintadas dejó un papel doblado en el bolsillo de O'Jaral.

O'Jaral lo palpó sin temor. Podía ser la redundancia de una amenaza. Podía ser la farsa de una bendición, pero también el emplazamiento a pagar la factura del hospital. En ninguna vida había menos suspenso que en la del verdadero proscrito.

Pero las palabras no veían la hora de entablar sus vínculos. O'Jaral sacó la nota del bolsillo y la abrió. En tinta negra, la escritura ascensional del Galgo Ravinkel le comunicaba:

"Nada que hacer con éstos. Son una generación artificial. No sé quién los manda. No les encuentro el punto débil. Ya aparecerá. Trabajo en eso. Es momento de replegarse. Vení conmigo cuanto antes. Cosas que proponerte. Tengo a Muzzone, en buen estado físico. Galgo."

Las uñas pintadas le tocaron el codo y se alejaron. O'Jaral se esforzó un momento por distinguir qué dirección habían tomado en el tumulto. Al final consiguió divisarlas, ya junto al recodo del mostrador, y con ellas un brazo desnudo, y un pelo rubio y un rictus de aflicción. O'Jaral se irguió al reconocer a la hija de Néctor, antes belleza fulminante, ahora anónima demacrada, como si al fin y al cabo la muerte del padre no le hubiera sido indiferente. Con todo, antes de ganar la calle la muchacha atisbó una sonrisa: una incitación más del abstruso dramaturgo Ravinkel.

O'Jaral dudó de cómo moverse: y de cómo salir de la duda.

Mucho antes de este brete tendríamos que haber pensado si acaso O'Jaral no tenía un poco de razón: si no había en el mundo, como decía Ravinkel, sujetos ocupados en mantener a los demás en vida latente, y al mismo tiempo, como quería creer O'Jaral, otros empeñados en descubrir cómo se pasaba a la vida efectiva; y si por tanto no había en algún laboratorio, en un tercer sótano o a un observatorio, ojos vigilantes acechando a los que descubrieran el paso de una vida a otra, no tanto para encerrarlos, exprimirlos, destrozarlos, suprimirlos, ni siquiera para investigarlos, sino simplemente para conversar un rato con ellos en condiciones de aire acolchado y luz hermética.

No. Es dudoso que fuera así. Pero en la posibilidad palpitaba el acto, y las reacciones ayudaban a realizarlo, salvo accidentes, y por eso era mejor no reaccionar. Después de todo la tarea de los ocupantes era aumentar la tensión ahí donde la indiferencia podía volverse inmanejable. Y con la simple obstinación de mostrarse inmanejable, Ravinkel confirmaba la existencia del que había enviado a los ocupantes.

Se acabó, dijo el alma de O'Jaral, afanosa de ser algo: yo no quiero elegir.

Regina le dio un soplamoco a Pablito y un extraño aprovechó para abofetearla. Tang y Zubeldia se echaron a defenderla como fieras. Una máquina de fotos se hizo trizas en los adoquines. O'Jaral se tapó la cabeza con los brazos. Su fracaso era no tener otra ocupación que seguir buscando. Pero al menos buscaría, sí, no bien pudiera salir de la turbamulta, algo, algo que estuviese más allá de las elecciones, lejos del absoluto devorador, lo más cerca posible del rescoldo del vacío.

¿Pero entonces tenía que empezar de nuevo, identificar mejor su objeto y acecharlo eternamente, rondar el destino como un paseo alrededor de la fosa, la construcción disciplinada de la tumba?

¿Quién decidía, cuando él no podía decidir, por un hombre que era padre de sí mismo? ¿Había peor condena que no tener ninguna orden? ¿No había a quién acusar por esa condena?

La mano de uñas pintadas se había esfumado. Otra mano, de uñas sin pintar, con una verruguita en cierto dedo, lo agarró del brazo para arrastrarlo hasta la trifulca de la calle. *Primero, siempre hay que aceptar el rumor*, decía una voz. *A mí nadie me basurea*, decía otra. Los ocupantes se peleaban entre ellos, como invitando a los parroquianos a que los imitaran. Las réplicas se aceleraron tanto que bajo la película de palabras los gestos parecían una sola, lenta promesa de violencia. En medio de los cachetazos reapareció la navaja, antes o después de un cuchillo de picar cebolla. Una paloma muerta voló como un cascote. Un chorro de sangre rubricó la luz calina del callejón de la Rana.

Todo volvía, todo el revoltijo del mundo. Como si hubiera fumado Gruesa, O'Jaral vio elevarse un hongo de humo con los últimos vestigios de su solidez.

De algún lado le cayó un salivazo en la sien. Estaba entre una espalda con cicatrices y las heridas de una pared. En un paroxismo de incertidumbre se preguntó, no cómo se hacía para escapar de ahí, sino para no entrar de nuevo en lo repetido. Él no conocía ningún lugar adonde pudiera no llevarse a sí mismo. Y cualquier cosa podía

perdonarle a Ravinkel menos que le hubiera robado a Muzzone. Del lado de adentro del párpado sintió la quemazón de una lágrima.

Lo estaban empujando, como si agitándolo quisieran despegarlo del pasado, cuando el inquilino de la pieza cuatro atravesó el continuo de embestidas y lo sacó de la muchedumbre en volandas. "*¡Le dije que se fuera de aquí!*", susurró.

"¿Pero adónde?", dijo O'Jaral. Y se dio cuenta de que ya estaba de nuevo en el suelo.

Primero como una copa, después como un globo, el muerto se alejaba por el aire marcando un sentido y al llegar a la linde del Costurero, como un globo que rompe el nudo, se fugó a lo invisible achicándose en un silbido. A O'Jaral se le paró el corazón.

Había un banco, de plástico incoloro o mal pintado, hecho a la intemperie como si ya no esperase la estación que debía rodearlo, y en el banco, con las piernas cruzadas, Gracia mascaba chicle a ritmo de prosa neoclásica. Cerca de donde el zapato derecho colgaba del pie, desnudando el talón, dos grandes valijas de cuerina esperaban sobre una carretilla. Más lejos, Tulito leía historietas entre las ramas de una morera solitaria, mientras Raulito jugaba a la pelota con un changador. En todo caso parecía un changador. No sabiendo qué otra cosa hacer, O'Jaral se sentó. Perfil a perfil, los dos cuerpos dividían el banco en tres partes exactamente iguales. Gracia se acercó un poco. Quedó claro que abría la cartera sin mala intención.

"Tome. Le compré un regalo."

O'Jaral lo aceptó. Era un reloj. Esfera blanca, marco y agujas plateadas, redondo, pesadito, marca Osiris: números romanos. Tic tac, hizo en la oreja, pero sin esta claridad que da la tinta, como un deslizamiento de la previsión. O'Jaral se lo puso. Alargó la muñeca para admirarlo más o menos desde lejos: era lo primero que tenía ahora que de todos sus bienes sólo conservaba el bastón, y el libro de Rabastain en el bolsillo del gabán.

"Gracias." O'Jaral adaptó la lumbalgia al respaldo del banco. "Muchas gracias. Es muy lindo. Ehmmm. Gracia,

acabo de acordarme del número de una persona que puede darme trabajo. Es un Editor."

"Cuánto me alegro, Luis Carlos", dijo ella. "¿Ve?"

O'Jaral supuso que veía. Más allá de la franja de pasto seco donde flameaba una amapola, una bomba de succión estaba acabando de vaciar una vía de agua que, según el cartel que había junto al banco, se llamaba Canal Pappiani. Muy a la derecha, en el extremo de un caño paralelo a la orilla, el agua turbia de grasa y detergente se derramaba en una esclusa. Tríos de policías y quintetos de bomberos paseaban su apática hiperactivad al borde de la ausencia de agua. Resignados a no encontrar el cadáver que debía justificar su trabajo, ahora se inclinaban sobre el cemento cóncavo a estudiar la decena de coches que todavía goteaban bajo el sol.

Eran, esos coches, el tesoro robado que el agua había estado escondiendo; pero patas arriba casi todos, los chasis comidos por el moho, parecían grandes tortugas fulminadas un instante antes de la emoción. Pendiendo de una grúa, se habría dicho que vivito y coleando, el primer rescatado le ofrecía al viento el ilegible número de su chapa. Desde la otra orilla se acercaban los guinches de dos grúas más, el recurrente ronroneo de los motores. Largos aleros de hormigón prohijaban filas de contenedores, como falsas alegorías de la seguridad perpetua. Depósitos, barriles de latón acanalado, el firulete de humo en una chimenea de ladrillos, una barcaza negra hamacándose en la sequedad y, en la pantalla publicitaria del sector, la imagen de una cartelera rota donde estratos de afiches diferentes superponían sus objetos, frac, licuadora, pechos, violín, desodorante, como en un Juan Gris fracasado. Más atrás, por una avenida, pasaba gente. Una oscura almena de azoteas ventilaba ropa en la distancia, donde el celeste era más hondo, bajo nubes que acudían prestamente a su cita con la desaparición. Se insinuaba el verano y un jilguero cantaba en un cable de teléfono. Era un conjunto coreográfico y definido.

"Bien, habrá que ponerse en movimiento", dijo O'Jaral.

"Sí. Cuando toque", dijo Gracia.

"A mí no me convendría quedarme mucho por acá."

"Claro, lo comprendo. Pero... un ratito, ¿sí?"

O'Jaral tenía sueño. Con los ojos cerrados, en el telón de los párpados, volvió a ver ese paisaje límpido y se dio cuenta de que a su despedazada manera contenía de todo, hasta los necesarios intervalos de oquedad. Era como de juguete. Todo lo que la imaginación realizaba era de juguete, como si la vida de los hombres fuera una infancia adulterada o un aplazamiento de la madurez hasta el día de la jubilación; y no era improbable que O'Jaral fuese algo que él mismo había imaginado para que el tiempo pudiese correr. Pero cada cosa, guinche, pescante, neumático, amapola, pantalla, pierna o nube, guardaba las relaciones que en un momento eran el todo. En su momento, una astilla de vidrio era una familia universal. Después venía otro momento.

Miró a Gracia.

Ella se sacó el chicle de la boca, lo pegó debajo del banco y apoyó la palma de la mano en el lugar de la ropa de O'Jaral que él no pudo sino identificar como bragueta. Ante la inmóvil tibieza de esa carga, la sangre llamó a asamblea. O'Jaral vio cómo los debates iban alzando la porción de carne que era parte de su cuerpo, contradictorios, paulatinamente enardecidos, hasta que la tela del pantalón quedo alta y enérgica en la unificadora rectitud de una sola directiva. No exactamente, pero apuntaba al sol. El tiempo manejaba la indolencia a su antojo. La mano de Gracia no se movía: estuvo un buen rato entibiando el monumento que había creado, y no lo abandonó ni siquiera cuando, muy despacio, sin ofuscarse, la tela empezó a bajar a la lasitud de una espera benévola.

De la asamblea de la sangre se había retirado una facción. Ya llegaría el momento propicio. O'Jaral no sabía para qué pero ya iba a saberlo, si era que el momento no había pasado.

En un punto de la trayectoria había perdido contacto con el destino. El futuro de ahora no era el mismo de unos meses antes; tal vez cada presente tuviera un destino particular. Como le costaba mantener esta idea en la cabeza, miró a Gracia y, viendo que no la veía muy bien, le pidió que intercambiaran lugares.

"Es que este ojo no es el bueno", dijo.

Ella accedió. Se hizo el cambio, y volvieron a mirar los dos el paisaje. Con una batahola de chatarra y gomaespuma, la grúa dejó caer el coche en el suelo. Varios chicos se abalanzaron a examinarlo. Por una puerta abierta resbaló una muñeca, una nena corrió a recogerla y O'Jaral pensó en Muzzone.

"Lamento, Gracia, que no nos hayamos entendido cuando yo todavía estaba más entero."

"Para mí sigue siendo atractivo."

"Haré lo posible por recuperarme."

"Yo sé que para usted es muy importante hacer lo posible", dijo ella. "Bueno, ¿y ahora?"

O'Jaral cruzó las manos. "Me gustaría leer un poco, si no le molesta. ¿Quiere que le lea a usted?"

"Mmmmmnó. Prefiero tomar sol un rato."

Con un afecto que sumaba todas las horas de ríspido placer que le había dado el libro, O'Jaral abrió *Donde yo no estaba* en la página 112 y leyó:

> "*24 de diciembre.* Son las seis de la tarde, mis empleadas se han ido y estoy en mi despacho, indolentemente sentado a la luz de la lámpara, con un abrumador deseo de no hacer nada. Fuera, toda la población se apresta para la Nochebuena. Mi tendencia a la urbanidad actúa a modo de agenda, indicándome que debería regresar a casa temprano, ayudar a Thérèse a dar los retoques al árbol, comprar lo que faltare y, sobre todo, asumir en general las maneras de colega, vecino, padre y hombre maduro. Pero, ah, ¡qué bienestar agridulce éste del abandono, aumentado por la conciencia del incumplimiento! No hay en ello pizca de malicia; antes bien, la sensación vivificadora de estar faltando, no en el sentido moral sino en el material, y de que incluso el vacío que creara mi ausencia podría desaparecer sin efectos irreparables... Por un momento he dejado la pluma. He dormitado, y mi soledad, como una imagen animosa, ha atravesado la tienda, salido a la calle, ha acariciado a un niño, le ha contado una his-

toria de gitanos a la vendedora de castañas, mirado las farolas, bebido un anís con el ferretero Deville y el carpintero Guignon, le ha estrechado la mano a los parroquianos del bistrot y vuelto, repleta de encuentros, para despertarme. Ahora mi soledad acaba de fundirse conmigo y juntos nos disponemos a levantarnos de esta silla y volver a casa."

O'Jaral cierra el libro. A menos que consiga comprarse un par de anteojos ya no podrá leer tantas horas como antes. Los fantasmas de las letras ondulan como lombrices contra los brazos de las grúas, o como proyecciones de un perpetuo sedimento de Gruesa.

"Se está bien acá", dice Gracia.

"Bastante, sí", dice O'Jaral. "Pero debo decirle una cosa. Mi vida, Gracia, es una protesta contra la tentación de lo fácil. Yo prefiero sucumbir en lo imposible."

"Pero lo que mantiene la vida es esto, ¿no?", dice Gracia. "Un día fresco en verano."

"También es cierto", dice O'Jaral.

Aunque no deja de sentirse amenazado, empieza a importarle menos. Mediante una sencilla torsión helicoidal, buena parte de la lengua se inserta en la cavidad del incisivo derecho inferior, la colma. El resto es un ya veremos.

Vuelve a cerrar los ojos. Con un esfuerzo tenue, como quien se frota los pies antes del sueño, procura hacerse el boceto de un futuro mediato, una pieza, costumbres, la pileta de lavarse, dónde estarán los nuevos libros, los remedios, dónde colgado el pantalón. Y aunque le gustaría tanto tenerlo, el boceto no le sale.

Sin embargo, no abre los ojos. Con suprema cautela, da un paso hacia el azar.

Y ahora, estrictamente ahora, para ningún otro paso hay tiempo: O'Jaral se va a morir. ¿En sentido figurado? Sobre esto no puede decidirse. ¿Para renacer? Casi seguro. O bien muy probable. Sólo para algunos la muerte es parada, y bien se sabe que O'Jaral es incorregible. Por si acaso, no lo despierten. Ya está dormido. Oigan cómo ronca, luego cómo se acallan los ronquidos. Esto no es ningún

artificio. O Jaral se va a morir. Se va a morir en el próximo punto, para renacer como traductor, como intérprete, como lo que fue tantas veces, antes de que llegue el punto siguiente.